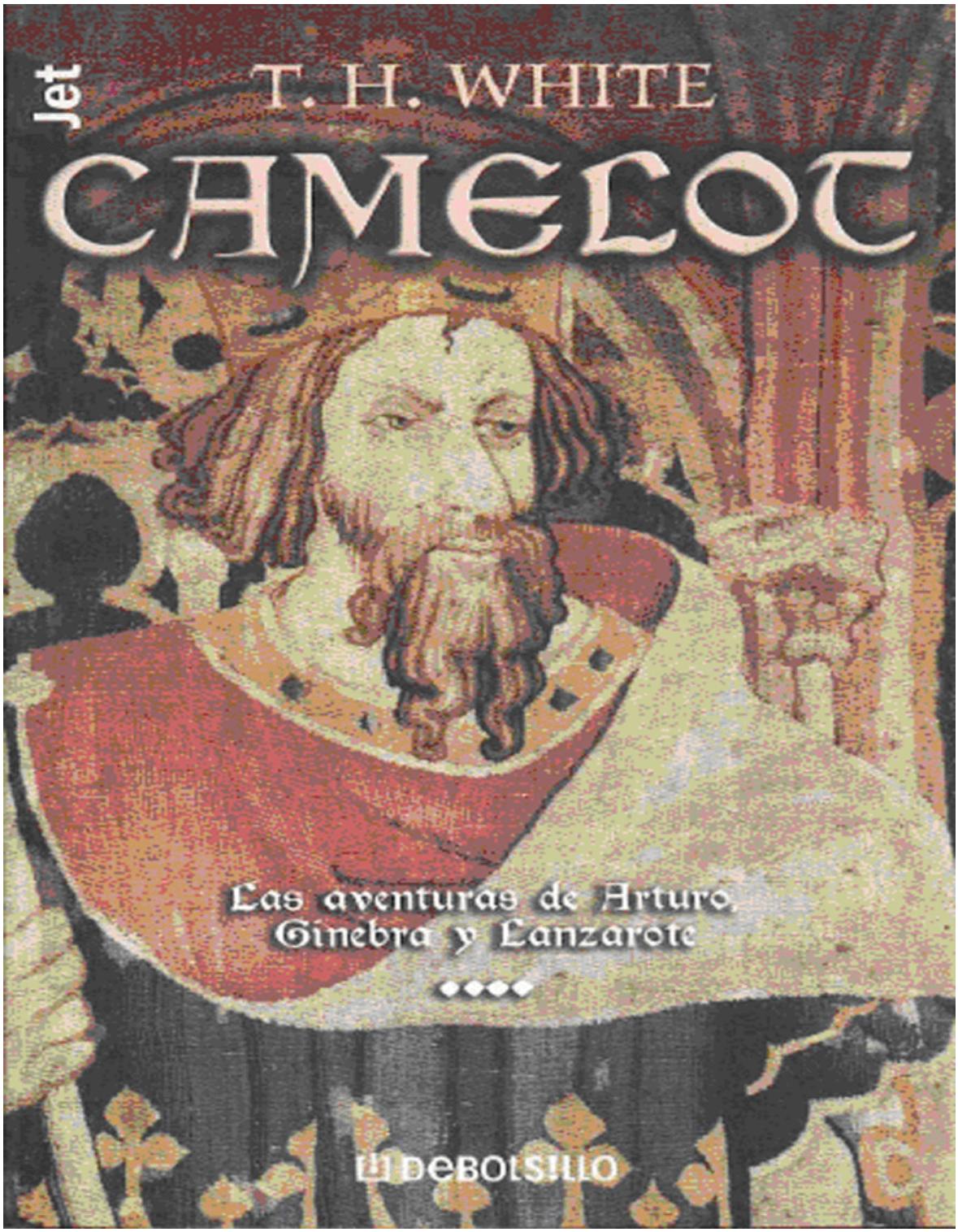
Camelot III, El Caballero Malhecho
Terence H. White



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INCIPIT LIBER TERTIOS

EL CABALLERO MALHECHO

«No... -*dijo sir Lanzarote*-, *pues una vez*
caído en la vergüenza quizá no vuelva a recobrarse.»



CAPITULO I

En el castillo de Benwick el joven francés estaba contemplando su rostro en la bruñida superficie del casco, que reflejaba el brillo de la luz en el tozudo fulgor del metal. Era casi el mismo acero que los soldados llevaban en sus yelmos, y no constituía un buen espejo, pero era lo único de que disponía. El muchacho volvió el bacinete en varias direcciones, a fin de tener una idea aproximada de su rostro por las distorsiones que formaban los abultamientos. Trataba de descubrir lo que era, y tenía miedo de llegar a saberlo.

El joven se dijo que había algo poco grato en él. Durante toda su vida, incluso cuando llegara a ser un gran hombre, con el mundo a sus pies, sentiría la misma inquietud, algo que yacía en el fondo de su corazón y cuya presencia notaba y le avergonzaba, pero no llegaba a comprender. No es necesario que nosotros lo entendamos tampoco, pues preferimos no entrar en un lugar que él deseaba mantener secreto.

La armería del castillo, donde se hallaba el muchacho, estaba repleta de armas. Durante las dos últimas horas las había estado examinando mientras canturreaba una tonada sin palabras y casi sin melodía. El chico tenía quince años. Acababa de llegar de Inglaterra donde su padre, el rey Ban de Benwick, estuvo ayudando al rey inglés a sofocar una rebelión. Recordará el lector que Arturo deseaba atraerse a los caballeros jóvenes para la Tabla Redonda, y durante el festín de boda de Pelinor había advertido la presencia de Lanzarote porque era el que ganaba la mayor parte de los juegos.

Lanzarote, mientras alzaba en el aire unas rudimentarias pesas y continuaba con su monótono canturreo, pensó una vez más en el rey Arturo, al que había cobrado un gran afecto. Recordaba cada una de las palabras de la única conversación que sostuviera con su héroe.

El rey Arturo, después de haberse despedido del rey Ban, que se embarcaba para Francia con su hijo y sus huestes, llamó a Lanzarote y se fue con él a un rincón del barco. Los símbolos heráldicos que adornaban las velas de la flota de Ban, así como los marineros subidos en los

aparejos, las torrecillas armadas, los archeros y las gaviotas, fueron el fondo de la conversación que sostuvieron.

-Lanza -le había dicho el rey-, ven conmigo un momento.

-Sí, señor.

-Te estuve observando cuando intervenías en los juegos, durante el banquete.

-Sí, señor.

-Creo que los ganaste casi todos.

Lanzarote bajó la vista.

-Deseo rodearme de una serie de personas hábiles en esos juegos -agregó Arturo-, a fin de que me ayuden a realizar una idea que tengo. Será para el tiempo en que mi reino se encuentre apaciguado, y pueda considerarme un rey de verdad. Me he preguntado si tú querrías ayudarme, una vez que tengas la edad suficiente.

El muchacho experimentó una especie de sobresalto, y entonces miró a su interlocutor procurando disimular su alborozo.

-Se trata de reunir algunos caballeros -prosiguió el rey-, pues deseo formar una orden de caballería, parecida a la de la Jarretera, que luche contra el Poder Bruto. ¿Te gustaría ser uno de mis caballeros?.

-Sí, señor.

El rey miró al joven atentamente, y no pudo precisar si éste se hallaba complacido o asustado, o si sencillamente procuraba ser cortés.

-¿Me has comprendido? ¿Sabes de lo que te estoy hablando, Lanzarote?

-En Francia también existe eso -repuso el muchacho-. El hombre de brazo más fuerte dentro de un grupo de familias, se erige en cabecilla de las mismas, y hace su voluntad. Vos deseáis poner fin al dominio de Brazo Fuerte reuniendo un grupo de caballeros que respeten más la justicia que la fuerza. Sí, señor, deseo de todo corazón ser uno de esos caballeros, en cuanto haya crecido. 0s lo agradezco. Ahora debo despedirme de vos, señor.

Así se alejaron de las costas de Inglaterra, mientras el joven permanecía en la proa del buque, sin querer volverse a mirar a tierra, porque no deseaba demostrar sus sentimientos. Ya había sentido una gran admiración por Arturo desde la noche de la boda de Pelinor, y ahora llevaba a Francia en su mente la imagen de aquel brillante rey del norte, nimbado por la gloria de sus batallas.

Detrás de los negros ojos que le observaban fijamente, reflejados en la superficie del casco metálico, reposaba un sueño que había tenido la noche anterior. Hace setecientos años la gente se tomaba los sueños tan en serio como los psiquiatras de la actualidad. El de Lanzarote había sido inquietante. No lo era por lo que pudiera significar para él, pues no le preocupaba el significado de los sueños, sino por la desazón que ello le había producido.

En el sueño, Lanzarote y su hermano pequeño, Héctor Demaris, se hallaban sentados en unas sillas. Luego aparecieron montados en un par de caballos. Lanzarote dijo: «Adelante, busquemos lo que quizá no vamos a hallar.» Así lo hicieron, pero un Hombre o un Poder se abatió sobre Lanzarote, le golpeó, le desnudó y le volvió a vestir con un extraño atavío

lleno de nudos, haciéndole montar sobre un asno, en lugar de un caballo. Luego encontraron un hermoso pozo, con las aguas más claras que el joven recordaba, y desmontó para beber. Tuvo la sensación de que no había cosa más agradable en el mundo que beber de aquel pozo. Pero en cuanto acercó los labios al agua, ésta se retiró. El agua descendió más y más, hasta que no pudo alcanzarla. Ello hizo que se sintiera desconsolado. Le entristecía verse repudiado por las aguas de un pozo.

Arturo y el pozo, así como las pesas de hierro que manejaba para hacerse digno del rey inglés, y el dolor que sentía en los cansados brazos de tanto alzarlas, todo ello volvió a la mente del muchacho mientras hacía rodar entre sus dedos el casco. Pero aún había un pensamiento más insistente en su cabeza. Estaba relacionado con el rostro que veía en el metal. Lanzarote no era un pesimista, pero sabía que de cualquier forma que colocase el morrión, le contaría la misma historia. Había decidido ya que cuando caballero se daría a sí mismo un nombre melancólico. Era el mayor, y por lo tanto debería ser armado caballero. Pero no pensaba hacerse llamar sir Lanzarote. Se llamaría el caballero Mal Fet, es decir, el caballero Malhecho.

Por lo que él mismo podía apreciar, y en su interior se dijo que debía haber alguna razón para ello, su rostro era tan desagradable como el de cualquiera de los huéspedes que componían la colección de fieras del rey Arturo. Tenía el aspecto de un mono africano.

CAPITULO II



anzarote terminó siendo el más grande de los caballeros del rey Arturo. Tristán y Lamorak venían en segundo y tercer término, respectivamente.

Pero debéis recordar que la gente no puede sobresalir en un arte a menos que éste se les enseñe, y el de las justas era un arte como otro cualquiera. Las justas se parecían a algunos deportes modernos. Había un pabellón en los torneos, en cuyo interior un hombre anotaba sobre un pergamino los tantos correspondientes a cada caballero, como se hace en ciertos deportes. La gente deambulaba por el lugar reservado a los espectadores, yendo desde las tribunas hasta los puestos de refrescos. El espectáculo se prolongaba largo tiempo, sobre todo cuando intervenía sir Lanzarote contra otro buen caballero. Entonces podía durar toda una jornada. Los movimientos parecían los de una película a cámara lenta, debido al considerable peso de la armadura.

La armería, donde el muchacho que más tarde sería sir Lanzarote se encontraba mirándose en el morrión, era la estancia más amplia del castillo de Benwick, y allí era donde el chico pasaría la mayor parte de las horas del día, en el curso de los tres años siguientes. Era un pabellón aislado del castillo.

Las habitaciones del castillo principal, que podía ver Lanzarote desde la ventana de la armería, eran más bien pequeñas, debido a que no solían hacerse estancias demasiado grandes cuando se erigía una fortaleza. A un lado del fuerte interior, con sus pequeñas habitaciones, había un establo donde se guardaba el ganado del castillo durante los asedios. También el establo se hallaba rodeado por un alto muro con torrecilla, y en el interior de esta pared se encontraban amplias estancias y pabellones que se usaban como graneros, cuarteles y caballerizas. La armería era uno de esos pabellones, y se encontraba entre las caballerizas -donde había cincuenta caballos-, y el establo de las vacas. La mejor armadura de la familia se guardaba en una habitación del propio castillo, y sólo las armas de la tropa y partes sueltas de armaduras, así como los aparatos de gimnasia, era lo que estaba depositado en la armería.

Bajo el techo de vigas, y cerca de éstas, colgaban una serie de banderas y pendones que se usaron en distintas campañas. A lo largo de los muros había lanzas de justas que descansaban horizontalmente sobre clavos, a fin de que no se arqueasen. En una esquina se divisaba un conjunto de viejas lanzas de madera combada o que habían sufrido algún otro desperfecto, pero que se usaban a veces en los entrenamientos. Un estante que corría a lo largo de la pared principal contenía enseres de infantería, como guanteletes, lanzas, morriones y espadas de Burdeos. El rey Ban tenía suerte al vivir en Benwick, localidad en que se utilizaban las espadas de Burdeos, de resultado extraordinariamente bueno. También se veían varios barriles de armaduras, en los que se embalaban éstas para enviarlas por mar. Algunas de las armaduras aún se hallaban encerradas en los barriles, tras el regreso del último viaje a Inglaterra.

El tío Dap, que se cuidaba de la armería, había abierto una de esas barricas para controlar su contenido, y se había marchado lleno de desesperación al ver que en el barril había también diez libras de dátiles y cinco panes de azúcar. Se trataba de cierta clase de azúcar de miel, a menos que fueran panes de azúcar de los que traían de vuelta de las Cruzadas. El viejo había dejado la lista al lado del barril. Hacia el otro extremo se veían varios estantes donde se guardaban las armaduras estropeadas y algunos botellones de aceite de oliva -hoy se prefiere frotar las armaduras con aceite mineral, pero en los tiempos de Lanzarote no se paraban a considerar tales sutilezas-, así como varias cajas de fina arena para pulir el metal, y bolsas con remaches, anillos para reparar las mallas, trozos de cuero para recortar tiras, y otros efectos interesantes que hoy desconocemos.

Había rodilleras y perneras como las que usan actualmente los porteros de los equipos de fútbol, y en otros rincones se veía un conjunto de aparatos de gimnasia. La mesa del tío Dap se hallaba cerca de la puerta de la armería. Sobre ella había plumas de escribir despuntadas, arena para secar la tinta, unas varillas con las que Dap castigaba a Lanzarote cuando daba pruebas de estupidez, una serie de notas, redactadas muy confusamente, acerca del número de morriones que se habían mandado a arreglar, los guanteletes que necesitaban compostura y cosas por el estilo. Casi todas las sumas estaban mal hechas.

Tres años parecen demasiado tiempo para que un muchacho los pase en una habitación, sin salir más que para comer, dormir y practicar las justas en el campo. Incluso resulta difícil imaginar a un chico que lo soporte, a menos que se sepa desde el comienzo que Lanzarote no era romántico ni delicado. Tennyson y otros escritores habrían reconocido con dificultad a aquel muchacho hosco e insatisfecho, de feo rostro, que no confesaba a nadie que vivía de sueños y plegarias. Se hubiesen preguntado qué clase de animadversión sentía contra sí mismo para maltratarse de ese modo, siendo tan joven, y por qué era de carácter tan extraño.

Para empezar, el joven tuvo que pasar unos meses muy aburridos cargando con una lanza despuntada contra el tío Dap. Éste, protegido por una coraza, tomaba asiento en un taburete y Lanzarote embestía una y otra vez contra él. También pasaba muchas horas alzando pesas, en solitario, y transcurrió bastante tiempo antes de que le permitieran manejar armas de verdad.

Por fin, consintieron en que practicara con el escudo y la espada contra una estaca clavada en el suelo, sobre la que había que amagar y esquivar golpes, a semejanza de lo que hacen los boxeadores de hoy con las pesadas bolsas. En esos ejercicios debía utilizar armas que pesaban el doble que las espadas y los escudos ordinarios. Sesenta libras era considerado un buen peso para realizar las prácticas contra el poste de madera, de modo que cuando utilizó las armas corrientes, le parecieron muy livianas. La fase siguiente consistía en celebrar combates fingidos. Allí, por fin, después de tan ruda labor, se le permitió llevar a cabo peleas que eran muy semejantes a las reales, enfrentándose con su hermano y sus primos. En esos combates se establecían reglas muy severas. Debían

comenzar con una serie de lanzadas con arma roma, seguida de siete ataques de espada -también despuntada y sin filo-. No era lícito atacar con la punta en estos entrenamientos. El ahora vigoroso Lanzarote tenía superioridad manifiesta sobre sus compañeros con la espada y la adarga.

Si el lector ha contemplado uno de los antiguos trajes de buzo que se usaban antes del perfeccionamiento de la escafandra autónoma de los hombres rana, sin duda comprenderá la razón de que aquellos buzos se movieran tan despacio. Esos hombres llevaban cuarenta libras de plomo en cada pie, y dos placas de veinte libras, una sobre el pecho y otra en la espalda. Todo eso aparte del peso del traje y del casco metálico. Exceptuando cuando se encuentra sumergido en el agua, el buzo suele pesar el doble que un hombre corriente y cuando debe trepar a cubierta es como si tuviera que subir por una pared lisa. Luego, si se le empuja por delante, el buzo tiende a caer hacia atrás, y si se le empuja por detrás tiende a caerse hacia adelante.

Algunos buzos que poseen práctica pueden moverse con relativa facilidad y ascender por la escalerilla del barco, pero un aficionado casi llegaría a descalabrarse en tales condiciones. Lanzarote, igual que los buzos, tuvo que aprender a moverse contra las leyes de la gravedad.

Los caballeros de armadura se parecían a esos buzos en más de un sentido.

Aparte de sus cascos, de la dificultad de movimientos y de la imposibilidad de respirar bien, tenían que ser ayudados a vestirse por algunos cuidadosos criados. De lo contrario, les resultaba imposible hacerlo solos. El buzo pone su vida en manos de los que le visten, y de igual forma aquellos otros jóvenes, pajes y escuderos, le atendían con gran atención y respeto.

Así transcurrieron tres años. Los demás muchachos no se hubieran preocupado, pues tenían otras cosas en qué pensar. Pero para el poco agraciado mozo tales actividades eran todo lo que constituía su oscura y mística existencia. Debía perfeccionarse sin cesar para hacerse digno del rey Arturo, y no dejaba de pensar en las teorías de la caballería ni cuando estaba en la cama por la noche.

Tuvo que aprender innumerables detalles relativos a las armas, como la longitud adecuada de una lanza o una espada, el corte del mantelete, la articulación de una hombrera, o si el cedro era mejor que el fresno para fabricar flechas, como parecía opinar Chaucer.

He aquí un breve ejemplo de los problemas que el caballero tenía que resolver en aquellos tiempos. Un noble, Reynaud de Roy, sostuvo una justa con otro llamado Juan de Holanda. Reynaud, intencionadamente, se sujetó el yelmo de torneo -el gran tambor forrado interiormente con paja, que a veces iba encima del verdadero casco- con la correa muy floja. Cuando la lanza de Juan de Holanda dio contra el yelmo, éste cayó al suelo, en lugar de derribar a Reynaud. Fue una artimaña eficaz, pero peligrosa. Todos los caballeros discutieron largo tiempo aquel asunto, afirmando unos que no era lícito obrar así, y replicando otros que sí lo era, aunque fuese excesivamente arriesgado.

Tres años de esta dura disciplina no hicieron de Lanzarote precisamente un personaje alegre y dispuesto a tañer un laúd. Había

entregado treinta y seis meses de su joven vida a la idea sustentada por un hombre, sencillamente porque le tenía por encima de todos los demás. Lanzarote deseaba ser el mejor caballero del mundo a fin de que Arturo se sintiera satisfecho de él. Además, anhelaba llevar a cabo otra proeza que aún era posible en aquellos días. Deseaba, gracias a su pureza y rectitud, ser protagonista de algún milagro de los considerados entonces como ordinarios, es decir, devolver la vista a un ciego o algo parecido.



CAPITULO III

Había una característica primordial en tres grandes familias que llegó a influir en el sino de Arturo. Las tres familias poseían una especie de genio particular que ejerció su dominio en el carácter de los respectivos vástagos. En el castillo de sir Héctor fue Merlín, el cual ejerció influencia en la vida de Arturo. En la distante y solitaria fortaleza de Lothian había sido Santo Toirdealbhach, cuya belicosa filosofía debió tener mucho que ver con el fanatismo familiar de Gawain y sus hermanos. En el castillo del rey Ban fue un tío de Lanzarote, llamado Gwenbors. En realidad, se trataba del anciano de que hemos hablado, el tío Dap, cuyo nombre real era Gwenbors. En aquellos días se daba el nombre a los hijos de parecida forma a como hoy se hace con los sabuesos. Así la reina Morghause decidió que hubiese una G en los nombres de sus hijos (Gawain, Agravaine, Gaheris y Gareth). Por ello, si los dos hermanos mayores se habían llamado Ban y Bors, el tercero estuvo destinado indefectiblemente a recibir el nombre de Gwenbors. Eso hacía fácil recordar el orden del nacimiento.

El tío Dap era el único de la familia que tomaba a Lanzarote en serio, y éste, por su parte, hacía lo propio con el tío Dap. Resultaba fácil tomar a broma al anciano, pues era de esas personas de las que suelen burlarse los ignorantes: un genuino maestro. La especialidad de su enseñanza era la Caballería. No había tipo de armadura europea que el tío Dap no conociera a fondo. Mostrábase iracundo con el nuevo estilo gótico de las armaduras, con sus resaltes y arabescos. Le parecía ridículo llevar una coraza de ese tipo, pues era evidente que cada una de las muescas podía detener la punta de una lanza. El objeto de una buena armadura, decía él, era provocar que resbalasen las puntas, y cuando pensaba en los horribles engendro que estaban haciendo los alemanes, se ponía frenético.

La heráldica no tenía misterio alguno para el tío Dap. Si alguien cometía algún error garrafal al pintar un escudo, como poner metal sobre metal, o color sobre color, el anciano se cegaba de pasión. Sus largos mostachos blancos temblaban en las puntas como antenas, agitaba los brazos, daba brincos y movía las cejas irritado. Nadie puede ser maestro de algo sin verse sometido a tales arrebatos, por lo que Lanzarote no se preocupaba mucho cuando el tío le daba una bofetada en medio de una explicación acerca de los veros y entreveros de un escudo.

Una de las razones para no disgustarse con el tío Dap era que éste le enseñaba de buen grado todo cuanto Lanzarote quería aprender. No sólo era un entendido en los temas de Caballería, sino que se le consideraba como uno de los mejores espadachines de Francia. Por tal razón el muchacho se sentía más unido a él.

Desde que tenía memoria, Lanzarote recordaba al vehemente anciano de acerados ojos azules, saltando enardecido, castañeteando los dedos y gritando como si de ello dependiese la vida de todos: *«Doublez! Dédoublez! Dégagez! Un! Deux!»*

Un día de fines del verano, Lanzarote se hallaba sentado en la armería con su tío. Por los rayos de sol que penetraban en la amplia habitación se veía danzar gran cantidad de polvo, que ellos mismos habían levantado un momento antes. Sobre las paredes se apoyaban hileras de brillantes armaduras, soportes de lanzas, y yelmos y morriones colgando de clavos. Los dos esgrimistas se habían sentado a descansar después de un agitado asalto. Lanzarote tenía ahora dieciocho años y era más diestro con la espada que su maestro, si bien el tío Dap no se decidía a admitirlo, y el alumno, lleno de tacto, procuraba ocultarlo.

Mientras los dos se hallaban aún jadeando, llegó un paje y dijo a Lanzarote que le requería su madre.

-¿Para qué? -preguntó el joven.

El paje repuso que había llegado un caballero que deseaba verle. La reina dijo al recién llegado que mandaría llamar a Lanzarote al momento.

La reina Elaine se hallaba en la sala, donde estaba bordando tapices, y los dos huéspedes se sentaban a ambos lados de ella. Esta Elaine no era una de las hermanas de Cornwall, ya que Elaine era un nombre corriente en aquellos días, y algunas de las mujeres que aparecen en la *Morte d'Arthur* lo ostentaban. Los tres adultos que se hallaban sentados ante la mesa parecían un tribunal de examinadores, en la penumbra de la habitación. Uno de los invitados era un caballero de edad, con barba blanca y capirote puntiagudo, y el otro era una hermosa damisela de cutis oliváceo y cejas poco pobladas. Los tres miraron a Lanzarote, y el anciano caballero fue el primero en hablar.

-¡Hum! -gruñó.

Siguió un silencio.

-De modo que le llamasteis Galahad -agregó-. Su primer nombre era Galahad, y ahora, que está confirmado, es Lanzarote. si no me equivoco.

-¿Cómo lo habéis sabido?

-No hay más remedio -dijo Merlín-. Es una de las cosas que debo saber, y eso es todo. Veamos ahora, ¿qué otras cosas debía yo decir, además de ésta?

La hermosa muchacha de las cejas poco pobladas se colocó una mano ante la boca y bostezó graciosamente, como un gato.

-Dentro de algunos años -prosiguió Merlín-, satisfará sus anhelos y será el mejor caballero del mundo.

-¿Viviré para verlo? -preguntó la reina Elaine.

El mago se rascó la cabeza, se dio un golpe con los nudillos en ella, y repuso:

-Sí.

-Bien -afirmó la reina-, todo esto me parece maravilloso. ¿Lo has oído, Lanza? ¡Vas a ser el mejor caballero del mundo!

El muchacho preguntó entonces:

-¿Habéis venido desde la corte del rey Arturo?

-Sí.

-¿Marcha todo bien, por allí?

-Sí, el rey envía afectuosos recuerdos.

-¿Se siente feliz el rey?

-Desde luego. Ginebra también os manda saludos.

-¿Quién es Ginebra?

-¡Santo cielo! -exclamó el mago-. ¿No sabéis eso? No, claro que no. Tengo el seso un poco trastornado.

Entonces Merlín echó una mirada a la joven, como si ella fuera la culpable de su trastorno... lo cual, en efecto, así era. Se trataba de Nimue, y Merlín se había enamorado de ella, por fin.

-Ginebra es la reina, la esposa de Arturo -intervino Nimue-. Llevan cierto tiempo casados.

-El padre de ella es el rey Leodegrance -explicó Merlín-, y entregó a Arturo, como regalo de bodas, una mesa redonda para un centenar de caballeros. Tal vez caben hasta ciento cincuenta.

-¡Oh! -exclamó Lanzarote, desalentado.

-El rey pensaba informaros, Lanzarote -aseguró Merlín-. Probablemente el mensajero se ahogó durante la travesía, ya que hubo una fuerte tormenta. Sí, estoy seguro de que el rey deseaba comunicároslo.

-¡Oh! -repitió el muchacho, por segunda vez.

Merlín comenzó a hablar con rapidez, pues veía que se trataba de una situación difícil. Por el rostro de Lanzarote no pudo deducir si estaba dolido o no.

-Hasta el momento sólo ha conseguido llenar veintinueve asientos -agregó Merlín-. Aún hay sitio para veintiún caballeros más. Son bastantes. El nombre de los caballeros ha quedado grabado en oro en sus sillones.

Hubo una pausa durante la cual nadie supo qué decir. Por fin Lanzarote carraspeó y dijo:

-Cuando estuve en Inglaterra conocí a un chiquillo llamado Gawain. ¿Acaso el rey le ha nombrado para ocupar un puesto en la mesa redonda?

Merlín asintió, con gesto culpable.

-Fue nombrado el día del casamiento del rey Arturo -manifestó.

-Comprendo.

Se produjo otra larga pausa.

-Esta joven dama -dijo Merlín a continuación, considerando que había que romper el silencio-, se llama Nimue, y estoy enamorado de ella. Estamos pasando una especie de luna de miel los dos juntos, sólo que es una luna de miel mágica. Ahora nos dirigimos hacia Cornwall. Lamento que esta visita mía no pueda prolongarse por más tiempo.

-Mi querido Merlín -repuso la reina-, al menos os quedaréis aquí esta noche, ¿verdad?

-No, muchas gracias, señora. Os lo agradecemos, pero tenemos bastante prisa.

-¿Queréis tomar una copa u otra cosa, antes de seguir vuestro viaje?

-No, gracias. Sois muy amable, señora, pero debemos irnos. Hemos de hacer un poco de magia en Cornwall.

-Una visita tan corta... -comenzó a decir la reina.

Merlín la interrumpió poniéndose en pie y cogiendo a Nimue por una mano.

-Adiós, pues -dijo el mago con decisión, y con un par de giros desapareció con su acompañante.

Aunque los cuerpos ya se habían desvanecido, aún pudo oírse la voz del mago, que decía con tono de alivio:

-Y ahora, cariño, ¿qué te parece si nos vamos a ese sitio de Cornwall del que te he hablado, donde está la cueva encantada?

Lanzarote regresó a donde se hallaba el tío Dap, en la armería, andando cansinamente. El muchacho se detuvo delante de su tío, mientras se mordía los labios.

-Me voy a Inglaterra -dijo al fin.

El tío Dap le miró lleno de asombro, pero no dijo nada.

-Saldré esta misma noche -agregó el joven.

-Me parece algo repentino -manifestó el tío-. Tu madre no suele decidirse con tanta rapidez.

-Mi madre no sabe nada de esto.

-¿Quieres decir que vas a escaparte?

-Si se lo digo a mi padre o a mi madre, se complicarán las cosas. No se trata de una huida, pues regresaré. Pero debo estar en Inglaterra lo antes posible.

-¿Deseas que se lo diga a tu madre?

-Sí, eso es.

El tío Dap se retorció las guías del bigote con mano insegura, Y dijo:

-Si llegan a saber que pude impedírtelo, me cortarán la cabeza.

-No tienen por qué saberlo -repuso el joven, confiadamente, y se dirigió a su habitación para preparar su equipaje.

Una semana más tarde Lancelote y el tío Dap se hallaban en una extraña embarcación, en medio del canal de la Mancha. La nave tenía un castillo a proa, otro a popa, y otro casi en el centro, al lado del mástil. Varios gallardetes flotaban sobre los castillos, y la única vela tenía pintada una cruz potenzada. Un enorme pendón ondeaba en lo más alto del mástil del barco, que avanzaba ayudado por cuatro pares de remos. Los dos pasajeros se encontraban muy mareados.



CAPITULO IV



anzarote cabalgó hacia Camelot, con el corazón lleno de amargura. Resultaba duro para él, aun a los dieciocho años, haber entregado su vida a un soberano para ser olvidado en el momento decisivo. Era triste haber pasado aquellas horas penosas empuñando las pesadas armas entre el polvo de la armería, para enterarse de que Gawain había sido armado caballero antes que él. Y también era doloroso haberse entregado en cuerpo y alma a un ideal, para ver que aquella mezquina mujer le arrebataba el afecto del rey. El joven Lanzarote estaba celoso de Ginebra, y sentíase avergonzado, al propio tiempo, al darse cuenta de ello.

El tío Dap cabalgaba detrás del meditabundo joven en silencio. Sabía algo que el muchacho aún ignoraba, y ello era que había adiestrado al mejor caballero de Europa. Como una yegua que hubiese traído al mundo un espléndido potrillo, el viejo cuidaba de su prodigio. Llevaba los artefactos de combate del muchacho, consciente de que desde aquel momento era el escudero de Lanzarote. Llegaron a un claro del bosque por cuyo centro discurría un arroyo. El agua cantaba entre las limpias piedras. La profundidad era escasa, y en la superficie se reflejaban los rayos del sol que penetraban por el claro. Algunas palomas torcaces arrullaban soñolientas entre las ramas.

Al otro lado de la cantarina corriente se hallaba un corpulento caballero de negra armadura, con su yelmo de justa colocado en posición. Sentábase inmóvil sobre su palafrén negro, y su escudo aún se encontraba en su envoltura de lona, por lo que resultaba imposible divisar el blasón. Tan quieto, tan poderoso en su armadura metálica, y al tener bajada la visera, por lo que no podía vérsele el rostro, el caballero presentaba realmente un aspecto peligroso. No podían saberse sus intenciones, ni el partido que iba a tomar. Constituía una amenaza.

Lanzarote se detuvo, y también lo hizo el tío Dap. El caballero negro hizo avanzar su caballo hasta las aguas poco profundas y tiró de las riendas cuando se encontró delante de los otros dos jinetes. Entonces alzó su lanza a modo de saludo, y señaló con ella hacia un lugar situado a espaldas de Lanzarote. O bien le estaba diciendo que podía volverse por donde había venido, o le indicaba un buen sitio para iniciar la justa.

Sea como fuere, Lanzarote saludó con la mano en alto y se volvió en redondo para dirigirse al lugar designado. Cogió una de las lanzas que le tendía el tío Dap, empuñó el redondo escudo delante de él -lo había llevado a sus espaldas, colgando de una cadena-, y con la misma mano del escudo bajó la visera del yelmo, quedando convertido en un hombre carente de semblante y de expresión.

Los dos caballeros se situaron frente a frente, en ambos extremos del pequeño claro. Luego, sin que nadie diese orden alguna, espolearon sus caballos e iniciaron la embestida. El tío Dap, recostado contra un árbol cercano, no podía disimular su gozo. Sabía lo que iba a ocurrirle al caballero negro, aunque el mismo Lanzarote lo ignoraba, y ello hizo que chasquease los dedos, lleno de contento.

La primera vez que se hace una cosa, ésta suele resultar emocionante. Lanzarote no había intervenido en una justa formal, anteriormente, y por consiguiente no conocía la zozobra de poner la vida en juego. Al comenzar la embestida, se dijo a sí mismo: «Bien, allá voy. Nada puede ayudarme ahora.» Un segundo más tarde comenzó a actuar automáticamente, como lo había hecho contra los muñecos en los entrenamientos.

La punta de la lanza del joven fue a dar bajo el borde de la espaldera del caballero negro, en el lugar más propicio. El caballo de Lanzarote iba ya a galope tendido, mientras que el de su oponente avanzaba al trote. El caballero negro y su montura se vieron impulsados rápidamente hacia la izquierda, perdieron contacto con el suelo unos instantes, y luego se desplomaron en medio de un gran estruendo metálico. Mientras Lanzarote continuaba impulsado por su carrera, alcanzó a ver a su oponente caído en el suelo, entre las patas del caballo y con la lanza rota entre las piernas. El hombre y el animal parecían atemorizados el uno del otro, y se golpeaban con las extremidades, en un esfuerzo por separarse. Al fin el caballo se afirmó sobre las patas traseras y alzó la grupa, al tiempo que el caballero se sentaba en la hierba y quitábase un guantelete como si tuviera intenciones de frotarse la dolorida cabeza. Lanzarote tiró de las riendas y guió su caballo hasta donde estaba su enemigo.

Por lo general, cuando un caballero era desmontado por otro con la lanza, solía encolerizarse y culpar de ello a su caballo, insistiendo en proseguir la lucha a pie, con las espadas. Solía decir algo así como: «Este maldito jamelgo me ha fallado, pero os aseguro que no ocurrirá lo mismo con la espada que fuera de mi padre.»

El caballero negro, sin embargo, no obró de ese modo. Evidentemente era un personaje más alegre de lo que parecía indicar el color de su armadura, ya que se apoyó con ambas manos en la hierba, aún sentado en el suelo, y lanzó un resoplido que indicaba su sorpresa y admiración. Luego se quitó el yelmo y se secó la frente con una mano. En el escudo, que los cascos del caballo habían abollado, se veía un dragón rampante en gules.

Lanzarote dejó caer su lanza sobre unas matas, bajóse del caballo rápidamente y se arrodilló al lado del caballero. De nuevo se le veía rebosante de devoción. Era característico del rey Arturo no perder el dominio de sí mismo, y permanecer sentado en el suelo, resoplando con admiración cuando le habían hecho caer del caballo de una buena embestida.

-Señor, perdonad -dijo Lancelote, quitándose el yelmo humildemente, e inclinando la cabeza a la manera francesa. El rey comenzó a ponerse en pie y exclamó muy agitado:

-¡Lanzarote! ¡Pero si es Lanzarote! Sí, sois el hijo del rey Ban. Recuerdo haberos visto cuando volvimos de la batalla de Bedegraine. Pero, ¡qué caída! Jamás había visto nada parecido. ¿Dónde habéis aprendido eso? Ha sido magnífico. ¿Veníais a mi corte? ¿Cómo se encuentra el rey Ban? ¿Y vuestra encantadora madre? En verdad, querido muchacho, esto es espléndido.

Lanzarote observó al rey Arturo, que le tendía ambas manos para que le ayudase a ponerse en pie, y todos sus resentimientos se desvanecieron.

Montaron en sus caballos y se alejaron en dirección al palacio, el uno al lado del otro, olvidando al tío Dap. Ambos tenían tanto que contarse, que hablaban a la vez, sin cesar. Lanzarote le dio imaginarios mensajes del rey Ban y de la reina Elaine, y Arturo dijo que Gawain había dado muerte a una mujer. Añadió que el rey Pelinor se había vuelto tan valiente desde su casamiento, que durante un torneo dio muerte sin querer al rey Lot de Orkney. También manifestó que la orden de la Tabla Redonda seguía adelante, aunque muy lentamente, y que ahora que Lanzarote había llegado marcharía mejor.

Lanzarote fue armado caballero el primer día de su llegada. Pudo haber sido armado en el curso de los dos años anteriores, pero se negó a recibir el espaldarazo de otro que no fuera el rey Arturo. La misma noche de la ceremonia, Lanzarote fue presentado a la reina Ginebra. Hay quien afirma que el cabello de la reina era rubio, pero eso no es verdad. Era tan negro que causaba asombro, y sus ojos, de un azul profundo, miraban con tal audacia que también llamaba la atención. A la reina le sorprendió el huraño rostro del joven, pero no le provocó temor.

-Este es Lanzarote -dijo el rey, colocando la mano de su esposa sobre la del joven-, de quien ya te he hablado, y que va a convertirse en el mejor de mis caballeros, pues jamás he visto alguien que me hiciera caer del caballo como él lo hizo. Deseo que seas atenta con él, Ginebra. Su padre es uno de los mejores amigos que tengo.

Lanzarote besó fríamente la mano de la reina.

Esta no advirtió nada de particular en él, si bien su mente se hallaba llena de las imágenes que sobre Lanzarote se había forjado previamente. El joven no vio en ella más que a la persona que le había robado el afecto de Arturo, y puesto que los ladrones son gente insidiosa e implacable, así se imaginó Lanzarote a la reina.

-Me alegra conoceros -dijo ella.

Arturo, por su parte, agregó:

-Tendremos que ponerle al corriente de lo que ha sucedido desde que se marchó de aquí: ¡Cuántas cosas hay que contarle! ¿Por dónde podemos comenzar?

-Empezad con lo relativo a la Tabla Redonda -sugirió el joven caballero.

-¡Cielos! -exclamó la reina, al tiempo que sonreía a Lanzarote. Luego agregó-: Arturo no hace más que pensar en eso constantemente. Incluso sueña con ello por la noche. Si empieza a hablar de la Tabla Redonda, no terminará hasta dentro de una semana.

-Las cosas no van mal -manifestó el rey-. Hay que tener en cuenta que un asunto tan importante no puede marchar siempre a la perfección. La idea está ahí, y la gente empieza a comprenderla, que es lo que interesa. Estoy seguro de que al final será un gran éxito.

-¿Qué hay de la facción de Orkney? -Entrarán en el redil con el tiempo.

-¿Está aquí Gawain?

El rey pareció sentirse un tanto incómodo, y por fin contestó:

-Sí, está aquí junto con dos de sus hermanos, Gaheris y Agravaine. La reina Morghause, su madre, los crió con tan poco afecto que no llegan a comprender a las gentes bien intencionadas. Son suspicaces y asustadizos, y no penetran en la idea de la Orden como yo lo quisiera. Pero realmente no tienen ellos toda la culpa de que así sea.

-Arturo celebró la primera fiesta de Pentecostés el mismo año que nos casamos -dijo la reina-. Luego envió a todos los caballeros en busca de aventuras, para ver cómo resultaba la idea. Cuando regresó, Gawain había cortado la cabeza a una mujer, y hasta el viejo y querido Pelinor se mostró incapaz de salvar a una damisela en peligro. Arturo montó en cólera.

-Insisto en que Gawain no tuvo la culpa -repuso Arturo-. Es un buen muchacho y le tengo simpatía. La culpa fue de aquella mujer.

-Es de suponer que las cosas hayan marchado mejor desde entonces -dijo Lanzarote.

-Sí. Es un asunto lento, desde luego, pero estoy seguro de que la situación ha mejorado.

-¿Estaba apenado Pelinor por la muerte de Lot?

-En efecto -contestó Arturo-. Aunque no tenía por qué sentirse así, ya que fue una de sus confusiones. Lo malo es que se ha vuelto tan valiente desde que se casó con la hija de la reina de Flandes, que no deja de intervenir en ningún torneo, y muy a menudo vence. Cuando dio muerte sin querer al rey Lot, los muchachos de Orkney juraron vengar a su padre, y están siempre buscando motivos para desafiar al bueno de Pelinor. Tengo dificultades para hacer que se contengan.

-Lanzarote os ayudará -dijo la reina-. Será un alivio poder contar con el auxilio de un buen amigo.

-Así es. Y ahora, Lanza, supongo que desearás ver tu habitación.

Se hallaban ya en la segunda mitad del verano, y los nobles de Camelot que gustaban de la cetrería estaban concluyendo las últimas etapas del entrenamiento de los halcones peregrinos. El buen cetrero puede hacer que su halcón remonte el vuelo con rapidez y aprenda en seguida. Los menos capacitados no conseguían que sus aves echaran a volar a su debido tiempo. Así pues, todos los halcones de Camelot estaban tratando de demostrar lo hábiles que eran, y por todas partes, si miraba uno hacia los campos, veía a los afanosos propietarios de halcones ocupándose de sus aves y disputando con sus ayudantes. La cetrería, según señalaba Jaime I, es una actividad que exacerba las pasiones. Eso se debe a que los propios halcones son pájaros muy furiosos, que contagian a los hombres que los adoptan.

Arturo regaló a sir Lanzarote un gerifalte para que pudiera distraerse en los ratos libres. Ello constituía un gran honor, ya que los gerifaltes sólo eran utilizados por los reyes. Al menos, eso es lo que la abadesa Juliana Berners nos cuenta... tal vez incorrectamente. Al emperador le correspondía un águila, al rey un gerifalte, y después seguía el conde con

un halcón peregrino, la dama con un azor, el terrateniente con un halcón y el gavilán para el clérigo.

Lanzarote mostróse muy contento con el regalo, y se aplicó rápidamente a enseñarle en competencia con otros irritables halconeros que no cesaban de criticar los métodos de los demás, y se lanzaban pullas envenenadas o miradas llenas de bilis.

El gerifalte que había recibido Lanzarote como regalo no se hallaba precisamente en la época del cambio de plumas. Al igual que Hamlet, estaba gordo y jadeaba con facilidad. Su larga reclusión en el pabellón de cetrería, mientras estuvo cambiando el plumaje, le había vuelto arisco y temperamental. Por tal razón Lanzarote tuvo que hacerle volar sujetándole con una cuerda para que no escapase.

Si conocéis ese método sabréis bien lo molesto que es. En la actualidad se utiliza para ello un carrete de caña de pescar, lo que hace más fácil recobrar el hilo. Pero en los días de Lanzarote no había carretes de ese tipo, y había que recoger el hilo formando un ovillo. Dos circunstancias muy penosas se producían entonces: la Primera era que en vez de un ovillo solía obtenerse un tremendo embrollo de cuerdas, y la segunda que si se hacía volar al halcón en un campo que no estuviese bien segado, la cuerda se enredaba en las matas o en las hierbas altas, y el entrenamiento del ave resultaba una pesadilla. Por todo ello Lanzarote, al igual que los demás coléricos halconeros, vagaba en torno a Camelot en un crudo ambiente de rivalidad, de hilos enredados y de halcones que aleteaban torpemente.

El rey Arturo había pedido a su esposa que fuera amable con el joven caballero. Ginebra quería a su marido, pero no dejaba de reconocer que le atraía también Lanzarote. Le gustaba su rudo semblante, por desagradable que fuese, y además, tenía que cumplir la voluntad de su esposo cuando le rogó que tratara bien al recién llegado. En Camelot había falta de criados que ayudasen en las tareas de cetrería, a causa de los muchos caballeros que estaban dedicados a éstas en esos momentos. En consecuencia, la misma Ginebra comenzó a ir con Lanzarote, para ayudarle al menos a hacer unos ovillos decentes.

Lanzarote no concedió gran importancia a la reina. «Ahí viene esa mujer», se decía, o bien, «ya se va esa mujer». Se hallaba dominado ya por el ambiente halconero, que no era muy adecuado para las mujeres, y apenas si reparaba en la presencia de Ginebra. Le criaron con esmero, y a pesar de su fealdad llegó a ser un joven sumamente educado y demasiado limpio de espíritu para poder alentar un bajo pensamiento por mucho tiempo. Sus celos se convirtieron en indiferencia, por lo que a la reina se refería, y siguió adelante con el adiestramiento del gerifalte, sin dejar de agradecer por ello a Ginebra la ayuda que le proporcionaba.

Un día la cuerda se enredó a fondo en un arbusto, y a consecuencia de una cena demasiado abundante la noche anterior, el halcón se hallaba de un humor endemoniado, no tardando en contagiar a Lanzarote. Ginebra, que no era muy diestra con esas aves ni tenía demasiado interés por ellas, asustóse ante el ceño del joven caballero y comenzó a obrar

torpemente. Trataba de ayudar lo mejor que podía, pero su confusión empeoraba las cosas, y con la mejor voluntad del mundo hizo un lío fenomenal con la cuerda y el ovillo.

Lanzarote le quitó el ovillo de las manos con un ademán muy poco cortés.

-Esto está mal -dijo secamente, y comenzó a deshacer el ovillo manifiestamente irritado, mientras arrugaba tremendamente el entrecejo.

Ginebra se levantó, herida en lo más íntimo. El joven, advirtiendo lo que había hecho, también se alzó. El gerifalte dejó de aletear. Cesó hasta el rumor de las hojas.

En ese momento Lanzarote se dio cuenta de que había ofendido a una dama, que además de ser reina era de su propia edad. Vio en los ojos de ella su sorpresa y su gran desencanto. Ginebra le había ayudado con la mejor voluntad, y él se lo agradecía con malos modos. Pero lo más grave del caso es que Ginebra era un miembro de la realeza, no una mozuela alocada. Era una mujer hermosa que pensaba y sentía profundamente.



CAPITULO V

Las dos primeras personas que advirtieron que Lanzarote y Ginebra estaban enamorándose fueron el tío Dap y el propio rey Arturo. Este advertido al respecto por Merlín -el cual había sido encerrado en su cueva por la veleidosa Nimue-, inconscientemente había temido que ocurriese aquello. Pero desconfiando siempre de las predicciones, resolvió apartar de su mente tales pensamientos. La reacción del tío Dap consistió en sermonear a su discípulo cuando se hallaban un día en el pabellón de cetrería.

-¡Ira del cielo! -dijo el tío Dap, y añadió otras exclamaciones por el mismo tenor-. ¿Qué es esto? ¿Qué estás haciendo? ¿Es propio del mejor caballero del mundo olvidarse de mis enseñanzas sólo porque te han encandilado los hermosos ojos de una mujer? ¡Y una mujer casada! ¡Con un rey, además!

-No sé de qué me estás hablando, tío Dap.

-¿No lo sabes? ¡Rayos y centellas! -gritó el anciano-. Te estoy hablando de Ginebra, ¿o no habías caído en ello?

Lanzarote cogió a su tío por los hombros y le hizo sentar sobre un cofre.

-Mira, tío -comenzó diciendo con decisión-, precisamente deseaba hablar contigo. ¿No crees que es hora de que regreses a Benwick?

-¡A Benwick! -exclamó el tío Dap, como si le hubiesen dado una puñalada.

-Sí, a Benwick. No puedes seguir fingiendo toda la vida que eres mi escudero. En primer lugar, eres hermano de dos reyes, y por otra parte, tienes tres veces mi edad. Eso iría contra las leyes de la Caballería.

-¡Puaf, las leyes de la Caballería! -replicó por una vez el anciano.

-No debieras decir puaf.

-¡Y pensar que yo te he enseñado todo lo que sabes, y es a mí precisamente a quien quieres hacer volver a Benwick! Y eso sin haber demostrado siquiera lo que vales realmente. Si no te he visto usar de verdad tu espada, tu Joyeux... Eso es ingratitud, perfidia, traición. ¡Ah, por todos los demonios! ¡Por mi fe! *¡Parbleu!*

Y el excitado anciano siguió profiriendo una sarta de gálicas maldiciones, incluyendo la que se atribuye a Guillermo el Conquistador, de *Per Splendorem Dei,* y el *Pasque Dieu,* que según el rey Luis XI era el colmo de los juramentos. Ya en aquella vena de impías exclamaciones reales, prosiguió con las de Rufus, de Enrique I, de Juan y de Enrique III, que eran, respectivamente, por la santa faz de Lucca, por la muerte del Señor, por los dientes de Dios y por la cabeza de Dios. El gerifalte, que parecía muy contento oyendo aquella retahíla, agitó las alas alegremente, como una doncella que sacude una alfombra por la ventana.

-Está bien, si no quieres marcharte no te vayas -dijo Lanzarote-; pero, por favor, te ruego que no me hables de la reina. No puedo remediar el que nos tengamos afecto el uno al otro. Al fin y al cabo, nada de malo hay en que dos personas se tengan cariño, ¿no es así? La reina y yo no somos

unos villanos. Cuando comenzaste a hablarme de ella, parecías querer dar a entender que existía algo sospechoso entre nosotros. Es como si me creyeras capaz de una bajeza, como si yo no tuviese honor. Por favor, no vuelvas a mencionar de nuevo ese tema.

El tío Dap hizo girar los ojos en las órbitas, se mesó el pelo, mordióse los nudillos y agregó otros ademanes para expresar su astado de ánimo. Pero desde entonces no volvió a referirse al tema.

La reacción de Arturo ante el problema que se le presentaba fue algo más complicada. La advertencia de Merlín acerca de la reina y del mejor amigo que él tenía, llevaba en sí una semilla de contradicción, ya que nadie puede ser el mejor amigo si es a la vez un traidor. Arturo sentía adoración por su Ginebra, de cutis de pétalo de rosa, y sintió un respeto instintivo por Lanzarote, lo que no tardó en convertirse en verdadero afecto. Ello hacía que le resultase más difícil albergar sospechas.

Por fin decidió que la mejor forma de resolver el problema sería llevarse a Lanzarote con él a la Guerra Romana. De ese modo el joven se separaría de Ginebra. Le sería grato ir acompañado de su discípulo, un excelente soldado, tanto si las predicciones de Merlín eran ciertas como si no lo eran.

La Guerra Romana era un complicado asunto que estuvo incubándose durante muchos años. Pero no necesita preocuparnos demasiado. A su modo fue la consecuencia lógica de la batalla de Bedegraine, la continuación de la lucha a escala europea. La idea feudal de la guerra para obtener rescates había quedado desterrada en Britania, pero no en el extranjero, y ahora los cazadores de botines pretendían caer sobre el recién coronado rey. Un caballero llamado Lucio, que a la sazón era dictador de Roma -y resulta extraño comprobar que Malory emplea la palabra «dictador»-, envió una embajada exigiendo el pago de un tributo por parte de Arturo (se llamaba tributo antes de la batalla, y rescate después de la misma), a lo cual el rey, después de consultar con su Parlamento, contestó que no pensaba satisfacer tal pretensión.

La consecuencia, el dictador le declaró la guerra. Al propio tiempo el romano envió sus mensajeros a todos los puntos del mundo conocido, para reunir aliados. No tenía menos de dieciséis reyes marchando con él desde Roma, por la Alta Germania, cuando iba en camino para guerrear con los ingleses. Tenía aliados de Ambagia, Arragia, Alejandría, India, Hermonia, Eufrates, Elamia, Arabia, Egipto, Damasco, Damieta, Cayer, Capadocia, Tracia, Turquía, Pampoilla, Surria y Galacia, además de otros de Grecia, Chipre, Macedonia, Calabria, Portingale, Catelandia, además de muchos miles de españoles.

A las pocas semanas de haberse enamorado Lanzarote y Ginebra, Arturo tuvo que cruzar el Canal para encontrarse con sus enemigos en Francia, y en consecuencia decidió llevarse con él al joven caballero. En esa época Lanzarote no era aún reconocido como caballero jefe de la Tabla Redonda. En el momento al que nos referimos sólo había celebrado una justa, la que sostuvo con el mismo Arturo, y el capitán reconocido de los caballeros era Gawain.

Lanzarote se disgustó al ver que le alejaban de Ginebra, pero más que nada porque ello implicaba una falta de confianza. Además, enteróse de que sir Tristán se había quedado con la esposa del rey Mark de Cornualles, en una ocasión similar. No comprendía por qué no podían dejarle con la reina Ginebra, ahora que ocurría lo mismo.

No hay necesidad de relatar todo lo concerniente a la campaña de la Guerra Romana, aunque ésta duró varios años. Era el tipo corriente de contienda, con grandes embestidas y vocerío por ambas partes, poderosos encuentros y notables proezas y hechos de armas. Era Bedegraine en gran escala, y allí también se negó Arturo a considerar la guerra como una empresa deportiva o comercial, si bien la lucha tuvo algunas características propias. El pelirrojo Gawain perdió la paciencia en el curso de una embajada a la que había sido enviado, y mató a un enemigo en plenas negociaciones. Sir Lanzarote intervino en una terrible batalla en la que sus hombres se encontraban en inferioridad de tres a uno. En ella dio muerte al rey Lyly y a tres grandes personajes llamados Alakuke, Herawd y Heringdale. Durante esa campaña se dio buena cuenta de tres notorios gigantes, dos de ellos por el mismo Arturo. Por fin, y en el último encuentro, Arturo propinó al emperador Lucio tal golpe en la cabeza con su Excalibur, que se la partió hasta el cuello.

Más tarde se descubrió asimismo que habían muerto en combate el rey de Egipto y el de Etiopía -un antepasado de Haile Selassie-, así como diecisiete caballeros de otros países y sesenta senadores romanos. Arturo colocó sus cuerpos en suntuosos ataúdes, y sin ninguna intención sarcástica los envió al alcalde de Roma, en lugar del tributo que le había sido exigido. Esto indujo al alcalde, y a casi toda Europa, a aceptar a Arturo como señor supremo. Los reinos de Pleasance, Pavía, Petersaint y Puerto Tremble le rindieron pleitesía.

Durante esta contienda Arturo llegó a cobrar verdadero afecto a Lanzarote, y para la época en que regresaron a casa, el rey ya no creía en la profecía de Merlín, que casi había olvidado. Lanzarote fue reconocido como el mejor caballero de sus tropas. Ambos estaban decididos en su yo interior a que Ginebra no empañase su amistad, y así los primeros tiempos transcurrieron sin mayores complicaciones.



CAPITULO VI



ué idea tenía la gente acerca de sir Lanzarote en esta época? Quizá sólo le consideraban como el poco agraciado joven que descollaba en el combate. Pero Lanzarote era más que eso. Era un caballero que poseía el característico respeto medieval por el honor.

Hay una frase que uno suele escuchar en los distritos rurales, incluso hoy día, y que resume aquella cualidad. Los granjeros la usan en Irlanda, a modo de cumplido, y dicen: «Fulano de Tal tiene palabra. Siempre cumple lo que promete.»

Lanzarote tenía palabra, y la consideraba, al igual que las ignorantes gentes del campo, como la más valiosa de las posesiones de un hombre.

Pero lo curioso del asunto es que en el mantenimiento de su fe en sí mismo y en los demás, tenía una forma contradictoria de proceder que estaba muy lejos de ser ideal. Su palabra era valiosa para él no sólo porque era leal, sino también porque era malo. La gente mala es la que necesita tener principios para que éstos les refrenen. En primer lugar, a Lanzarote le gustaba hacer daño a sus semejantes. Pero tal vez por esta misma razón, por ser cruel, jamás daba muerte a una persona que le pedía merced, ni hacia daño alguno que pudiera evitar. Uno de los motivos por los que se enamoró de Ginebra fue porque vio que le hacía daño. Nunca se hubiera fijado en ella, como mujer, de no haber advertido el dolor que trascendía de su mirada.

La gente posee extraños designios para llegar a ser santos. Un hombre que no hubiese tenido escrúpulos de conciencia, seguramente se habría escapado con la mujer de su amigo, en cuyo caso la tragedia de Arturo no hubiera tenido lugar. Un individuo corriente, que no se pasara la mitad de su vida atormentándose para diferenciar lo que estaba bien de lo que estaba mal, sin duda habría cortado por lo sano.

Cuando los dos amigos llegaron a Inglaterra, concluida la Guerra Romana, la flota de Arturo desembarcó sus efectivos en la localidad de Sandwich. Era un día gris de setiembre, en el que las mariposas azules y rojizas revoloteaban sobre la hierba, las perdices lanzaban su reclamo agudamente, como grillos, y las moras iban tomando su color oscuro. La reina Ginebra se encontraba en la playa para recibirlos, y lo primero que Lanzarote comprendió, una vez que ella hubo besado al rey, fue que Ginebra podía crear un conflicto entre él y el soberano.

Sintió Lanzarote como si en las entrañas se le hiciera un nudo, pero saludó cortésmente a la reina. En seguida fue a acostarse a la posada que encontró más a mano, pero permaneció despierto toda la noche. Por la mañana pidió a Arturo que le permitiera ausentarse de la corte.

-Pero si apenas hemos llegado -replicó el rey-. ¿Por qué deseas marcharte tan pronto?

-Es necesario que me vaya.

-¿Dices que es preciso? ¿Qué significa eso? Lanzarote apretó los puños hasta que sus nudillos se volvieron blancos, y agregó:

-Quiero correr aventuras.

-Pero Lanzarote...

-¿No fue fundada la Tabla Redonda para eso? Los caballeros deben ir en busca de aventuras; deben luchar contra la opresión. ¿Por qué pretendéis detenerme? No hago más que lo que debo.

-Vamos, vamos -repuso el rey-, no necesitas ponerte así. Si deseas marcharte puedes hacerlo. Sólo pensaba que resultaría agradable tenerte con nosotros un tiempo. No te enfades, Lanza. No me explico qué te sucede.

-Volved pronto -terció la reina.

CAPITULO VII



ste fue el comienzo de las célebres aventuras de Lanzarote. No las llevó a cabo para lograr fama ni por mera distracción, sino para mantenerse alejado de Ginebra. Era una lucha para salvar su honor, no para acrecentarlo. Vamos a describir una de estas aventuras con detalle, a fin de demostrar la forma en que Lanzarote trataba de apartar de su mente el problema que le preocupaba, y para que se aprecie cómo actuaba para mantener su famoso honor. También nos dará una idea del estado en que se hallaba Inglaterra, lo que motivó el deseo de Arturo de obrar en favor de la justicia.

No es que el rey fuera una persona excesivamente escrupulosa, sino que realmente las tierras de Gramarye se hallaban en tal estado de anarquía, en los comienzos del reinado, que se precisaba algo como la Tabla Redonda para que el país pudiera sobrevivir. Las contiendas contra reyes como Lot habían cesado, pero no se había logrado dominar a los altivos barones, que vivían como crueles reyezuelos en sus propios dominios. Estos nobles solían arrancar los dientes a los judíos para que les entregaran su dinero, o bien tostaban sobre una hoguera a algún obispo que les contradecía. Los villanos que pertenecían a amos desalmados podían recibir un baño de plomo derretido, o eran empalados, o se los morir después de haberles sacado los ojos, o se arrastraban de rodillas por los caminos, por haberles sido cortados ambos tendones de Aquiles.

Las contiendas entre señores feudales siempre iban en perjuicio de los pobres y los desvalidos, así como de los soldados, pues si ocurría que un caballero fuese desmontado en plena batalla, se hallaba tan bien protegido que resultaba difícil hacerle daño. Felipe Augusto de Francia, por ejemplo, se vio derribado y rodeado de enemigos en la célebre batalla de Bouvines. No obstante, los infantes fueron incapaces de hacerle el menor daño, tan segura era su armadura. Poco después le rescataron y prosiguió luchando con mayor energía, ya que estaba enardecido. Pero el relato de la primera aventura de Lanzarote hablará por sí mismo acerca de esos penosos días en que imperaba la fuerza bruta.

En la frontera de Gales habitaban dos barones llamados sir Carados y sir Turquine, que eran de ascendencia céltica. Estos dos tradicionales caballeros no se habían sometido a Arturo, y consideraban que no debía existir otra forma de gobierno que no fuese la presidida por la fuerza. Poseían castillos recios y malignos partidarios que hallaban más ocasiones de poner en juego su maldad bajo el mando de aquellos señores implacables que con otros más justos. Vivían como las águilas, medrando a costa de los seres débiles. En verdad resultaría injusto compararlos con las águilas, ya que éstas suelen ser aves nobles, mientras que sir Turquine en modo alguno podía ser considerado como noble. De haber vivido en nuestra época seguramente habría sido recluido en un manicomio y sus amigos, previamente, le hubiesen exhortado a que se hiciera psicoanalizar por un especialista.

Cierto día, cuando Lanzarote llevaba cerca de un mes en pos de aventuras, alejándose más y más de donde ansiaba estar, por lo que cada paso que daba suponía un tormento para él, cierto día, como decimos, el joven encontróse con un caballero de armadura completa, jinete sobre una corpulenta yegua y que llevaba a otro caballero cruzado sobre su silla. Éste, que se encontraba desmayado aparecía cubierto de sangre y en muy mal estado. Su cabeza colgaba a un lado de las ancas de la yegua. Tenía el pelo de color rojizo. El que lo había capturado era un hombre de colosal estatura y Lanzarote reconoció en él, por su blasón, a sir Carados.

-¿Quién es vuestro prisionero? -le preguntó Lanzarote.

Carados alzó el escudo del caballero que llevaba detrás de él, y Lanzarote pudo ver una media aspa en gules, entre tres cardos.

-¿Qué pensáis hacer con sir Gawain? -preguntó Lanzarote cuando le hubo reconocido.

-Ocupaos de vuestros asuntos -repuso sir Carados. Gawain debió de recuperar el sentido en el momento en que la yegua se detenía, ya que se le oyó decir débilmente:

-¿Sois vos, sir Lanzarote?

-Yo soy, Gawain. ¿Os encontráis mal?

-Por ahora no del todo, a menos que no me socorráis, pues de no hacerlo vos, no ha nacido caballero que lo consiga.

Gawain hablaba formalmente en la Alta Lengua de la Caballería, pues en aquellos tiempos, en todos los países solía haber dos formas de hablar, como ocurría en Flandes con el Alto y Bajo Flamenco, y en Inglaterra con el normando (francés) y el sajón (inglés).

Lanzarote miró a sir Carados y dijo en lengua popular:

-¿Queréis dejar libre al prisionero, y luchar luego conmigo?

-Sois un necio -repuso sir Carados-, pues acabaréis de la misma forma.

No obstante, dejó a sir Gawain en el suelo, atado como estaba para que no pudiera huir, y se preparó para la batalla. Sir Carados llevaba escudero, pero Lanzarote había dejado al tío Dap en Camelot. Prefería arreglárselas solo.

La justa fue diferente a la sostenida con Arturo. En primer lugar, los dos contrincantes estaban ahora más igualados en fuerzas, y en la embestida a caballo con que iniciaron el combate, ninguno de los dos resultó desmontado. Redujeron las respectivas lanzas a astillas, pero se mantuvieron sobre sus caballos, que resistieron también el encontronazo.

En el combate con espada que siguió, Lanzarote demostró ser el mejor de los dos. Después de más de una hora de lucha, logró dar a su oponente un terrible mandoble que le hundió el yelmo aplastándole la cabeza. Entonces, mientras Carados, ya muerto, se tambaleaba sobre la silla de su caballo, Lanzarote le cogió por el cuello, le arrojó al suelo, y desmontando al momento le cortó la cabeza. Luego procedió a liberar a Gawain, el cual se lo agradeció de todo corazón. En seguida siguió Lanzarote su camino, sin volver a pensar en Carados. Encontró un tiempo después a un primo suyo, sir Lionel, y ambos continuaron juntos, en busca de algún agravio que reparar. Pero no hicieron bien en olvidar a sir Carados.

Un día, cuando llevaban cabalgando juntos cierto tiempo, llegaron a un bosque en medio del bochorno del mediodía. Lanzarote sentíase aún tan apesadumbrado por la lucha interior que sostenía para olvidar a la reina Ginebra, y estaba tan agotado por el calor, que se creyó incapaz de seguir adelante. Lionel también tenía mucho sueño, por lo que decidieron echarse en la hierba, debajo de un manzano, después de soltar a los caballos para que pacieran. Lanzarote se durmió en seguida, pero el zumbido de los moscardones mantuvo despierto a sir Lionel, y entonces pudo ver algo singular.

Divisó a tres caballeros con armadura completa que galopaban sobre sus corceles como para salvar la vida, y que eran perseguidos por un solo jinete. Los cascos de los caballos hicieron temblar el suelo, por lo que resultaba extraño que Lanzarote no se hubiera despertado. Por fin, el caballero solitario acorraló a los otros tres y los hizo desmontar, tomándolos prisioneros.

Lionel era un joven ambicioso, y pensó que allí tenía una buena ocasión para restarle fama a su famoso primo. Por lo tanto se puso en pie silenciosamente, acomodóse un poco la armadura y montó en su caballo para ir a desafiar al vencedor. Un minuto más tarde yacía igualmente en el suelo, y el otro le ataba con una cuerda, como a los demás. Antes de que Lancelote se hubiera despertado, el extraño cortejo había desaparecido. El misterioso caballero que había reducido a sus cuatro oponentes era sir Turquine, hermano del Carados que Lanzarote había matado hacía poco. Turquine tenía por costumbre llevarse los cautivos a su tétrico castillo, donde les quitaba las ropas y como entretenimiento les daba golpes hasta baldarlos.

Aún seguía dormido Lanzarote cuando pasó por allí otra comitiva. En el centro de ella se veía un palio de seda amarilla que sobre cuatro lanzas sostenían otros tantos caballeros ataviados suntuosamente. Debajo del dosel cabalgaban cuatro reinas de mediana edad, sobre mulas blancas, ofreciendo un espectáculo desusado. Pasaba el cortejo ante el manzano de Lanzarote, cuando su corcel lanzó un fuerte relincho.

La reina Morgana le Fay, que era la mayor de las cuatro soberanas -todas ellas hechiceras-, mandó detener la comitiva y se acercó al dormido Lanzarote. Éste tenía un aspecto amenazador, tendido con su armadura entre las hierbas.

-¡Es sir Lanzarote! -exclamó.

Nada se difunde más rápido que el escándalo, de modo que las cuatro reinas -más aún siendo gentes sobrenaturales-, estaban enteradas de que Lanzarote se hallaba enamorado de Ginebra. También sabían que era el caballero más valiente del mundo. En ese aspecto sentían celos de Ginebra, y se llenaron de gozo al ver la ocasión que se les presentaba. Luego empezaron a discutir sobre cuál sería la que ejerciera sus poderes mágicos sobre Lanzarote.

-No es necesario que nos peleemos -dijo Morgana-. Le hechizaré para que no se despierte hasta dentro de seis horas. Cuando le tengamos a

buen recaudo en mi castillo, él mismo podrá elegir por quién prefiere dejarse encantar.

Así se hizo, y el dormido campeón fue llevado sobre su escudo por dos caballeros hasta el castillo Chariot. Éste ya no tenía el aspecto de un edificio hecho de comida, sino el ordinario de una fortaleza de piedra. Una vez dentro pusieron a Lanzarote en una estancia fría y sin muebles, y allí le dejaron hasta que se disipara el encantamiento.

Cuando Lanzarote se despertó, no sabía dónde se encontraba. El cuarto se hallaba a oscuras, y tenía el aspecto de un calabozo. Permaneció tendido en la oscuridad preguntándose qué ocurriría a continuación. Más tarde comenzó a pensar en Ginebra.

Poco después una rubia damisela se presentó con la comida y le dijo alegremente:

-¿Cómo os encontráis, sir Lanzarote?

-No lo sé, joven dama. No sé cómo he llegado hasta aquí, de modo que tampoco es extraño que ignore cómo me encuentro.

-No tenéis por qué asustaros -repuso ella-. Si sois un hombre tan valiente como se dice, os podré ayudar mañana por la mañana.

-Muchas gracias. Tanto si me podéis ayudar como si no lo hacéis me gustaría que no os olvidarais de mí.

A continuación la joven se marchó.

Por la mañana oyóse un estrépito de cerrojos y de goznes enmohecidos, y varios servidores con cotas de malla penetraron en el calabozo. Se alinearon a ambos lados de la puerta, y las reinas magas entraron en la estancia, ataviadas con sus mejores galas. Cada una de ellas hizo una reverencia a sir Lanzarote. Éste se puso en pie cortésmente e inclinóse ante cada una de las reinas. Morgana hizo la presentación diciendo que eran las reinas de Gore, Northgalis, Eastland y de las Islas Exteriores.

-Y ahora -agregó Morgana-, no es necesario que nos digáis quién sois, pues conocemos vuestra identidad. Sois sir Lanzarote del Lago, y estáis enamorado de la reina Ginebra. Se os considera el mejor caballero del mundo, y por ello os quiere esa mujer. Pero eso se ha terminado. Nosotras, las cuatro reinas, os tenemos en nuestro poder, y tendréis que elegir como amante a una de las cuatro. Debéis escoger vos mismo a una de nosotras. ¿A cuál elegís?

-¿Cómo podría yo contestar a algo semejante? -manifestó Lanzarote.

-Es preciso que lo hagáis.

-En primer lugar -dijo él-, lo que decís acerca de mí y de la reina de Inglaterra no es cierto. Ginebra es la dama más fiel que existe. Si me hallase libre y tuviera mi armadura, lucharía contra cualquier caballero que designarais para demostrar que es cierto lo que digo. Aparte de esto, no seré amante de ninguna de vosotras. Lamento ser descortés, pero es cuanto puedo decir.

-¿Lo habéis decidido? -preguntó Morgana.

-Sí.

-¿Eso es todo?

-Sí.

Las cuatro reinas hicieron otra reverencia llena de dignidad y salieron del calabozo. Los centinelas dieron media vuelta con elegancia y sus lanzas percutieron de nuevo sobre el suelo. Las antorchas desaparecieron por la puerta. Luego ésta retumbó al cerrarse, chirrió la llave y los cerrojos chasquearon al quedar encajados.

Cuando la rubia damisela se presentó a la mañana siguiente con la comida, dio señales de querer hablar con Lanzarote. Éste notó que era una muchacha voluntariosa, acostumbrada seguramente a hacer lo que quería.

-Dijisteis que podríais ayudarme, ¿no es cierto? -preguntó Lanzarote.

La muchacha le miró recelosamente y repuso:

-Estoy dispuesta a ayudaros si sois de verdad quien aseguran. ¿Es vuestro nombre sir Lanzarote, realmente?

-En efecto.

-Voy a ayudaros, si a la vez me ayudáis a mí -dijo ella.

Entonces la muchacha rompió a llorar.

Mientras solloza la damisela, lo que hacía de un modo especial Y encantador, será mejor que hablemos acerca de los torneos que tenían lugar en Gramarye en aquellos tiempos. El verdadero torneo era diferente que la justa. En ésta los caballeros luchaban con lanzas o espadas por parejas y por un trofeo o recompensa. El torneo, en cambio, se parecía más a un combate. Un grupo de caballeros se situaba a cada lado del campo, de modo que habían veinte o treinta por cada bando, y luego se embestían sin orden ni concierto. Estas batallas en masa tenían gran importancia, y así, por ejemplo si un caballero pagaba el canon para intervenir en el torneo, el mismo le servía para tomar parte en la justa. Pero si sólo abonaba el exigido para la justa, no se le permitía intervenir en el torneo. En las escaramuzas entre muchos caballeros solían abundar los heridos graves. No resultaba un mal espectáculo, siempre que hubiese el debido control. Pero por desgracia en aquellos tiempos rara vez se respetaba algo.

La alegre Inglaterra de la época de Pendragon era bastante parecida a la pobre y vieja Irlanda del tiempo de O'Connell. Existían facciones, desde luego. Los caballeros de un condado, los habitantes de un distrito, o los criados de un determinado noble, podían experimentar un día un sentimiento de repulsión contra una facción vecina. Este odio se agravaba, y por último el rey o el jefe de un territorio desafiaba al del otro territorio a un torneo, y ambas partes acudían al mismo con la sana intención de hacer a los contrarios todo el daño posible. Lo mismo ocurría en los días de los papistas y los protestantes, o de los Estuardo y los Orange, que se enfrentaban con gruesos garrotes en la mano e intenciones criminales en el alma.

Pero volvamos a la celda de sir Lanzarote.

-¿Por qué lloráis? -inquirió éste a la rubia muchacha.

-Oh, dolor -dijo ella, sollozando aún-; ese espantoso rey de Northgalis ha desafiado a mi padre a un torneo para el próximo martes, y ha conseguido que tres caballeros del rey Arturo se pongan de su lado. Mi pobre padre va a perder, y temo que resulte malherido.

-Comprendo. ¿Y cómo se llama vuestro padre?

-Es el rey Bagdemagus.

Lanzarote se puso en pie y besó cortésmente en la frente a la muchacha. En seguida se dio cuenta de lo que estaba esperando de él.

-Está bien -repuso-, si conseguís sacarme inmediatamente de esta prisión, yo lucharé con le grupo del rey Bagdemagus el próximo martes.

-Oh, muchas gracias, señor -dijo la doncella, retorciendo su pañuelo-. Y ahora debo marcharme, o me echarán de menos arriba.

Como es natural, la muchacha no pensaba ayudar a la reina maga de Northgalis a retener a Lanzarote en el calabozo, cuando el propio rey de Northgalis era el que había desafiado a su padre a un torneo.

A la mañana siguiente, antes de que se hubiera levantado la gente del castillo, Lanzarote oyó que la pesada puerta se abría muy despacio. Una mano suave se posó en la suya, y fue conducido afuera en medio de la oscuridad. Pasaron a través de doce puertas encantadas hasta que llegaron a la armería, donde se hallaba una brillante armadura ya dispuesta. Cuando Lanzarote se le hubo colocado, dirigiéronse a las caballerizas, y allí vio a su corcel sacando chispas con los cascos en el suelo de piedra.

-Recordadlo -dijo ella.

-Desde luego -contestó Lanzarote, y a través del puente levadizo se dirigió hacia donde surgía el alba, que ya despuntaba.

Cuando avanzaban por los sombríos corredores del castillo Chariot, la muchacha y Lanzarote trazaron un plan para encontrarse con el rey Bagdemagus. Lancelote debía dirigirse a caballo hasta una abadía de frailes blancos que estaba situada en los alrededores, y allí se encontraría con la damisela, la cual, como era lógico, tendría que huir de la reina Morgana a causa de su evidente traición, al dejar huir a Lanzarote.

En la abadía esperarían la llegada del rey Bagdemagus, y entonces harían todos los arreglos concernientes al torneo. Por desgracia, el castillo Chariot se hallaba en el Bosque Salvaje y Lanzarote extravióse cuando se encaminaba a la abadía. Vagó en su caballo casi todo el día, enredándose entre arbustos y matorrales, y perdiendo la paciencia a cada momento. Al llegar la noche se encontró frente a un pabellón de campaña de tela roja, en cuyo interior no se veía a nadie.

Lanzarote se bajó del caballo y echó una mirada al pabellón, el cual tenía algo raro, tan lujoso en medio del bosque y sin nadie en su interior.

«He aquí un extraño pabellón -pensó Lanzarote con tristeza, ya que su mente estaba siempre ocupada por el recuerdo de Ginebra-, pero creo que no habrá inconveniente en que pase la noche en él. O bien está aquí con alguna intención aventurera, en cuyo caso no debo desdeñar la ocasión, o tal vez sus propietarios lo han abandonado y entonces no se opondrá nadie a que me cobije en el. Me he perdido, y es lo mejor que puedo hacer.»

Así pensando, Lanzarote desensilló a su corcel y le dejó pacer. Luego se quitó la armadura y la colgó de las ramas de un árbol cercano con el escudo encima. Comió a continuación un poco de pan que le había facilitado la muchacha, y bebió de un arroyo que corría al lado de la tienda de campaña. Luego se estiró hasta que sintió crujir los brazos, bostezó ampliamente, se golpeó los incisivos tres veces con el puño, y se dispuso a

acostarse. El lecho era muy suntuoso y tenía una colcha roja que hacía juego con la lona del pabellón. Lanzarote dio unas vueltas sobre la cama, apretó la cara contra la almohada de seda, le dio un beso en recuerdo de Ginebra y no tardó en quedarse dormido.

Brillaba la luna cuando se despertó. Entonces vio a un hombre desnudo que sentado en el borde de la cama se estaba cortando las uñas.

Lanzarote, que se había visto arrancado de su sueño de amor por un sobresalto, agitóse de pronto en el lecho cuando vio al desconocido. Éste se sorprendió igualmente, se puso en pie y echó mano a su espada. Lanzarote saltó hacia el otro lado de la cama y corrió hasta el árbol donde se hallaban sus armas. El hombre salió detrás de él blandiendo la espada, pero Lanzarote consiguió llegar hasta el árbol y se volvió en redondo con su espada en la diestra. Los dos hombres tenían un aspecto extraño y terrible a la luz de la luna, ambos desnudos y con las plateadas armas reluciendo en la mano, a la luz de la luna.

-¡Ahora! -exclamó el desconocido, y lanzó un fuerte golpe contra Lanzarote. Un instante más tarde el hombre dejaba caer su espada y se aferraba el vientre con ambas manos, encogiéndose de dolor. El tajo que le había hecho Lanzarote hizo que le brotara abundante sangre, que parecía negra a la luz del astro nocturno.

-No me volváis a herir -dijo el hombre-. Piedad. Me habéis dado muerte.

-Lo siento -repuso Lanzarote-, pero vos no esperasteis siquiera a que yo estuviese armado para atacar.

-¡Piedad, piedad! -prosiguió gritando el hombre, con voz lastimera.

Lanzarote clavó su arma en el suelo y acercóse para observar la herida del desconocido.

-Dejadme ver -dijo-. No voy a haceros daño alguno.

-Me habéis dejado malherido -manifestó el hombre, con tono acusador.

-De nuevo os digo que no puedo hacer otra cosa que lamentarlo. Ni siquiera sé por qué hemos luchado. Pero echaos sobre mi hombro y os llevaré a la tienda.

Cuando Lanzarote hubo colocado al hombre en el lecho, detuvo la hemorragia y descubrió que la herida no era mortal. Apareció entonces una hermosa dama por la abertura de la tienda. Lanzarote había encendido una antorcha en el interior del pabellón, de modo que la mujer vio la escena e inmediatamente comenzó a lamentarse a voz en grito. Corrió en seguida a ayudar al herido, y acusó a Lanzarote de ser un asesino.

-Deja ya de gritar -dijo el hombre-. No es un asesino. Sucedió por error.

-Yo estaba en la cama -explicó Lanzarote-, cuando él casi se me sienta encima. Los dos nos sobresaltamos, y entonces comenzó la pelea. Siento haberle herido.

-Pero ésta es nuestra cama -quejóse la mujer, igual que uno de los tres ositos del cuento-. ¿Qué estabais haciendo vos en el lecho?

-De nuevo lo siento -repuso Lanzarote-. No vi a nadie en el pabellón, cuando llegué, y como estaba muy cansado pensé que no haría nada malo pasando la noche aquí.

-Bien, no importa -dijo el hombre-. Sois bien acogido en nuestra tienda, y creo que la herida no será tan mala como parece. ¿Puedo preguntaros vuestro nombre?

-Me llamo Lanzarote.

-Vaya, querida, mira contra quién he estado luchando. No es extraño que haya resultado herido. Lo que me asombra es estar aún con vida.

La pareja insistió en que pasara allí el resto de la noche, y por la mañana le indicaron el camino para ir a la abadía de los frailes blancos.

Nada más de particular tuvo este episodio, aparte de que el caballero, que se llamaba Belleus, fue presentado a la Tabla Redonda por Lanzarote en cuanto se hubo repuesto de la herida. Era el individuo amable y generoso que necesitaba Arturo, y Lancelote trató de compensarle el perjuicio que le había causado, haciéndole ingresar en la Orden.

Cuando Lanzarote llegó a la abadía, la rubia damisela ya le estaba esperando llena de inquietud. Temía que Lanzarote hubiese cambiado de opinión. Aún no habían pisado los cascos del caballo de Lanzarote las piedras del patio de la abadía, cuando la muchacha corrió hacia él para darle la bienvenida, llena de gozo.

-Mi padre llegará aquí esta noche -dijo-. ¡No sabéis cuánto me alegra veros! Temía que os hubierais olvidado de mí.

Sonrió Lanzarote ante la explicación de la joven, y una vez en la abadía se quitó la armadura, diose un baño y tras vestirse con sencillas ropas aguardó la llegada del rey Bagdemagus.

«Qué extraña resulta la vida en Gramarye -se dijo Lanzarote, tratando de alejar de sus pensamientos a la reina Ginebra-. Las cosas ocurren con tal rapidez que llegan a confundirle a uno. He ahí el caso de mi primo, que desapareció cuando dormíamos debajo del manzano. Y qué decir de las reinas magas, y de la gente que casi se acuesta con uno y después trata de combatirle con saña. Todo resulta difícil de entender.»

Luego Lanzarote se cepilló el pelo, se colocó una bata y bajó a encontrarse con el rey Bagdemagus.

No hay necesidad de describir el torneo con excesivos detalles, pues ya los proporciona Malory en su obra. Lanzarote dejó que se le unieran los tres caballeros que le fueron recomendados por la damisela, y les dijo que empuñaran el escudo blanco de los caballeros noveles, cosa que también hizo él mismo. Lanzarote quiso que fuera así, pues sabía que en el grupo enemigo combatían tres de sus compañeros de la Tabla Redonda, y no quería que le reconociesen, a fin de que no surgieran resentimientos.

Por otra parte, se veía obligado a luchar contra ellos debido a la promesa que había hecho a la joven. El rey de Northgalis, que era el jefe del bando contrario, tenía ciento sesenta caballeros en su facción, mientras que el rey Bagdemagus sólo contaba con ochenta. Lanzarote embistió contra el primer caballero de la Tabla Redonda, y le dejó fuera de combate. Luego arremetió contra el segundo con tal fuerza que el

desdichado combatiente salió despedido de su montura y quedó con el casco enterrado en el suelo varios centímetros. Al tercero no le dio con menos suavidad, y le hizo huir sangrando por la nariz. Cuando al fin rompió una pierna al rey de Northgalis, todo el mundo se dio cuenta de que el torneo había terminado.

La siguiente empresa que acometió nuestro héroe, fue averiguar el paradero de Lionel. Hasta ese momento no había podido hacerlo, ya que desde la desaparición de su primo había sido hecho prisionero por las malvadas reinas, y luego se vio retenido por la promesa que hiciera a la muchacha que le salvó del calabozo. El rey Bagdemagus ganó el torneo, y la damisela se deshizo en lágrimas de gratitud. Se dijeron que serían amigos para siempre y que sólo tenían que escribirse unas líneas para que el rey o Lanzarote acudieran el uno en ayuda del otro. Luego Lanzarote subió a su caballo, orientóse preguntando a unos labriegos, y se dirigió hacia la parte del bosque donde se hallaba el manzano bajo el cual había desaparecido su primo. Pensó el joven que volviendo al lugar del hecho tendría posibilidades de hallar algún indicio que aclarase el extraño suceso.

Ya debajo del manzano, vio pasar por delante a una dama que cabalgaba en un blanco corcel. El manzano resultó ser un árbol encantado, lo cual explica el intenso tránsito que discurría por delante del mismo.

-Bella dama -dijo Lanzarote-, ¿sabéis de alguna aventura que pueda emprenderse en este bosque?

-Sé de muchas -repuso ella-, si es que tenéis valor para acometerlas.

-Puedo intentarlo.

-Parecéis un hombre fuerte, y tenéis rudo aspecto, con esas orejas de soplillo que se os despegan de la cabeza tan temiblemente. Si lo deseáis, puedo llevaros al castillo donde vive el barón más feroz del mundo. Pero es probable que éste termine dándoos muerte.

-No importa.

-Os acompañaré si me decís vuestro nombre. Sería un crimen conduciros allí, a menos que seáis un caballero famoso -declaró la dama.

-Me llamo Lanzarote.

-Lo imaginaba. Bien, es una suerte que sea así. De acuerdo con lo que dice la gente, vos sois el único caballero del mundo que puede vencer al hombre a cuyo castillo os llevo. Se llama sir Turquine.

-Vamos, pues.

-Hay quien dice que se trata de un loco. Tiene a sesenta y cuatro caballeros en los calabozos. A todos los ha capturado después de un combate, y se pasa el tiempo azotándolos con espinos. Si se apodera de vos, os azotará también, y sin ropas.

-Me parece un buen personaje para luchar contra él -aseguró Lanzarote.

-Aquello parece un campo de concentración.

-Esto es lo que siempre estuve esperando -repuso Lanzarote- . Para ello creó Arturo la Tabla Redonda.

-Si os conduzco hasta él, debéis prometerme que más tarde haréis algo por mí, es decir, si vencéis.

-¿Qué debo hacer? -preguntó Lanzarote, cautelosamente.

-No es nada del otro mundo. Se trata únicamente de vencer a otro caballero, al que conozco, que está causando la inquietud de algunas damiselas.

-Os lo prometo formalmente.

-Dios mío -agregó la dama-, el Señor sabe bien en qué prueba os vais a ver. Voy a rezar por vos mientras estéis luchando contra el fiero barón.

Cuando llevaban cabalgando un tiempo, llegaron a un vado parecido a aquél donde Lanzarote había luchado con el rey Arturo al llegar a Inglaterra. De las ramas de los árboles que rodeaban el vado podían verse colgando oxidados yelmos y sucios escudos -sesenta y cuatro en total-, con sus leones rampantes y sus águilas bicéfalas que tenían un aspecto desolado, lleno de abandono. El cuero de las correas estaba cubierto de moho. Parecía un patíbulo de seres metálicos.

En medio del claro, colgaba una enorme adarga de cobre del árbol de mayor altura. El último escudo, que estaba menos oxidado, era el de Lionel.

Lanzarote sabía lo que debía hacer con la gran adarga de cobre, y eso fue lo que llevó a cabo. Ajustóse el yelmo, avanzó sobre las crujientes hojas del claro, y con la base de la lanza golpeó con fuerza sobre el metal. Luego él y la dama quedáronse quietos, como si les hubiera impresionado el silencio que siguió al fuerte estruendo.

No se presentó nadie.

-El castillo del barón está algo más allá -manifestó la dama.

Se acercaron a las puertas del castillo en silencio, y pasearon frente a ellas durante media hora. Lanzarote se quitó el yelmo y los guanteletes, frunció el ceño y se mordió las uñas lleno de preocupación.

Un momento después se presentaba cabalgando desde el bosque un gigantesco caballero. Tanto se parecía a sir Carados -el que fue muerto al liberar a Gawain-, que Lanzarote tembló involuntariamente. No sólo tenía el mismo aspecto, sino que llevaba también a un caballero atado y cruzado sobre la silla de su yegua. Y lo más notable es que el escudo del caballero vencido llevaba los tres cardos y el aspa en gules, como el de sir Gawain. Lo sucedido es que el segundo de los gigantescos caballeros había capturado a Gaheris, el hermano de Gawain. Lanzarote observó al jinete con mirada crítica.

No debemos pasar por alto que un buen y avezado luchador podía reconocer a menudo a un caballero de armadura, aun cuando fuera disfrazado y llevase el escudo de los noveles. Posteriormente Lanzarote tuvo que luchar disfrazado, en ocasiones, ya que de otro modo nadie hubiese querido entrar en liza con él. Pero Arturo y unos pocos más, generalmente le reconocían por su forma de montar, del mismo modo que hoy se identifica a un futbolista por su juego, aunque por estar demasiado lejos no se le vea bien el semblante.

Lanzarote era un buen juez en la materia debido a su larga práctica. En cuando hubo observado a sir Turquine, se dio cuenta de que tenía un punto débil en la forma de descansar sobre la silla de su montura. El joven hizo notar a la dama, que a menos que Turquine se sentara luego mejor, creía poder acudir en ayuda de los prisioneros. Ocurrió que Turquine cabalgó impecablemente cuando llegó el momento de la justa, de modo que la observación no influye en el relato, aunque aclara un detalle sobre las justas que he creído conveniente mencionar.

La forma de cabalgar lo era todo. Si un caballero tenía el valor de embestir a galope tendido en el momento del impacto, la consecuencia era que ganaba, por lo general. La mayoría de los contrincantes solían vacilar en ese instante, y no lograban el suficiente impulso. Esto no le ocurría a Lanzarote, y por ello ganaba siempre en los torneos. Tenía lo que el tío Dap llamaba *élan.* A veces, cuando combatía de incógnito, cabalgaba torpemente a propósito, mostrando mucha luz sobre su silla. Pero en el último momento surgía siempre el empuje verdadero, de modo que los muchos espectadores, y hasta el oponente, exclamaban al unísono. «¡Ah, Lanzarote!»

-Noble caballero -dijo el joven, en voz alta-. Bajad de la silla a ese hombre herido, y dejadle descansar un poco. Luego los dos podemos probar nuestras fuerzas.

Sir Turquine avanzó hacia él y dijo con tono sibilante:

-Si sois un caballero de la Tabla Redonda, será para mí un gran placer desmontaros primero y daros de palos después. Puedo haceros eso a vos, y a todos los que os sentáis alrededor de esa condenada mesa.

-Me parece que exageráis.

Luego se retiraron a los lados del espacio abierto, como de costumbre, aprestaron las lanzas, y se arremetieron como el rayo. Comprobó Lanzarote en el último momento que se había equivocado acerca de la forma de montar de sir Turquine. Instantáneamente advirtió que éste era el mejor contendiente que había tenido delante. Notó que su embestida era potente y que su forma de apuntar con la lanza era certera.

Los caballeros se inclinaron sobre las monturas, y ambas lanzas golpearon en el mismo momento. Los corceles, detenidos en su carrera, se desviaron y cayeron de lado. Las lanzas se partieron y sus trozos volaron por el aire, girando como si hubieran sido impulsadas por una explosión. La dama que acompañaba a Lanzarote volvió la vista hacia otro lado. Cuando volvió a mirar, ambos caballos yacían en el suelo, y los caballeros aparecían inmóviles.

Dos horas después, Lanzarote y Turquine seguían combatiendo con sus espadas.

-Deteneos -dijo Turquine-, quiero hablar con vos.

Lanzarote se paró.

-¿Como os llamáis? -preguntó sir Turquine-. Sois el mejor caballero contra el que he luchado jamás. Nunca vi a nadie con tan buen mandoble. Escuchad, tengo sesenta y cuatro prisioneros en mi castillo, y he matado o dejado inútiles a centenares de otros caballeros. Si deseáis la paz, y que seamos amigos, soltaré a mis prisioneros.

-Es una gran atención por vuestra parte.

-Haré esto por vos, siempre que seáis cualquiera menos un determinado hombre. En caso de que fuerais él, deberíamos luchar hasta la muerte.

-¿Quién es esa persona?

-Lanzarote -repuso Turquine-. Si sois Lanzarote jamás podremos ser amigos. Él mató a mi hermano Carados.

-Yo soy ese hombre.

Sir Turquine emitió un sonido silbante desde el interior de su yelmo y atacó arteramente, antes de que su oponente se hubiese preparado.

-Obráis con poca nobleza -dijo Lanzarote-. Sólo con haber fingido que era otro hombre, hubierais dejado libres a los prisioneros. En cambio, habéis tratado de sorprenderme sin la menor advertencia.

Sir Turquine continuó emitiendo aquella especie de jadeo o silbido colérico.

-Lo siento por sir Carados -añadió Lanzarote-. Pero resultó muerto en noble lucha, y nunca ofreció cuartel.

El combate se prolongó otras dos horas. La espada no era la única arma que usaban en aquellos tiempos los caballeros de armaduras. A veces se atacaban con los cantos de sus escudos, y en otras ocasiones se golpeaban con las empuñaduras de sus espadas. La hierba, alrededor de ellos, aparecía sembrada de pequeñas manchas de sangre. También ocurría que debido al considerable peso que llevaban encima, caían el uno sobre el otro. Los pesados yelmos forrados de paja poseían unos orificios muy pequeños, y los caballeros jadeaban sofocados en su interior. El escudo les colgaba cansadamente a un lado, sin cubrirles del todo.

Todo concluyó en un segundo. Ninguno de los dos combatientes hablaba. Lanzarote dejó caer su espada en un momento oportuno y dio a Turquine en la parte inferior del yelmo. Ambos cayeron al suelo, y el casco de Turquine salió despedido de su cabeza. Los dos hombres extrajeron sus dagas. Hubo un breve intercambio de golpes. Turquine se irguió, estremecióse y cayó muerto.

Más tarde, mientras Gaheris y la dama le atendían y le daban un poco de agua, Lanzarote dijo:

-Por mal caballero que fuese, era un gran luchador. Lamento que no aceptara la tregua.

-Pensad en los que ha matado y herido.

-Pertenecía a la antigua escuela -repuso Lanzarote-. Eso es lo que hay que evitar. De todos modos, era un gran combatiente.

-Era un bárbaro -dijo la dama.

-De todos modos, respetó a tu hermano Gawain. Escuchad, Gaheris -agregó luego-, ¿querríais prestarme vuestro caballo? Deseo seguir adelante y el mío ha muerto con el espinazo roto, pobre animal. Si me lo dejáis, podéis seguir hasta el castillo y sacar de él a Lionel y los demás. Decid a Lionel que vuelva a la Corte y que no actúe como un necio. Yo tengo que continuar adelante, en compañía de esta dama. ¿Os parece bien?

-Tomad mi caballo, desde luego -contestó Gaheris-. Le habéis salvado a él y a mí también. Sois el benefactor de los Orkney, Pues la vez anterior ayudasteis a Gawain. En cuanto a Agravaine, se encuentra asimismo

dentro de ese castillo. Claro que podéis llevaros mi caballo, Lanzarote. Nunca podría negároslo.



CAPITULO VIII



anzarote corrió muchas otras aventuras durante su primera salida, que duró un año, pero tal vez sólo dos deban ser contadas con detalle. Ambas tuvieron que ver con ese poder bruto contra el que el rey Arturo había iniciado su cruzada. Era la vieja escuela, la mentalidad de los barones normandos, la que proporcionaba las aventuras en este período, ya que pocas personas pueden resultar más nocivas y odiar más rabiosamente que los miembros de una clase dirigente que ha sido desprovista de sus derechos. Habrían escrito sus quejas al periódico *The Times,* de haber existido éste en aquella época. Los mejores de esos barones estaban convencidos de que Arturo era un advenedizo, y que sus seguidores eran unos caballeros degenerados. Muchos de los barones dieron en imaginar atrocidades que atribuían a los miembros de la Tabla Redonda, incluido Lanzarote. Aquello se convirtió en una guerra civil de ideologías.

Un hermoso día de verano, Lanzarote iba cabalgando al borde del parque de un castillo que desconocía. Los árboles crecían dispersos en medio de la hierba; eran grandes olmos, encinas y hayas. Lanzarote pensaba en Ginebra, abstraído de cuanto le rodeaba.

Antes de separarse de la dama que le llevó hasta sir Turquine, y después de hacer por ella lo que le había prometido, iniciaron una conversación acerca del matrimonio que llegó a inquietar a Lanzarote. La dama declaró que él debía procurarse una esposa o una amante, y ello irritó a Lanzarote.

-No puedo evitar que la gente diga cosas como ésas -manifestó-, pero lo cierto es que las circunstancias me impiden casarme, y en cuanto a tener una amante, no lo considero correcto.

Siguieron discutiendo un tiempo más, y luego se separaron. Ahora, aunque ya se habían producido algunas aventuras después de aquélla, Lanzarote aún seguía pensando en la dama y en el consejo que le diera.

Oyéronse unas campanillas en el aire, y Lanzarote miró inmediatamente hacia arriba.

Un hermoso halcón peregrino, con sus cascabeles resonando en el claro viento, volaba hacia la cima de un olmo. El ave parecía estar irritada. En cuanto llegó a una de las ramas superiores, se aferró a ella y miró a su alrededor con ojo colérico y buche jadeante. Cuando advirtió la presencia de sir Lanzarote, que cabalgaba directamente hacia el árbol donde se encontraba, el halcón trató de remontarse lleno de ira. Pero se le había enredado en la rama una correa que llevaba colgando, y al echar a volar quedó cabeza abajo, agitando las alas con aspecto innoble, indignado y ridículo, mientras mantenía la cabeza alzada, como las serpientes.

-¡Sir Lanzarote, sir Lanzarote! -gritó una dama desconocida que se acercó velozmente al galope de su caballo-. ¡Sir Lanzarote, he perdido mi halcón!

-Allí está -repuso él-, en aquel árbol.

-¡Dios mío! -exclamó la dama-. Estaba tratando de llevarle a su casilla, cuando se rompió la traílla. Mi esposo me va a matar si no recupero esa ave. Es muy aficionado a la cetrería y tiene mal carácter.

-No creo que llegue a mataros por eso.

-Lo hará. Tal vez no pretenda hacerlo, pero puede sufrir un arrebato. Es muy violento.

-Quizá yo le convenza.

-De ningún modo -repuso la mujer-. Eso empeoraría las cosas. Podéis ofenderle, y yo no deseo que maltraten a mi querido esposo. ¿No creéis que podríais subir a ese árbol y coger al halcón, en vez de hablar con mi marido?

Lanzarote miró a la dama y después al árbol. Luego lanzó un Profundo suspiro y manifestó, según nos dice Malory.

-Bien, hermosa dama, puesto que conocéis mi nombre y solicitáis que os ayude como caballero que soy, haré lo que pueda por recuperar vuestro halcón, Y eso a pesar de que soy un mal trepador, el árbol es muy alto y hay escasas ramas para apoyarse.

En efecto, Lanzarote había pasado su infancia aprendiendo a combatir y no le quedó tiempo para ejercitarse en trepar a los árboles en busca de nidos, como hacen otros chicos. La petición de la dama, que no habría supuesto dificultad alguna para hombres criados como Arturo o Gawain, era una difícil prueba para él.

Lanzarote fue quitándose la armadura con gesto triste, mientras echaba de cuando en cuando una mirada de soslayo al tremebundo árbol, hasta que quedó en camisa y pantalones. Entonces se aferró virilmente a las ramas más bajas, al tiempo que la dama corría debajo y seguía hablando de halcones, de maridos irritables y del hermoso tiempo que estaba haciendo.

-Bueno, bueno -repuso Lanzarote, con los ojos llenos de trozos de corteza y un gesto retorcido en el rostro-. Está bien, está bien.

Al llegar a lo más alto del árbol, Lancelote vio que el halcón estaba enredado de tal modo con la correa que parecía imposible librarlo. Mientras se afirmaba con las piernas, el joven le tendió una mano, y con la otra procedió a desenredar la traílla sin preocuparse de la forma en que el desesperado halcón le clavaba las uñas, aferrándose a su mano. Los cetreros no se inmutan cuando sus aves les hacen daño, pues suelen hallarse demasiado interesados en su tarea.

Al quedar libre, Lanzarote se dio cuenta de que no podría volver a bajar utilizando una sola mano mientras agarraba el pájaro en la otra.

Miró hacia abajo y gritó a la dama, que parecía muy pequeña al pie del árbol:

-Oíd, señora. Voy a atar la correa del halcón a una rama si es que la puedo romper, luego los dejaré caer a ambos al suelo. Procuraré que no sea una rama muy pesada, para que el ave baje suavemente.

-¡Por favor, hacedlo con cuidado! -suplicó la dama.

Cuando Lanzarote hubo arrojado al pájaro, comenzó a descender del árbol con todo cuidado. Se hallaba a unos veinte pies del suelo, cuando un grueso caballero con armadura completa llegó a todo galope.

-¡Aja, sir Lanzarote! -gritó el recién llegado-. Ahora os tengo donde yo quería.

La dama recogió su halcón y comenzó a alejarse.

-¡Eh, señora! -exclamó Lanzarote, preguntándose cómo era posible que todo el mundo conociese su nombre. El grueso caballero respondió por ella:

-¡Dejadla en paz, asesino! Esa es mi mujer, y ha estado haciendo lo que yo le había dicho. Ha sido una artimaña, ¡ja, ja! Ahora os tengo a mi merced, sin vuestra famosa armadura, y voy a mataros como quien ahoga a un gato.

-Eso es poco caballeresco -repuso Lanzarote, haciendo un gesto de desagrado-. Al menos debierais dejar que me arme, y luchar limpiamente después.

-¿Que os deje armas? ¿Por quién me habéis tomado? No quiero seguir oyendo tonterías. Cuando tengo en mis manos a un hombre que se come a los niños asados, lo mato como a una alimaña, como lo que es.

-Pero, ¿cómo...?

-¡Bajad, bajad! No voy a quedarme esperando aquí todo el día. Bajad y recibid vuestra medicina como un hombre si es que lo sois.

-Os aseguro que yo no me como a ningún niño.

El rollizo caballero se puso rojo de cólera y replicó a gritos:

-¡Mentiroso! ¡Embustero! ¡Malvado! Bajad en seguida. Lanzarote se sentó en una rama, balanceó las piernas en el aire y se mordió las uñas.

-¿Queréis decir que soltasteis el halcón intencionadamente, para poder matarme cuando estuviera sin mi armadura?

-¡Bajad, he dicho!

-Es que si bajo haré lo posible por mataros a vos -repuso Lanzarote.

-¡Bufón! -exclamó el robusto noble.

-No debierais emplear un juego tan sucio. Por última vez, ¿me dejáis armas, como corresponde a un caballero?

-He dicho que no.

Lanzarote rompió una rama de regulares dimensiones, y luego se dejó caer detrás de su caballo, de modo que éste quedaba entre él y el irritable individuo. El caballero galopó en su caballo rodeando al de Lanzarote, y de un mandoble trató de cortar a éste la cabeza. El joven paró el golpe con la rama, y la espada del caballero se quedó clavada en la madera. Tiró entonces de la rama y quitó la espada al jinete. Luego empuñó el arma y de un golpe le cortó el cuello.

-Marchaos y dejad ya de llorar -dijo Lanzarote a la dama-. Vuestro marido era un necio, y vos sois una traidora. No lamento haberle matado.

Pero lo cierto es que sí lo sentía.

La otra aventura también estaba relacionada con una traición y con una dama. El joven Lanzarote cabalgaba con lúgubre espíritu por las tierras pantanosas, que en aquella época aún no habían sido desecadas y era probablemente la zona más agreste de Inglaterra. Había innumerables caminos secretos por entre los marjales, que sólo conocían los sajones que fueron vencidos por Uther Pendragon. Los alcaravanes trompeteaban y los

patos salvajes describían círculos como si fueran botellas de champaña emplumadas. Sobre los marjales de agua salada deambulaban picoteando los gansos del Spitzbergen, con sus cuellos curvados de forma peculiar. Los hombres de los pantanos se aprestaban a colocar sus redes y otros artefactos de caza. Estos hombres llevaban el vientre moteado y los dedos de los pies palmeados. Al menos, eso era lo que se creía en el resto de Inglaterra. También se afirmaba que tales gentes solían matar a los forasteros.

Lanzarote iba cabalgando por un estrecho sendero que no parecía conducir a parte alguna, cuando vio a otros dos jinetes que avanzaban hacia él en dirección contraria. Resultaron ser una caballero y su dama. Pero la dama iba delante, galopando como una desesperada, y el caballero la perseguía con la espada recortándose contra el cielo.

-¡Alto, deteneos! -gritó Lanzarote, avanzando a su vez hacia la desavenida pareja.

-¡Socorro! -chilló la dama-. ¡Salvadme ¡¡Quiere cortarme la cabeza!

-¡Fuera de ahí! -exclamó el caballero-. Es mi mujer, y ha cometido adulterio.

-No he hecho tal cosa -repuso ella, toda llorosa-. Oh, señor, salvadme de él. Es un bruto, un bárbaro cruel. Sólo porque le tengo afecto a mi primo hermano, se ha puesto celoso. ¿Por qué no había yo de sentir cariño por mi primo hermano?

-¡Venid aquí! -gritaba, tratando de cogerla por un brazo.

Lanzarote se interpuso entre los dos y declaró:

-No debierais tratar así a una dama. No sé qué falta habrá cometido, pero no podéis matar a una mujer.

-¿Desde cuándo?

-Desde que el rey Arturo subió al trono.

-Esta es mi mujer -dijo el caballero-, y nada tiene que ver con vos. ¡Marchaos! Además, es una adúltera, diga lo que diga.

-No pienso marcharme. Sois un matasiete, y además estáis borracho.

-Es peor ser adúltera que estar borracho.

-Tranquilizaos los dos -manifestó Lanzarote-. Tendré que cabalgar entre vosotros hasta que os sintáis algo más calmados. Supongo que en lugar de matar a esta dama, no tendréis inconveniente en luchar conmigo, ¿verdad, señor?

-Sí que lo tendré. Por vuestro escudo he reconocido que sois Lanzarote, y no seré tan necio que me deje matar, sobre todo por una perra como ésta. ¿Qué demonios tiene que ver ella con vos?

-Me marcharé -repuso Lanzarote-, en cuanto me prometáis por vuestra condición de caballero que no mataréis a esta mujer ni a ninguna otra.

-No, no lo prometo.

-Aunque lo jurase -terció la dama-, no mantendría su juramento.

-Ahí vienen algunos soldados detrás de nosotros -dijo el caballero-. Mirad, están armados de pies a cabeza.

Lanzarote tiró de las riendas de su corcel y miró por encima de un hombro, momento que aprovechó el otro hombre para asestar un mandoble a la mujer, cortándole la cabeza. Cuando Lanzarote volvió al

frente, tras comprobar que no había soldados por ninguna parte, advirtió que la mujer que estaba a su lado no tenía cabeza. El cuerpo comenzó a tambalearse espantosamente sobre su silla y por fin se desplomó sobre el polvo. La sangre cubría todo el caballo.

Lanzarote se puso pálido como la cera.

-Os mataré por lo que habéis hecho -murmuró.

El otro jinete desmontó inmediatamente de su caballo y se tendió en el suelo.

-¡No me matéis! -suplicó-. ¡Piedad, era una adúltera!

Lanzarote también se apeó y extrajo la espada de la vaina.

-¡De pie! -exclamó-. Poneos de pie y luchad, maldito!

El hombre avanzó arrastrándose por el suelo hacia él y le rodeó las piernas con los brazos. Tan cerca se hallaba de Lanzarote, que éste no podía manejar la espada con facilidad.

-¡Piedad! -volvió a gritar el hombre.

-Levantaos y luchad -dijo Lanzarote, al que impresionaban las súplicas del otro-. Mirad, yo me quitaré la armadura y lucharé sólo con la espada contra vos.

Pero el hombre lo único que atinaba era a suplicar merced de Lanzarote.

Este comenzó a temblar, dominado por sentimientos contradictorios. Alzó la espada amenazadoramente, y al cabo de un momento dio un empujón al caballero con un pie.

-Mirad, todo está regado con sangre -dijo luego Lanzarote.

-No me matéis -decía el hombre-. Me rindo, me rindo. No podéis matar a un hombre que os pide clemencia.

Lanzarote se acercó de nuevo al caballero, empuñando la espada. Sentía en su interior, manifestándose con intensidad, encontrados sentimientos de crueldad y cobardía, que eran lo que le hacían ser bondadoso y valiente.

-Vamos, no os haré daño alguno -dijo al fin-. Poneos en pie.

El caballero le miró acongojado, a cuatro patas como un perro, y luego se arrodilló indeciso.

Lanzarote dio media vuelta y se alejó, sintiéndose enfermo.

Durante la fiesta de Pentecostés era costumbre que los caballeros de la Tabla Redonda que hubieran estado corriendo aventuras se reuniesen en Carlion para relatar sus hazañas. Arturo había comprobado que sus seguidores ponían más empeño por luchar en favor del Bien, cuando debían contar más tarde lo que habían hecho.

Muchos eran los caballeros de la Tabla Redonda que preferían llevar con ellos a sus prisioneros, como testigos de sus proezas.

La fiesta de Pentecostés que siguió a la primera salida de Lanzarote fue casi un fracaso. Unos pocos bravucones gigantescos, capturados por los hermanos de Orkney, recitaron su aprendido homenaje, pero el contingente de Lanzarote resultó abrumador.

-¿De quién sois vos?

-De Lanzarote.

-¿Y vos, mi buen amigo?

-De Lanzarote.

Al cabo de un momento Arturo volvió a preguntar:

-Bienvenido a Carlion, sir Belleus. ¿Podéis decirme a cuál de mis caballeros os habéis rendido?

-¡A Lanzarote! -gritaron todos los caballeros de la Tabla, riéndose por anticipado.

Sir Belleus, enrojeciendo profundamente, contestó en voz muy baja:

-Sí, me he rendido a Lanzarote, señor.

Sir Bevidere se adelantó y admitió haberle cortado la cabeza a su adúltera mujer. Había traído con él la cabeza, y le dijeron que la llevara a Roma como penitencia. Después de eso se volvió un hombre muy santo.

Gawain llegó y en angloescocés contó malhumoradamente cómo había sido rescatado de sir Carados. Gaheris, a la cabeza de una comitiva de sesenta y cuatro caballeros de enmohecidos escudos relató el rescate de todos ellos de sir Turquine. La hija del rey Bagdemagus, llena de entusiasmo, habló del torneo con el rey de Northgalis. Además de éstos, había muchas otras gentes cuyas aventuras hemos dejado de lado, principalmente caballeros que se rindieron a sir Lanzarote cuando iba disfrazado como sir Kay. Ya recordaréis por el primer libro que Kay tenía propensión a hablar muy duramente, lo cual le proporcionó numerosas antipatías. En una ocasión tuvo Lanzarote que rescatarle de tres caballeros que le perseguían. Luego, a fin de que Kay pudiera regresar a la Corte sin ser molestado, le cambió la armadura una noche, mientras Kay estaba dormido. Entonces, los caballeros que lucharon contra Lanzarote, creyendo que era Kay, se llevaron la gran sorpresa de su vida, mientras que a éste, con la armadura de Lanzarote, todo el mundo le dejaba libre el camino. También se presentó un caballero llamado sir Leliot de Logres, el cual había sido rescatado en circunstancias sobrenaturales.

Todas estas gentes vinieron a rendirse, no al rey Arturo, sino a la reina Ginebra. Lanzarote había estado alejado un año entero, pero su resistencia tenía un límite. Aunque había pensado en ella constantemente y deseado estar a su lado, sólo se permitió esta indulgencia, y mandó a sus cautivos para que se arrodillaran a los pies de la reina. El drama seguía su curso fatal.



CAPITULO IX

Resulta difícil explicar la actitud de Ginebra a menos que se llegue a comprender que puede amarse a dos personas al mismo tiempo. Probablemente no pueda quererse a dos personas del mismo modo, pero también es cierto que existen distintas clases de amor. Las mujeres aman a sus hijos y a sus maridos al mismo tiempo, y los hombres suelen sentir un deseo amoroso por una mujer, mientras que quieren con todo su corazón a otra mujer. En cierto modo, así es como Ginebra llegó a amar al francés, sin haber perdido su cariño por Arturo.

Ella y Lanzarote eran poco más que chiquillos cuando todo comenzó, y el rey tenía ocho años más que ellos. A los veintidós años, las personas de treinta parecen estar casi al borde de la senilidad. El casamiento entre ella y Arturo había sido lo que suele llamarse una boda de conveniencias, es decir, que fue fijado por medio de un tratado con el rey Leodegrance sin consultar para nada con la novia. Constituyó una unión satisfactoria, como suele ocurrir con las de este tipo, y antes de que Lanzarote entrara en escena la muchacha adoraba a su famoso marido, aunque fuese más viejo. Tenía hacia él respeto, gratitud, afecto y amor, y a su lado se veía protegida. Sentía más que esto, desde luego. Puede afirmarse que sintió todo a su lado, excepto la pasión de una aventura amorosa.

Entonces llegaron los cautivos. La turbada reina, de poco más de veinte años, se colocó en su trono, ante la gran sala vivamente iluminada y repleta de nobles caballeros, que doblaron ante ella una rodilla.

-¿De quién sois prisionero?

-Soy prisionero de la reina, para la vida o la muerte, y me rendí a sir Lanzarote.

-¿Y vos?

-De la reina, y me venció el brazo de Lanzarote.

Sir Lanzarote era el nombre que estaba en todos los labios. Era el mejor caballero del mundo, el que los sobrepasaba a todos, incluso a Tristán. Era el cortés, el misericordioso, el feo, el invencible. Y había enviado a la reina a todos sus cautivos, igual que si se trataran de regalos de cumpleaños.

Ginebra sentóse muy derecha, inclinando la cabeza regiamente ante cada prisionero. Los perdonó a todos. Sus ojos estaban aún más relucientes que las joyas de su corona.

Por fin entró Lanzarote. Hubo un movimiento de excitación entre los portadores de antorchas que había junto a la puerta. El ruido de los cuchillos, de los platos y los jarros, el de la amistosa charla de los comensales, las voces solicitando más cordero o una pinta de hidromiel se acallaron por un momento, y todos los rostros se volvieron hacia la entrada. Allí estaba Lanzarote, no ya con armadura, sino vestido magníficamente de terciopelo bordado. Vaciló un momento en la puerta, intimidado por el silencio que se hizo, y luego avanzó hacia la luz. Los rostros se volvieron de nuevo al frente y se reanudó la fraternal charla. Entonces Lanzarote acercóse a besar la mano del rey Arturo.

-Bien, Lanzarote -dijo el rey, alegremente-, habéis hecho una buena captura, sin duda alguna. La reina se siente muy orgullosa con tantos prisioneros.

-La reina lo merece -repuso Lanzarote. Ella y el caballero no se miraron. Lo habían hecho, como dos imanes que se atraen, cuando Lanzarote traspasó el umbral.

-No puedo dejar de pensar que son también para mí -dijo Arturo-. Lo cierto es que como presente, me habéis proporcionado casi tres condados.

Lanzarote sintió necesidad de romper el silencio y comenzó a hablar rápidamente.

-Tres condados no es mucho -declaró-, para el emperador de toda Europa. Señor, habláis como si no fuerais el vencedor del dictador de Roma. Y bien, ¿cómo va todo en vuestros dominios?

-Van tal como vos lo disponéis, Lanzarote. De nada me habría valido vencer al dictador, si vos y unos pocos más no os hubierais encargado de llevar a cabo la labor civilizadora. ¿De qué vale ser emperador de Europa, si todas esas tierras se ven agobiadas por la lucha?

La reina recalcó las palabras de su héroe para mantener la conversación. Era la primera complicidad de ambos.

-Sois un hombre extraño, querido Arturo -dijo ella-. Os pasáis la vida luchando, conquistando países y ganando batallas, y ahora decís que luchar es mala cosa.

-Y lo es. En realidad, es la cosa peor del mundo. Cielos, no hay necesidad de volver a explicarlo.

-En efecto.

-¿Y cómo sigue la facción de Orkney? -inquirió el joven, apresuradamente-. ¿Qué tal va la obra civilizadora? ¿Impera la razón o la fuerza? No debéis olvidar que he estado lejos de la corte un año entero.

El rey apoyó su cabeza en las manos, se acodó sobre la mesa y miró con gesto entristecido a los demás comensales. Era un hombre afectuoso, consciente, amante de la paz, que se había visto agraciado en su juventud con la presencia de un preceptor genial. Entre los dos habían desarrollado la teoría de que matar a la gente y gobernarla como un tirano era algo deleznable. Para acabar con todo ello habían creado la Tabla Redonda -grupo precursor de la democracia, del juego limpio, de la moral-, y ahora, en un esfuerzo por imponer la paz al mundo, se veía sumergido en sangre hasta las rodillas. Cuando estaba animado, no se afligía excesivamente, ya que el dilema era inevitable, pero en los momentos de debilidad se veía acuciado por la vergüenza y la indecisión.

Era uno de los primeros nórdicos que había fomentado la civilización, o que deseó obrar de manera diferente a como lo hizo Atila, el huno. Pero, en ocasiones, la batalla contra el caos no parecía dar el fruto apetecido. A menudo pensaba que más hubiera valido conservar vivos a los soldados caídos en las batallas, aunque hubieran vivido bajo la tiranía y el terror.

-La facción de Orkney va mal, igual que la civilización -repuso Arturo-. Sólo he tenido un rayo de esperanza con lo que me habéis enviado. Antes de vuestra llegada, estaba pensando que era el emperador de nada. Ahora, al menos, me siento emperador de tres condados.

-¿Qué ocurre con las gentes de Orkney?

-Dios santo, ¿debemos hablar de eso cuando tan felices nos sentimos por vuestro regreso?

-Se trata de Morgause -repuso la reina.

-En parte. Morgause tiene aventuras con el primero que se presenta ahora que Lot ha muerto. Cuánto hubiera yo deseado que no hubiese ocurrido aquel desgraciado accidente que le causó la muerte a manos del rey Pelinor... El caso es que los muchachos se sienten disgustados.

-¿Qué queréis decir?

El rey acarició pensativamente el borde de la mesa y dijo:

-Sencillamente, habría preferido que no hubierais rescatado a Gawain, cuando os hallabais disfrazado como Kay. Más valdría que no hubieseis obtenido un éxito tan señalado, al liberarlos a él y a sus hermanos de Carados y Turquine.

-¿Por qué?

-Esta Orden de la Tabla Redonda era una gran cosa cuando pensamos en ella. No sé de qué otra forma hubiéramos podido llevarla a cabo. Había que organizar una pandilla, como hacen los chicos en las escuelas. En ese grupo había que hacer un juramento formal de luchar por nuestros ideales en bien de la civilización. Pero lo que yo entiendo por civilización es no aprovecharse del débil, no violar doncellas, no robar a viudas y no matar al hombre desvalido. La gente debe aprender a comportarse notablemente. Sin embargo, esto ha resultado una especie de pugna deportiva. Merlín siempre dijo que lo deportivo era la maldición del mundo, y así es, en efecto. Mi plan está resultando equivocado. Todos se aplican a ello como a una especie de competición. Merlín llamaba a eso «juegomanía».

»Todo el mundo murmura, especula y pronostica acerca del caballero que gana más combates, del que ha rescatado más vírgenes y del que es el mejor de todos los de la Tabla Redonda. Yo hice que la mesa fuera redonda para evitar tales diferencias, pero no he logrado mi propósito. Los hermanos Orkney son los que más trastornados se hallan. Creo que el comportamiento de su madre es lo que los impulsa a querer estar en cabeza siempre. Tienen que sobresalir para reparar lo que ella hace. Por eso era preferible que no hubierais tenido que liberar a Gawain. Es una buena persona, pero en el interior de su ser siempre alentará resentimiento contra vos. Le habéis herido en su orgullo de luchador. Esto es algo que para mis caballeros se ha convertido en algo más importante que sus Propias almas.

»Si no tenéis más cuidado, os encontraréis con todo el grupo de Orkney en contra vuestra, como le ocurre al pobre Pelinor. Es una posición muy poco envidiable. La gente hace a veces las cosas más bajas, cuando se trata de lo que llamamos honor. Me hubiera gustado no haber inventado esta clase de honor, de deporte, de civilización.

-Buen discurso -repuso Lanzarote-. Pero alegraos, los Orkney no me harán nada, aunque lo pretendan. En cuanto a que vuestro plan está equivocado, eso no es cierto. La Tabla Redonda es el mejor proyecto que se ha realizado jamás.

Arturo, que aún seguía apoyado en los codos, alzó la vista. Vio que su amigo y su esposa se miraban con desbordante pasión, y entonces concentró rápidamente su atención en el plato que tenía delante.





CAPITULO X

El tío Dap, al tiempo que examinaba el yelmo, declaró:

-Tienes la visera destrozada. Habrá que conseguir otra. Resulta un honor tener rota la visera, pero es poco honorable conservarla así cuando hay oportunidad de reemplazarla por una nueva. De lo contrario pueden pensar que eres un fanfarrón.

-Sí.

El anciano y Lanzarote estaban hablando en una pequeña estancia que tenía una ventana al norte, por la que entraba una luz azulina, como aceite helado, que iba a reflejarse sobre el acero.

-¿Qué tal se porta tu espada Joyeux? ¿Aún conserva el filo? ¿Te satisface su comportamiento?

-Sí.

Joyeux había sido hecha por Galand, el mejor armero que hubo en la Edad Media.

-Bah, sí, sí -exclamó airadamente el tío Dap-. ¿No sabes decir otra cosa que sí? Bendita sea mi alma, Lanzarote, a veces me pregunto si no estarás sordo. ¿Qué demonios te ocurre?

Lanzarote estaba alisando la cimera que usaba como señal distintiva en el caso que sostenía el tío Dap. Tenía la cimera en la roano, ya que era desmontable. Actualmente se cree que los caballeros usaban en sus yelmos unos penachos de plumas de avestruz ondulantes como las hierbas de las pampas. No solía ocurrir así. La cimera de sir Kay, por ejemplo, tenía la forma de un abanico rígido y achatado, con las puntas hacia delante y hacia atrás. Estaba dispuesta a semejanza de las plumas de un pavo real, y parecía realmente como si una de estas aves hubiera abierto su cola. Pero era una cimera rígida y no ondulada, aunque tenía colores llamativos. Lanzarote, al que no le gustaba lo llamativo, usaba unas pocas plumas de garza reunidas con un hilo de plata que hacía juego con la plata de su escudo. Las había estado acariciando, pero al fin las arrojó violentamente contra una esquina y se puso en pie. Luego comenzó a pasear por la reducida estancia con el ánimo evidentemente excitado.

-Tío Dap -dijo por último-, ¿recuerdas que una vez te pedí que no me hablaras de cierto asunto relativo a Ginebra?

-Sí.

-¿Crees que Ginebra está enamorada de mí?

-Debieras preguntárselo a ella -contestó el anciano, con lógica típicamente francesa.

-¿Qué puedo hacer? -exclamó Lanzarote, desesperado-. ¿Qué puedo hacer yo?

Resultaba difícil explicarse que Ginebra estuviera enamorada de dos hombres al mismo tiempo. Al menos, eso parece imposible en nuestros tiempos, cuando todo el mundo se halla tan libre de prejuicios que se dedica a hacer lo que mejor le parece. ¿Por qué Lanzarote no hacía el

amor a Ginebra, o se marchaba con la esposa de su amigo, como cualquier individuo medianamente astuto hubiese hecho en la actualidad?

Una de las razones de este dilema era que Lanzarote profesaba el cristianismo. Hay personas que parecen olvidar que en esos remotos días no había protestantes. En esa época la Iglesia prohibía expresamente seducir a la mujer del prójimo. Otro obstáculo que le impedía hacer libremente su voluntad era el ideal caballeresco que Arturo había inculcado en su joven mente. Quizá cualquiera de los perversos barones que sólo creían en el poder de la fuerza se hubiera marchado con Ginebra, pues esa forma de actuar es como la del toro que tiene más poder que los otros.

Mas Lanzarote había pasado su infancia realizando ejercicios caballerescos y pensando en el ideal del rey Arturo. El joven creía tan firmemente como su mismo rey, y como los verdaderos cristianos, en que existía la Razón. Aparte de esto, estaba el obstáculo de su propia naturaleza. En el rincón más remoto de su mente, había algo que Lanzarote no alcanzaba a comprender. Quería a Arturo, amaba a Ginebra y se odiaba a sí mismo. Cualquiera hubiese codiciado el honor que significaba ser el mejor caballero del mundo. Pero Lanzarote nunca se consideró con grandes méritos. Bajo el grotesco aunque magnífico exterior de un Quasimodo, subsistía la vergüenza y el sentimiento de culpabilidad que le habían sido inculcados muy de pequeño.

-A mi entender -dijo el tío Dap-, todo depende, en gran parte, de lo que la reina quiera hacer.





CAPITULO XI

anzarote permaneció en la corte varias semanas esta vez, y cada semana que transcurría se le hacía más difícil marcharse. En la vorágine de la maraña social en que se veía envuelto, subsistía el conflicto que se creaba al otorgar a la castidad un valor mayor al que se le asigna en nuestros tiempos. Como algunos personajes de Tennyson, consideraba que la gente sólo posee una fuerza indomable si tienen el corazón puro. Se decía que si llegaba a ceder ante la reina, perdería su fortaleza. Por tal razón, y por otras, Lanzarote luchaba desesperadamente contra ese amor.

La situación tampoco resultaba agradable para Ginebra. Un día el tío Dap dijo:

-Será mejor que te marches, Lanzarote. Has perdido más de veinte libras de peso. Si no te vas enseguida, llegarás a enfermar.

-No puedo irme -repuso Lanzarote.

Por su parte el rey Arturo decía: «No os vayáis», y Ginebra decía: «Marchaos».

La segunda salida que efectuó Lanzarote fue el punto culminante de su vida. Se había hablado mucho en Camelot acerca de un cierto rey Pelles, que estaba lisiado y vivía en su castillo encantado de Corbin. También se decía de él que se hallaba trastornado, pues afirmaba ser pariente de José de Arimatea. Era la clase de hombre que se hubiera convertido en inglés israelita, en la actualidad, y que se habría pasado el tiempo profetizando el fin del mundo por la medida de los pasadizos de la Gran Pirámide. No obstante el rey Pelles sólo estaba algo chiflado, si bien era cierto que su castillo se hallaba encantado. En él había una estancia mágica con innumerables puertas por las que entraban cosas extrañas por la noche, agrediendo al que estuviese dentro. Arturo consideró que valía la pena enviar a Lanzarote para que investigase por aquel lugar.

Fue entonces cuando Lanzarote tuvo una extraña aventura que recordó durante muchos años lleno de aflicción. La consideró siempre como la última aventura de su virginidad, y creyó firmemente durante veinte años que antes de esa aventura fue un hombre de Dios y después dejó de serlo.

En las cercanías del castillo de Corbin había un poblado de próspero aspecto. Tenía calles empedradas, casas de granito y antiguos puentes. El castillo se alzaba sobre una colina, a un lado del valle, y al otro lado del mismo había una hermosa torre de vigía en otra colina. Al llegar Lanzarote todo el pueblo se hallaba en la calle, como si estuvieran esperándole, y en el aire se notaba un extraño brillo, cual si una lluvia de polvo dorado hubiese descendido del sol.

Lanzarote sintió una sensación muy especial. Su sangre parecía contener demasiado oxígeno, a tal punto estaba consciente de cada piedra de las murallas, de los colores del valle y de los gozosos pasos de su caballo al avanzar. La gente del poblado parecía conocer su nombre.

-¡Bienvenido, sir Lanzarote del Lago, flor de la caballería! -le gritaba-. ¡Gracias a vos nos libraremos del temor!

-¿Por qué me llamáis así? -preguntó Lanzarote, pensando en otras cosas-. ¿Cómo sabéis mi nombre? ¿Qué sucede aquí?

Todos hablaron a la vez, y lo hicieron solemnemente y con gran facilidad.

-Ah, buen caballero -dijeron-. ¿Veis aquella torre de la colina? En ella hay una dama doliente, que por medios mágicos está sumergida en agua hirviendo desde hace varios años. Nadie puede sacarla de allí, si no es el mejor caballero del mundo. Sir Gawain estuvo aquí la semana pasada, pero no consiguió nada.

-Si Gawain no lo logró -repuso Lanzarote-, estoy seguro de que yo tampoco podré hacerlo.

No le gustaba a Lanzarote aquella especie de competencia. Lo malo de ser el mejor caballero del mundo era que le estaban poniendo a prueba constantemente, hasta que llegase el día en que perdiera el título.

-Creo que será mejor que continúe mi camino -dijo el joven, agitando las riendas de su caballo.

-No, no -dijo la gente, con gravedad-. Sois sir Lanzarote, bien os conocemos, y tenéis que sacar a nuestra dama del agua hirviente.

-Debo seguir adelante.

-La pobre sufre lo indecible.

Lanzarote inclinóse sobre su silla, pasó la pierna izquierda sobre la grupa de su caballo, y no tardó en hallarse en el suelo.

-Decidme lo que debo hacer -manifestó.

La gente se agrupó a su alrededor, y el alcalde del pueblo le cogió por la mano, dirigiéndose todos hacia la torre de vigilancia que había sobre la colina. Mientras ascendía, el alcalde explicó a Lanzarote la situación.

-Nuestra dama, la hija del rey Pelles -dijo el regidor-, era la muchacha más hermosa del país. Por ello la reina Morgana y la reina de Northgalis se sintieron celosas, y la colocaron en esta situación tan horrible, como venganza. Es de imaginar lo mucho que padece, y lleva ya hirviendo cinco años. Sólo el mejor caballero del mundo puede librarla de su tormento.

Cuando llegaron a la puerta de la torre ocurrió un prodigio. La puerta estaba asegurada con pesados cerrojos y barras, a la usanza antigua, a fin de soportar las embestidas desde el exterior. Pero al llegar Lanzarote y sus acompañantes, las barras y cerrojos se descorrieron chirriando agudamente. Luego la puerta se abrió en silencio.

-Adelante -dijo el alcalde, y se quedó fuera, con los demás, en espera de lo que pudiese ocurrir.

En el primer piso de la torre vio Lanzarote la caldera mágica que mantenía hirviendo el agua. El caballero no entró en esa estancia, En el segundo piso había una habitación llena de vapor, de modo que no pudo ver lo que había en ella. Entró en ese cuarto tanteando con las manos al frente, como suelen hacer los ciegos, hasta que oyó un chillido. Un claro en el vapor, provocado al abrir la puerta de la habitación, tanto tiempo cerrada, permitió a Lanzarote ver a la dama que había lanzado el grito. Estaba sentada en la tina hirviente, mirándole tímidamente. Era una encantadora joven que se hallaba, según especifica Malory, tan desnuda como una aguja.

-¡Caramba! -dijo sir Lanzarote.

La muchacha se sonrojó, si es posible sonrojarse aún más cuando se está en agua hirviendo, y dijo con voz débil:

-Por favor, dadme la mano.

Evidentemente, sabía la forma en que podía deshacerse el encantamiento.

Lanzarote le tendió la mano y ella salió de su baño, en cuyo momento todos los que se hallaban afuera comenzaron a lanzar vítores, como si supieran lo que estaba ocurriendo. Habían traído con ellos un vestido y la adecuada ropa interior, y las mujeres del poblado formaron un círculo en la puerta, mientras la muchacha de rosada piel se vestía.

-¡Ah, qué gusto da vestirse! -comentó ella.

-¡Mi palomita! -exclamó una anciana rolliza que sin duda había sido niñera de la joven, y que ahora estaba derramando lágrimas de alegría.

-¡Sir Lanzarote lo ha conseguido! -gritaron los lugareños-. ¡Tres vivas por sir Lanzarote!

Cuando los vítores se hubieron extinguido, la muchacha se acercó al caballero y le colocó una mano sobre la suya.

-Muchas gracias -le dijo-. ¿Queréis venir a la iglesia para que demos gracias a Dios como os las he dado a vos?

-Creo que es lo oportuno.

Así diciendo se encaminaron hacia la pulcra capillita del pueblo y dieron gracias a Dios por sus mercedes. Se arrodillaron ante las paredes decoradas con frescos, donde se representaban a algunos santos de aspecto impresionante, con doradas aureolas y en puntillas, para evitar el escorzo. Los fieles recibían encima los rayos coloreados de los policromos vitrales. Unos aparecían de color azul cobalto, otros púrpura, por el manganeso; otros amarillos, del cobre, y también rojos y verdes, asimismo del cobre. El interior del pequeño templo era una sinfonía de colores. Se hallaban en mitad de la misa, cuando Lanzarote se dio cuenta al fin de que se le había permitido hacer un milagro, como siempre había deseado.

El rey Pelles salió cojeando de su castillo, al otro lado del valle, para ver a qué se debía tanto alboroto. El anciano observó el escudo de Lanzarote, besó a la rescatada muchacha con aire ausente, e hizo notar:

-¡Pero si sois Lanzarote! Y veo que habéis salvado a mi hija, sacándola de esa condenada marmita. ¡Qué atento sois! Pero esto ya fue profetizado hace largo tiempo. Yo soy el rey Pelles, primo carnal de José de Arimatea... y vos, claro está, sois pariente en octavo grado de Nuestro Señor Jesucristo.

-¡Cielo santo!

-Ya lo creo, ya lo creo -añadió el rey Pelles-; todo está escrupulosamente escrito en las piedras de Stonehenge. Por mi parte, tengo una especie de fuente santa en mi castillo de Carbonek, así como una paloma que vuela en varias direcciones sosteniendo un incensario de oro en el pico. De todos modos, habéis sido muy amable al sacar a mi hija de esta maldita olla.

-Papá -dijo la joven-. Creo que debiéramos ser presentados, después de todo esto.

El rey agitó una mano gravemente, como si quisiera alejar a los enanitos de la corte, y dijo:

-Esta es mi hija Elaine. ¿Qué tal? Y éste es sir Lanzarote del Lago. ¿Qué tal? Todo está escrito en las piedras.

Lanzarote, tal vez influido por el hecho de haber visto a Elaine sin ropas, pensó que era la muchacha más hermosa que había visto, con excepción de Ginebra, y él también se sintió un poco tímido delante de ella.

Debéis venir y quedaros conmigo -dijo el rey-. Eso está escrito también en las piedras. Os mostraré la fuente santa algún día. Y también os enseñaré aritmética. Bonito día. No siempre le sacan a uno una hija de un caldero hirviendo. Bueno, creo que la comida ya debe de estar dispuesta.





CAPITULO XII

anzarote quedóse en el castillo de Corbin una temporada. Sus habitaciones encantadas poseían cierto atractivo, y además Lanzarote no sabía adonde ir, por el momento. Sus sentimientos de amor sin esperanzas hacia Ginebra le tenían moralmente deshecho, y se sentía incapaz de seguir hacia otra parte. Al comienzo de su amor por ella mostróse inquieto, y se dio cuenta de que sólo estando ocupado y yendo de un lado para otro podría paliar su sufrimiento. Pero ahora eso se había acabado, y tuvo la impresión de que tanto le daba estar en un lado como en otro, mientras se mantuviera alejado de ella. Pero era demasiado ingenuo para comprender que cuando el mejor caballero del mundo salva a una muchacha de una marmita de agua hirviendo, lo más probable es que ella se enamore del caballero, y más aún si la joven sólo tiene dieciocho años.

Una noche en que Pelles se mostraba especialmente aburrido describiendo los árboles genealógicos de algunos santos, y en que Lanzarote sentíase torturado hasta el punto de no poder cenar tranquilo, ni estarse quieto siquiera en su silla, el mayordomo resolvió hacerse cargo de la situación. Había servido a la familia Pelles durante cuarenta años, estaba casado con la niñera que recibió a Elaine con lágrimas en los ojos, después de su reciente liberación, y en su fuero interno aprobaba el amor de la muchacha por Lanzarote. También comprendía a los jóvenes como Lanzarote -jóvenes que serían pilotos de reactor en la Inglaterra actual-. Sin duda habría sido un excelente mayordomo en una universidad.

-¿Más vino, señor? -inquirió el mayordomo.

-No, gracias.

El hombre inclinóse cortésmente y sirvió otro cuerno, que Lanzarote se bebió sin mirarlo siquiera.

-Excelente cosecha, señor -aseguró el mayordomo-. Su Majestad cuida mucho de su bodega.

El rey Pelles se había marchado a la biblioteca, a estudiar ciertas profecías, y dejó a su sombrío huésped en el salón. Este repuso:

-Sí, claro.

Oyéronse unos ruidos más allá de la puerta de la mayordomía, y el servidor se volvió de nuevo hacia Lanzarote, que estaba trasegando otro cuerno de vino.

-Volviendo a este vino, señor -agregó el mayordomo-, debo deciros que su majestad hace gran acopio de él. Sí, mi mujer acaba de subir una botella de la bodega. Observad la costra de la botella, señor. Es un vino que sin duda alguna apreciaréis.

-Todos los vinos son iguales para mí.

-Sois modesto, joven caballero -repuso el mayordomo, cambiando el cuerno pequeño por otro más grande-. Si me permitís decirlo, señor, sois un poco bromista. Pero es fácil reconocer a un buen catador de vino, cuando lo tiene uno delante.

El hombre estaba importunando a Lanzarote, que deseaba quedarse a solas con su dolor. El joven se dio cuenta de ello, pero se dijo si no estaría siendo descortés con el buen mayordomo. Este podía tener sus propios problemas, y sin embargo estaba demostrando la mejor voluntad. Temiendo desairarle, cogió el cuerno cortésmente y bebió su contenido de nuevo.

-Muy bueno -dijo entonces-. Espléndida cosecha.

-Me alegra oír vuestros elogios, señor.

-¿Habéis estado alguna vez enamorado? -inquirió Lanzarote, haciendo la pregunta que suelen hacer los jóvenes, sin darse cuenta de que nada tenía que ver con el vino.

El mayordomo sonrió discretamente y le sirvió otra buena dosis.

Hacia la medianoche, Lanzarote y el mayordomo estaban sentados a la mesa, frente a frente y con el rostro muy colorado. Tenían delante de ellos una bebida hecha de vino tinto, miel, especias y todo lo que a la mujer del mayordomo se le ocurrió poner.

-Creedme lo que os digo -aseguró Lanzarote, gesticulando como un mono-. No suelo decirlo a nadie, pero os confieso que sois una persona simpática. Me alegro habéroslo contado todo. Pero tomad otro trago.

-A vuestra salud -dijo el mayordomo.

-Mas, ¿qué puedo hacer? -inquirió Lanzarote, compungido-. ¿Qué puedo hacer yo?

Y así diciendo colocó su horrible cabeza entre los brazos y echóse a llorar.

-Valor -repuso el mayordomo-. ¡Hacer o perecer! El hombre dio unos golpes con los nudillos en la mesa, miró hacia la puerta de la mayordomía, y luego sirvió más vino.

-Bebed -manifestó-. Bebed con ganas. Dentro de un momento tendréis buenas noticias.

-Eso quisiera yo. Ya lo creo que lo quería.

-El mayordomo Jack es tan buena persona como su amo -dijo el hombre.

-Eso es cierto -contestó Lanzarote, guiñando los ojos de un modo que le daban un aspecto animal-. Y yo diría que hasta es mejor que él, ¿verdad?

Y el joven se echó a reír como un asno.

-Ah, ahí llega mi esposa Brisen con un mensaje -dijo el mayordomo-. Apostaría que es para vos.

El joven echó un vistazo al papel, y el mayordomo le preguntó:

-¿Qué dice el mensaje?

-Nada -repuso Lanzarote, arrojando la hoja sobre la mesa y dirigiéndose con paso inseguro hacia la puerta. El mayordomo leyó el papel.

-Esto dice que la reina Ginebra se halla en el castillo de Case, a cinco millas de aquí, y que desea estar con vos. Asegura que el rey no se encuentra con ella. Os envía algunos besos.

-¿Y bien?

-No osaréis ir -dijo el mayordomo.

-¿Que no? -exclamó Lanzarote, y salió tambaleándose hacia la oscuridad, mientras se reía como un payaso y llamaba a su caballo.

Por la mañana Lanzarote se despertó repentinamente en una habitación extraña, que estaba a oscuras, con pesados cortinajes cubriendo las ventanas. El joven no sintió dolor de cabeza debido a su buena constitución. Saltó de la cama y se dirigió a una ventana, descorriendo las cortinas. En un segundo se dio cuenta de lo que había ocurrido la noche anterior. Recordó al mayordomo, y la bebida con la poción amorosa que seguramente habían vertido en ella, así como el mensaje de Ginebra. Y luego, en la oscuridad, el cuerpo suave y lleno de fuego que reposó a su lado, en el lecho del que acababa de saltar. Lanzarote inclinó la cabeza, la apoyó sobre la fría piedra de la ventana y sintióse infinitamente desdichado.

-Jenny... -murmuró, llamando a Ginebra por el diminutivo que solía darle.

No llegó respuesta alguna desde el lecho.

Lanzarote volvióse en redondo y se vio delante de la bella Elaine. Esta se hallaba sentada en la cama, con los brazos desnudos y sosteniendo las sábanas delante de su cuerpo, al tiempo que fijaba en él sus ojos de color violeta.

Lanzarote era un esclavo de sus sentimientos, y nunca se tomaba el trabajo de disimularlos. Cuando vio a Elaine, la cabeza comenzó a darle vueltas. Su feo rostro adquirió una expresión de profunda pena, tan veraz y sincera que su desnudez a la luz de la ventana aparecía llena de dignidad. Luego comenzó a temblar intensamente.

Elaine no hizo movimiento alguno, sino que se limitó a mirarle con ojos vivaces, como un ratón.

Lanzarote se dirigió hacia el cofre donde descansaba su espada.

-Os voy a matar -dijo con voz ronca. Ella siguió mirándole. Tenía dieciocho años y parecía muy pequeña en medio del gran lecho. Se la veía sumamente asustada.

-¿Por qué lo hicisteis? -exclamó él-. ¿Por qué me habéis engañado?

-Tenía que hacerlo.

-¡Fue una intriga!

No obstante, Lanzarote no creía eso en su fuero interno. A voces, agregó:

-¡Fue una estratagema! ¡Me habéis traicionado!

-¿Por qué iba a hacerlo?

-Me habéis obligado...Me habéis quitado... robado...

Lanzarote arrojó la espada a un rincón y sentóse sobre el cofre. Entonces comenzó a llorar, y los toscos rasgos de su semblante se contorsionaron increíblemente. Lo que Elaine le había robado era su fuerza. Le había quitado la fuerza de diez personas a que se refiere Tennyson. Muchos niños aún creen eso, en la actualidad, y piensan que sólo jugarán bien el partido de fútbol del día siguiente si se portan bien por la noche.

Lanzarote dejó de llorar y habló al fin, con la mirada puesta en el suelo.

-Cuando era pequeño -dijo-, rogué a Dios que me permitiera llevar a cabo un milagro. Sólo las gentes castas pueden realizar prodigios. Deseaba ser el mejor caballero del mundo. Era feo y me sentía muy solo. Los habitantes del poblado dijeron antes de salvaros que yo era el mejor caballero del mundo, y conseguí el portento que deseaba al sacaros del agua. No sabía que iba a ser mi primer y último milagro.

-No digáis eso, Lanzarote -repuso ella-. Aún seguiréis haciendo muchos más.

-Nunca. Vos me habéis robado ese poder; por vos he dejado de ser el mejor caballero del mundo. Elaine, ¿qué habéis hecho?

La muchacha echóse a llorar.

Lanzarote se puso en pie, envolvióse en una prenda y dirigióse de nuevo a la cama.

-No importa -agregó-. Fue culpa mía, por haberme emborrachado. Estaba triste, y por eso bebí. Me pregunto si el mayordomo habrá tratado de jugarme una mala pasada. No estuvo bien, si hizo eso. No lloréis, Elaine, no fue culpa vuestra.

-Sí, lo fue, lo fue.

-Probablemente lo pensó vuestro padre, a fin de tener un parentesco en octavo grado de Nuestro Señor en la familia. O bien fue esa bruja de Brisen, la mujer del mayordomo. No os aflijáis por ello, Elaine. Todo ha pasado. Mirad, voy a daros un beso.

-Lanzarote... -musitó Elaine-. Lo hice porque te quiero. ¿Acaso no te he entregado yo algo también? Yo era virgen, Lanzarote. Pero sí, fue por culpa mía. Merezco la muerte. ¿Por qué no me matas con tu espada? Y sin embargo, lo hice por que te quiero. No podía evitarlo.

-Vamos, tranquilízate...

-Lanzarote, ¿y si tuviera un hijo?

El joven dejó de consolarla y se dirigió de nuevo hacia la ventana, como si fuera a perder la razón.

-Deseo tener tu hijo -añadió Elaine-. Le llamaré Galahad, igual que el primer nombre que llevas.

La muchacha aún sostenía las sábanas con sus desnudos bracitos. Lanzarote volvióse hacia ella, lleno de ira.

-Elaine -dijo-. Si tienes un hijo, será sólo tuyo. No está bien querer atraerme con lamentaciones. Me voy ahora mismo, y espero no volver a verte jamás.



CAPITULO XIII



staba Ginebra sentada en la semipenumbra del cuarto, haciendo un bordado, cosa que aborrecía. Era para la funda de un escudo de Arturo, y tenía el dragón rampante en gules. Elaine sólo tenía dieciocho años, y siempre resulta fácil explicar los sentimientos de una jovencita, pero Ginebra contaba ya veintidós. Había llegado a adquirir un carácter individualista, acrecentado por las sensaciones que una vez experimentara al recibir el regalo de aquellos cautivos.

Existe algo llamado conocimiento del mundo, que la gente no posee hasta que llega a la edad madura. Es algo que no puede nunca enseñarse a los jóvenes, puesto que no es lógico y no obedece a leyes constantes. No tiene reglas fijas. Sólo en la época en que la mujer alcanza la mitad de su vida, se desarrolla en ella una noción de equilibrio.

No puede enseñarse a un niño a andar sólo con explicarle cómo debe hacerlo. Es preciso que la criatura aprenda a conservar el equilibrio andando por experiencia. En cierto modo, y a semejanza de esto, no es posible enseñar a una muchacha el conocimiento del mundo, sino que debe obtenerlo ella por medio de la experiencia. De pronto, cuando está comenzando a odiar su gastado cuerpo, se da cuenta de que aún es hermosa, de que puede seguir viviendo, no por principio, por deducción o por el conocimiento del bien o el mal, sino sencillamente por un sentido especial de equilibrio que desafía con frecuencia a todas aquellas cosas. Entonces la mujer no quiere seguir viviendo para hallar la verdad -si es que alguna vez pretenden eso las mujeres-, sino que continúa de ahí en adelante bajo la guía de ese séptimo sentido. El equilibrio es el sexto sentido que la mujer adquirió cuando aprendió a andar. Ahora posee un séptimo sentido: el conocimiento del mundo.

El paulatino descubrimiento de este séptimo sentido, mediante el cual tanto los hombres como las mujeres consiguen sortear los riesgos de un mundo en el que existe la guerra, el adulterio, el miedo, la necedad y la hipocresía, este conocimiento no constituye un triunfo. El niño quizá se siente gozoso cuando comprueba que puede andar. Pero este séptimo sentido no se reconoce por ningún signo exterior, y sólo lo llevamos como un elemento más de nuestro bagaje interior.

En esa etapa comenzamos a no pensar en que una vez carecimos de este séptimo sentido. Empezamos a olvidar, mientras seguimos adelante, conservando el equilibrio, que existió una ocasión en que teníamos cuerpos jóvenes en los que bullía el ímpetu de la vida. Poco consolador resulta acordarse de eso, y por tal razón dicha imagen acaba por morir en nuestra mente.

Pero hubo un tiempo en que todos nosotros aparecíamos desnudos ante el mundo, enfrentándonos con la vida como si se tratase de un serio problema que nos concernía íntima y apasionadamente. Hubo un momento en que para nosotros era de vital importancia saber si existía o no Dios. Evidentemente, la existencia de una vida futura tiene que ser de la mayor importancia para el que desea vivir plenamente el presente.

Hubo una época en que el amor libre, contrario a la moralidad católica, era un asunto de la mayor importancia para nuestros fogosos cuerpos.

Además, hay veces que nos preguntamos de todo corazón qué es el mundo, y el amor, y qué somos nosotros mismos.

Todos estos problemas y sentimientos se esfuman cuando adquirimos el séptimo sentido. La gente madura puede mantenerse, sin dificultad alguna, en un equilibrio entre la creencia en Dios y el quebrantamiento de los mandamientos. El séptimo sentido, a decir verdad, no tarda en destruir a los demás, de modo que al final no existe un gran problema con los mandamientos. No los vemos, ni los oímos ni los sentimos. Estamos sordos y ciegos a los cuerpos que amamos, las verdades que perseguimos y los dioses que desafiamos, y avanzamos mecánicamente hacia la inevitable tumba, bajo la protección de nuestro último sentido. «Gracias a Dios por la ancianidad», canta el poeta:

Gracias a Dios por la ancianidad.
Por el paso de los años, por la enfermedad y la tumba.
Cuando estamos viejos y enfermos, y más aún, en el ataúd,
No hay problema que resulte grave.

Ginebra tenía veintidós años cuando bordaba la funda del escudo, y estaba pensando en Lanzarote. Todavía no se hallaba a mitad de camino hacia el ataúd, no estaba enferma y aún no tenía más que seis sentidos. Resultaba difícil ponerse en su lugar.

Un caos en la mente y el cuerpo, un tiempo de llorar ante los crepúsculos y ante la belleza del resplandor de la luna; una confusión y profusión de creencias y esperanzas en Dios, en la Verdad, en el Amor y en la Eternidad; un corazón que dolía o brincaba, una alegría gozosa y una pena tan amarga que entre ambas podía extenderse un océano; y luego, como compensación a estas dispares cualidades, unos arrebatos de egoísmo sin disimulos, una inquietud e incapacidad para apaciguarse y dejar de molestar a las gentes de edad, una efervescencia que contrasta con los moldes del séptimo sentido; todas estas debían de ser algunas de las características propias de los veintidós años de Ginebra, puesto que son las que caracteriza a todo el mundo a esa edad. Pero por encima de todo esto se hallaban los amplios e inciertos contornos de su carácter, unas sensaciones que la hacían muy diferente de la ingenua Elaine, y mucho más real; unos rasgos definidos que hacían de ella la Jenny a la que Lanzarote amaba.

-¡Oh, Lanzarote! -suspiró mientras seguía cosiendo la tunda del escudo-. ¡Oh, Lanzarote, vuelve pronto! Vuelve con tu torcida sonrisa, con tu manera tan especial de andar, que demuestra si estás irritado o confuso; vuelve para decirme que ya basta, que yo debo ser Jenny y tú debes ser Lanza, ocurra lo que ocurra.

Y lo asombroso fue que él regresó. Volvió como una flecha al corazón del amor. Había dormido con Ginebra en la ficción, y le habían arrebatado su poder, igual al de diez personas. Ahora Lanzarote era una mentira, ante los ojos de Dios y ante los ojos de todos. Se acabó el ser el mejor caballero del mundo, se acabaron los milagros. El joven volvía hacia su

cariño en busca de consuelo. Oyóse un resonar de cascos sobre los adoquines, que hizo que la reina dejara a un lado su bordado para ver si era Arturo, que regresaba de la caza. Luego se escuchó un tintineo de espuelas contra los peldaños, y entonces, antes de que supiera con certeza lo que estaba ocurriendo, Ginebra comenzó a reír y a llorar, infiel ya a su esposo, como siempre supo que iba a serlo.



CAPITULO XIV



quí tenéis una carta de vuestro padre, Lanza -declaró Arturo-. Dice que ha sido atacado por el rey Claudas. Yo le prometí ayudarle, si era necesario, a cambio de su ayuda en Bedegraine. Debo acudir en su auxilio.

-Comprendo.

-¿Qué pensáis hacer?

-¿Qué queréis decir?

-Digo que si vais a venir conmigo, o si preferís quedaros aquí. Lanzarote carraspeó y luego repuso:

-Haré lo que creáis más conveniente.

-Sé que será difícil para vos -dijo Arturo-, y me disgusta pedíroslo; pero, ¿os importaría quedaros aquí?

Lanzarote no supo hallar las palabras adecuadas, de modo que el rey creyó que su silencio se debía a la decepción.

-Bueno, comprendo que deseéis ver a vuestros padres -manifestó el rey-. No quiero que os quedéis, si eso os aflige. Veremos si puede arreglarse de otra forma.

-¿Por qué me pedís que me quede en Inglaterra? -inquino Lanzarote.

-Alguien tiene que permanecer aquí cuidando de las distintas facciones. Me sentiría más tranquilo, al ir a Francia, si supiera que dejo en mi lugar un hombre enérgico. En Cornualles no tardaran en surgir conflictos entre Tristán y Mark, y además subsiste aún la pugna de los Orkney. Ya conocéis las dificultades que eso supone. Además, pensé que sería conveniente dejar a alguien para que cuide de Ginebra.

-Tal vez -repuso Lanzarote, eligiendo sus palabras lleno de dolor - sería mejor pensar en otro.

-No digáis tonterías. ¿En quién podría yo confiar mejor que en vos? Bastaría con que sacarais vuestro hocico por la puerta de la perrera, y todos los ladrones de la comarca echarían a correr a la vez.

-No es un hocico muy bonito.

-¡Matasiete !-exclamó el rey, afectuosamente, y dio unas palmadas a su amigo en la espalda. Luego se fue a disponer todo lo relativo a la expedición.

Tuvieron un año de gozo, doce meses que transcurrieron como en el paraíso. Durante veinticuatro años, les atenazó el remordimiento, pero ese año fue el único en que creyeron ser felices. Al rememorar el pasado, cuando ya eran ancianos, no recordaban si ese año había llovido o nevado. Las cuatro estaciones aparecían coloreadas para ellos igual que el borde del pétalo de una rosa.

-No lo entiendo -decía Lanzarote-; no comprendo cómo puedes amarme. ¿Estás segura de ello? ¿No será algún error?

-Mi Lanzarote...

-Pero ten en cuenta mi rostro, es horrible.

En otras ocasiones se sentían llenos de remordimiento. Ginebra no lo lamentaba por ella misma, sino por lo que afectaba a su amante.

-Prefiero no pensar. No pensar en nada. Dame un beso, Jenny.

-Sí, ¿a qué pensar?

-A veces no puedo evitarlo.

-¡Querido Lanza!

Luego había veces en que se peleaban por niñerías, pero hasta sus riñas eran las de los amantes, y les parecían cariñosas cuando las recordaban.

-Los dedos gordos de tus pies son como cerditos que llevan al Mercado.

-No digas esas cosas. Es una falta de respeto.

-¿Falta de respeto?

-Sí. ¿Por qué no has de ser respetuoso? Al fin y al cabo yo soy la reina.

-¿Dices en serio que debo tratarte con respeto? ¿Debo arrodillarme a cada momento y besarte la mano?

-¿Por qué no?

-Me gustaría que no fueras tan engreída. Si hay algo que odio es ser tratado como una posesión personal.

-Engreída, ¿eh?

Y la reina daba una patada en el suelo, o se pasaba el día con el ceño fruncido. Pero le perdonaba en cuanto él se mostraba arrepentido.

Un día, cuando estaban contándose sus más íntimos pensamientos, descubriendo a veces llenos de asombro las muchas cosas en que coincidían, Lanzarote contó a la reina su secreto.

-Jenny, cuando yo era pequeño sentía odio hacia mí mismo. No sé por qué, pero estaba como avergonzado. Era un chiquillo bastante difícil.

-No eres muy fácil de comprender ahora -repuso ella, echándose a reír. De todos modos, Ginebra no alcanzaba a entender lo que él le estaba diciendo.

-Un día mi hermano me pidió que le prestara una flecha. Yo tenía dos o tres muy derechas, que trataba con un cuidado especial, mientras que las de él estaban combadas. Entonces le dije que las había perdido y que no podía prestárselas.

-Mentirosillo...

-Sí que lo era. Después de eso sentí un gran remordimiento y me dije que había obrado mal ante Dios. Por consiguiente me acerqué a una mata de ortigas que había junto al foso, y metí un brazo en ellas, como castigo. Alcé la manga de la camisa e introduje el brazo entre las ortigas.

-¡Pobre Lanza! ¡Qué inocente eras en aquella época!

-Pero lo extraño, Jenny, es que las ortigas no me pincharon. Estoy seguro de que no me hicieron nada.

-¿Crees que fue un milagro?

-No lo sé. Es difícil asegurarlo. Yo era un chiquillo imaginativo, que siempre vivía en un mundo hecho por mí mismo, donde Arturo era el más grande de los caballeros. De todos modos, recuerdo bien mi sorpresa cuando vi que las ortigas no me hacían nada en el brazo.

-Estoy segura de que fue un milagro -contestó la reina, llena de convicción.

-Toda mí vida quise hacer milagros, Jenny. Siempre ansié ser un santo. Supongo que sería una ambición motivada por el orgullo o por algún otro sentimiento desdeñable. No me bastaba con conquistar la tierra, sino que deseaba también lograr el cielo. Consideraba que además de ser el caballero más fuerte debía ser el mejor de todos. Eso es lo malo de soñar despierto, y por ello traté de alejarme de ti. Sabía que si no era puro nunca llegaría a hacer un milagro. No obstante, llevé a cabo uno, y fue espléndido. Saqué a una muchacha de una marmita encantada, llena de agua hirviente. Se llamaba Elaine. Entonces perdí mi poder. Ahora que estamos juntos, creo que jamás podré hacer un nuevo milagro.

Lanzarote no deseaba decir a Ginebra toda la verdad acerca del asunto de Elaine, pues sin duda ella se ofendería al saber que había sido la segunda mujer de su vida.

-¿Y por qué no vas a hacerlo?

-Porque estamos en pecado.

-Yo jamás he hecho un milagro -aseguró la reina, fríamente-, de modo que eso no me entristece.

-Pero, Jenny, si yo no lamento nada. Tú eres mi milagro, y los echaría a todos por la ventana con tal de tenerte a ti. Sólo estaba contándote las cosas que sentía cuando era pequeño.

-Creo que no te comprendo.

-¿No puedes entender que uno quiera ser bueno? No, me doy cuenta de que tú no lo necesitas. Sólo la gente a la que falta algo, la gente baja, desea ser buena. Tú siempre has sido casi perfecta, por lo que no tenías necesidad de sentir ese deseo. El caso es que a veces me siento terriblemente preocupado, incluso ahora, estando contigo, cuando me doy cuenta de que ya no puedo seguir siendo el mejor caballero.

-En tal caso, podemos separarnos un tiempo, hacer una buena confesión y continúas haciendo milagros.

-Sabes que no podemos separarnos.

-Todo esto me parece algo ridículo -repuso Ginebra-. No alcanzo a comprenderlo. Creo que en ello hay también una buena Parte de egoísmo.

-Sé que soy egoísta, no puedo remediarlo. ¿Acaso puede uno ir en contra de como le han hecho? Dime, ¿no alcanzas a entender lo que te estoy diciendo? Yo era un solitario, de pequeño, y me pasaba el tiempo haciendo gimnasia y otros ejercicios. Solía pensar que iba a ser un gran explorador que cruzase vastos desiertos. O bien sería un rey poderoso, como Alejandro, o San Luis, o un sabio médico y hallaría un bálsamo que curase todas las heridas. Tal vez me decidiera por ser un santo, y sanaría a los enfermos con sólo tocarlos; quizá dedicase mi vida a buscar algo importante, una reliquia de la Santa Cruz, o del Santo Grial. Esos eran mis sueños, Jenny. Sólo quiero contártelos para que lo sepas. Ahora son como sueños extinguidos. Yo te he entregado todas mis esperanzas, Jenny, en agradecimiento por tu amor.



CAPITULO XV



El año de felicidad concluyó con el regreso de Arturo. La noche siguiente a la vuelta del rey, cuando éste se hallaba dándoles detalles sobre la derrota de Claudas, oyóse un griterío a la entrada y sir Bors fue introducido en el gran salón donde estaban cenando. Bors era primo de Lanzarote, y había estado pasando una temporada en el castillo de Corbin, a fin de investigar los encantamientos que en él se producían.

Traía sir Bors algunas novedades para Lanzarote, que le contó en un susurro después de la cena. Pero por desgracia era un misógino, y como todos ellos tenía el femenino defecto de la indiscreción. En consecuencia contó asimismo estas nuevas a algunos de sus mejores amigos. Pronto lo supo toda la corte. La noticia era que Elaine de Corbin había traído al mundo un hermoso niño al que bautizó con el nombre de Galahad, que era el primer nombre de Lanzarote, como recordaréis.

-De modo que por eso perdiste tu capacidad de hacer milagros -dijo Ginebra, cuando se encontró a solas con su amante-. Todo lo que me contaste era mentira.

-¿Qué quieres decir?

Ginebra comenzó a respirar con fuerza. Sentía como si tuviera dos pulgares rojos detrás de los ojos, presionando para sacárselos, y no quería mirar a Lanzarote. Procuraba no hacer una escena, y se temía a sí misma. Le avergonzaba lo que pudiera decir, aunque no conseguía evitarlo. Era como un náufrago nadando en medio de un mar embravecido.

-Bien sabes lo que quiero decir -repuso ella, amargamente y mirando hacia otro lado.

-Jenny, yo deseaba contártelo, pero resultaba muy difícil de explicar.

-Lo comprendo.

-No es lo que tú piensas.

-¡Lo que yo pienso! -exclamó Ginebra-. ¿Cómo puedes saber tú lo que yo pienso? Pero sí, no es difícil adivinarlo. Yo creo lo que todo el mundo, que eres un mezquino seductor, un mentiroso. Tú y tus milagros... Y pensar que fui lo suficientemente tonta como para creerte...

Lanzarote volvió la cabeza ante sus recriminaciones y miró hacia el suelo, como para ocultar la expresión de sus ojos. Tenía éstos muy abiertos, lo que habitualmente le daba un gesto de temor y sorpresa.

-Elaine no significa nada para mí -aseguró Lanzarote sin apartar la vista del suelo.

-Pues debiera significarlo. ¿Cómo puedes decir que no es nada para ti cuando es la madre de tu hijo? No, no me toques, vete.

-No puedo marcharme, después de esto.

-Si me tocas se lo diré al rey.

-Escucha, Ginebra, en Corbin me hicieron beber más de la cuenta. Luego me dijeron que tú me estabas esperando en Case, y me llevaron a una habitación donde se hallaba Elaine. Me di cuenta de todo a la mañana siguiente.

-Una mala mentira.

-Es verdad.

-Un niño no se la creería.

-No me creas si no quieres. Por mi parte, te aseguro que saqué mi espada para matar a Elaine cuando descubrí lo que había ocurrido.

-Yo la hubiese matado.

-Ella no tenía la culpa.

La reina comenzó a tirar del cerrado cuello de su vestido, como si le quedase demasiado estrecho.

-Estás defendiéndola -dijo-. Sigues enamorado de ella, y quieres engañarme. Había imaginado que eso era realmente lo que ocurriría un día u otro.

-Te juro que estoy diciéndote la verdad. De pronto Ginebra pareció caer vencida por las emociones y comenzó a llorar.

-¿Por qué no me lo confesaste antes? -preguntó-. ¿Por qué no me dijiste que tenías un hijo? ¿Cómo pudiste estar mintiéndome todo este tiempo? Imagino que ése sería tu famoso milagro, ése del que estabas tan orgulloso.

Lanzarote, que también trataba de dominar su aflicción, se puso al fin a sollozar, mientras rodeaba con sus brazos a Ginebra.

-No sabía que tenía un hijo -manifestó-. Puedes creerme. Tampoco hubiera deseado que naciese.

-Si me hubieses contado la verdad desde el principio, yo te habría creído.

-Deseaba decírtelo, pero no sabía cómo hacerlo. Temí causarte una gran pena.

-Ahora mi dolor es mucho mayor.

-Lo comprendo.

La reina Ginebra secóse las lágrimas y miró a Lanzarote, sonriendo con la suavidad de una llovizna de primavera. Un momento más tarde ambos se besaban sintiéndose como la tierra verde refrescada por el agua. Dijéronse que se comprendían el uno al otro una vez más... pero la duda ya había arraigado en ellos. Ahora, en su amor, que era aún más fuerte, había semillas de odio, de temor y de confusión creciendo al mismo tiempo. Y es que el amor puede coexistir con el odio, con cada uno de los amantes atormentando al otro. Así es como la pasión llega a sus límites extremos.



CAPITULO XVI

En el castillo de Corbin, la pequeña Elaine estaba preparándose para el viaje. Pensaba rescatar a Lanzarote de los brazos de Ginebra. Todo el mundo se daba cuenta de lo lamentable de su situación, menos ella misma. No tenía arma alguna con qué luchar, ni sabía cómo hacerlo. Estaba desprovista de carácter, Lanzarote no la amaba, y su posición era aún más desesperada puesto que ella le quería. Nada tenía para enfrentarse con la madurez de la reina, a no ser su falta de experiencia y su humilde amor. Nada que no fuera una regordeta criatura que llevaba a su padre; un niño que para él sólo era el símbolo de una cruel artimaña. Elaine, con una carencia total de astucia que sólo se explicaba por el hecho de haber pasado los últimos años de su corta vida en el encierro de su caldera mágica, decidió ir a encontrarse con Ginebra en su propio terreno. Mandó que le hicieran vestidos de gran magnificencia, y con ellos pensaba ir a Camelot a librar una batalla con la reina de Inglaterra.

De no haber sido Elaine como era, hubiese llevado a Galahad como su arma principal. Sentimiento y orgullo, debidamente aplicados a una naturaleza como la de Lanzarote, hubieran dado buenos resultados para atraerle. Pero Elaine no era astuta ni perspicaz, y se llevó a Galahad tan sólo porque le adoraba y no quería dejarle solo y porque deseaba mostrárselo a su padre para que viera el parecido que tenían ambos. Hacía ya un año que no veía al hombre del que había tenido un hijo.

Mientras Elaine planeaba el rescate de Lanzarote, éste permanecía en la Corte junto a la reina. Pero ahora había perdido la tranquilidad de espíritu que se había creado para sí mismo mientras el rey se hallaba lejos. En tanto duró la ausencia del rey, Lanzaron tuvo la posibilidad de embriagarse con el presente; pero Arturo se hallaba constantemente con ellos ahora, como un reproche a su traición.

Para un carácter profundamente medieval, como era el de Lanzarote, resultaba muy doloroso ver constantemente a Ginebra y darse cuenta de lo innoble que era el sentimiento que hacia ella experimentaba. Aunque ese amor era lo más profundo que se albergaba en su espíritu, cada detalle conspiraba para hacerle pensa en lo ingrato de su situación. Los breves momentos juntos, la puertas cerradas y las culpables artimañas a que les obligaba la presencia constante del esposo, todo ello tenía el efecto de ensucia lo que ya de por sí no era limpio. Y para empeorarlo más, estaba la certeza de que Arturo era afable, sencillo y recto. Lanzarote siempre temía herirle, pues aún seguía profesándole un intenso afecto. También se afligía por la misma Ginebra y por la pequeña semilla de amargura que habían sembrado con ocasión de su primer altercado serio.

Para Lanzarote suponía un gran dolor el estar enamorado de una mujer celosa y suspicaz. Ella le había asestado un golpe mortal al no creer en su explicación acerca de Elaine en el primer momento, y sin embargo Lanzarote no podía dejar de quererla. Por último, estaban los elementos rebeldes de su carácter, su singular deseo de conservar la pureza, el honor y la integridad de espíritu.

Todo esto, obrando en conjunto al mismo tiempo que el inconsciente temor de ver llegar a Elaine con su hijo, destruía toda la felicidad del joven, sin vislumbrar escapatoria alguna. Lanzarote rara vez permanecía quieto, sino que se movía nerviosamente, recogiendo cosas y volviendo a dejarlas sin fijarse en ellas, yendo hacia las ventanas y mirando hacia el exterior, aunque sin ver nada.

Para la reina el temor de que se presentase Elaine no era algo inconsciente. Desde el primer momento supuso que la muchacha iba a llegar, ya que Ginebra, como ocurre con todas las mujeres, preveía los acontecimientos antes que el varón. Los hombres suelen acusar a las mujeres de arrastrarlos a la infidelidad a causa de los celos infundados, antes de que ellos den muestra alguna de ser culpables. Y sin embargo, el hecho estaba allí, inaccesible para cualquiera que no fuera una mujer. La gran Ana Karenina, por ejemplo, obligó a Vronsky a tomar determinada actitud debido a unos celos extremados, y luego resultó que dicha determinación era la solución real e inevitable a los problemas que los aquejaban. Al poder prever ella mucho más en el futuro que él, tomó inconscientemente las medidas más acertadas.

En cuanto a Ginebra, probablemente no se sintió demasiado preocupada por el inmediato problema de la presencia de Elaine. Luego se dijo que Lanzarote la había engañado, que ella era una víctima de la astucia de Elaine y que su amante, sin duda, volvería a traicionarla. Atormentóse con un millar de razones de la misma especie. Pero lo que sentía interiormente, en lo más profundo de su corazón, era algo diferente. Tal vez estaba celosa, pero no de Elaine, sino del niño. O quizá era el aprecio de Lanzarote por el rey Arturo lo que temía, o puede que fuese el miedo a la posición insegura en que se hallaban, y la posibilidad de que todo se derrumbase a su alrededor, Las mujeres saben, mucho mejor que los hombres, que no es posible burlar las leyes de Dios. Y es que tienen mayores motivos para no ignorarlo.

Sea cual fuere la explicación de la actitud de Ginebra, sus consecuencias significaron un mayor dolor para su amante. Volvióse ella más inquieta de lo que era, menos razonable y mucho más cruel. Los sentimientos de Arturo completaban el lastimoso aspecto moral de la Corte. Para desgracia suya, Arturo había sido educado cuidadosamente. Su preceptor le mimó como si Arturo estuviera en el vientre materno, y sus enseñanzas siempre se basaron en la nobleza y en la bondad. A semejanza del niño que vive en la matriz, se había visto protegido continuamente por el amor.

El efecto de semejante educación era que había crecido sin conocer ninguno de los inevitables sinsabores de la vida, sin malicia, sin vanidad, sospecha, crueldad ni egoísmo. Los celos le parecían el más innoble de los defectos. No podía odiar a su mejor amigo ni aborrecer a su esposa. Le habían otorgado demasiado cariño y confianza como para no hacer honor a ello.

Arturo no era uno de esos caracteres interesantes cuyos sutiles fondos vale la pena averiguar. Sólo era un hombre sencillo y afectuoso, porque Merlín consideró que el amor y la sencillez son dos cualidades que merecen poseerse.

Ahora, desarrollándose ante sus propios ojos una situación que siempre fue notoriamente difícil de solucionar -tan difícil que ha sido llamada el Eterno Triángulo, como si se tratara de un problema geométrico, como el Pons Asinorum de Euclides-, Arturo no tenía otra alternativa que la de retraerse. Era lo suficientemente fuerte y noble a la vez como para esperar que si confiaba en Lanzarote y en Ginebra, las cosas terminarían por enderezarse al final. Le pareció que eso era mejor que tratar de arreglarlo todo, por ejemplo, cortándoles la cabeza a los amantes.

En realidad Arturo no sabía a ciencia cierta que Lanzarote y Ginebra fuesen amantes. Nunca les encontró juntos ni obtuvo pruebas decisivas de su infidelidad. Prefería, en su limpia mente, tener esperanzas de no encontrarles, antes que desear tenderles una trampa con la que precipitar los acontecimientos. No quiere decir esto que fuera un marido complaciente, sino que, sencillamente, deseaba capear el temporal, esperando que mejorase la situación. Casi inconscientemente se daba perfecta cuenta de que Lanzarote y Ginebra dormían juntos, y que si se lo preguntaba a su esposa, ella lo admitiría. Sus tres grandes virtudes eran: valor, generosidad y honradez. Arturo no podía hacerle esa pregunta a su mujer.

Semejante actitud tampoco contribuía demasiado a hacer feliz al rey, el cual, si bien no se volvió irritable como Ginebra, o inquieto como Lanzarote, se hizo reservado.

-Lanzarote -dijo una tarde el rey, al encontrar al joven en la rosaleda-, os he notado extraño estos últimos tiempos. ¿Qué os ocurre?

Lanzarote había cortado una de las rosas y estaba arrancando sus pétalos.

-¿Se trata quizá -agregó el rey, confiando contra toda esperanza- de esa muchacha de quien se dice que ha tenido un hijo vuestro?

Si Arturo se hubiese limitado a la primera pregunta con un prolongado silencio tal vez el asunto hubiese quedado resuelto. Pero temía lo que podía implicar ese silencio, y una vez que hizo la segunda pregunta, aquella posibilidad desapareció.

-Sí, eso es -repuso Lanzarote.

-¿No os avenís a casaros con ella?

-No la amo.

-Bien, nadie mejor que vos sabe lo que os conviene -manifestó el rey.

Lanzarote, con un incontrolable deseo de desahogar un poco su pena contando algo, pero siendo incapaz de relatarlo todo a aquel oyente tan especial, comenzó un largo relato acerca de Elaine. Le dijo la mitad de la verdad: cómo se había visto avergonzado y cómo perdió su capacidad de hacer milagros. Pero se sentía obligado a hacer de Elaine la figura central de su confesión, y tras media hora de hablar había presentado al rey una narración que podía ser creíble, una historia con la que Arturo podía contentarse, de no tener conciencia de la verdad. Nosotros, gente civilizada que inmediatamente corremos a los tribunales para pedir el divorcio en tales circunstancias, sólo podemos mirar con verdadero desdén al cornudo. Pero Arturo era un bárbaro del medievo, que no com-

prendía la civilización y sólo trataba de ser demasiado decente para no caer en la degradación de los celos.

Ginebra fue la siguiente persona que halló a Lanzarote en el jardín de los rosales.

-¿Te has enterado, Lanza? -le dijo-. Acaba de llegar un mensajero diciendo que esa chica que te persigue está en camino hacia la Corte, trayendo a su hijo con ella. Se encontrará aquí esta misma noche.

-Sabía que iba a venir.

-Tendremos que hacer todo lo posible por ella. Pobre muchacha, supongo que se sentirá muy desgraciada.

-No es culpa mía que sea desdichada.

-No, claro que no. Pero debemos ayudarla, si está en nuestras manos.

-Jenny, me parece una gran cosa que desees hacer el bien en este caso.

Ella se volvió hacia Lanzarote y éste trató de cogerle una mano. Las palabras de Ginebra le hacían esperar que todo saldría bien. Pero Jenny retiró su mano.

-No, querido -dijo ella-. No quiero que me hagas el amor hasta que Elaine no se haya marchado. Deseo que quedes libre del todo.

-¿Libre?

-Elaine es la madre de tu hijo y está soltera. Nosotros dos no podemos casarnos. Me gustaría que te casaras con ella, si quieres, porque ésa sería la única solución.

-Pero, Jenny...

-No, Lanza. Debemos ser razonables. Deseo que te mantengas alejado de mí mientras ella esté aquí, y que averigües si después de todo eres capaz de amarla. Eso es lo mejor que puedo hacer por ti.



CAPITULO XVII



laine llegó a la puerta de la barbacana y, al recibirla, Ginebra la besó con frialdad.

-Bienvenida a Camelot -le dijo.

-Gracias -repuso Elaine.

Ambas jóvenes se miraron hostilmente, aunque estaban sonriendo.

-Lanzarote se sentirá encantado de veros.

-¡Oh!

-Todo el mundo sabe aquí lo del pequeño, querida, y no tenéis por qué avergonzaros. El rey y yo nos sentiremos muy contentos de poder comprobar si se parece a su padre.

-Sois muy amable -repuso Elaine, sin disimular su incomodidad.

-Primeramente tenéis que dejarme ver al niño. Le habéis llamado Galahad, ¿no es cierto? ¿Es robusto? ¿Se da cuenta ya de las cosas?

-Pesa quince libras -aseguró la muchacha, con orgullo-. Podéis verle ahora mismo, si queréis.

Ginebra, que se dominaba haciendo unos esfuerzos que eran poco aparentes, repuso:

-No, querida, no voy a ser tan desconsiderada como para eso. Debéis descansar después de tan largo viaje, y es probable que tengáis que arreglar al niño. Puedo ir a verle esta noche, cuando haya dormido un poco. Disponemos de mucho tiempo.

Pero al fin decidió ver al pequeño.

Cuando Lanzarote se encontró más tarde con la reina, toda la afabilidad de ésta se había esfumado. Se mostraba fría y altiva, y habló como si estuviera dirigiéndose a un grupo de personas.

-Lanzarote -manifestó-. Creo que debieras ir a ver a tu hijo. Elaine está afligida porque aún no has estado con ellos ni siquiera un momento.

-¿Le has visto?

-Sí.

-¿Es feo?

-Se parece a Elaine.

-Gracias a Dios. Iré en seguida.

La reina le llamó antes de que se fuera.

-Escucha, Lanzarote -dijo, aspirando con fuerza por la nariz-, confío en que no harás el amor con Elaine bajo mi techo. Si tú y yo vamos a estar alejados hasta que todo esto concluya, me parece justo que también te mantengas separado de ella.

-No deseo hacer el amor con Elaine.

-Estoy dispuesta a creerte. Pero si rompes tu palabra esta vez, te aseguro que todo habrá terminado entre nosotros. Para siempre.

-He dicho todo lo que podía decir.

-Lanzarote, ya en una ocasión me decepcionaste, de modo que no puedo sentirme muy segura. He colocado a Elaine en una alcoba contigua a la mía, y en cuanto a ti, deseo que te quedes en tu propia habitación.

-Bien, si así lo quieres...

-Mandaré a buscarte esta noche, si puedo librarme de Arturo. No te digo a qué hora será. Si no te encuentras en tu habitación para entonces, querrá decir que estás con Elaine.

La muchacha estaba llorando en su cuarto mientras Brisen, la mujer del mayordomo de su castillo, arreglaba la cuna para la criatura.

-Le vi en las almenas, y él también me vio, pero miró hacia otra parte. Luego se marchó con cualquier excusa. Ni siquiera ha visto a su hijo.

-Vamos, vamos -repuso Brisen-, no os aflijáis, pequeña mía.

-No debí venir aquí. Sólo he conseguido apenarme más, y molestarle a él.

-Todo es por culpa de esa reina...

-Es hermosa, ¿no es cierto?

-Sí, eso parece -repuso hoscamente la niñera.

Elaine comenzó a llorar desconsoladamente. Tenía un aspecto repulsivo, con la nariz toda roja, como suele ocurrirle a la gente cuando renuncia a su dignidad.

-Quería que se sintiera contento -agregó la joven.

Oyóse un golpe en la puerta y Lanzarote entró en la estancia, lo que hizo que Elaine se secase rápidamente los ojos. Los dos jóvenes se saludaron con cortedad,

-Me alegra que hayas venido a Camelot -dijo él-. Espero que te encuentres bien.

-Sí, muchas gracias.

-¿Cómo está... el pequeño?

-El hijo de vuestra señoría -dijo Brisen, acentuando las palabras.

La mujer volvióse hacia la cuna, la acercó a Lanzarote y se apartó para que éste pudiera ver mejor.

-Mi hijo...

Lanzarote quedóse mirando al pequeño ser, indefenso y como vivo a medias. Como el poeta había cantado, ellos eran fuertes, y él débil. Un día ellos serían débiles, y él fuerte.

-Galahad -murmuró Elaine, y se inclinó sobre las mantas haciendo los extraños gestos y sonidos absurdos con que las madres se complacen cuando sus hijos comienzan a prestar atención. Galahad apretó un puño y se dio en un ojo con él, hazaña que pareció causar una gran alegría a Elaine. Lanzarote los observaba lleno de desconcierto.

«Es mi hijo -pensó Lanzarote-. Es una parte de mi ser, y sin embargo es rubio. Y no parece feo. ¿Qué tendrá uno que hacer con los niños?»

Lanzarote extendió su dedo índice y lo colocó dentro de la gordezuela palma de Galahad, el cual cerró la mano al momento. La mano de la criatura parecía como si hubiera sido encajada en el bracito por un fabricante de muñecas. Había un profundo surco por encima de la mano.

-¡Oh, Lanzarote! -exclamó Elaine.

Trató ella de arrojarse en sus brazos, pero él la apartó. Luego miró a Brisen por encima de su hombre, lleno de temor y exasperación. Después, lanzando una especie de bufido extraño y arisco salió rápidamente de la habitación. Elaine se dejó caer sobre su lecho, y comenzó a sollozar

desesperadamente. Muy erguida, como quedara al recibir la mirada de disgusto de Lanzarote, Brisen observaba la puerta con expresión inescrutable.



CAPITULO XVIII

Lanzarote y Elaine fueron requeridos por la mañana para que se presentaran a la cámara de la reina. Lanzarote acudió sintiéndose en parte contento. Recordaba que Ginebra alegó hallarse indispuesta la noche anterior, a fin de poder abandonar las habitaciones del rey. El amante había sido enviado a buscar en la oscuridad. La acostumbrada mano cómplice le condujo de puntillas hasta el lecho elegido. En el silencio a que les obligaba la proximidad de la alcoba de Arturo, pero con tierna pasión, ambos hicieron lo posible por olvidar su inquietud.

Lanzarote se hallaba ahora más feliz que en ocasión alguna desde que comenzara el asunto de Elaine.

Encontró a Ginebra en rígida postura y con el semblante muy pálido, con excepción de dos manchas rojizas en las aletas de la nariz. Se encontraba sola.

-Y bien... -dijo la reina.

Elaine la miró fijamente a los ojos, pero Lanzarote se detuvo como si le hubiesen atravesado de un flechazo.

Los dos esperaron que Ginebra continuara hablando. La reina dijo al fin:

-¿Dónde estuviste anoche?

-Pero...

-¡No me lo digas !-gritó la reina, agitando una mano en la que podía verse un pañuelo destrozado y hecho una bola-. ¡Traidor ¡¡Farsante! ¡Sal inmediatamente de mi castillo con tu concubina!

-Anoche... -comenzó a decir Lanzarote, con una desesperación que ninguna de las dos mujeres pareció advertir.

- ¡No me mientas! ¡Márchate!

Elaine dijo con toda calma:

-Sir Lanzarote estuvo en mi habitación anoche. Mi ama Brisen fue a buscarle en la oscuridad.

La reina comenzó a señalar a la puerta. Hacía ademanes como si apuñalase con el dedo, y entre temblores el rostro se le descomponía. Tenía un aspecto feroz.

- ¡Fuera, fuera! ¡Y tú márchate también animal! ¿Cómo osas hablar de esa forma en mi castillo? ¿Cómo te atreves a confesarlo delante de mí? ¡Toma a tu querido y vete!

Lanzarote jadeaba lleno de agitación y tenía la mirada fija en la reina.

-Creyó que iba a reunirse con vos -continuó Elaine, que tenía las manos cruzadas y miraba pasivamente a Ginebra.

-¡La mentira de siempre!

-No es mentira -dijo la joven-. No puedo vivir sin él. Brisen me ayudó.

Ginebra corrió hacia Elaine con intenciones de abofetearla, pero ésta no se movió. Parecía como si estuviera esperando que sucediera eso.

-¡Mentirosa! -gritó la reina.

Luego corrió hacia Lanzarote, que se hallaba sentado sobre un cofre y miraba anonadado al suelo, con la cabeza entre las manos. Le cogió por el

jubón y comenzó a tirar de él hacia la puerta, pero Lanzarote tampoco se movió.

-De modo que preparaste una historia, ¿eh? -dijo al fin Ginebra-. ¿Por qué no has buscado otra más original? ¿Pensabas que me la iba a creer?

-Jenny... -murmuró Lancelote, sin alzar la vista. La reina trató de escupirle encima, pero era algo que no había practicado, y no le salió bien.

-¿Cómo osas llamarme Jenny, cuando no puedes pasarte sin ella? ¡Yo soy la reina! ¡La reina de Inglaterra, me oyes, y no tu ramera!

-Pero Jenny...

-¡Fuera de mi castillo! -chilló Ginebra, fuera de sí-. ¡Y no vuelvas a aparecer por aquí, maldito, feo, cara de bestia!

Lanzarote dijo de repente, mirando al suelo:

-Galahad...

Luego alzó la cabeza y miró hacia arriba, de modo que pudo verse bien la cara de la persona de que estaba hablando la reina. Lanzarote tenía aire de sorpresa, y uno de sus ojos bizqueaba.

-Jenny... -dijo más suavemente. Parecía totalmente desconcertado.

Ginebra abrió la boca para decir algo, pero no emitió sonido alguno.

-Arturo... -agregó Lanzarote. Luego dio un alarido y se tiró por la ventana, que se hallaba en el primer piso. Le oyeron caer sobre unos matorrales, en medio de un crujido de ramas y hojas, y después le vieron echar a correr por entre los árboles, mientras lanzaba una especie de prolongado alarido, como el de los sabuesos cuando cazan, que fue extinguiéndose en la distancia, hasta que en la habitación volvió a reinar el silencio.

Elaine, que estaba ahora tan pálida como la reina, pero que se mantenía erguida y altiva, dijo:

-Le habéis vuelto loco. No ha podido soportarlo.

Ginebra no contestó.

-¿Por qué le habéis enloquecido? -insistió Elaine-. Tenéis un buen marido, el mejor del país. Sois reina, con honor y felicidad en vuestra casa. Yo, en cambio, no tengo hogar, ni marido, y mi honor se ha esfumado. ¿Por qué no queréis que pueda tenerle a él, al menos?

La reina seguía en silencio.

-Yo le quería -prosiguió Elaine-, y he tenido de él un hermoso hijo que será el mejor caballero del mundo.

-Elaine -susurró Ginebra-, marchaos de mi Corte.

-Ya me voy.

De pronto Ginebra cogió por la falda a la otra joven y dijo rápidamente:

-No se lo digáis a nadie. No digáis lo que ha ocurrido aquí. Supondría la muerte para él.

Elaine liberó su falda y repuso:

-¿Por qué suponéis que voy a decir algo?

-Pero ¿qué vamos a hacer ahora? -dijo Ginebra-. ¿Se habrá vuelto loco? ¿Se curará? ¿Qué pasará? ¿Debemos hacer algo? ¿Qué vamos a decir?

Elaine no quería quedarse a hablar con Ginebra. Ya en la puerta, sin embargo, se volvió.

-Sí, está loco -contestó con labios temblorosos-. Vos le habéis ganado, y vos le habéis destrozado. ¿Qué pensáis hacerle ahora?

Cuando la puerta se hubo cerrado, Ginebra sentóse lentamente y dejó caer al suelo su pañuelo destrozado. Luego muy despacio, profunda, primitivamente, comenzó a llorar. Colocó el rostro entre las manos y sollozó llena de congoja.



CAPITULO XIX



l rey Pelles estaba sentado en su estancia, en compañía de sir Bliant, dos años después de los acontecimientos relatados en último término. Era una hermosa mañana de invierno, en la que los campos aparecían helados, no había viento y se alzaba una leve neblina que no alcanzaba a confundir a las palomas. Sir Bliant, que se había quedado a pasar la noche, estaba vestido de gránate con vueltas de armiño. Su caballo y su escudero se hallaban ya en el patio, dispuestos a llevarle de vuelta al castillo de Bliant. Pero los dos hombres estaban tomando las últimas copas antes de la despedida. Sentados con las manos tendidas hacia el grato fuego de los leños, sorbían el cálido vino, mordisqueaban pasteles de carne y hablaban del Salvaje.

-Estoy seguro de que ha sido caballero -manifestó sir Bliant-. Suele hacer cosas que nadie más que un caballero haría. Y tiene una inclinación natural hacia las armas.

-¿Dónde se encuentra ahora? -preguntó el rey Pelles.

-Sólo Dios lo sabe. Desapareció de mi castillo una mañana. Pero estoy seguro de que era un caballero. Si queréis que os dé mi opinión -agregó sir Bliant, bajando la voz-, yo creo que se trata de sir Lanzarote.

-Tonterías -dijo el rey.

-Era alto y fuerte.

-Sir Lanzarote ha muerto -aseguró Pelles-, Dios le tenga en la gloria. Todo el mundo lo sabe.

-No ha podido probarse su muerte.

-De haber sido sir Lanzarote, no hubierais tenido duda alguna. Se trataba del hombre más feo que he visto en mi vida.

-No llegué a conocerlo -dijo sir Bliant.

-Se ha comprobado que Lanzarote corrió como un loco, vestido sólo con camisa y pantalones, hasta que le hirió gravemente un jabalí y murió en una ermita.

-¿Cuándo fue eso?

-En las Navidades pasadas -aseguró el rey.

-Es aproximadamente la misma fecha en que el Salvaje que yo vi huyó de mi castillo con la caza. Nosotros dimos muerte también a un jabalí.

-Bien -repuso el rey Pelles-, debía de tratarse de la misma persona. En tal caso, sí que resultaría interesante. ¿Cómo hallasteis a ese individuo?

-Fue durante la pesquisa de primavera, el año antepasado. Yo tenía mi pabellón alzado en una hermosa pradera, del modo habitual, y me encontraba dentro, esperando que ocurriera algo. Recuerdo que estaba jugando al ajedrez. Entonces oí un gran alboroto fuera, y al salir me encontré con aquel loco, todo desnudo, que estaba dando golpes en mi escudo. Mi enano se hallaba sentado en el suelo, frotándose el cuello, que el maniático casi le había roto, y pidiendo ayuda a gritos. Yo me acerqué al tipo y le dije: «Mirad, buen hombre, no querréis que nos pongamos a

pelear, ¿verdad? Vamos, dejad esa espada y sed buena persona.» Se había apoderado de una de mis espadas, ¿sabéis?, y noté en seguida que estaba totalmente chiflado. Yo agregué: «No debierais hacer eso, muchacho. Lo que necesitáis es comer algo y echar un buen sueño.» Y la verdad es que tenía un aspecto espantoso, como si hubiese estado sin dormir tres noches seguidas, con los ojos brillantes y enrojecidos.

-¿Y qué dijo él?

-Me contestó: «No os acerquéis en demasía, buen caballero, pues bien podría causaros graves heridas.»

-Qué extraño.

-Ya lo creo que resulta extraño. Me refiero a que conociese la Lengua Alta.

-¿Qué hicisteis vos, entonces?

-Bueno, yo sólo vestía una bata, y el hombre parecía peligroso, de modo que entré de nuevo en mi pabellón y me coloqué la armadura.

El rey Pelles le sirvió otro pastelillo de carne, que sir Bliant aceptó con una inclinación de cabeza.

-Una vez que estuve armado -prosiguió diciendo el caballero, con la boca llena-, me acerqué al chiflado con una espada vieja, para desarmarle. No pensaba golpearle ni nada por el estilo, pero el individuo era un maniático homicida, y no había otro medio de hacerle que dejara la espada. Me aproximé a él como se acerca uno a un perro, diciéndole: «Venga, pobrecito, tranquilo, pórtate bien.» Pensé que sería fácil.

-¿Lo fue?

-Cuando me vio con armadura y con una espada en la mano se me vino encima como un tigre. Jamas vi un ataque semejante. Traté de detenerle, y me atrevo a decir que le habría matado en defensa propia si me hubiese dado la oportunidad. Pero lo único que supe, a continuación, es que me hallaba sentado en el suelo y que tenía la nariz y los oídos sangrando. Me dio un golpe que me dejó atontado.

-Caramba -dijo el rey Pelles.

-Luego el maniático arrojó la espada al suelo y corrió derecho hacia el pabellón. Mi pobre esposa estaba dentro, en la cama, sin ropa alguna encima. El loco se metió en el lecho con ella, cogió la colcha, se tapó bien, y en seguida se quedó dormido.

-Eso indica sin ninguna duda que era un hombre casado -afirmó el rey Pelles.

-Mi mujer lanzó unos alaridos tremendos, saltó de la cama por el otro lado, se puso la bata como pudo y vino corriendo hacia donde yo estaba. Yo me sentía aún un poco mareado y me hallaba tendido en el suelo, por lo que creyó que me había matado. Pero en seguida se aclaró todo.

-¿Durmió mucho tiempo el loco?

Durmió como un lirón. Mi mujer me colocó un guantelete debajo del cuello, para detener la hemorragia nasal, y luego consideramos la situación. Mi enano, que es un personajillo estupendo, dijo que no debíamos hacer ningún daño al loco, ya que estaba tocado de la mano de Dios. En realidad, fue el propio enano quien sugirió que podía tratarse de sir Lanzarote. Durante aquel año se había hablado mucho acerca del misterio relacionado con Lanzarote.

Sir Bliant hizo otra pausa, se comió otro pastelillo y luego agregó:

-Por fin le llevamos a nuestro castillo, con cama y todo, disponiendo el lecho en forma de litera, entre dos caballos. El loco no movió un solo dedo. Cuando llegamos al castillo le atamos las manos y los pies, en espera de que despertase. Ahora lo lamento, pero entonces no podíamos correr el riesgo de dejarle suelto. Le colocamos en una cómoda estancia, se le vistió con ropas limpias, y mi mujer le dio una buena comida, para que se repusiera. Le tuvimos allí un año y medio.

-¿Cómo se escapó?

-A eso voy; se trata de lo más importante de la historia. Una tarde yo me encontraba en el bosque y llevaba media hora de búsqueda, cuando me vi atacado por dos caballeros desde atrás.

-¿Dos caballeros, y por la espalda?

-En efecto. Se trataba de sir Bruce Sans Pitié y de un amigo suyo.

El rey Pelles se golpeó una rodilla.

-¡Ese individuo! -exclamó-. Es una amenaza pública. No comprendo cómo no hay quien se decida a quitarle de en medio de una vez.

-Lo difícil es atraparle. Pero estábamos hablando del salvaje. Yo me sentía en gran desventaja ante sir Bruce y el otro, de modo que, lamentándolo mucho, y como comprenderéis, me vi forzado a salir corriendo.

Sir Bliant dejó de hablar y echó un vistazo al fuego. Luego pareció alegrarse y agregó:

-En fin, no todos podemos ser héroes, ¿verdad?

-Desde luego -confirmó el rey Pelles.

-Yo estaba herido -dijo sir Bliant, descubriendo una honrosa salida-, y me desmayé.

-Vaya.

-Cuando me repuse, aquellos dos condenados me llevaron galopando hasta el castillo, uno a cada lado y sin dejar de azotarme. No sé cómo salí con vida de aquello.

-Estaba escrito en las piedras -dijo el rey.

-Pasamos la barbacana a todo galope, y entonces fue cuando nos vio el Salvaje. Le teníamos encerrado en una cámara de la muralla, y desde una ventana advirtió lo que sucedía. Después descubrimos que había roto los grilletes con las manos, limpiamente. Eran grillos de hierro, y tenía otros puestos en los tobillos. Se hirió seriamente al liberarse de los hierros. Entonces vino aullando por la poterna, con las manos llenas de sangre y las cadenas golpeándole los costados. Cogió al amigo de Bruce y le arrojó de su silla, arrebatándole la espada. Con ella golpeó a sir Bruce en la cabeza, hasta hacerle caer también del caballo. El otro caballero trató de apuñalar por la espalda al Salvaje, que se hallaba totalmente desarmado, pero yo le corté la mano por la muñeca en el momento en que asestaba el golpe. Luego los dos cogieron los caballos y se alejaron como alma que lleva el diablo.

-Sir Bruce tenía que haber sido.

-Mi hermano se encontraba conmigo aquel año, y le dije: «¿Cómo hemos tenido a este hombre encadenado?» Sentí una gran vergüenza cuando le vi las manos heridas. «Es una gran persona -agregué-, y me ha

salvado la vida. No debemos volver a encadenarle sino darle la libertad y hacer todo lo que podamos por él.» Sí, Pelles, me gustaba aquel Salvaje. Era apacible y agradecido, y solía llamarme Señoría. Sería tremendo pensar que pudo haber sido el gran Lanzarote del Lago, cuando le teníamos así amarrado, y dejándole que me llamara Señoría con tanta humildad.

-¿Y que ocurrió al fin?

-Continuó tranquilo durante varios meses. Entonces llegaron los cazadores de jabalíes al castillo, y uno de ellos dejó su caballo y su lanza junto a un árbol. El Salvaje se apoderó de todo y salió huyendo. Era como si se hubiese sentido excitado por el ambiente, ¿comprendéis? Como si la vista de unos preparativos de caza removieran algo en su pobre cabeza.

-¡Pobre hombre! -dijo el rey-. Bien pudo haber sido sir Lanzarote. Se dice que le mató un jabalí las pasadas Navidades.

-Me gustaría conocer esa historia -manifestó sir Bliant.

-Si vuestro hombre era Lanzarote, seguramente cabalgó directamente hacia el jabalí que estaban cazando -declaró el rey-. Se trataba de un animal muy fiero que había mantenido la intranquilidad en la región durante mucho tiempo, por eso los cazadores no iban a pie. Lanzarote fue el único que se acercó al animal, y el jabalí le mató el caballo, infiriéndole a él, además, una profunda herida en el muslo, llegándole hasta el hueso. No obstante, pudo cortarle la cabeza de un solo mandoble. Mató al animal cerca de una ermita. El ermitaño salió afuera, pero Lanzarote estaba tan trastornado a causa del dolor, así como por los acontecimientos, que pretendió atacar al ermitaño. Esto lo oí de un caballero que estuvo Presente. Dijo que no había duda de que se trataba de sir Lanzarote, pues era muy feo, y añadió que entre él y el ermitaño lo llevaron al interior del pequeño templo, ya que se había desmayado. Afirmó que ningún ser humano se habría recuperado de la herida, y que le vio morir por fin. Lo que le dio mayor certeza de que el Salvaje fuera un gran caballero, es que cuando se hallaba agonizando trataba al ermitaño de «hermano caballero». Como podéis advertir, al final había en él cierto indicio de lucidez.

-Pobre Lanzarote -murmuró sir Bliant, lleno de pesadumbre.

-Dios le tenga en la gloria -dijo el rey Pelles-. Amén.

-Amén -repitió sir Bliant, mirando al fuego. Luego se puso en pie y se estremeció levemente.

-Bien, tengo que marcharme -declaró-. ¿Cómo está vuestra hija? Olvidé preguntároslo.

El rey Pelles lanzó un suspiro y también se levantó de su asiento.

-Se encuentra de novicia en un convento -afirmó-; creo que el año que viene hará los votos. De todos modos vamos a verla el sábado próximo, pues piensa venir a casa en una corta visita.



CAPITULO XX

Después de que sir Bliant se hubo marchado, el rey Pelles subió al piso superior para dedicar un poco de tiempo a la genealogía bíblica. Sentíase desconcertado por el asunto de Lanzarote, en el que se hallaba muy interesado a causa de su nieto Galahad. La mayor parte de los hombres nos hemos visto arrastrados casi a la locura por alguna mujer, aunque el rey Pelles se daba cuenta de que en la naturaleza humana hay una fuerte influencia que generalmente impide que nos veamos arrastrados al abismo. Consideró como anormal que Lanzarote hubiera perdido la razón por culpa de una amante, y quiso averiguar, investigando en su genealogía, si hubo algún atisbo de locura en su familia que diera una pista en ese aspecto. De ser así, tal característica podía llegar a transmitirse a Galahad. El niño quizá tuviera que ser enviado al hospital de Belén, que en épocas posteriores sería llamado manicomio.

-El padre de Lanzarote -murmuró el rey Pelles, hablando consigo mismo, mientras limpiaba sus gafas y soplaba el polvo de numerosas obras de heráldica, genealogía, nigromancia y matemática mística-, fue el rey Ban de Benwick, que casó con la hija del rey de Irlanda. El padre del rey Ban, a su vez, fue Jonás, casado con la hija de Manuel de Gaula. Ahora bien, ¿quién fue el padre de Jonás?

Cuando se piensa en ello, puede advertirse que había un punto débil en la mente de Lanzarote. Esto se evidenció, diez años antes en los razonamientos del muchacho, mientras daba vueltas entré sus manos el morrión, en la armería del castillo de Benwick.

-Ah, fue Nacien -murmuró el rey Pelles-. Pero parece que hubo dos Nacien.

Comprobó la existencia de un Lisais, de Hellias el Gordo, de Nacien el Ermitaño -del cual probablemente heredó Lanzarote su tendencia visionaria- y de Nappus, antes de llegar al segundo Nacien, el cual, de haber existido, habría dado al traste con la teoría del rey Pelles de que Lanzarote era pariente en octavo grado de Nuestro Señor. A decir verdad, casi todos los ermitaños parecía que se llamaban Nacien por aquellos días.

-Maldición -dijo el rey, y echó un vistazo por la ventana para ver a qué se debía el alboroto que se oía fuera del castillo.

Los lugareños perseguían por la calle del poblado a un hombre salvaje -parecían estar de moda en esos días-, el cual estaba desnudo, era tan delgado como un espectro, y corría con las manos sobre la cabeza, para protegérsela. Los chiquillos que correteaban a su alrededor le arrojaban ramitas. De pronto el hombre se detuvo y tiró a uno de los chiquillos sobre un seto. Con ello consiguió que los muchachos le lanzasen piedras. El rey Pelles advirtió claramente que la sangre corría por los altos pómulos del salvaje, por sus hundidas mejillas y por las azulinas sombras que había entre sus costillas. También pudo notar que el desconocido se dirigía hacia el castillo.

Una vez llegado el salvaje al patio de la fortaleza, los cortesanos se congregaron en torno a él, llenos de asombro. Habían bajado el rastrillo de la puerta, a fin de evitar que entrasen los chiquillos del poblado, y se dispusieron a tratar al hombre bondadosamente.

-Mirad sus heridas -dijo un caballero-. Observad esa gran cicatriz. Seguramente ha sido un caballero andante, antes de volverse loco, y por lo tanto debemos tratarle con toda cortesía.

El salvaje seguía en el centro del corrillo, mientras las damas lanzaban risitas y los pajes le señalaban con el dedo. El hombre inclinó la cabeza y permaneció inmóvil, sin hablar, esperando.

-Tal vez sea sir Lanzarote -dijo uno.

Los demás se echaron a reír con grandes carcajadas.

-No, no, lo digo en serio. Nadie ha demostrado que Lanzarote haya muerto.

El rey Pelles se acercó entonces al salvaje y observó detenidamente su rostro.

-¿Sois Lanzarote? -le preguntó.

La cara emaciada, sucia, barbuda, no se alteró. El hombre ni siquiera llegó a parpadear.

-¿Lo sois? -insistió el rey.

No hubo respuesta.

-Parece que es sordomudo -manifestó el rey-. Le retendremos como bufón. Tiene un aspecto bastante gracioso, a mi entender. A ver, que alguien dé a este hombre unas ropas, cómicas, se entiende, y que le pongan a dormir en el palomar. Que le proporcionen también paja limpia.

El mudo levantó entonces ambos brazos y dejó escapar un rugido que hizo estremecer a todos. Al rey se le cayeron las gafas. Luego el desconocido volvió a bajar los brazos y se quedó muy quieto, mientras los demás lanzaban una risita nerviosa.

-Bueno, es mejor que le encierren -dijo el rey, prudentemente-. Lo primero es estar seguros. Y por si acaso, no le entreguéis la comida. Será conveniente que se la arrojéis. Es menos peligroso.

Así pues, sir Lanzarote fue llevado al palomar, a fin de hacer de él el bufón de sir Pelles, y le encerraron en la casilla, donde le alimentaban arrojándole comida. Al menos dormía sobre paja limpia.

El sábado siguiente, un sobrino del rey, llamado Cástor, debía ser armado caballero, por lo que reinaba gran alegría en el castillo. A esta ceremonia iba a asistir precisamente Elaine, llegada desde el convento. El rey, que era muy aficionado a las fiestas y ceremonias de todas clases, decidió celebrar la ocasión espléndidamente, regalando mantos nuevos a todos los habitantes de su feudo. Por desgracia, también lo celebró haciendo abundante uso del producto de las bodegas, que estaban bajo la dirección del mayordomo, el marido de Brisen.

-Salud -dijo el rey.

-A la vuestra -replicó sir Cástor, que se hallaba de excelente humor.

-¿Todo el mundo tiene sus mantos? -inquirió el rey Pelles.

-Sí, majestad -contestaron a una los cortesanos.

-¿Estáis seguros?

-Totalmente seguros, majestad.

-Está bien. Me gustan los mantos nuevos -dijo el rey, y se envolvió en su propia túnica, muy complacido. El rey era un hombre muy afable en ocasiones como ésas.

-Todos queremos agradecer a vuestra majestad su generoso regalo.

-Bah, no es nada.

-¡Tres vivas por el rey Pelles!

-¡Viva, viva, viva!

-¿Y qué hay del loco? -preguntó el rey, de pronto-. ¿Le han dado su manto? ¿Dónde está ese pobre hombre?

Hubo un profundo silencio, ya que nadie se había acordado de dejar ropas para sir Lanzarote.

-¿No hay ropas? ¿No hay ropas? -gritó el rey-. Traed el loco al momento.

Sacaron a sir Lanzarote de su palomar y lo llevaron a presencia del rey. Mantúvose quieto a la luz de las antorchas, con algunas pajas en la barba, componiendo una triste figura de bufón.

-Pobre hombre -murmuró el rey con tristeza-. Toma, te doy mi manto.

Y a pesar de las exclamaciones y consejos en contra, el rey Pelles se quitó trabajosamente su costosa túnica y la echó a la cabeza de Lanzarote.

-Dejadle suelto -manifestó el rey-. Que pase un buen día. No se puede tener siempre encerrada a la gente.

Sir Lanzarote, muy erguido y con su lujosa túnica puesta, ofrecía un aspecto impresionante, en medio del gran salón. Si le hubiesen arreglado la barba -nuestras lampiñas generaciones ya han olvidado la diferencia que supone una barba arreglada-, si no hubiese quedado reducido a un esqueleto por el hambre el tiempo que pasó en la celda de la ermita después de la caza del jabalí, si no se hubiera rumoreado que estaba muerto... Pero, de todos modos, una especie de temor se adueñó de los presentes. El rey no lo notó del todo. Con andar mesurado sir Lanzarote dirigióse de nuevo a su palomar, y los cortesanos le abrieron paso mientras avanzaba entre ellos.

CAPITULO XXI



laine procedió equivocadamente, como de costumbre. Ginebra, en circunstancias similares, hubiera tratado de mantenerse pálida e interesante, pero a Elaine sólo se le ocurrió ponerse rolliza. Al llegar al castillo avanzó con sus compañeras, vestida con el blanco atuendo de las novicias. Caminaba con poca gracia, y llevaba de la mano a Galahad, que ahora tenía tres años.

No es que Elaine quisiera hacerse monja porque estuviese desesperada. No pensaba pasar el resto de su vida haciendo la pantomima de una monja de película. Una mujer puede olvidarse bastante bien de un amor desgraciado en el curso de dos años, hasta el punto de recordarlo, por ejemplo, como un hombre de negocios recordaría la ocasión en que, por mala suerte, dejó de hacer una inversión que le habría enriquecido.

Elaine pensaba dejar a su hijo y dedicar su amor a Cristo, porque sabía que era lo único que podía hacer. No era un asunto dramático, ni tal vez demasiado reverente, pese a lo cual se daba cuenta de que jamás volvería a amar a un hombre como había querido a su difunto caballero. Por lo tanto, resolvió rendirse. No podía seguir luchando contra la corriente.

No se mostraba abatida por la pérdida de Lanzarote, ni lloraba por las noches sobre su almohada. A decir verdad, raramente pensaba en él. Lanzarote tenía un lugar en algún rincón del corazón de Elaine, del mismo modo que una almeja puede horadarse un sitio en una roca. Sintió dolor mientras se horadaba aquel refugio pero ahora el recuerdo ya estaba bien a cubierto, dentro de la roca. Elaine, avanzando por los jardines con las otras jóvenes, sólo pensaba en la ceremonia durante la cual sir Cástor sería armado caballero, en si habría suficientes pasteles para la fiesta, y en los calcetines de Galahad, que necesitaban un repaso.

Una de las novicias, que estaba jugando un juego de pelota para entrar en calor -el mismo que jugaba Naussica cuando llegó Ulises-, acercóse corriendo a Elaine desde el pozo, pues la dirección de la pelota la había llevado en aquella dirección.

-Ahí hay un hombre -susurró de forma parecida a una serpiente-. Hay un hombre durmiendo junto al pozo.

Elaine sintióse interesada, no porque se tratara de un hombre, ni porque la joven estuviera asustada, sino porque era desusado que una persona estuviese durmiendo a la intemperie en el mes de enero.

-Chitón -dijo Elaine-. Vamos a ver.

La rolliza novicia acercóse con calma e inocencia, preocupada por otros asuntos, como el incauto conejo que mordisqueaba las plantas por el sendero de costumbre. Pero el lazo de la trampa se cierra repentinamente.

Elaine reconoció a Lanzarote entre dos latidos de su corazón. Éste se hallaba tendido sobre su principesca túnica. Sir Bliant, al hacer notar que en la mente del perturbado parecían alentar pensamientos de caballero, había acertado. Impresionado por la túnica, por algún extraño recuerdo de opulencia y brillantez, el pobre salvaje se dirigió hacia el pozo desde el

salón del rey. Allí, a solas en la oscuridad, sin espejo siquiera, se lavó, cortóse un poco el pelo y la barba con unas tijeras de esquilar que había en las caballerizas, y se peinó como pudo.

Mandó Elaine a sus acompañantes que se alejaran, les entregó a Galahad, y el chiquillo se fue sin protestar. Era un niño muy especial.

Elaine arrodillóse al lado de sir Lanzarote y le miró detenidamente. No le tocó ni se echó a llorar. Alzó una mano para acariciar la de él, sumamente delgada, pero lo pensó mejor y se sentó a su lado. Luego, después de bastante tiempo, empezó a sollozar; pero lloró por Lanzarote, por sus cansados ojos que el sueño suavizaba, por las blancas cicatrices que cubrían sus manos.

-Padre -dijo Elaine-, si no me ayudáis ahora, nadie podrá hacerlo jamás.

-¿Qué ocurre, hija mía? -preguntó el rey-. Me duele la cabeza.

Elaine hizo caso omiso a esta observación.

-Padre, he encontrado a sir Lanzarote.

-¿A quién?

-A sir Lanzarote.

-Bobadas -repuso Pelles-. A Lanzarote le mató un jabalí hace tiempo.

-No. Está durmiendo en el jardín.

El rey se levantó repentinamente de su trono

-Debí imaginarlo -manifestó-. Pero soy demasiado imbécil para darme cuenta. Se trata del salvaje, sin duda, Pelles se acarició la barbilla y agregó:

-Deja esto de mi mano. Puedes confiar en mí. Sé bien lo que hay que hacer. ¡Mayordomo! ¡Brisen! ¿Dónde demonios os habéis metido? ¡Ohé, ohé! ¡Ah, estás ahí! Escucha, mayordomo, ve a buscar a tu mujer, Brisen, y haz que te acompañen dos hombres de confianza. Veamos. Sí, llévate a Humbert y a Gurth. ¿Dónde dices que estaba él, Elaine?

-Dormido junto al pozo -repuso la aludida rápidamente.

-Perfecto. Entonces, dirás a todo el mundo que se mantenga alejado del jardín. ¿Me entiendes, mayordomo? Nadie debe estar por allí cuando vaya el rey. Llevarás una sábana. Sí, una fuerte sábana, pues tendremos que llevarle en ella, por las cuatro puntas. Además, mandarás que preparen la habitación de la torre en seguida. Di a Brisen que coloque un colchón de plumas. Que enciendan la chimenea y que vayan a buscar al médico. Dile que eche una ojeada al capítulo de la Locura en *Bartholomeus Angélicus.* Ah, y que hagan algunos platos de gelatina, y otros parecidos. Luego, mientras duerme, le arreglaremos y le pondremos ropas limpias.

Cuando Lanzarote se despertó sobre su inmaculado lecho, lanzó un quejido. Abrió los ojos y miró al rey Pelles. Luego miró a Elaine. Siguió observando un momento e hizo con sus labios de mono algunos movimientos, como si hablase. Después se echó a dormir, otra vez.

Cuando volvió a despertarse, los que le rodeaban advirtieron que tenía la vista más clara. Pero evidentemente se hallaba en un lamentable estado mental.

La tercera vez que se despertó, dijo:

-Oh, Dios mío, ¿cómo he venido a parar aquí?

Le dijeron lo que se acostumbra en estos casos, que debía descansar y no hablar hasta que se sintiera fuerte. El médico hizo un ademán a la real orquesta, que inmediatamente atacó los compases de J*esu Christes Milde Moder,* pues en el libro del doctor Bartholomeus se recomendaba que debía calmarse a los locos con aires de instrumentos musicales. Todo el mundo aguardó lleno de esperanzas el resultado, pero Lanzarote cogió la mano del rey y gritó lleno de angustia:

-¡Por Dios, señor, decidme de qué modo he venido a parar aquí!

Elaine colocó una mano sobre la frente de Lanzarote y le hizo que se tendiera de nuevo en el lecho.

-Llegasteis casi como un loco -manifestó la mujer-. Y nadie sabía quién erais. Habéis estado gravemente enfermo.

Lanzarote volvió sus ojos a ella, lleno de desconcierto, y le sonrió nerviosamente.

-Creo que me he comportado como un necio -declaró.

Algún tiempo después, Lanzarote preguntó:

-¿Me vio mucha gente, mientras estuve loco?

CAPITULO XXII



l cuerpo de Lanzarote se vengó de su mente. Permaneció tendido en la cama durante una quincena, en el ventilado dormitorio, sintiendo dolorido cada uno de sus huesos, mientras Elaine permanecía casi constantemente en la estancia contigua. Le tenía a su merced, y hubiese podido cuidarle día y noche. Pero había algo en su corazón, bien fuera orgullo, decencia, generosidad o humildad, que le hizo perdonarle. Por ello le visitaba sólo una vez al día y no le abrumaba con sus cuidados.

Un día Lanzarote la detuvo cuando ella salía. Estaba sentado con una bata puesta, y tenía las manos sobre el regazo.

-Elaine -dijo-, supongo que debo hacer algunos planes para el futuro.

Luego esperó la respuesta.

-No puedo quedarme aquí para siempre -agregó.

-Sabes bien que puedes quedarte aquí tanto tiempo como desees.

-No puedo regresar a la Corte.

Elaine hizo notar entonces, vacilante:

-Mi padre te dará un castillo, si lo deseas, y en él podemos vivir los dos juntos.

Lanzarote miró hacia otro lado.

-Bueno, también puedes ir tú solo al castillo.

-Elaine, no sé qué contestarte -dijo Lanzarote, cogiéndole una mano.

-Sé bien que no me amas.

-¿Crees que podríamos ser felices los dos juntos?

-Sólo sé que ahora no soy feliz.

-No quiero hacerte desdichada, y hay distintas maneras de que eso ocurra. ¿No crees que serías aún más infeliz si viviéramos juntos?

-Si eso ocurriera me sentiría la mujer más dichosa del mundo.

-Mira, Elaine, nuestra única esperanza reside en que aclaremos bien las cosas, aunque nos resulte doloroso. Sabes que no te amo, y que quiero a la reina. Ha sido una desdicha que haya ocurrido así, pero a pesar de todo nada puede cambiarse. Las cosas suceden de ese modo y no tienen remedio. Por dos veces me has atrapado. De no haber sido por ti aún estaría en la Corte. ¿Crees que podremos ser felices, viviendo juntos de ese modo?

-Tú eras mi hombre -dijo Elaine, con orgullo-, antes de que fueses de la reina.

Lanzarote se pasó una mano por los ojos.

-¿Deseas tener un esposo en semejantes condiciones? -preguntó.

-También está Galahad -dijo ella.

Sentáronse el uno al lado del otro, mirando al fuego. Ella no lloró ni trató de despertar compasión en Lanzarote. Por fin, éste dijo con dificultad:

-Me quedaré contigo, Elaine, si me aceptas. No sé bien por qué puedes desear eso. Yo te aprecio, y mucho, aunque tampoco comprendo cómo puedo quererte después de lo que ha ocurrido. El caso es que no deseo herirte. Sin embargo, Elaine... No puedo casarme contigo.

-No importa.

-Ello se debe a que el matrimonio es un contrato. Yo siempre me sentí orgulloso de mi palabra, y no me considero obligado a casarme contigo cuando fuiste tú quien me engañó.

-No estás obligado a hacerlo.

-Obligación... -dijo Lanzarote, con gesto hosco, y pareció querer arrojar la palabra al fuego, como si tuviera mal gusto-. Debes comprender bien que no estoy tratando de engañarte. No me casaré contigo porque no te amo. No fui yo el que empezó esto, y no puedo entregarte mi libertad, o lo que es igual, no puedo prometerte que me quedaré contigo para siempre. Pero quisiera que no aceptaras estas condiciones, Elaine, pues resultan humillantes y son dictadas por las circunstancias. Si tuviera que decir algo más, serían mentiras, y no haríamos más que empeorar las cosas...

Lanzarote se calló de repente y ocultó el rostro entre las manos.

-No lo comprendo -dijo él poco después-. Estoy tratando de hacer todo lo posible...

Elaine repuso entonces:

-Bajo cualquier circunstancia, tú eres mi querido y respetado señor.

El rey Pelles les entregó un castillo que ya conocía Lanzarote. El que ocupaba en nombre del rey sir Bliant, el cual tuvo que marcharse para dejárselo a la pareja, pero lo hizo de buena gana cuando se enteró de que se trataba del salvaje al que debía la vida.

-De modo que entonces es sir Lanzarote, ¿verdad? -preguntó sir Bliant.

-No -repuso el rey Pelles-. Se trata de un gentilhombre francés que se llama el Caballero Mal Fet. Ya os dije que yo tenía razón al creer muerto a sir Lanzarote.

Se dispuso, en consecuencia, que Lanzarote viviera de incógnito, porque de haberse sabido que aún existía y que se hallaba alojado en el castillo de Bliant, sin duda se hubiera levantado gran polvareda en la Corte.

El castillo de Bliant tenía un foso tan bien hecho que la fortaleza podía considerarse prácticamente una isla. La única forma de llegar a ella era en lancha, desde una barbacana que había a un lado. Además, las murallas estaban protegidas por fuera por una verja de hierro bastante alta. Diez caballeros fueron destinados allí para servir a Lanzarote, y veinte damas acompañaron a Elaine.

Esta se encontraba loca de contento.

-La llamaremos Isla de la Alegría -dijo ella-, y seremos muy felices. Además, Lanza -estremecióse al decir su diminutivo, después de tanto tiempo-, quiero que prosigas con tus pasatiempos. Habrá torneos, y cetrería, y muchas otras cosas para distraerte. Debemos invitar a algunos conocidos, para que tengas compañía. Te prometo que no sentiré celos, Lanza, y que trataré de pasar lo más inadvertida posible. ¿No crees que podemos llegar a ser felices, si tenemos un poco de cuidado? ¿Crees que el nombre de Isla de la Alegría es bonito?

Lanzarote carraspeó y repuso:

-Sí, me parece un nombre magnífico.

-Debes mandar que te hagan un nuevo escudo, pues es preciso que en los torneos no te reconozcan. ¿Qué nuevo blasón se te ocurre?

-No importa, ya lo pensaremos más adelante -repuso él.

-El Caballero Mal Fet. ¡Qué nombre más romántico! ¿Qué significa?

-Puede tener varios significados. Uno, el de caballero mal hecho. Otro el de caballero que ha hecho algo equivocado.

Lanzarote no dijo a Elaine que también podía significar caballero maldito, o que tiene mala suerte.

-A mí no me parece que eres feo, ni que obres equivocadamente.

Lanzarote pensó que no adelantaba nada con adoptar una actitud desdeñosa.

-Eso es porque eres una mujer encantadora -repuso, y la besó rápida y torpemente, para evitar que se notase su emoción. Pero Elaine lo advirtió.

-Podrás atender personalmente a la educación de Galahad -dijo ella-. Le enseñarás cuanto sabes, para que crezca y se convierta en el mejor caballero del mundo.

El la besó de nuevo, y pensó en lo que Elaine había dicho: «Si tenemos cuidado.» Evidentemente ella trataba de tenerlo. Sintió piedad por Elaine, que se esforzaba en ese sentido, y agradeció la corrección con que se comportaba. Lanzarote era como un hombre preocupado que hace dos cosas a la vez, una importante y la otra nimia. Pero siempre resulta desconcertante ser amado sin corresponder, y Lanzarote no aceptaba la humildad de Elaine debido a su sentido del honor.

Por fin llegó la mañana en que debían salir hacia el castillo de Bliant. El caballero recién armado, sir Cástor, que sólo contaba diecisiete años, detuvo a Lanzarote en el salón del castillo y le dijo:

-Sé que os llamáis a vos mismo el Caballero Malhecho. Pero yo creo que sois sir Lanzarote. ¿Lo sois?

Lancelote cogió al muchacho por un brazo y repuso:

-Sir Cástor, ¿creéis que es cosa de caballeros la pregunta que me habéis hecho? Suponed que, en efecto, fuera Lanzarote, y que deseara ser conocido sólo con el nombre de Caballero Mal Fet. ¿No creéis que tendría alguna razón para ello, razón que un caballero de linaje debiera respetar?

Sir Cástor enrojeció profundamente e hincó una rodilla en tierra.

-No se lo diré a nadie, señor -repuso.

Y cumplió su promesa.



CAPITULO XXIII

La primavera se presentó lentamente, los nuevos ocupantes del castillo se instalaron en él, y Elaine concertó un torneo para su caballero. Como premio para el ganador habría una flecha de oro y un halcón peregrino.

Quinientos caballeros llegaron de todas partes del reino para competir en el torneo, pero el caballero Mal Fet venció a todo el que se le puso por delante con una especie de ferocidad inconsciente, y el espectáculo resultó un fracaso. Los caballeros quedaron desconcertados y llenos de temor. Ni uno solo resultó muerto ya que Lanzarote perdonó a todos, lleno de indiferencia, en cuanto los derribaba de su montura. El temible caballero, por su parte, no habló una sola palabra durante todo el torneo. Los que fueron derrotados regresaron a sus casas magullados, sin disfrutar del jolgorio que suele presidir las noches de los torneos, y preguntándose quién podía ser aquel taciturno campeón, del que hablaban llenos de supersticioso temor entre ellos. Elaine, sonriendo valerosamente hasta que el último de los caballeros se hubo marchado, subió a su habitación y se echó a llorar. Luego secóse las lágrimas y se dispuso a hablar con su señor. Este se esfumó en cuanto el torneo hubo concluido, pues había tomado la costumbre de desaparecer al ponerse el sol, todas las tardes, sin que ella supiera a dónde iba.

Tras buscarle mucho le halló en las almenas, bañado en la luz dorada del atardecer. Las sombras de ambos , así como la de la torre en que se hallaban, alargábanse sobre el parque a cada momento que pasaba. Lanzarote estaba mirando hacia Camelot con los ojos llenos de desesperación. Su nuevo escudo, con el blasón que guardaba su incógnito, se hallaba delante de él, y representaba una dama de plata en campo de sable, con un caballero arrodillado a sus pies.

Llena de ingenuidad, Elaine se había sentido sumamente contenta por el halago que significaba aquel blasón. Nunca fue muy inteligente. Pero ahora advirtió, por vez primera, que la mujer de plata del escudo llevaba una corona real. Elaine permaneció quieta, inerme, preguntándose qué podría hacer. Pero no podía hacer nada. Sus armas tenían el filo embotado, y eran de metal blando. Sólo cabía tener paciencia, esperanza y dominio de sí misma, pobres herramientas cuando se lucha contra un amor profundamente arraigado.

Una mañana se hallaban los dos sentados sobre el césped de la orilla del lago. Elaine se dedicaba a bordar, mientras Lanzarote observaba a su hijo, Galahad, un chiquillo melindroso y poco hablador que jugaba con sus muñecas a una edad en que otros las habían abandonado para jugar con soldaditos.

Lanzarote le había tallado dos caballeros con armaduras, de madera, montados en corceles con ruedas en las patas, y que sostenían una lanza en la diestra. Empujando a los caballeros el uno contra el otro con unas cuerdas atadas a la plataforma que sostenían los corceles, los caballeros podían remedar un torneo, y hasta podían derribarse de la silla. Galahad

no les prestó la menor atención, sino que siguió jugando con una muñeca de trapo a la que llamaba Tata Tata.

-Gwyneth va a hacer daño a ese gavilán -dijo Lanzarote.

Desde donde se hallaban podían ver a una de las damas del castillo dirigiéndose hacia ellos a buen paso, con el gavilán sobre el puño. Su prisa había puesto nerviosa al ave, que no cesaba de aletear para guardar el equilibrio. Gwyneth, sin embargo, no le prestaba atención, sino que daba una sacudida de vez en cuando al animal, sin disimular su irritación.

-¿Qué ocurre, Gwyneth? -preguntó Elaine, cuando hubo llegado junto a ellos.

-Oh, señora, hay dos caballeros esperando más allá del foso, Y dicen que vienen a hacer una justa con el Caballero Mal Fet.

-Decidles que se vayan -repuso Lanzarote-, que no estoy en el castillo.

-Señor, es que el cuidador les ha enseñado dónde se halla la embarcación y están atravesando el foso. Es decir, uno es el que lo atraviesa. El otro asegura que sólo vendrá si derrotáis al primero. No tardará en llegar.

Lanzarote se puso en pie y se sacudió el polvo de la ropa.

-Que espere en el patio de justas -manifestó-. Estaré allí dentro de media hora.

El patio era un largo pasillo con suelo de arena, flanqueado por muros de piedra y con una torre en cada extremo. Encima de los muros había unas galerías para los espectadores, y el conjunto no tenía protección alguna contra la intemperie. Elaine y sus acompañantes tomaron asiento en las galerías para ver la justa. La embestida a caballo no produjo vencedor alguno, pues los dos caballeros cayeron al suelo. El combate con espadas duró dos horas, pasadas las cuales el desconocido caballero alzó la espada y gritó:

-¡Deteneos!

Lanzarote lo hizo enseguida, como un labriego al que dan permiso para que interrumpa la dura brega diaria. Clavó su espada en la tierra, como lo haría con una azada, y esperó pacientemente. En realidad, sólo había estado actuando con la perseverancia de un bracero, pues procuraba no hacer el menor daño a su oponente.

-¿Quién sois vos? -preguntó el desconocido-. ¿Podéis decirme vuestro nombre? Jamás encontré alguien que luchase como vos lo hacéis.

Lanzarote se llevó de pronto ambos guanteletes al yelmo, como si tratara de ocultar un rostro que ya era imposible ver, y dijo con acento torturado:

-Soy sir Lanzarote del Lago.

-¿Cómo?

-Sí, soy Lanzarote, sir Degalis.

Degalis arrojó su espada contra las piedras del muro, lo que provocó un fuerte sonido metálico, y luego echó a correr hacia la torre que se hallaba más cerca del foso. Sus zapatos de hierro levantaron

innumerables ecos en el estrecho pasillo. Para poder correr mejor se quitó el yelmo y lo lanzó al suelo. Cuando hubo llegado a la puerta de la muralla se llevó ambas manos a la boca y gritó:

-¡Héctor! ¡Héctor! ¡Es Lanzarote! ¡Venid pronto!

En seguida Degalis regresó corriendo a donde estaba su viejo amigo.

-¡Lanzarote, querido amigo! -exclamó-. ¡Sabía que erais vos! ¡Estaba seguro de ello!

Entonces comenzó a manosear el yelmo de Lanzarote, tratando torpemente de quitárselo. Se quitó un guantelete para facilitar la operación, y lo lanzó también contra la pared. No podía dominar su impaciencia por ver de nuevo el rostro de Lanzarote. Este se quedó quieto, como un chiquillo al que están desnudando.

-Pero, ¿qué habéis estado haciendo? -preguntó Degalis-. ¿Cómo os halláis aquí? Creímos que habíais muerto.

El yelmo, al igual que los demás pertrechos, se estrellaron contra la pared.

-¡En efecto, sois Lanzarote!

-¿Decís que Héctor está con vos?

-Sí, vuestro hermano Héctor. Os estamos buscando desde hace años. ¡Ah, Lanzarote, no podéis imaginaros la alegría que siento al veros!

-Debéis pasar al castillo y reparar vuestras fuerzas -dijo Lanzarote.

-Pero, ¿qué ha sido de vos, todo este tiempo? ¿Dónde estuvisteis escondido? La reina envió tres caballares en vuestra búsqueda, al principio. Últimamente éramos treinta y tres. Eso tiene que haberle costado al menos veinte mil libras esterlinas.

-He estado un poco en todas partes.

-Hasta el grupo de Orkney nos ha ayudado. Sir Gawain es uno de los que investigan.

Para entonces sir Héctor había llegado a la lancha -sir Héctor Damaris, no el anciano tutor del rey Arturo-, y el rastrillo de la poterna fue alzado para que entrase. Corrió hacia Lanzarote como si fuera a hacerle un placaje de rugby.

-¡Hermano! -exclamó.

Elaine había descendido desde la galería y se hallaba esperando al final del patio de justas. Era ella la que debía dar la bienvenida, como muy bien se daba cuenta, a la gente que le destrozaría el corazón. No se mezcló en la alegría de aquellos hombres, sino que los observó un poco como el niño al que han dejado sus amigos sin jugar. Permaneció quieta, recobrando fuerzas. Todo su poder, todos los guardianes de su espíritu, estaban concentrándose en la ciudadela de su corazón.

-Os presento a Elaine.

Los dos caballeros se volvieron hacia ella e hicieron una reverencia.

-Sed bienvenidos al castillo de Bliant.



CAPITULO XXIV

No puedo abandonar a Elaine -dijo Lanzarote.

-¿Por qué no? -repuso Damaris-. No la amáis, no tenéis obligaciones para con ella. Sólo contribuís a haceros infelices permaneciendo juntos.

-Yo me siento obligado con ella. No puedo explicarlo, pero así es.

-La reina está desesperada -aseguró Degalis-. Ha gastado una fortuna en buscaros.

-Nada tengo que ver con eso.

-No es bueno cavilar -dijo Héctor-, y me parece que estás demasiado pensativo. Si la reina lamenta lo que ha hecho, sea lo que fuere, debieras ser generoso, hermano, y procurar perdonarla.

-No tengo nada que perdonar a la reina.

-Es justamente lo que yo digo. Debes volver a la Corte para seguir adelante con tus empresas. En primer lugar es mucho lo que debes al rey Arturo; no olvides que eres uno de los caballeros que le han jurado fidelidad. Además, necesita tenerte a su lado.

-¿El me necesita?

-Nunca faltan las complicaciones con los Orkney, por desgracia.

-¿Qué han hecho esta vez? Ah, Degalis, no sabes el bien que me hace oír otra vez los viejos nombres. Contadme todos los chismes. ¿Ha hecho Kay alguna tontería últimamente? ¿Aún sigue riendo Dinadin? ¿Qué nuevas hay acerca de Tristán y el rey Mark?

-Si tanto te interesan esas noticias, hermano, mejor harás regresando a la Corte.

-Ya os he dicho que no puedo hacerlo.

-Lanzarote, no pensáis con lucidez en este asunto. ¿En serio creéis que se puede seguir viviendo de incógnito con esta señora, y continuar siendo vos mismo? ¿Creéis poder ganar a quinientos caballeros en un torneo, sin que os reconozcan?

-Cuando oímos hablar del torneo -terció Héctor-, vinimos a toda prisa. Degalis me dijo: «Ese es Lanzarote, o yo soy un flamenco.»

-Lo que digo -agregó Degalis-, es que si insistís en quedaros aquí, os reconocerán en seguida. Un solo torneo más y hablarán de vos en todo el país. En realidad, creo que sois bastante conocido.

-Seguir aquí con Elaine significará echar todo por la borda, supondrá el retiro absoluto: se acabaron las pesquisas, los torneos de verdad, el honor, el amor. Y tal vez acabes quedándote en casa todo el día, dentro de poco. La tuya es una cara fácil de recordar, hermano.

-De todos modos. Elaine es considerada y buena. Héctor, cuando alguien confía en vos, no podéis hacerle daño. Ni siquiera a un perro se le puede hacer eso.

-La gente no suele casarse con perros.

-Es que esta muchacha me quiere.

-También os quiere la reina.

Lanzarote miró pensativo a! suelo y repuso:

-La última vez que vi a la reina me dijo que no volviera a acercarme nunca más a ella.

-No obstante se ha gastado una fortuna para encontraros. Permaneció Lanzarote un momento en silencio y por fin preguntó con voz ligeramente ronca:

-¿Se encuentra bien?

-Está moralmente deshecha.

-Sabe que fue por su culpa -dijo Héctor-. Lloró desconsoladamente, y Bors le dijo que era una necia, pero ella no le contestó. El rey Arturo también se sintió acongojado, y más porque la Tabla Redonda recibía con eso un rudo golpe.

Lanzarote se puso en pie y declaró:

-Dije a Elaine que no le prometía quedarme con ella, pero a pesar de eso, voy a quedarme.

-¿La amáis, acaso? -preguntó Degalis, yendo a la raíz del asunto.

-Sí, ha sido buena conmigo y no tengo por qué ocultar que le profeso un sincero afecto.

Al ver la forma en que los otros dos le miraban, Lanzarote rectificó:

-La amo -aseguró desafiante.

Los dos caballeros permanecieron en el castillo una semana, y Lanzarote, al oír las noticias que le daban de la Corte, sentía que su voluntad se debilitaba día a día. Elaine, sentada en la alta mesa al lado de su señor, durante las comidas, escuchaba conversaciones relativas a personas cuyos nombres no había escuchado nunca, y sobre hechos que no llegaba a comprender. Charlaban y reían también. Todos los días Lanzarote subía a la torre, al atardecer, y ella, que llegó a bajar de puntillas para no molestarle, cuando él se presentaba sabía que aquello era para él como una especie de cita.

-Lanzarote -le dijo Elaine una mañana-. Hay un hombre esperándote al otro lado del foso. Viene a caballo y trae una armadura.

-¿Es un caballero?

-No. Parece un escudero.

-Me pregunto quién puede ser esta vez. Di al centinela que le deje pasar.

-El centinela dice que el hombre no quiere venir, y que esperará allí hasta que vaya Lanzarote.

-Iré a ver lo que quiere.

Elaine le detuvo cuando él se embarcaba en la lancha, para cruzar el amplio foso.

-Lanzarote -le dijo-, ¿qué debo hacer con Galahad si tú te marchas?

-¿Quién dice que voy a irme?

-Nadie lo ha dicho, pero sé que será así.

-No sé de qué estás hablando.

-Quiero saber cómo debe ser educado Galahad -manifestó la mujer.

-Bueno, imagino que de la forma corriente. Espero que aprenda a ser un buen caballero. Pero pones en juego mucha imaginación al hacerme esa pregunta.

-Es lo que deseaba saber.

Otra vez le detuvo, cuando él se disponía a alejarse.

-Lanzarote, ¿puedes decirme otra cosa? Si te vas, si crees que debes marcharte, ¿regresarás algún día?

-Ya te he dicho que no voy a irme.

Ella estaba tanteando, con sus palabras, del mismo modo que un hombre, cuando avanza lentamente por un cenagal, tantea a cada paso que da.

-Me ayudaría mucho a soportarlo, podría educar mejor a Galahad, si supiera que hay una razón, y que un día... regresarías.

-Elaine, te digo que no sé nada de las conjeturas que estás haciendo.

-No trato de retenerte, Lanza. Tal vez será mejor que te marches. Quizás es algo inevitable. Sólo deseaba saber si debo tener esperanzas de volver a verte. Eso tiene gran importancia para mí.

El le cogió las manos y repuso:

-Si me marchase, volvería.

El hombre que se hallaba al otro lado del foso era el tío Dap, que sostenía de la brida el corcel de Lanzarote, ahora dos años más viejo, y llevaba la armadura sobre la silla del caballo, brillante, como para ser inspeccionada. Todo se hallaba correctamente colocado y asegurado con correas, al uso militar. La cota de mallas estaba enrollada formando un apretado bulto. El yelmo, las hombreras y los brazales relucían tras varios meses de haber sido pulidos incansablemente. Se notaba un inconfundible olor a cuero, junto con el también característico olor de la armadura.

Todos los músculos de Lanzarote se contrajeron al divisar su vieja armadura, que no veía desde que abandonara Camelot. Su pulgar sabía exactamente el peso en onzas que debía soportar en el punto de apoyo de la lanza. La palma de su mano transpiraba, dominando el deseo de aferrar la empuñadura de su espada. Todo su brazo parecía recordar el peso de Joyeux, que deseaba agitar de nuevo en el aire.

El tío Dap parecía más viejo, y no dijo una sola palabra. Se limitó a sostener la rienda del caballo, mostrando lo que éste llevaba encima de la silla, como esperando a que el caballero montara y se alejase al paso. Su mirada severa, tan fiera como la de un halcón, parecía estar aguardando. También en silencio tendió a Lanzarote su gran yelmo de justa, con el familiar penacho de plumas de garza y unidas por el hilo de plata.

Lanzarote cogió el yelmo que le entregaba el tío Dap y se volvió en redondo. Sus manos conocían el peso de lo que sostenían; eran exactamente veintidós libras y media. Vio Lanzarote el hermoso brillo, el forro recién colocado y la nueva visera. En el forro interior aparecían bordadas a mano numerosas flores de lis, símbolo de la vieja Francia. Lanzarote adivinó en seguida qué mano había hecho aquel bordado. Entonces alzó el yelmo hasta la altura de los ojos y lo examinó lentamente, aspirando incluso el aroma que trascendía de él.

Al instante le pareció que estaba allí, no la Ginebra que recordaba en las almenas, sino la verdadera Jenny, en sus menores detalles, incluso con cada una de sus pestañas, con todos los poros de su fresca tez, con todas las inflexiones de su voz y cada uno de los matices de su sonrisa.

Lanzarote no miró hacia atrás cuando se alejaba del castillo de Bliant, y Elaine, de pie sobre la torre de la barbacana, no agitó la mano en

señal de despedida. Le observó marchar con gesto entre sereno y paciente, concentrando en él su atención como el marino que ante un naufragio hace acopio de agua potable en su bote. Sólo le quedaban unos segundos para poder captar de Lanzarote una imagen que le durase con el correr de los años. De él sólo le quedaría ese recuerdo, su hijo y gran cantidad de oro. El le dejó todo su dinero, el suficiente para proporcionarle un millar de libras anuales durante toda su vida. En esos días era una suma considerable.



CAPITULO XXV



Quince años después de haber abandonado a Elaine, Lanzarote aún se hallaba en la Corte. Las relaciones del rey con Ginebra y con el que era su amante diferían muy poco de como siempre habían sido. La mayor diferencia, ahora, era que todo el mundo se había hecho más viejo. El pelo de Lanzarote, que se volviera color gris tejón cuando se recuperó de su locura, a los veintiséis años, era ya bastante blanco. Arturo también había encanecido prematuramente, pero los labios de ambos hombres aún se mantenían rojos entre los sedosos nidos de sus barbas. Sólo Ginebra había logrado mantener el negro azabache de su cabello y su espléndida figura, aunque tenía cuarenta años.

Otra diferencia consistía en que a la Corte iba llegando otra nueva generación. En los corazones se conservaban aún los ardientes sentimientos que siempre caracterizaron a la Tabla Redonda, pero ahora más bien se trataba de ídolos que de personas. Eran jóvenes para los que Arturo ya no era el Cruzado de tiempos pasados, sino el conquistador de una época. Para estos hombres el espectáculo de Arturo cazando en el bosque suponía la idea que ellos tenían de la realeza. En él no veían a un hombre, sino a Inglaterra. Lanzarote, por su parte, era para esos jóvenes el héroe imbatible de un centenar de victorias, y Ginebra la romántica amante de una nación. Cuando Lanzarote cabalgaba al lado de la reina, contándole alguna anécdota divertida y riéndose a causa de ello, los bisoños caballeros se mostraban llenos de asombro. «Mirad -se decían-, se está riendo, como si fuera un hombre corriente, igual que nosotros. ¡Qué sencillez, qué condescendencia, reírse lo mismo que los demás! Quizá también beba, y hasta duerma por las noches.» Y es que en el fondo, aquella nueva generación creía que el gran Lanzarote del Lago no hacía ninguna de esas cosas.

A decir verdad, mucha agua había pasado bajo los puentes de Camelot en veintiún años. Estos fueron años de reconstrucción del país. Cuando comenzaron eran tiempos de lucha, de catapultas arrastradas por los caminos desde un asedio a otro para derribar las murallas de los castillos. También se veían torres transportables de madera, llevadas sobre ruedas, que eran aproximadas a las murallas, de modo que los arqueros podían atacar con sus flechas de arriba abajo, sembrando la muerte sobre los atacantes; y compañías de zapadores marchando entre nubes de polvo veraniego, con sus picos y palas a la espalda, para minar baluartes cuyas piedras se desplomaban debido a los huecos cavados debajo. Cuando Arturo no podía tomar un fuerte por asalto, ordenaba la construcción de esos túneles debajo de determinadas partes de una muralla, túneles que se mantenían mediante vigas de maderas, que en el último momento eran incendiadas. Al desaparecer las vigas, el sector de la muralla se venía abajo.

Esos primeros años fueron tiempos de lucha, en los que aquellos que pretendían vivir de la espada muchas veces morían por causa de ella. Los

combatientes de las torres solían perecer como condenados a las hogueras, pues uno de los inconvenientes de esas torres, como baluartes, era que constituían una chimenea de primera clase. Fueron años de picas golpeando contra puertas hechas especialmente para resistir a esas picas. Tales puertas se construían clavando la primera capa de maderos horizontalmente y la segunda verticalmente, a fin de que las tablas no se rajaran en ningún caso por la veta.

Por cualquier parte donde se fuera, durante esa época ya pasada, el panorama mostraba una columna de mercenarios robando y pillando por los páramos, o un caballero del nuevo orden intercambiando mandobles con un barón conservador al que trataba de curarle su manía de matar siervos, o una doncella de rubio cabello siendo rescatada de alguna torre elevada mediante una escala de cuero, o a sir Bruce Sans Pitié, huyendo a galope tendido mientras sir Lanzarote volaba en su persecución, o bien a unos pocos cirujanos escudriñando las heridas de algún infortunado combatiente y haciéndole comer ajos y cebollas a fin de que, oliéndole las heridas, pudieran descubrir si tenía perforados los intestinos. Una vez investigadas las heridas, éstas se cubrían con la aceitosa piel de la ubre de la oveja, que constituía un vendaje absolutamente natural con lanolina.

Más allá podía verse a sir Gawain, sentado sobre el pecho de un antagonista y acabando con él al introducir su puñal por las ranuras del casco. También se divisaba a un par de caballeros que se habían asfixiado ellos solos en sus propios yelmos, en el curso de una batalla, desgracia que solía ocurrir con frecuencia en aquellos días de excesivo ejercicio y de escaso tiempo para la ventilación. En algún bando podía verse un principesco patíbulo mandado alzar por algún barón a la moda antigua, a fin de colgar en él a los caballeros del rey Arturo y a los vulgares sajones que le ayudasen; un patíbulo quizá tan suntuoso como el erigido en Montfaucon, que podía acoger hasta a sesenta condenados a la vez, los cuales pendían como fucsias exangües entre las dieciséis columnas de piedra. Hacia otra parte se observaba un predio tan erizado de trampas para cazar hombres, entre las hierbas y los arbustos, que nadie osaba internarse unos pasos por él.

Al frente podía verse un garboso caballero que se balanceaba colgando de una pierna por un lazo atado a una rama, la cual, a modo de trampa, se había soltado dejando al caballero suspendido entre el cielo y la tierra. Detrás quizá se estuviera celebrando un feroz torneo donde los heraldos gritaban: *«Laissez les aller»* a varias filas de caballeros que se disponían a embestirse y que era el equivalente del «¡Suelten!» que a veces se escucha en algunos Grandes Premios de los hipódromos, en la actualidad.

El mundo, según se esperaba, debía terminar en el año mil, y como consecuencia de este pronóstico se desató una ola de criminalidad y salvajismo que asoló a Europa durante mucho tiempo. De ello era responsable la doctrina que anteponía el Poder a todo, y contra la que luchaba la Tabla Redonda. Los feroces barones dominaban en campos y bosques, aunque a veces había excepciones, como ocurría con el bueno de sir Héctor, del Bosque Salvaje. Tal era la rapacidad de aquellos caballeros, que Juan de Salisbury creyó conveniente aconsejar a sus lectores: «Si uno

de esos cazadores implacables pasara por vuestra morada, entregadle rápidamente cuantas provisiones tengáis en la casa, o las que podáis comprar o pedir prestadas a los vecinos, a fin de que no resultéis arruinados por completo, y que no os acusen de traición.»

Según relata Duruy, se habían visto algunos chiquillos colgando de los árboles por el tendón de los talones. Y no era raro ver a un caballero de armadura silbar como una olla de agua hirviente porque le habían vaciado un cubo de aceite ardiendo por alguno de los agujeros de su metálica coraza, durante un asedio.

Otros espectáculos igualmente dramáticos han sido citados por conocidos escritores: el cadáver sonriente con el puñal clavado en el pecho, o el cuerpo dividido limpiamente en dos trozos. Por todas partes abundaba la sangre y el acero, el humo cubría los cielos, y el poder se extendía sin frenos. En la confusión general de la época, Gawain consiguió al fin asesinar a nuestro querido y viejo amigo, el rey Pelinor, como venganza por haber matado éste a su padre, el rey Lot.

Así era la Inglaterra que Arturo heredó. Ahora, después de veintiún años de paciente brega, las tierras presentaban un aspecto diferente.

Por donde antes acecharan negros caballeros, vadeando feroces e iracundos algún arroyo para exigir tributo a los ocasionales viajeros, ahora podía pasar una ingenua doncella, incluso cargada de oro y pedrería, sin sufrir el menor daño. Donde antes los horribles leprosos tenían que deambular por los bosques tocados con cogullas blancas, haciendo sonar sus plañideras campanillas, si deseaban que les proporcionasen ayuda, o bien dando un estacazo al primero que encontraban, en caso de que no quisieran ayuda, ahora se veían hospitales bien montados, dirigidos por órdenes religiosas de caballería, sobre todo para atender a los que habían llegado enfermos de lepra de las Cruzadas.

Todos los tiránicos gigantes habían muerto, y los peligrosos dragones, algunos de los cuales solían dejarse caer de los árboles con un graznido semejante al de los cuervos, habían quedado fuera de acción. Donde se encontraban bandas de facinerosos que recorrían las carreteras haciendo ondear sus pendones, ahora se veían alegres grupos de peregrinos que se dirigían hacia Canterbury contándose chistes verdes.

Clérigos recatados llegaban de rincones alejados del país cantando *Alleluia, Dulce Carmen,* mientras que otros, menos prudentes, tarareaban la gran composición medieval de los adictos a la bebida *Meum est propositum in taberna mori.* Había corteses abades cabalgando al paso sobre sus mulas, cubierta la cabeza con caperuzas forradas de pieles -lo que iba contra el reglamento de sus órdenes-, así como hacendados de elegantes atavíos y halcones en el puño, labriegos peleando con sus mujeres, que querían un refajo nuevo, y joviales cazadores que iban tras su presa sin armadura de ninguna clase.

Algunos se dirigían hacia ferias tan importantes como la de Troyes, otros iban a universidades que rivalizaban con la de París y donde de entre veinte mil estudiantes sin duda saldrían al menos siete papas. En las abadías, numerosos monjes se dedicaban a iluminar las iniciales de los manuscritos con tal arte e ingenio que resultaba totalmente imposible

leer la primera página del documento. Los que no hacían de ilustradores, se dedicaban a copiar concienzudamente la «Historia Francorum» de Gregorio de Tours, o la «Leyenda Áurea», o el «Jeu d'Echecs Moralisé», o el «Tratado de Cetrería», esto siempre que no estuvieran aplicándose al «Ars Magna» del mago Lully, o al «Speculum Majus» del más grande de todos los nigromantes.

En las cocinas, famosos cocineros preparaban banquetes en los que se incluía, para una sola comida, caldo de tortuga, lampreas en gelatina, ostras en salsa blanca, anguilas asadas, truchas al horno, verraco con mostaza, cacatúas estofadas, ardillas en salsa verde, empanadas de capón, morcilla, repollo con mantequilla, crema de manzana, pan de gengibre, natillas, membrillos confitados y diversas clases de quesos.

Ya en los comedores, los respetables caballeros, después de haber estragado su paladar con abundantes libaciones, se regodeaban con esas extrañas exquisiteces de la Edad Media: los fuertes sabores de la carne de ballena y de marsopa. Sus remilgadas esposas se hacían servir rosas y violetas en los platos, así como caléndulas asadas, que daban un excelente sabor a los pasteles, al tiempo que los escuderos mostraban una manifiesta debilidad por el queso de oveja. En el cuarto de los niños, éstos procuraban convencer a sus buenas madres para que les dieran peras escarchadas como postre, las que se hacían cociendo esos frutos en jarabe de miel y vinagre, y se adornaban con crema batida.

Los modales habían alcanzado en la mesa una perfección inusitada, superior incluso a la de nuestros días. Se veían costosas fuentes de plata, infinidad de servilletas. Los pajes servían la comida con gráciles movimientos de ballet. Las botellas de vino se colocaban sobre la mesa, pero la cerveza, por ser más vulgar, se ponía debajo de la misma.

Melódicas orquestas de arpas, violas, órganos, cítaras, campanas y cuernos ejecutaban ligeros aires mientras la gente comía. Donde antes de que el rey Arturo instaurase su orden de caballería, el caballero de Torre Landry tuvo que advertir a su hija que no viniese sola al comedor para cenar, por temor a lo que pudiera ocurrirle por algún rincón, ahora todo era música, luz y sano esparcimiento. Bajo las antiguas bóvedas, donde rústicos barones roían los huesos con los dedos pringados de sangre, ahora la gente comía con las manos limpias, pues se las habían lavado en cuencos de madera y con jabones de hierbas.

En los monasterios, los mayordomos abrían toneles de cerveza, hidromiel, oporto, vino clarete, jerez seco, vino del Rin, hipocrás, sidra de peras y el mejor whisky blanco.

En los tribunales los jueces imponían las nuevas leyes del rey, en lugar de la fiera ley del más fuerte. Por las cabañas las buenas esposas hacían panecillos calientes cuyo solo olor volvía agua la boca, echaban la mejor turba a sus fogones, sin reparar en gastos, y arreaban bandadas de obesos gansos suficientes para alimentar a veinte familias durante veinte años. Y al fin, los sajones y los normandos de la época de Arturo habían comenzado a pensar como ingleses.

No es pues de extrañar que los caballeros jóvenes y ambiciosos de toda Europa llegasen en gran número a la Corte, y que vieran a un

verdadero rey cuando se hallaban ante Arturo, y a todo un campeón cuando miraban a Lanzarote.

Uno de los jóvenes que se presentó en la Corte por aquellos días era Gareth. Otro fue Mordred.



CAPITULO XXVI



o se encuentran muchos buenos arqueros entre los jóvenes en estos días -manifestó Lanzarote una tarde, cuando se hallaba con el rey en el campo de tiro.

Sentáronse bajo una arboleda desde la cual podían observar a los muchachos practicando con sus arcos.

-Es cierto -repuso Arturo, sombríamente-. Poco queda ya del antiguo espíritu combativo, en estos tiempos decadentes.

-¿Decadentes? -dijo Lanzarote, comandante en jefe de sus tropas-. No sé por qué os afligís tanto. ¿Acaso no es esto lo que vos queríais?

Arturo prefirió cambiar de tema.

-Gareth se está desarrollando bien -declaró, observando al muchacho-. Tiene gracia, no puede ser mucho más joven que vos, y sin embargo uno piensa en él como en un chiquillo.

-Gareth es un muchacho magnífico.

El rey colocó su mano sobre la rodilla de Lanzarote y la oprimió con gesto afectuoso.

-Algunos pensarían que el magnífico sois vos -repuso Arturo-. Por lo que a Gareth se refiere, es casi una leyenda la forma en que llegó el joven a la Corte, anónimamente, hasta el punto de que sus propios hermanos no le reconocieron, cómo se puso a trabajar en la cocina y Kay le dio el apodo de Bellasmanos, cuando quiso mostrarse antipático. También se sabe que fuisteis vos, Lanzarote, el único que le ayudó hasta que culminó su gran aventura, armándose caballero.

-Bueno -contestó Lanzarote, a la defensiva-, sus hermanos no le habían visto en quince años. No se puede culpar a Gawain por ello.

-No trato de culpar a nadie. Sólo digo que fuisteis muy considerado al notar la presencia del marmitón, ayudándole hasta hacer de él un caballero. Pero es que vos siempre habéis sido una gran persona para todo el mundo.

-Resulta extraño cómo vienen a parar aquí esos jóvenes -manifestó Lanzarote-. Creo que se ven impulsados sin poder evitarlo. Cualquier muchacho con un poco de iniciativa se cree obligado a venir a la Corte del rey Arturo, incluso a trabajar en las cocinas, porque es el centro de este nuevo mundo. Por eso Gareth huyó de su madre. Ella no le dejaba venir, por lo que decidió marcharse sin su permiso, Morgause es una mala mujer. Eso es todo lo que puede decirse de ella. Le prohibió que viniera a la Corte porque os odia, pero él, a pesar de todo, resolvió venir.

-Morgause es medio hermana mía -dijo el rey-, y la he ofendido gravemente. No puede ser grato para una mujer ver que sus hijos se marchan con el hombre al que odia. Incluso Mordred, el último que le quedaba.

Lanzarote parecía hallarse incómodo. Sentía un desagrado instintivo hacia Mordred. No sabía nada acerca de que Arturo fuera el padre de Mordred, pues esa era una historia que había sido aireada en los primeros días, antes incluso de que él y Ginebra hubiesen llegado a la Corte. Pero notaba que había algo extraño entre el joven y el rey. Le era antipático

Mordred sin saber por qué, del mismo modo que al perro le disgusta el gato, y esa aversión le avergonzaba, puesto que siempre hizo gala de querer ayudar a los jóvenes caballeros.

-Debió de sentirlo mucho cuando Mordred vino aquí -prosiguió diciendo el rey-. Las mujeres siempre tienen más afecto al hijo menor.

-Por lo que he podido saber, la reina nunca sintió demasiado cariño por ninguno de sus hijos. Si le dolió que viniera Mordred, fue más bien porque os odia a vos. ¿Puede saberse por qué os tiene aversión?

-Es una historia desagradable. Preferiría no hablar de ello -dijo el rey, y agregó-: Morgause es una mujer, una mujer de acusado carácter.

Lanzarote se rió amargamente.

-Sin duda tiene que serlo -declaró-, a juzgar por la forma en que actúa. Tengo entendido que está coqueteando con Lamorak el hijo de Pelinor, aunque ya es abuela.

-¿Quién os ha contado eso?

-Toda la Corte lo sabe.

Arturo se puso en pie y dio unos pasos, lleno de agitación.

-¡Santo Dios! -exclamó luego-. ¡Y el padre de Lamorak dio muerte a su marido! ¡Y sus hijos mataron al padre de Lamorak! ¡Y por si fuera poco, éste es casi un chiquillo!

Arturo volvió a sentarse y miró a Lanzarote, como si temiera lo que éste pudiera decir a continuación.

-Pues, de todas formas, eso es lo que está haciendo -declaró el caballero.

El rey inquirió de pronto, con vehemencia:

-¿Dónde están Gawain, Agravaine y Mordred?

-Se cree que han salido en busca de aventuras.

-No... no habrán ido al norte, ¿verdad?

-No lo sé.

-¿Y Lamorak? ¿Dónde se encuentra?

-Me parece que se ha quedado en Orkney.

-Lanzarote, si hubieras tratado a mi hermana, si hubieras conocido al clan de Orkney en su tierra, verías que les trastorna realmente todo lo relativo a su familia. En caso de que Gawain, o Lamorak... ¡Oh, Dios mío, tened piedad de mis pecados, y de los de otras gentes, y de este pobre mundo!

Lanzarote miró a su rey lleno de consternación, y le preguntó:

-¿Qué es lo que teméis?

Arturo se puso en pie por segunda vez y comenzó a hablar rápidamente:

-Siento temor por mi Tabla Redonda, por lo que puede ocurrir. Tengo miedo de que me haya equivocado.

-No digáis eso.

-Cuando fundé la Orden fue para acabar con la anarquía, era una válvula de escape para la fuerza bruta, de modo que la gente pudiera desahogarse de una manera útil a sus semejantes. Pero creo que todo ha sido un error. No, no me interrumpáis. Ha sido una equivocación porque la misma Tabla Redonda fue fundada a la fuerza. La Ley tiene que establecerse legalmente, y no con rudeza.

Sin embargo, eso es lo que yo he tratado de hacer. Ahora mis pecados se vuelven contra mí. Lanzarote, me temo que he sembrado vientos, y ahora estoy recogiendo tempestades.

-No comprendo de qué estáis hablando.

-Aquí viene Gareth -dijo el rey lleno de calma, repentinamente, como si su preocupación se hubiera disipado-. Creo que lo comprenderéis dentro de un momento.

Mientras estaban hablando, un mensajero alcanzó a sir Gareth y le entregó una carta. Vieron cómo el joven leía la misiva, volvía a releerla un par de veces, y luego hablaba con aspecto confuso al emisario. Después, entregando a éste su arco, y sin saber muy bien lo que hacía, Gareth se acercó lentamente a Arturo y Lanzarote.

-Gareth... -dijo el rey.

El joven caballero arrodillóse ante el rey Arturo y le cogió una mano entre las suyas, después de lo cual le miró con ojos llenos de pesar, aunque sin llorar.

-Mi madre ha muerto -dijo Gareth.

-¿Quién la mató? -preguntó el rey, como si fuera la pregunta más natural del mundo.

-Mi hermano Agravaine.

-¿Cómo?

La exclamación fue de Lanzarote.

-Mi hermano mató a nuestra madre porque la encontró durmiendo con un hombre.

-Tranquilizaos, Lanzarote, por favor -dijo el rey, y luego preguntó a Gareth-: ¿Qué hicieron con sir Lamorak?

Pero Gareth aún no había terminado la primera parte del relato.

-Agravaine le cortó la cabeza -dijo-, igual que hicimos con el unicornio.

-¿El unicornio?

-Por favor, Lanzarote.

-Bañó a mi madre en su propia sangre.

-Lo siento.

-Siempre supe que ocurriría así -declaró Gareth.

-¿Estáis seguro de que esa noticia es cierta? -inquirió el rey.

-Sí, es verdadera. Tan cierto como que Agravaine mató al unicornio.

-¿Era Lamorak el unicornio? ¿Ha muerto Lamorak? -preguntó Arturo suavemente, pues no estaba enterado del episodio relativo al fabuloso animal.

-¡Oh, tío! -exclamó Gareth-. Se dice que Agravaine la encontró desnuda en la cama con sir Lamorak, y que le cortó a ella la cabeza. Después se lanzaron a perseguir a Lamorak.

-¿A quiénes te refieres?

-A Mordred, Agravaine y Gawain -contestó el joven caballero.

-De modo que al fin resulta -dijo sir Lanzarote-, que vuestros tres hermanos asesinaron primero al rey Pelinor, que voluntariamente no sería capaz de matar a una mosca, y que sólo mató a vuestro padre en un torneo, sin proponérselo; luego dieron muerte a vuestra propia madre en su lecho, y después hicieron lo propio con el hijo de Pelinor, el joven

Lamorak, al cual lo había seducido vuestra madre, que tenía tres veces la edad de él. Supongamos que los tres se habrán lanzado sobre Lamorak, ¿verdad?

Gareth seguía sosteniendo con fuerza la mano del rey, e inclinó la cabeza lleno de pesadumbre.

-Rodearon a Lamorak -dijo en voz baja-, y Mordred le apuñaló por la espalda.



CAPITULO XXVII

Mordred y Gawain regresaron directamente a Camelot después de su última correría entre los Antiguos, pero Agravaine no volvió con ellos. Habían peleado entre sí en cuanto Lamorak hubo muerto, o más bien, en cuanto tuvieron tiempo para darse cuenta de lo que había ocurrido.

Puede decirse que no mataron intencionadamente a la reina Morgause. Agravaine lo hizo en la excitación del momento -al ver ultrajado su honor, dijo él-, pero los otros sabían que había sido por celos. Así pues, Mordred y Gawain volvieron a acusarle de ser un matasiete que sólo valía para asesinar a gente indefensa o a mujeres, y le dejaron llorando, después de sostener con él un fuerte altercado. Gawain, que ahora recordaba el cariño que sentía por su madre -una adoración que la reina maga hubiese preferido de cualquier otro de sus hijos-, regresó a la corte del rey con el sombrío aspecto del penitente. Se daba cuenta de que Arturo se pondría furioso al tener noticias de la forma en que Lamorak había sido muerto, pues el muchacho era el tercero entre los mejores caballeros de la Tabla Redonda. Sin embargo, no se avergonzaba de haberle matado. A su entender, Lamorak merecía la muerte como un felón, porque él y su padre habían agraviado al clan de los Orkney. Sabía que toda la Corte le recibiría con resquemores, por haber matado a su madre, y que de nuevo se volvería a hablar de aquel antiguo episodio, cuando mató a una mujer llevado por la cólera, en los días en que era joven. Tampoco esto pareció preocuparle demasiado. Lo que más lamentaba era que su querida madre hubiese dejado de existir -sólo ahora estaba comenzando a entrever cómo había ocurrido-, y también sentía haber ofendido el ideal del rey Arturo, porque en el fondo tenía sentimientos generosos. Esperaba que el rey le mandase ahorcar, o que le enviase al destierro o le diera otro severo castigo. Al llegar, Gawain dirigióse hacia la cámara real lleno de vergüenza.

Mordred entró en la estancia detrás de Gawain como si nada hubiera ocurrido. Mordred era un individuo delgado y tan rubio que casi parecía albino. Sus ojos eran de un azul muy pálido, al extremo que no podía verse nada reflejado en ellos. No usaba barba, por lo que daba la sensación de que en él no parecía haber detalle que pudiera impresionar, ni su pelo, ni sus ojos, ni su semblante. Es decir, sólo en el delgado rostro de piel sonrosada, se advertía un brillo en los ojos que podía tomarse como un destello humorístico o irónico. Caminaba muy erguido, a la vez que obsequioso y desafiante. Pero tenía un nombro más alto que el otro. Había nacido algo deforme a causa de una torpeza de la comadrona, a semejanza de lo que ocurriera con Ricardo III.

Arturo les estaba esperando, y a su lado se hallaban Ginebra y Lanzarote.

El fornido y pelirrojo Gawain hincó torpemente una rodilla en tierra. Sin mirar al rey, se limitó a pronunciar una sola palabra:

-Perdón.

-Perdón -repitió Mordred, pero éste, arrodillado junto a su medio hermano, miró fijamente al rey. Mordred poseía una voz impersonal aunque de buen timbre, y sus palabras parecían a veces indicar lo contrario de lo que estaba diciendo.

-Os perdono -repuso Arturo-. Y ahora, marchaos.

-¿Que nos marchemos? -preguntó Gawain, sin saber si aquello significaba el destierro.

-Sí, marchaos. Nos encontraremos en la comida, pero ahora debéis iros. Dejadme, por favor.

Gawain repuso bruscamente:

-Todo ocurrió a causa de una desgracia...

Cuando ahora contestó Arturo, su voz ya no trasuntaba cansancio ni pena.

-¡Marchaos! -exclamó.

El rey había dado una patada en el suelo, como un palafrén de guerra, y señaló a la puerta como si quisiera arrojar de allí a los dos caballeros. Los ojos le relumbraban como un par de ascuas, a tal punto que el mismo Mordred se levantó de su asiento rápidamente.

Gawain se estremeció y salió de la estancia lleno de confusión, no tardando en seguirle su medio hermano. Mordred, antes de retirarse, hizo una reverencia exagerada, en un remedo de humildad, y luego, irguiéndose como de costumbre, miró al rey a los ojos, sonrió y se marchó.

Arturo sentóse de nuevo, dominado por un fuerte temblor. Lanzarote y Ginebra se miraron brevemente, por encima de él. Hubiesen querido preguntarle por qué perdonaba a sus sobrinos, o bien protestar diciendo que no era posible perdonar a quienes habían dado muerte a su madre, sin dañar gravemente el espíritu de la Tabla Redonda. Pero nunca habían visto a Arturo tan colérico como entonces. Se dieron cuenta de que sucedía algo que no alcanzaban a comprender, y prefirieron callarse.

Por fin el rey dijo:

-Estaba tratando de deciros algo, Lanza, antes de este incidente.

-Sí, señor.

-Los dos me habéis oído hablar a menudo de la Tabla Redonda, y espero que sabréis comprender.

-Haremos lo posible.

-Hace mucho tiempo, cuando tenía a Merlín para que me ayudase, él trató de enseñarme a pensar. Se daba cuenta de que al fin tendría que dejarme, y por ello procuró que aprendiese a pensar por mí mismo. Pues bien, Lanza, no debe uno dejar que nadie le enseñe a pensar; es la mayor maldición del mundo.

El rey sentóse, se miró las uñas y permaneció reflexionando un momento, mientras antiguos recuerdos invadían su mente.

-Merlín aprobó la fundación de la Tabla Redonda -agregó-. Evidentemente, era una gran cosa en aquellos tiempos, y significaba un paso adelante. Ahora debemos pensar la forma de dar el siguiente paso.

Ginebra intervino diciendo:

-No concibo que se critique a la Tabla Redonda, sólo porque los Orkney obran como asesinos.

-Se lo estaba explicando a Lanzarote. La idea de nuestra Orden era la de que la razón debía prevalecer siempre sobre la fuerza. Por desgracia, hemos tratado de imponer tanto la razón como la fuerza, y eso no puede hacerse.

-No veo por qué no es posible eso.

-Dije que trataba de canalizar la fuerza bruta, de modo que se aplicara hacia un fin útil. Pensé que todas aquellas gentes que gustan de la lucha debían ser encauzadas hacia la justicia, y que de ese modo se resolvería el problema. Pero no ha sido así.

-¿Por qué no?

-Sencillamente, porque ya hemos conseguido la justicia. Hemos logrado aquello por lo que estábamos luchando, pero aún tenemos con nosotros a los guerreros. ¿No veis lo que ocurre? Ya no hay empresas por las que luchar, y los caballeros de la Tabla Redonda se están corrompiendo. Mirad a Gawain y sus hermanos. Mientras había facinerosos y caballeros al viejo uso, podíamos mantenerlos ocupados. Pero ahora que ya se ha logrado el fin propuesto, no hay nada en que podamos emplear su energía. Por ello la han utilizado contra Pelinor, Lamorak y mi hermana. Dios los tenga en la gloria. La primera señal de que algo no iba bien, fue cuando nuestra caballería cayó en la manía de las justas, en aquel absurdo de sacar un promedio de resultados en los torneos en que se intervenía, y otras cosas similares. La segunda señal fue el comienzo de los crímenes, otra vez. Por eso pienso que el viejo Merlín debiera estimularme de nuevo a pensar, como un día lo hizo.

-Creo que es fruto de la molicie, de la falta de empresas.

-No, no es eso. En el fondo, lo que debía haber hecho era desterrar para siempre la fuerza, en lugar de encauzarla hacia un fin, si bien no entiendo cómo hubiera podido hacerse eso. Ahora esa fuerza está buscando nuevos cauces por donde escapar, y son caminos de maldad.

-Debierais castigar a los culpables -dijo Lanzarote-. Cuando sir Bedivere mató a su mujer, le hicisteis llevar la cabeza a Roma, como expiación de su culpa. También ahora debéis hacer que Gawain haga ese viaje y vea al Papa.

El rey alzó la mirada por vez primera y repuso:

-Voy a enviaros a todos al Papa.

-¿Qué?

-Bueno, al Papa precisamente, no. Comprenderéis que la dificultad, según yo la veo, es que nos hemos acostumbrado a lo mundano sin dejar un lugar para lo espiritual. He pensado en esto toda la noche. Me temo que, en consecuencia, mis caballeros están luchando contra el espíritu.

La mirada de Lanzarote se iluminó y comenzó a observar al otro hombre atentamente. En el mismo momento Ginebra se encerró dentro de sí misma. Echó una rápida ojeada a su amante, y luego atendió con gesto reservado a las palabras que pronunciaba su marido.

-Si no se toma alguna medida -prosiguió el rey-, la Tabla Redonda desaparecerá. No sólo es penoso que hayan comenzado de nuevo las pendencias y las matanzas, sino que cada vez aumenta más la indecencia. Fijaos en lo que ocurre con Tristán y la esposa del rey Mark. Y además la gente parece tomar partido por Tristán. Resulta difícil hablar de moral; lo

que ha sucedido es que hemos inventado unos principios morales que ahora se hallan corrompidos, toda vez que no pueden ser puestos en práctica. Y cuando la moral se corrompe, entonces es peor que carecer de ella. Creo que todas las empresas que se dirigen directamente hacia un fin mundano, como es el caso de mi Orden, llevan en sí mismas el germen de su propia destrucción.

-Sí; pero, ¿qué es eso de enviarnos al Papa?

-Era una metáfora. Lo que quería indicar es que el ideal de mi Tabla Redonda era puramente una cosa temporal. Si queremos salvarla, hay que convertirla en algo espiritual. En resumen, que me había olvidado de Dios.

-Lanzarote -intervino la reina, con acento peculiar- nunca lo ha olvidado.

Pero su amante se hallaba demasiado interesado en las palabras de Arturo, para notar su tono.

-¿Qué pensáis hacer? -inquirió.

-Creí que podríamos empezar intentando algo que vaya en beneficio del espíritu. Nos hemos dedicado a tareas puramente materiales, como lograr la paz y el bienestar, y ahora es necesario iniciar esas otras empresas. Si nos dedicamos a otras labores de índole temporal, nos enfrentamos con el mismo problema, u otro peor aún, en cuanto se hayan solucionado. ¿Por qué pues, no aprovechar el poder de nuestra Tabla Redonda en beneficio del espíritu? Si aplicásemos nuestras fuerzas a apoyar a Dios, en lugar de favorecer a los hombres, seguramente desaparecería la corrupción, y lo que hiciéramos sería más digno.

-¡Una cruzada! -exclamó Lanzarote-. ¡Vais a enviarnos a rescatar el Santo Sepulcro!

-Podemos intentar eso -repuso Arturo-, aunque no es justamente lo que pensaba. No obstante, puede ser interesante.

-También podíamos dedicarnos a la búsqueda de reliquias sagradas -agregó su comandante en jefe, lleno de entusiasmo-. Si todos los caballeros se afanaran en buscar un trozo de la Vera Cruz no habría necesidad de luchar. Es decir, que si organizásemos una cruzada, aún estaríamos empleando la fuerza, por más que se luchase contra los infieles. Pero si aplicamos nuestros esfuerzos a buscar algo que perteneció a Nuestro Señor, eso sería infinitamente más digno de alabanza, y aunque nos mantuviera ocupados, no habría necesidad de luchar. Además, no sería obligatorio buscar todos la misma cosa. Pensadlo, ciento cincuenta caballeros especializados en pesquisas y aventuras, dedicando todos sus esfuerzos para encontrar objetos que pertenecieron a Nuestro Señor. Sin duda hallaríamos innumerables cosas de un valor espiritual incalculable. La Tabla Redonda podría aplicarse exclusivamente a tal fin. Tal vez hallásemos algún Evangelio aún desconocido, y la cristiandad toda nos ayudaría. ¡Pensad en ciento cincuenta caballeros entrenados para este fin! Y no es demasiado tarde para ello. La Santa Cruz fue hallada en el año 326, pero el Santo Sudario no fue encontrado en Lirey hasta 1360. ¡Quizá pudiéramos encontrar la lanza que dio muerte a Nuestro Señor!

-Sí, estaba pensando en algo parecido.

-También debiéramos buscar manuscritos sagrados -prosiguió Lanzarote.

-En efecto.

-Iremos a todas partes, a Tierra Santa, al último rincón del mundo.

-Sí.

-A mi entender, es la idea más espléndida que habéis tenido, señor.

-Eso creo -repuso Arturo, y esta vez fue su voz la que resonó con entonación extraña-. Sí, a veces, por la noche, me he dicho que apuntaba demasiado alto. Quizá ello signifique el fin de la Tabla Redonda. Suponed que uno de los caballeros quisiera encontrar al mismo Dios...

Pero la mente de Lanzarote no estaba hecha para la metafísica, y no advirtió el cambio en la voz de Arturo. Había comenzado a canturrear el himno de los cruzados, que decía:

Lignum crucis,
Signum ducis,
Sequitur exercitus...

De pronto se interrumpió y exclamó triunfalmente:

-¡Podemos buscar el Santo Grial!

En ese momento llegó un mensajero del rey Pelles. Solicitaba la presencia de sir Lanzarote para armar caballero a un joven en una abadía. Era un excelente muchacho, modesto y afable como una paloma, que había sido educado en un convento. Su nombre, dijo el emisario, era Galahad.

La reina Ginebra se puso en pie y en seguida volvió a sentarse. Abrió los brazos y los cerró, vacilante. Sabía que sir Lanzarote iría a encontrarse con el hijo que tuvo de otra mujer. Pero a la reina eso no le importaba demasiado.

CAPITULO XXVIII



i deseáis leer lo relativo al comienzo de la búsqueda del Santo Grial, así como los acontecimientos que siguieron a la llegada de Galahad -Ginebra, en una extraña mezcla de curiosidad, envidia y horror, hizo un intento para seducirle-, y lo de la última cena en la Corte, cuando se escuchó el trueno, presentóse el rayo de sol y se extendió por el gran salón un exquisito aroma, si deseáis conocer todo eso, debéis leerlo en la obra de Malory. Tal forma de relatar la historia sólo puede hacerse una vez. El hecho cierto es que los caballeros de la Tabla Redonda partieron en grupo, poco después de Pentecostés, con el objetivo inmediato de encontrar el Santo Grial.

Pasaron dos años antes de que Lanzarote regresara a la Corte, y en ese tiempo los que habían quedado en ella se sintieron muy solos. Poco a poco los caballeros que habían sobrevivido fueron regresando de dos en dos, de tres en tres, hombres agotados que traían noticias desafortunadas, generalmente, y unas pocas noticias buenas. Volvían cojeando, apoyados en muletas, conduciendo de las riendas a sus caballos, que ya no podían soportarles, o como uno que perdiera una mano en la batalla, llevando la mano cortada en la otra. Todos esos hombres llegaban desgastados, confusos. Tenían rostros de fanáticos y murmuraban como en sueños.

Hablaban de barcos que se movían con su propia energía, de mesas de plata sobre las que se celebraban extrañas misas, de lanzas que cruzaban el aire; tenían visiones de toros y de arbustos espinosos, de demonios y de viejas tumbas, de reyes y de ermitaños que habían vivido cuatrocientos años. Todos éstos eran los rumores que con ellos llegaron a la Corte. Un recuento que hizo sir Bevidere demostraba que la mitad de los caballeros había desaparecido, y que debía dárselos por muertos. Entretanto, sir Lanzarote no regresaba.

El primer testigo digno de crédito que volvió fue Gawain, el cual llegó al palacio de un humor negro y con la cabeza vendada. Era el único de los Orkney que se había negado a aprender el inglés correctamente, y hablaba con un fuerte acento del norte. Podía decirse que aún pensaba en gaélico. Parecía desafiar a los del sur, y estaba orgulloso de su raza.

-Sólo hubo ceguera y oscuridad durante las pesquisas -dijo Gawain.

-¿Qué ocurrió?

Arturo y Ginebra, como dos niños buenos, tomaron asiento con las manos sobre el regazo dispuestos a escuchar la historia. A semejanza de los chiquillos, tenían gesto de ansiedad y querían saberlo todo.

-¿Qué es lo que ocurrió? -dijo Gawain- Pues sucedió que perdí dieciocho meses en una aventura descabellada, y terminé medio muerto y con un golpe en la cabeza. Dios me salve del Santo Grial.

-Contadnos lo que sucedió desde el comienzo.

-¿Desde el principio?

Gawain pareció sorprenderse ante el interés que demostraba el rey.

-Es muy largo de contar -repuso.

-No importa, contadlo de cualquier forma.

-Traed bebidas para sir Gawain -dijo la reina-. Sentaos, caballero. Sed bienvenido al palacio. Poneos cómodo y comenzad vuestro relato... en caso de que no os halléis demasiado cansado para eso.

-No, no estoy fatigado. Sólo me duele la cabeza. Pero puedo contarlo. Ah, y gracias señora, tomaré whisky. Veamos, ¿por dónde Puedo comenzar?

El señor de Orkney tomó asiento y trató de recordar los acontecimientos.

-Cuando salimos del castillo de Vagon... ¿Os enterasteis de que llegamos al castillo en grupo, el primer día, y que nos dispersamos a la mañana siguiente? Pues bien, cuando abandonamos el castillo me dirigí hacia el noroeste, sin importarme la dirección exacta. Lanzarote nos dio a todos una pista, el día antes de separarnos, al mencionar que el viejo rey Pelles le había hablado de una fuente sagrada, que se hallaba en uno de sus grandes castillos. Casi la mitad se fueron en aquella dirección, pero yo preferí ir solo, y me encaminé hacia el noroeste.

Gawain dejó de hablar, tomó unos tragos de whisky y prosiguió diciendo:

-El primer rastro que encontré fue el de Galahad. Un chiquillo necio, que parece criado entre remilgadas gallinas. Yo tenía noticias acerca de la marcha de sus pesquisas por intermedio de algunos que le habían visto.

-Bien, ¿qué hizo de malo sir Galahad? -preguntó el rey Arturo.

-Creo que el joven es vegetariano y abstemio, y que se considera casto. Pues bien, me encontré con Melías -¿sabéis que éste resultó gravemente herido?-, y él me dijo la forma en que el joven Galahad se comportó. Por alguna razón que ignoro, Melías preguntó al muchacho si quería que fuese con él. No sé cómo se le pudo ocurrir tal cosa, pues el primero que lo intentó fue Uwaine. ¡Y sir Galahad se negó a que le acompañase! ¡Uwaine era demasiado poco para él! Bien, bien; el caso es que en esta ocasión Galahad se mostró condescendiente, ¡y hasta le armó caballero! ¡Dios bendito, ser armado caballero por un mequetrefe de dieciocho años! Cuando hubo hecho esto, Galahad dijo: «Ahora, buen caballero, procurad hacer buenas obras y ser un espejo de la caballería.» Eso dijo. ¿Cómo le llaman aquí a uno así? Ya recuerdo, le dicen pedante, fatuo. Sucedió después, que al llegar a una bifurcación del camino, Melías quiso dirigirse hacia la izquierda. Galahad dijo: «Será mejor que no vayáis por ahí, pues podría pasaros algo malo.» No obstante Melías se marchó en aquella dirección, y tuvo la mala suerte de encontrarse con un caballero que le dio una gran paliza, como había pronosticado Galahad. Cuando este gran caballero le encontró herido, declaró: «Como os pronostiqué, habría sido mejor que hubierais tomado el otro camino.» Bonita manera de dirigirse a una persona que está medio muerta. Y además, no le prestó ayuda alguna.

-¿Qué le ocurrió a sir Melías?

-Dijo a Galahad: «Señor, dejad que la muerte llegue cuando le plazca.» Melías es un gran hombre, y me alegra poder deciros que aún se halla con vida.

-Bueno, al fin y al cabo -dijo el rey Arturo-, Galahad es sólo un muchacho, y tal vez le cuesta crecer. No creo que debamos juzgarle severamente por pequeñas omisiones y faltas en el aspecto social.

-¿Sabéis que ha atacado a su padre, y que también le ha desmontado? ¿Sabéis que le dejó que se arrodillara delante de él? ¿Estáis enterado de que hubo gente que pidió morir en los brazos de Galahad, y que él les consintió que así lo hicieran como un favor especial?

-Bien, quizá les hacía realmente un favor -observó Arturo.

-¡Pamplinas! -exclamó Gawain, y hundió la nariz en su jarro de whisky.

-Pero no nos contáis nada de vos mismo.

-La primera aventura que me aconteció -y no estuvo muy lejos de ser la última-, fue en el castillo de Maiden. Pero creo que será mejor no contarlo delante de la reina.

Arturo dijo fríamente:

-Mi esposa no es una chiquilla ni una imbécil, sir Gawain. Todo el mundo sabe cuál es la costumbre que hay en ese castillo.

-En francés lo llaman *droit de seigneur* -apuntó Ginebra, discretamente.

-Bien, el caso es que llegué al castillo de Maiden con Uwaine y sir Gareth. La fortaleza estaba guardada por siete caballeros, que insistieron en desafiarnos, como es costumbre. Los hallamos fuera del castillo, completamente armados, sostuvimos una dura lucha y les matamos a todos. Cuando todo hubo terminado, nos dimos cuenta de que Galahad nos había tomado la delantera. También les había vencido, pero sin matarlos, y ya se hallaba en el castillo cuando llegamos. Sólo hicimos el papel de carniceros, terminando una empresa que no era nuestra.

-Mala suerte.

-Galahad no se dignó hablarnos. Quería significar tal vez con ello que nosotros éramos unos pecadores y él un bendito. Poco me preocupó lo que sucedió entonces.

-¿Seguisteis cabalgando junto con Uwaine y Gareth?

-No. Después de lo del castillo de Maiden nos separamos. Continué mi camino hasta que encontré una ermita, en la que vivía un clérigo. Era un hombre que se empeñaba en salvar el alma de los demás. Yo le pedí que me dejara pasar allí la noche, y él accedió si me confesaba, a lo cual me presté con tal de descansar. Se escandalizó mucho cuando le hablé de los siete caballeros muertos, aseguró que eran como siete pecados capitales, y por último me dijo que era un criminal.

-¿Acaso os aseguró -preguntó el rey, lleno de interés-, que estaba mal hecho dar muerte a alguien, aunque se fuese en busca del Santo Grial?

-Por mi vida, así lo explicó. Elogió el hecho de que Galahad hubiese vencido a los caballeros sin matarlos, y declaró que el Santo Grial no debía obtenerse con derramamiento de sangre.

-¿Qué más dijo?

-No puedo acordarme bien. Cuando hubo terminado su sermón me aconsejó que hiciera penitencia, pues a menos que hubiera confesado y que hubiese sido absuelto, de nada me valdría buscar el Santo Grial. Pero a mi entender el caballero andante se halla en una situación que hace innecesaria la penitencia, del mismo modo que los trabajadores manuales no hacen vigilia por Cuaresma. Me despedí del ermitaño y proseguí mi camino. Después de eso me encontré con Agloval y Griflet... ¿Qué sucedió después, qué sucedió? Cabalgué cuatro días al lado de ellos, me parece; sí, y luego nos separamos de nuevo. Entonces continué adelante sin que se me presentara aventura alguna hasta las fiestas de San Miguel.

Gawain hizo una pausa y luego añadió:

-Lo cierto es que en los últimos tiempos ya no se encuentran aventuras en Inglaterra. Estos lugares parecen estar en decadencia.

-Traed más bebida a sir Gawain.

-Cuando hubieron pasado las fiestas de San Miguel me encontré con Héctor Demaris. Éste no había tenido mejor suerte que yo. Cabalgamos los dos hasta una capilla que había en medio del bosque, y dormimos allí. Ambos tuvimos el mismo sueño aquella noche. Se trataba de un brazo cuya mano sostenía un cirio y una brida. Una voz nos indicó que nos necesitaban a los dos. Me encontré después con un segundo clérigo, el cual me dijo que la brida era para la continencia y el cirio para la fe. Parece ser que a Héctor y a mí nos faltaban ambas cosas. Lo que siguió más tarde fue algo desafortunado, como todo lo que me había sucedido hasta entonces. Nos encontramos los dos con mi primo Uwaine, pero no pude reconocerle porque tenía el escudo cubierto y no veía su blasón. Héctor me dejó que combatiera primero con mi primo, con una persona de mi propia sangre. Mi lanza le entró profundamente en el pecho, por un punto débil de su coraza.

-¿Murió Uwaine?

-Sí, murió. La negra suerte se había ensañado conmigo.

Arturo carraspeó y dijo:

-Yo diría que aún tuvo pero suerte Uwaine. Que en paz descanse. Tal vez hubiera sido aconsejable escuchar a aquel sacerdote, al principio.

-¡Yo no deseaba matar! Era mi propio primo, uno de los Orkney. Y pensar que el condenado sureño del escudo blanco se había negado a cabalgar con él...

-¿Os referís a Galahad? ¿Acaso llevaba el escudo de los neófitos?

-Sí, era Galahad. Pero no llevaba escudo de neófito. Había hallado uno en algún lugar, que perteneció a José de Arimatea, según decía. El campo del escudo era de plata, con una cruz de gules. La plata significaba la blancura de la castidad, así nos lo dijo, y la cruz carmesí representaba el Grial... Pero sigamos adelante con lo que estaba contando.

-Estabais relatando la muerte de Uwaine -manifestó Arturo.

-Héctor y yo continuamos hasta llegar a otra ermita, y fue allí donde el sacerdote nos explicó el significado del sueño. El clérigo era vegetariano. Se acaloró mucho con el relato de la muerte de Uwaine, y me exhortó a que me arrepintiese. Así lo hice, le pedí perdón, y seguimos nuestro camino.

-¿No os dijo que la razón de que tuvierais los dos tan poca suerte era porque no pensabais más que en matar? -preguntó el rey.

-Sí, así lo hizo. Manifestó que Lanzarote era mejor persona que nosotros porque raramente daba muerte a su adversario, y mucho menos en la búsqueda que estaba haciendo ahora. También afirmó que muchos otros caballeros se hallaban en el mismo caso que nosotros, en cuanto a ser pecadores. La matanza y la lucha eran contrarias a la investigación que llevábamos a cabo. Por fin nos marchamos cuando él todavía continuaba hablando.

-¿Y entonces?

-Llegamos a un hermoso castillo donde se estaba realizando un asedio. Héctor y yo nos unimos a los atacantes. Estábamos a punto de forzar la entrada del castillo, cuando se presentó Galahad. Sabe Dios qué malos vientos le llevarían por aquel lugar. El caso es que desaprobó que estuviéramos luchando. Se unió entonces al bando contrario al nuestro, nos arrojó del castillo, y me hizo esto. Gawain se tocó el vendaje de la cabeza.

-Héctor no podía luchar contra él, puesto que son parientes. Pero yo nada tenía que ver con eso y peleé con todas mis fuerzas. Me dio un mandoble que me rompió el yelmo y casi me destroza la cota de malla. Por si fuera poco me mató el caballo. Ese fue mi fin, por Cristo. Tuve que estar en cama durante más de un mes.

-¿Y después volvisteis aquí?

-Así es.

-No hay duda de que habéis tenido mala suerte -declaró la reina.

-¿Mala suerte, nada más?

Gawain echó un vistazo a su jarro vacío, y luego pareció alegrarse.

-Ah, también maté al rey Bagdemagus -dijo-. Seguramente os habréis enterado de ello. Olvidé contároslo en mi relato.

Arturo había permanecido escuchando a Gawain, lleno de atención, y ahora estaba reflexionando. Por fin hizo un ademán de impaciencia, y manifestó:

-Id a descansar, Gawain. Debéis hallaros muy cansado. Id a dormir y pensad en lo que habéis hecho.



CAPITULO XXIX



l caballero que llegó a continuación al castillo fue sir Lionel, uno de los primos de Lanzarote. Éste tenía un hermano llamado Héctor, y dos primos, Lionel y Bors. Lionel llegaba colérico, como Gawain, pero el motivo de su disgusto no era Galahad, sino su propio hermano Bors.

-La moral -dijo-, es una forma de locura. Enseñadme a un hombre moralista, que procure siempre hacer el bien en todas las ocasiones, y observaréis que se ve en unos embrollos de los que no puede librarle ni un ángel del cielo.

El rey y la reina se habían sentado juntos, como solían hacer, a fin de escuchar el relato del viajero. Habían tomado la costumbre de hacerse llevar la comida al gran salón, en cuanto volvía un caballero, con objeto de poder comer mientras le escuchaban. La luz caía desde una elevada cristalera sobre la mesa a la que se sentaban, de modo que sus manos se movían entre platos, bandejas y copas que parecían tener brillantes esmeraldas y rubíes refulgentes. Se hallaban ante un mundo encantado de gemas, bajo árboles cuyas hojas eran piedras preciosas.

-¿Acaso Bors se ha declarado acérrimo partidario de la moralidad? -inquirió Arturo.

-Bors siempre ha sido así -repuso Lionel-, condenado sea. La moralidad parece ser una característica de mi familia. Es algo que aquejaba a Lanzarote, pero que en Bors alcanza proporciones increíbles. Seguramente no sabréis que, sólo en una ocasión, Bors tuvo relaciones íntimas con una mujer.

-Caramba.

-Sí, caramba. Y por lo que respecta a esta búsqueda del Santo Grial, parece decidido a seguir algún curso avanzado de doctrina católica.

-¿Queréis decir que está estudiando religión?

Lionel se moderó un poco. En el fondo quería a su hermano, pero se había visto ante unos hechos que contribuyeron a amargar las relaciones entre ambos. Ahora que podía hablar de ello y tenía más tiempo para pensar, estaba comenzando a ver la otra cara de la cuestión.

-No, no debéis tomarme muy en serio -dijo Lionel, al fin-. Bors es un buen chico, y si es que en nuestra familia tiene que haber un santo, sin duda lo será él. No es demasiado inteligente, y es algo remilgado, pero sus intenciones son generalmente de oro puro. Yo creo que Dios le ha estado probando durante esta búsqueda, y estoy seguro de que ha obtenido un triunfo. Yo, en cambio, estuve a punto de matarle.

-Será mejor que comencéis vuestra historia desde el principio -dijo Arturo-, o no comprenderemos bien lo que ha ocurrido.

-No tengo mucho que decir. He ido de un lado para otro, igual que Gawain, y me llamaron asesino unos cuentos ermitaños. Os contaré más bien la historia de Bors, puesto que tomé parte en ella.

Hizo una pausa Lionel, y comenzó diciendo:

-Dios ha estado probando a Bors, imagino yo. Es algo así como si el cielo hubiera querido asegurarse de la fortaleza de su fe. A mi entender,

Gawain, lo mismo que Héctor y yo, no obtuvimos ningún resultado quizá porque empezamos por no comulgar al comienzo de la aventura. Bors sí lo hizo, y cumplió la penitencia. Prometió no comer otra cosa que pan y agua, vestir un hábito y dormir en el suelo. Claro que no pensó siquiera en tener relación alguna con las mujeres, pero lo cierto es que sólo una vez se vio en ese caso. Ahí surgió un problema. Pues bien, lo primero que le ocurrió, cuando hubo quedado en paz con su conciencia, fue que comenzó a tener visiones. Vislumbró un pelícano, un cisne y un cuervo, así como algunos troncos medio podridos y muchas flores. Todo tenía que ver con la doctrina, y él me lo explicó aunque yo ahora no lo recuerdo.

»Se vio ante su primera aventura cuando una dama le suplicó que la librase de cierto caballero llamado sir Pridam. Bors pudo salvarla con toda facilidad, y tuvo la posibilidad de matar a sir Pridam. Me relató el asunto después de la pelea que él y yo sostuvimos, e insistió en que había sido su primera prueba. Se daba cuenta de que las dificultades iban a ser cada vez mayores para él. De haber dado muerte a sir Pridam, se le habrían acabado todas las probabilidades, como nos ocurrió a Gawain y a los demás. Bien, el caso es que no mató a Pridam. Se limitó a golpearle el rostro con la hoja de la espada, de plano, hasta que su enemigo se rindió. Había pasado satisfactoriamente la primera prueba. ¿Creéis que puede haber algo que se opone a dar muerte a los contrarios, aunque sea en combate, durante esta búsqueda, majestad? Me refiero a que tal vez interviene algún factor sobrenatural, ¿no os parece?

-Sí, creo que pensáis acertadamente, Lionel -repuso Arturo-, aunque hayáis tratado de dar muerte a vuestro hermano.

-Pues bien, la siguiente prueba tuvo que ver conmigo, y fue entonces cuando estuve a punto de matarle. Ahora lo lamento, y me doy cuenta de mi gran culpa, pero en aquel momento no llegué a comprenderlo.

-¿Cuál fue esa segunda prueba?

-Bors y yo siempre nos hemos tenido un gran afecto, según es sabido. Mi hermano iba cabalgando a través del bosque, cuando se vio frente a dos grupos de jinetes. En uno iba yo, desnudo sobre un jamelgo, entre dos caballeros que me azotaban con ramas de espino. En el otro iba una doncella, detrás de la cual galopaba un jinete para forzarla. Los dos grupos iban en direcciones opuestas, y Bors se hallaba solo.

»Y ahora que recuerdo -hizo notar sir Lionel, tristemente-, tengo la mala suerte de que siempre me azoten con espinos. Ya antes me castigó así una vez sir Turquine.

-¿Por qué grupo se decidió Bors?

-Bors resolvió rescatar a la doncella. Cuando más tarde le pregunté qué demonios significaba haber abandonado de aquel modo a su hermano, él me explicó que yo solía hacer de vez en cuando alguna barbaridad, mientras que una doncella era, al fin y al cabo, un ser indefenso. Por consiguiente se creyó en el deber de ayudar al más débil. Por esa razón traté de matarle. Pero ahora me doy cuenta de lo que ocurrió. Era su segunda prueba, y tuvo que serle difícil tomar una decisión.

-Pobre Bors. Era una grave alternativa.

-En efecto. Tras muchas dudas y sudores, se decidió por lo que creyó más conveniente.

-Y la tercera prueba, ¿cómo fue?

-Cada una iba siendo peor que la anterior. En la tercera se acercó a él un hombre vestido de clérigo y le dijo que había una dama en un castillo cercano que estaba condenada a morir, a menos que Bors le hiciera el amor. El supuesto sacerdote manifestó que Bors ya había puesto en peligro la vida de su propio hermano -la mía, se entiende-, al ayudar equivocadamente a la doncella, y que si no pecaba ahora con la dama tendría una segunda vida sobre su conciencia. He debido decir antes que los dos jinetes que me acosaban me dejaron por muerto, y que Bors me encontró poco después. Creyéndome sin vida me llevó hasta una abadía, para enterrarme allí. Por suerte me recuperé más tarde.

»Pues bien, la dama del castillo, como había asegurado el falso clérigo, dijo que un encantamiento la haría morir de amor a menos que mi hermano fuera bueno con ella. Bors se dio cuenta de que o bien debía cometer un pecado mortal con la mujer, o que si se negaba ella quizá muriese. Más tarde me dijo que recordó una visión que tuvo en algunos pasajes del catecismo y de un sermón que una vez se pronunció en Camelot. Decidió que no era responsable de los actos de la mujer sino tan sólo de los suyos propios, y se negó a ayudarla.

Ginebra rióse brevemente.

-No terminó todo allí -agregó Lionel-. La mujer, que era de una belleza deslumbrante, subió a la torre más alta del castillo junto con otras doce hermosas damas, y aseguró que si Bors no abandonaba su pureza se arrojaría desde aquella altura con sus acompañantes. Manifestó que Lionel sólo tendría que pasar una noche con ella -al fin y al cabo, ¿por qué no deseaba divertirse un poco?-, para salvar a tantas inocentes. Las doce comenzaron a suplicar a Bors, y lloraron amargamente.

»De más está decir que mi hermano se hallaba en una gravísima alternativa. Las pobres muchachas eran muy bellas y estaban sumamente afligidas, y él sólo tenía que ceder un poco para salvarles la vida.

-¿Qué hizo entonces?

-Las dejó que saltaran.

-¡Qué vergüenza! -exclamó la reina.

-Bueno, sólo era un grupo de demonios. La torre se desmoronó y el castillo desapareció al instante. Resultó que hasta el clérigo era un diablo.

-Supongo que la moraleja -dijo Arturo- es que no se debe cometer pecado mortal alguno aunque doce vidas dependan de ello. Dogmáticamente hablando me parece acertado.

-No sé qué dogma será ése, pero el caso es que mi hermano por poco se vuelve loco en pocas horas.

-Era lógico. ¿Y cuál fue la cuarta prueba, si es que la hubo?

-La cuarta y última prueba fui yo. Como dije antes, recobré el conocimiento en la abadía donde Lionel me dejó para que me enterrasen, y cuando me sentí bien de nuevo emprendí el camino en busca de mi hermano. Ahora lo siento profundamente -a propósito, debo pediros perdón, majestad, por algunas faltas que he cometido-, pero cuando pensé en ello me sublevó ver que mi propio hermano había dejado que me

golpeasen casi hasta matarme, pues antes de desmayarme advertí que me abandonaba a mi suerte. Bien, el caso es que debo admitir que me encontraba sumamente irritado. Casi tenía intenciones criminales.

«Encontré a Bors en una capilla del bosque y le dije inmediatamente que iba a matarle. "Debo tratarte como a un cobarde y un traidor -le dije-, pues eres el caballero más indigno que salió de una familia tan noble como la nuestra:" Bors se negó a pelear conmigo, y yo le dije: "Si no luchas, te mataré fríamente." Repuso él que jamás podría enfrentarse con su propio hermano. Agregó que si no podía matar a nadie, mientras iba en busca del Santo Grial, ¿cómo iba a dar muerte a su propio hermano? "No me importa lo que pienses -dije-. Si optas por defenderte, lucharemos. En caso contrario te mataré." Yo estaba iracundo, y Bors se limitó a arrodillarse ante mí, pidiendo clemencia.

»Ahora me doy cuenta -prosiguió diciendo Lionel-, de que Bors tenía motivos para obrar como lo hizo. Iba en busca del Santo Grial, estaba comprometido para no cometer asesinatos, y yo era su hermano. Y también era una actitud valiente la suya. Pero yo no entendí nada de eso en aquel momento. Sencillamente, pensé que era un terco, y le di una patada cuando estaba arrodillado. Luego extraje mi espada para cortarle la cabeza.

Lionel permaneció en silencio durante unos instantes, mirando al plato en el que se reflejaba el color rubí de la cristalera superior.

-Está muy bien hablar de dogmas y de moral -manifestó al fin-, mientras sólo es uno quien se ve envuelto en el problema pero, ¿qué se puede hacer cuando otras gentes intervienen en el asunto? Supongo que para Bors estaba claro que debía arrodillarse delante de mí, dejándome que le matara, pero ocurrió que de la ermita salió un anacoreta y se arrojó sobre mi hermano, diciendo que impediría por todos los medios que me convirtiese en un fratricida, Entonces maté al ermitaño.

-¿Disteis muerte a un hombre indefenso?

-Lo siento infinitamente, majestad, pero así ocurrió. No olvidéis que me hallaba ciego de rabia, que el hombre me impedía actuar, y que yo estaba armado. Me amenazaban con una especie de coacción moral, y yo repliqué con la única arma que tenía. Me pareció que Bors había obrado injustamente conmigo, y que el ermitaño le estaba ayudando. Era su voluntad contra la mía. Si quería salvar al anacoreta, mi hermano no hubiese tenido más que ponerse en pie y luchar. En cierto modo, considero que lo del ermitaño era culpa suya, no mía.

»Me temo que todo se debió a un arrebato -admitió Lionel, al cabo de un momento-. Sentí necesidad de pelear, y dije que le mataría si no se enfrentaba conmigo.

Siguió un silencio incómodo, y después Lionel manifestó:

-Será mejor que termine mi relato.

-Sí, hacedlo.

-Pues bien, Bors me dejó que matara al ermitaño. Estaba en el suelo y sólo esperaba clemencia. A todo esto yo me sentía enloquecido, en parte por la vergüenza, y alcé mi espada para cortarle a mi hermano la cabeza cuando se presentó sir Colgrevance de Gore. Colocóse entre los dos y me preguntó si no me avergonzaba al tratar de derramar la sangre de mi

propio hermano. Yo seguía exasperado y cubierto con la sangre del ermitaño, y me volví contra el recién llegado.

-¿Qué hizo Bors, entonces?

-Pobre Bors. Lo que pensara en esos momentos no lo sé muy bien. Sólo tenía que luchar conmigo para salvar otra vida. Yo había acabado ya con el ermitaño, posiblemente por obstinación, y ahora me disponía a matar al inocente Colgrevance, que trató de ayudar a Bors. Colgrevance se puso a sollozar junto a Bors y le dijo: "Poneos en pie, por favor. ¿Vais a permitir que me mate por vos?".

-Era un caso de resistencia pasiva -observó Arturo, muy interesado-. Se trata de una nueva arma, pero resulta difícil de emplear. Proseguid, por favor.

-Bien, lo cierto es que maté a Colgrevance en lucha limpia. LO siento, pero así fue. Luego regresé adonde estaba Bors para terminar el asunto. Éste levantó el escudo sobre su cabeza, pero no hizo nada más.

-¿Qué ocurrió luego?

-Se presentó Dios -declaró el joven, solemnemente-. Se interpuso entre mi hermano y yo, e hizo que ardieran nuestros escudos. Creo que sucedió de esa manera.

Siguió una prolongada pausa durante la cual Arturo reflexionó atentamente acerca del asunto.

-Bors había rezado -dijo Lionel.

-Y Dios acudió, ¿verdad?

-No sé exactamente lo que ocurrió: tal vez fue el sol el que hizo arder nuestros escudos. De pronto me eché a reír, comprendí que Bors no tenía culpa alguna, le abracé y todo terminó allí. Entonces me contó su historia, como yo os la he relatado, y luego se marchó en una barca encantada. Bors encontrará el Santo Grial, si es que alguien es capaz de hallarlo. Así concluye mi relato.

Permanecieron en silencio, sin atreverse a hablar de asuntos espirituales, hasta que Lionel dijo por último, con tono compungido:

-Terminó bien lo de Bors: pero, ¿qué pensar de lo sucedido al ermitaño y a sir Colgrevance? ¿Por qué Dios no trató de salvarlos?

-Estas cosas son algo difíciles de comprender -contestó Arturo.

Ginebra, por su parte, agregó:

-No sabemos nada sobre el pasado de los dos hombres que murieron. Su muerte no dañó en absoluto a sus espíritus. Tal vez incluso se vieron beneficiados al morir de esa forma. Quizá Dios les proporcionó esa muerte rápida porque era lo mejor para ellos.



CAPITULO XXX



l tercero en llegar, de entre los caballeros destacados, fue sir Agloval, el cual se presentó en las últimas horas de la tarde, cuando los rubíes de las cristaleras habían abandonado la mesa para trepar a las paredes.

Agloval era un muchacho de menos de veinte primaveras, de noble rostro y con buen sentido del humor. Tomó asiento mientras se lamentaba aún de la muerte de su padre, el rey Pelinor. Mostraba el luto por medio de un crespón negro que llevaba en la empuñadura del escudo. Creíase que era por Pelinor, pero lo cierto es que también la madre de Agloval había muerto mientras el joven se hallaba en busca de aventuras. Asimismo traía nuevas referentes a la muerte de una hermana, pues casi todos los miembros de la familia Pelinor habían sido muy desafortunados.

-¿Está Gawain aquí? -preguntó Agloval-. ¿Dónde se encuentran Mordred y Agravaine?

Luego el joven miró a su alrededor, como si esperase encontrarlos en aquel salón. Por encima de su cabeza el coloreado rayo de luz caía sobre un antiguo tapiz que representaba a varios caballeros protegidos con cotas de malla, que estaban dando caza a un jabalí.

-Todos ellos están aquí -dijo Arturo-. Agloval, mi tranquilidad está en vuestras manos.

-Comprendo.

-¿Vais a matarlos?

-Vine a matar a Gawain en primer lugar. Parece extraño, después de haber estado buscando el Santo Grial.

-Agloval, es justo que tratéis de vengaros contra los Orkney, que dieron muerte a vuestro padre, y yo no os detendré si lo intentáis. Pero deseo que estéis bien al corriente de la situación. Vuestro padre mató al de ellos, y vuestro hermano se acostó con la madre de los Orkney. No, no me expliquéis nada. Dejadme que os recuerde los hechos. Luego los Orkney dieron muerte a vuestro padre y a vuestro hermano. Ahora vos pensáis matar a varios de los Orkney; los hijos de Gawain matarán a vuestros hijos, y todo seguirá de esa forma. Esa es la ley que impera en el Norte.

»Yo estoy tratando de hacer una nueva ley en Britania, gracias a la cual la gente no tendrá que volver a derramar su sangre. ¿No comprendéis lo difícil que es lograr mi propósito? Hay un dicho que afirma que dos errores no suman un acierto. Me parece que es una frase afortunada. No la apliquéis a vos mismo, culpadme a mí, si os parece. Yo pude haber castigado a los Orkney por matar a vuestro hermano. Pude mandar que los decapitasen. ¿Habríais querido que yo hubiera obrado así?

-Sí.

-Bien, tal vez es lo que debí hacer.

Arturo se contempló las manos pensativamente, como hacía cuando se hallaba ante un problema.

-Es una pena que no hayáis tenido ocasión de ver a los Orkney en su casa. Ellos nunca vivieron como una familia feliz, al contrario que la vuestra -dijo Arturo.

-¿Creéis que mi vida familiar es feliz ahora? ¿Sabéis que mi madre murió hace pocos meses? Mi padre solía llamarle Lechoncita, cariñosamente.

-Lo siento, Agloval. No nos habíamos enterado de eso.

-La gente solía reírse de mi padre, el rey Pelinor. Sé que no era un personaje relevante. Pero tuvo que ser un buen esposo, para que mi madre muriese de tristeza, cuando él hubo desaparecido, ¿no lo creéis así? Ella no era una persona melancólica, y sin embargo se fue extinguiendo poco a poco, después de que los Orkney acabaron con mi padre y con Lamorak. Ahora mi madre reposa en la misma tumba que ellos.

-Haced lo que creáis conveniente, Agloval. Sé que sois un Pelinor, y no pretendo pedir favores por mí mismo -declaró Arturo-. Pero quisiera que me dejarais mencionar tres hechos. El primero es que vuestro padre fue el primer caballero al que yo admiré profundamente. Y sin embargo no quise castigar a Gawain. El segundo es que todos los Orkney adoraban a su madre. Ella se hacía querer, pero en realidad no se amaba más que a sí misma. Y el tercer hecho es, ¡oh, Agloval, escuchad esto!, que un rey sólo puede emplear sus mejores herramientas.

-Me temo que no alcanzo a comprender el significado del tercer punto.

-¿Pensáis acaso que las pendencias son algo bueno? ¿Creéis que contribuyen a hacer la felicidad de dos familias?

-No, evidentemente.

-¿Qué habría yo adelantado con ejecutar a todos los miembros de la familia Orkney? Sólo me hubiese hallado con tres caballeros muertos y con tres buenas herramientas de menos. Y sus vidas han sido desdichadas, Agloval. Así pues, pongo mi esperanza en vos.

-Tendré que pensarlo.

-Hacerlo. No decidáis nada a la ligera. No me tengáis en cuenta a mí. Haced lo que consideréis justo, porque sois un Pelinor. Espero que todo salga lo mejor posible. Y ahora, contadme vuestras aventuras en pos del Santo Grial, y olvidad a los Orkney por una noche.

Agloval lanzó un suspiro y repuso:

-Por lo que a mí respecta, no ha habido aventuras en ese aspecto. En cambio he perdido una hermana, y tal vez un hermano, también.

-¿Murió vuestra hermana? Pobrecilla, creía que estaba a salvo en un convento.

-Halló la muerte en una barca.

-¿Es posible?

-Se trataba de una lancha encantada. A mi hermana la encontraron con una larga carta en las manos, donde se decía todo acerca de la búsqueda del Santo Grial, y sobre mi hermano Percy.

-¿Os estamos apenando con estas preguntas?

-No. Prefiero hablar de ello. Dornar aún está de viaje, y parece que Percy se ha distinguido mucho en sus aventuras.

-¿Qué ha hecho sir Percival?

-Quizá es mejor que os cuente lo que decía la carta desde el principio.

Tras una breve pausa, Agloval comenzó de este modo su relato:

-Como tal vez sepáis, Percy era el preferido de mi padre, de entre todos nosotros. Era afable, humilde, y un poco atolondrado. También era tímido. Cuando halló a Bors en la barca mágica, sintióse avergonzado, según dice en su carta. Era un caballero casto, lo mismo que Galahad. Yo solía decirme, cuando veía juntos a mi padre y a Percy, que hacían buena pareja. A ambos les gustaban los animales, y sabían hacerse querer de ellos. En el caso de mi padre estaba la Bestia Bramadora, y ahora parece que Percy se hace amigo especialmente de los leones desde que se ha marchado de casa. Percy es simple y benévolo. Un día se hallaba junto con mi padre y Galahad en la barca mágica, tratando de sacar una espada santa de su vaina. Percy fue el primero en hacer la tentativa. No tuvo éxito, desde luego, pues esta clase de empresas estaban reservadas a hombres como Galahad. No obstante haber fracasado, miró a los otros y dijo con orgullo: «¡A fe mía, que no he tenido éxito!» Pero proseguiré con mi relato.

»Se dice en la carta que la primera aventura que tuvo Percy fue cuando, a poco de abandonar el castillo de Vagon, se unió a sir Lanzarote hasta que hallaron a sir Galahad. Celebraron una justa con él, y Galahad los derribó a ambos de su caballo. Luego Percy dejó a Lanzarote y se dirigió a una ermita donde comulgó. El fraile ermitaño le aconsejó que siguiera a Galahad hasta Goothe o Carbonek, pero que no luchase en ningún caso con él. A decir verdad, Percy sentía una especie de veneración por Galahad, al que consideraba su héroe, de modo que el consejo le convenía. Una vez llegado a Carbonek, oyó las campanas de la abadía tañendo en el bosque, y allí se encontró con el rey Evelake, que tenía unos cuatrocientos años de edad. Creo que el anciano no podía morir hasta que se descubriera el Santo Grial, o algo parecido. Pero el rey Pelles también parece haberse confundido a este respecto, y esa parte de la carta resulta bastante difícil de comprender. De todos modos, se decía que Percy sostuvo una lucha con ocho caballeros y veinte infantes, que le atacaron en Carbonek, y que fue rescatado a tiempo por el propio Galahad. Por desgracia el caballo de Percy cayó muerto, y Galahad le abandonó casi en seguida.

Después de reflexionar un poco, Lionel prosiguió diciendo:

-Sin duda es magnífico ser santo e invencible, y no critico a Galahad por ser casto, pero, ¿acaso no debe ser la gente algo más humana? No quisiera pecar de puntilloso, pero ese joven me saca un poco de quicio. ¿Cómo pudo rescatar a un amigo, para después dejarle solo sin más ni más, en silencio, alzando en el aire esa pálida nariz que tiene?

Arturo no hizo comentario alguno, por lo que el joven reanudó en seguida su relato.

-Percy trataba de unirse a Galahad -dijo-, de acuerdo con las instrucciones recibidas, pero Galahad se alejó dejándole a pie. El pobre muchacho sólo atinó a seguirle corriendo, mientras gritaba; «¡Esperad, esperad!» Siguiéndole siempre, trató de alquilar caballos a algunos labriegos, hasta que al fin logró que le proporcionasen un jamelgo y con él

trotó detrás de Galahad tan rápido como pudo hacerlo. Pero surgió un caballero y le derribó de su montura- me temo que en mi familia jamás tuvimos pasta de héroes-, y de nuevo prosiguió a pie, tratando de no distanciarse demasiado de Galahad.

»En ese momento apareció una dama -más tarde se supo que era una hechicera, y de las peores- que preguntó a mi hermano qué pensaba hacer. Percy repuso: «No pretendo hacer mal ni bien.» Entonces la dama le proporcionó un caballo negro que resultó ser un demonio y que se esfumó en circunstancias dramáticas, cuando Percy se santiguó al caer la noche. Se encontraba en una especie de desierto en esos instantes, donde trabó amistad con un león al que salvó del ataque de una víbora. Percy siempre fue muy cariñoso con nuestros amigos los irracionales.

»Lo que ocurrió a continuación fue que se presentó una damita deliciosa con una tienda de campaña perfectamente equipada e invitó a Percy a cenar. Éste tenía un hambre terrible, y como no estaba acostumbrado a tomar vino pasó una velada formidable. Me temo que perdió un poco la cabeza, y entre risas y bromas, pidió a la dama... bueno, ya os lo imaginaréis. La joven se mostró dispuesta a acceder, y todo iba a ocurrir indefectiblemente cuando Percy, por suerte, vio la cruz de la empuñadura de la espada, que yacía en el suelo. Profirió una oración en voz alta, y la tienda de campaña de la mujer se esfumó en el aire. La dama se alejó en una nave mientras aullaba y rugía, y las aguas se incendiaron detrás de la embarcación.

»Percy se hallaba tan avergonzado de sí mismo, y sintió tal pesadez de cabeza a la mañana siguiente, que se clavó la espada en una pierna, como castigo. Después de eso la barca encantada regresó con Bors a bordo, y los dos se alejaron en ella hacia donde los llevase la suerte.

Ginebra intervino diciendo:

-Si esa lancha mágica parecía llevar a la gente hacia el Santo Grial, creo comprender perfectamente que Bors se encontrase en ella. Ya sabemos que había pasado numerosas pruebas, a cual más difícil. Pero, ¿por qué iba también en ella sir Percival? No quisiera ser descortés, pero tengo la impresión de que vuestro hermano no hizo demasiado por merecer esa distinción.

-Pero había conservado su castidad -intervino Arturo-. Se hallaba tan limpio como Bors, o más aún quizá. Era perfectamente inocente. Dios ya lo expresó bien al decir: «Dejad que los niños vengan a mí.» Pero proseguid con vuestra carta, sir Agloval.

-En ese momento es cuando hace su aparición mi hermana. Tal vez no sabréis que era monja, y que cuando le cortaron el pelo, al entrar en el convento, tuvo una visión y oyó una voz que le aconsejó guardar los mechones en una caja. Mi hermana era una mujer educada, que tenía vocación por los estudios religiosos. Cuando Percy y Bors se embarcaron en la lancha, tuvo una nueva visión en el convento y una voz le ordenó realizar algunos cometidos. El primero era buscar a sir Galahad.

»Galahad estaba pasando la noche en una ermita cerca de Carbonek, después de haber vencido a sir Gawain, cuando mi hermana le encontró. Le hizo levantar y que se colocara la armadura, y juntos se encaminaron hacia el mar Collibe, donde, más allá de una poderosa fortaleza, hallaron

en la orilla una lancha bendita en la que Bors y Percy los estaban esperando. Todos se hicieron a la vela y navegaron hasta llegar a un estrecho, entre dos elevados promontorios, donde les aguardaba otra embarcación. Tuvieron ciertos reparos en subir a bordo, ya que un pergamino clavado en el casco advertía que no podían embarcarse en ella más que las personas de fe perfecta. Galahad, no obstante, subió con su acostumbrada e inconmovible confianza en sí mismo. Le siguieron y hallaron dentro de la nave un lujoso lecho con una corona encima y una espada desenvainada parcialmente. Era la espada del rey David. Había también algunos husos mágicos hechos con madera del árbol del Edén, y dos espadas más sencillas, para Percy y Bors. Como es lógico, la espada principal era para Galahad. La empuñadura estaba hecha de gemas preciosas, la guarnición se hallaba compuesta por las costillas de dos animales fabulosos llamados Caliden y Ertanax, y la vaina era de piel de serpiente. Uno de los lados de la espada aparecía tan rojo como si estuviera bañado en sangre. No obstante, el cinto de la espada era de sencillo cáñamo.

»Mi hermana aplicóse a trabajar con los husos, e hizo un nuevo cinto para la espada con sus propios cabellos, los que había llevado en la caja de acuerdo con las instrucciones que recibiera. Mientras tanto, explicó a sus acompañantes la historia de la espada, que ella conocía por los estudios realizados. Por fin el cinto quedó terminado y la espada fue ajustada a la cintura de Galahad. Mi hermana era virgen y colocó el arma a un hombre casto por medio de un cinturón hecho con sus cabellos. Luego todos volvieron hacia la primera lancha, y emprendieron la travesía en dirección a Carlisle.

»Ya en camino hacia allí rescataron a un anciano caballero que había sido hecho prisionero en un castillo por unos individuos malvados. Mataron a muchos de aquellos hombres en la lucha, y Bors y Percy se sintieron afligidos por tal circunstancia; pero Galahad manifestó que no había mal alguno en matar a personas que no estaban bautizadas... y ocurrió que los que acababan de matar, en efecto, no habían recibido el bautismo. A todo esto el anciano, que era el verdadero dueño del castillo, solicitó permiso para morir en los brazos de Galahad, y éste accedió a ello.

»Cuando llegaron a Carlisle descubrieron otro castillo, éste perteneciente a una dama que padecía sarampión. Los médicos le habían dicho que sólo podría curarse si se bañaba en una fuente llena con la sangre de una virgen de estirpe real. Todas las que pasaban ante el castillo, si eran mujeres, eran desangradas por las gentes que en él habitaban. Los tres acompañantes de mi hermana hicieron todo lo posible durante el día para salvarla, pero al llegar la noche, se les explicó lo que ocurría, y mi hermana dijo que del mal el menos, y consintió con que le quitasen la sangre. Se quedaron quietos, y a la mañana siguiente se realizó la operación. Bendijo mi hermana a los cirujanos, dispuso que su cadáver fuera colocado en la barca santa con su carta en las manos, y luego murió al serle extraída la sangre.

Sir Agloval dejó de hablar. Después de las condolencias y exclamaciones de costumbre, resolvieron ir a acostarse. El salón se hallaba a oscuras, y las joyas de la cristalera se habían apagado.

-A propósito, señor -dijo al fin Agloval-. ¿Querríais decir a los Orkney si desean que coma con ellos mañana?

Arturo le miró fijamente y por fin esbozó una amplia sonrisa. Besó a Agloval mientras una lágrima se deslizaba por una de sus mejillas. Luego dijo:

-Ahora ya tengo otro Pelinor a quien querer.

CAPITULO XXXI



eguían sin recibirse noticias del gran Lanzarote del Lago. Lanzarote era un hombre mágico que daba aliento a todos los corazones, especialmente al de las mujeres, en cualquier lugar que se encontrasen. También se había convertido en un Maestro, y le admiraban igual que él admiró en un tiempo al tío Dap. Si un gran maestro os ha enseñado esgrima o música, no tenéis más que recordar a ese hombre para daros cuenta de lo que la gente de Camelot había llegado a sentir por Lanzarote. Se hubieran dejado matar por él, por su gran sabiduría. Y ahora había desaparecido.

Los supervivientes de la aventura fueron llegando poco a poco, entre ellos sir Palomides, ya bautizado, aburrido hasta lo indecible con la Bestia Bramadora, y desgastado por su poética rivalidad con sir Tristán por el amor de la Bella Isoud; sir Grummore Grummurson, que estaba tan calvo como un huevo, tenía cerca de ochenta años y le afligía la gota, pero que aún proseguía valientemente la búsqueda; sir Kay, de ojos agudos y siempre sarcástico; sir Dinadin, que bromeaba con sus propias derrotas, aunque se hallaba tan agotado que apenas si podía mantener los ojos abiertos, y hasta sir Héctor, del Bosque Salvaje, con sus ochenta y cinco años a cuestas y un aspecto bastante achacoso.

Todos traían rumores y miembros rotos. Uno de ellos aseguró que Galahad, Bors, el otro Héctor y una monja habían estado presenciando una misa milagrosa. Fue celebrada por un cordero y en ella ayudaron un hombre, un león, un águila y un buey. Después de la misa, el celebrante atravesó uno de los vidrios de la cristalera -el que representaba a un cordero- sin romperlo, como figurando la Inmaculada Concepción. Otro viajero relató la implacable lucha que sostuvo Galahad con un demonio en una tumba, cómo desecó el pozo de la Lujuria, y cómo derribó el castillo de la Dama Leprosa.

Estos caballeros de oxidada armadura y escudo deslucido habían visto a Lanzarote en una u otra parte. Hablaron de un hombre feo y desastrado que mendigaba al borde de un camino, a la luz de la luna, sobre su escudo. También contaron cosas increíbles, como que Lanzarote había sido derrotado, desmontado de su caballo, y que tuvo que arrodillarse ante el que le venciera.

Arturo les hizo algunas preguntas, envió mensajeros y recordó a su capitán en sus rezos. Ginebra, en un estado de ánimo peligroso, caminaba al borde del precipicio. En cualquier momento podía hacer o decir algo que la comprometiese gravemente junto con su amante. Mordred y Agravaine, que fueron de los primeros en retirarse de la aventura, esperaron llenos de ansiedad. Se hallaban tan quietos como se dice que lo estuvo Lord Burleigh durante los consejos de la reina Elizabeth, o como un gato que se enfrenta con una ratonera en secreto, lleno de concentración.

Comenzaron a extenderse los rumores de que Lanzarote había muerto. Se dijo que le mató un caballero negro ante un vado. Otros aseguraron que había luchado contra su propio hijo, el cual le rompió el

cuello; otros que se volvió loco de nuevo, y después de ser apaleado por Galahad, y de que su armadura le fue robada por un misterioso caballero; se lo comió una fiera. También se decía que después de luchar contra doscientos cincuenta caballeros, fue hecho prisionero y colgado como un perro. Pero la mayoría creía que había sido asesinado por los Orkney mientras dormía, y que fue enterrado y cubierta su tumba con hojas secas.

Los caballeros fueron llegando de a dos y de a tres, y luego vinieron solos, cada vez más espaciadamente. Los que llegaban iban confirmando la muerte de otros, lo que permitió a sir Bevidere ir confeccionando una lista de bajas. De Lanzarote comenzaba a hablarse como de un difunto. Casi todos le querían, por lo que sólo se atrevían a murmurar quedamente acerca de su muerte, por temor de que si lo decían en voz alta se hiciera realidad la desgracia. Hablaban de su bondad, del golpe que recibieron de él en alguna justa, y de cosas parecidas. Unos cuantos oscuros pajes y marmitones, que recordaban perfectamente su sonrisa o sus palabras afectuosas, solían humedecer las almohadas con sus lágrimas por las noches. Kay asombró a todo el mundo al declarar, casi entre sollozos, que él siempre había sido un individuo mezquino, comparado con el héroe perdido, y luego salió rápidamente del salón sonándose las narices. En la corte entera crecía la tensión conforme pasaban los días.

Entonces, un día de tormenta, Lanzarote se presentó en Camelot empapado y exhausto. Llevaba de la brida una yegua blanca que parecía no poder dar un paso más. Detrás de ellos, las nubes otoñales formaban como un amplio nimbo en el cielo. Algo mágico, milagroso había sucedido, ya que todas las torres del palacio, así como las almenas y el puente levadizo, se hallaban atestados de gente que esperaba su llegada observando y señalando en silencio, antes de que él apareciese. Cuando se divisó la diminuta figura, avanzando cansadamente entre los lejanos árboles del bosque, un denso murmullo se alzó de la multitud. Era Lanzarote, vestido con una túnica carmesí que destacaba junto al blanco pelaje de la yegua. Estaba a salvo. Todas sus aventuras parecían saberse antes de que las hubiera contado.

Arturo se hallaba como trastornado; decía a todos que entraran en el castillo, que abandonasen los bastiones, que dejasen tranquilo al viajero. Cuando llegó Lanzarote, no había nadie que le molestara. Sólo se hallaba el tío Dap ante la gran puerta, abierta de par en par; el tío Dap, encorvado y pálido, dispuesto a recibir de él su caballo. Centenares de ojos que observaban desde sus escondites, vieron la gastada figura de Lanzarote entregar las riendas a su escudero; le vieron permanecer un instante con la cabeza inclinada sobre el pecho, la que no había levantado desde su llegada, y por último advirtieron cómo se encaminaba hacia sus habitaciones y se desvanecía en la oscuridad de la torrecilla.

Dos horas más tarde el tío Dap se presentó ante el rey, en la cámara de éste. Había desvestido a Lanzarote y le había metido en la cama. Debajo de la túnica encarnada, dijo el anciano, el recién llegado llevaba puesta otra túnica, de color blanco, y debajo de ésta una especie de

camisa hecha de cabello humano. Sir Lanzarote enviaba al tío Dap con un mensaje. Se hallaba sumamente cansado y rogaba al rey que le disculpase. Iría a verle al día siguiente. Entretanto, y a fin de no demorar el conocimiento de las noticias importantes, el tío Dap debía contar al rey que el Santo Grial había sido hallado. Galahad, Percival y Bors fueron quienes lo encontraron, y con la reliquia y el cadáver de la hermana de Percival, llegaron a Sarras, en Babilonia. El Santo Cáliz no podía ser llevado a Camelot. Bors llegaría más adelante, pero los demás no regresarían nunca.



CAPITULO XXXII

Para aquella ocasión, Ginebra se había vestido exageradamente. Llevaba puesto un maquillaje que no necesitaba y, además, había abusado de él. Tenía ahora cuarenta y dos años.

Cuando Lanzarote la vio en la mesa, esperándole al lado de Arturo, sintió como si le estallara el corazón y todo su cariño por ella le corriera desbocado por las venas. El suyo era el amor por una muchacha de veinte años que se erguía altiva en su trono, en presencia de un grupo de cautivos; pero ahora la muchacha aparecía cambiada, llena de afeites y de sedas con los que trataba de desafiar la invencible maldición del destino humano. La necia presunción de Ginebra no le pareció vulgar a Lanzarote, sino conmovedora. La mujer aún estaba allí, atractiva todavía detrás de su capa de cremas. Había esgrimido una valiente protesta: «No me dejaré vencer.» Debajo de su torpe coquetería y de los atavíos poco dignos, se oía un grito que pedía ayuda. Sus jóvenes ojos parecían como azorados y decían: «Estoy aquí, dentro de mí. No me mires lo demás, mírame a los ojos. Me encuentro aprisionada en mi cuerpo, ayúdame a salir de él.» Luego parecía agregar: «No soy vieja, es sólo una falsa impresión. Aún soy bella. Mira, me muevo como las jóvenes. Voy a desafiar al temible enemigo que es la vejez.»

Lanzarote sólo vio un alma solitaria y condenada, una ingenua muchacha que sostenía su posición indefendible con las desdeñables armas de los tintes y las sedas de colores con que creía complacerle. Lanzarote vio

El puño minúsculo y apasionado
Tendido desafiante al cielo,
El orgullo que perdura, el protagonista sentenciado
Aferrando al fantasmal gigante.

-¿Habéis descansado? -dijo Arturo-. ¿Cómo os encontráis?

-Nos alegramos mucho de veros, de ver que habéis vuelto manifestó a su vez Ginebra.

Ellos, por su parte, vieron a un hombre de aspecto sereno, el tipo de filósofo que Kipling describió al presentar a Kim. Observaron al nuevo Lanzarote que en el silencio de su percepción surgía de las profundidades del espíritu.

Lanzarote dijo:

-Ya estoy recuperado, muchas gracias. Supongo que ya tenéis noticias del Santo Grial.

-Me temo que me he comportado de un modo egoísta -repuso Arturo-, al enviar a todos a la ventura. No obstante, haremos que quede todo convenientemente escrito y guardado en Salisbury. Pero antes queremos oírlo de vos, Lanza, y sin que haya interrupción alguna.

-¿Estáis seguro de que no os cansará contarlo? -preguntó Ginebra.

Lanzarote sonrió y les cogió las manos a ambos. Luego repuso:

-No hay demasiado que relatar. Al fin y al cabo, no fui yo precisamente el que encontró el Cáliz.

-Sentaos y tomad algo. Ya hablaréis después de haber comido. Os encontramos bastante más delgado.

-¿Deseáis un vaso de hipocrás o de sidra de peras?

-Prefiero no beber ahora, gracias.

Mientras Lanzarote tomaba algún alimento, el rey y la reinare sentaron a ambos lados de él y le observaron mientras comía. Quiso coger el salero, pero apenas había tendido la mano cuando ellos se lo alcanzaron. Echóse a reír ante la seriedad del rostro de Arturo y de Ginebra, que le hacían sentir un poco incómodo, y pretendió echar unas gotas de agua a Arturo, de su copa, para hacerle sonreír.

-¿Queréis una reliquia? -preguntó Lanzarote en son de broma- Os puedo dar mis botas, si lo deseáis. Están muy desgastadas.

-Lanzarote, esto no es cosa de broma. Creo que vos mismo habéis visto el Santo Cáliz.

-Aun cuando le hubiera visto, ello no sería motivo para que me entregarais el salero.

No obstante, siguieron mirándole.

-Por favor, comprendedlo. Fueron Galahad y los demás quienes consiguieron el Cáliz. Ese don no me fue concedido a mí. Por lo tanto sería un error, y me dolería mucho, que divulgarais tal cosa. ¿Cuántos caballeros regresaron hasta ahora?

-La mitad, aproximadamente. Hemos escuchado sus relatos.

-En tal caso creo que sabréis más que yo acerca de lo acontecido.

-Sólo sabemos que han regresado los que mataron a alguien y los que no comulgaron. Vos decís que Galahad, Bors y Percival lograron hallar el Santo Grial. Tengo entendido que Galahad y Percival aún eran castos, y que Bors, aunque no lo fuese, demostró ser casi un teólogo destacado. Imagino que Bors fue admitido por su sabiduría y Percival por su inocencia. En cuanto a Galahad, creemos que a todos les resulta antipático.

-¿Es cierto eso?

-Aseguran que se comporta de forma poco lógica, poco natural. Lanzarote observó su copa, y luego contestó:

-Tal vez él sea poco humano, o quizá no lo sea. ¿Acaso los seres celestiales son humanos?

-No os comprendemos.

-¿Creéis acaso que si el Arcángel Miguel se presentara aquí en este momento diría: «¡Qué hermoso tiempo hace hoy! ¿Tomamos un vaso de whisky?»

-No, claro que no.

-Arturo, no debéis considerarme grosero cuando os digo esto. Debéis recordar que he estado lejos, en lugares extraños y desérticos, a veces completamente solo, otras veces en una lancha, sin otra compañía que la de Dios y el mar proceloso. Os aseguro que desde que he vuelto a estar entre la gente, casi me parece sentir que me vuelvo loco. Muchas cosas de las que vos y Jenny decís me parecen absurdas, vacías. Ya sabéis a qué me refiero: «¿Cómo estáis?» «Tomad asiento.» «Qué día más agradable.» No

veo la necesidad de todo eso. La gente habla demasiado. Donde yo estuve, y donde ahora se encuentra Galahad, resulta una pérdida de tiempo tener «modales». Estos sólo son necesarios entre gentes que no tienen demasiado que hacer. Por ello podréis comprender por qué Galahad debió parecer poco humano, carente de tacto, a las gentes que le rodeaban. El estaba muy lejos, en espíritu; vivía en remotas islas desiertas, en silencio, en la eternidad.

-Os entiendo.

-Insisto en que no me toméis por un desconsiderado al decir esto; sólo trato de explicar las cosas. Cuando se ha estado cerca del Purgatorio, se da uno cuenta de lo que eso significa. La gente resulta ridícula al volver al mundo.

-Sí, nos damos cuenta de ello. También comprendemos lo de Galahad.

-El muchacho era una excelente persona. Yo pasé largo tiempo con él en una lancha, y lo sé. Pero eso no significa que a cada momento estuviéramos ofreciéndonos el uno al otro el mejor lugar de la embarcación.

-Eran mis caballeros más mundanos los que se sentían disgustados con él -dijo Arturo-. Pero queremos conocer vuestro relato, Lanza, no el de Galahad.

-Sí, Lanza; contadnos qué os sucedió a vos, y dejad de lado a los ángeles.

-Como nunca había tenido ocasión de conocer a seres casi divinos -repuso Lanzarote, sonriendo-, creí que a vos también os interesaría.

-Bien, adelante.

-Cuando abandoné el castillo de Vagon -comenzó diciendo el caballero-, tuve la impresión de que el mejor lugar para buscar el Cáliz sería el castillo del rey Pelles...

Lanzarote se calló en seguida, y Ginebra estremecióse perceptiblemente.

-No fui al castillo -agregó con suavidad-, porque sufrí un accidente. Me ocurrió algo que no había previsto, y después tuve que ir adonde me llevaron.

-¿Qué fue ese accidente?

-No se trató de un accidente, en realidad. Fue algo así como el primer castigo que sufrí y por ello estoy agradecido. Debo advertiros que tengo que hablar mucho acerca de Dios, y sé que esta palabra ofende casi del mismo modo a la gente impía que la palabra «condenación» a los creyentes. ¿Qué actitud debo adoptar?

-Suponed que somos gente piadosa, y proseguid con el relato- dijo el rey.

-Iba yo cabalgando junto a sir Percival, cuando nos encontramos con mi hijo. Nos enfrentamos, y él me derribó a la primera embestida. Sí, mi hijo lo hizo.

-Habría sido un ataque por sorpresa -manifestó el rey, rápidamente.

-No, fue una justa legal.

-Es lógico que vos no quisierais vencer a vuestro propio vástago.

-Lo cierto es que quise derribarle.

-Cualquiera puede tener mala suerte alguna vez -aseguró Ginebra.

-Yo arremetí contra Galahad con toda la destreza de que fui capaz, y él me derribó como nadie lo había hecho antes. Lanzarote sonrió abiertamente y agregó:

-En realidad, debo decir que él me ocasionó una de las pocas caídas que he sufrido en mi vida. Lo único que recuerdo es que me hallaba tendido en el suelo, lleno de asombro.

-¿Qué hicisteis entonces?

-Yo seguía en el suelo, y Galahad continuaba montado en su caballo, sin decir una sola palabra, cuando se presentó una mujer que vivía retirada en una ermita ante la que habíamos estado luchando. La mujer hizo una reverencia y dijo: «Dios os bendiga a vos, el mejor caballero del mundo.»

Lanzarote, con la mirada en la mesa, movió una mano alisando el mantel. Luego carraspeó y prosiguió diciendo:

-Yo alcé la vista para ver quién me estaba hablando.

El rey y la reina aguardaron en silencio.

-Deseo relataros mis sucesivos estados de ánimo, más que mis aventuras -dijo el caballero, carraspeando de nuevo-. De modo que no puedo expresarme con modestia. No soy un hombre bueno, lo sé. El caso es que en medio de mi aflicción por haber sido desmontado, era un consuelo para mí saber que aún me consideraban como el mejor caballero del mundo.

-¿Y entonces?

-La mujer no se estaba dirigiendo a mí.

Arturo y Ginebra acogieron en silencio estas palabras, y pudieron notar un leve estremecimiento en la comisura derecha de la boca de Lanzarote.

-¿Era a Galahad?

-En efecto -repuso Lanzarote-. La dama miraba por encima de mí a mi hijo Galahad, pero éste se alejó en su caballo en cuanto la mujer hubo hablado. Un momento después la mujer se marchó también.

-¿Qué situación más desagradable! -exclamó el rey.

-¡Qué deliberado ultraje! Esa mujer merecía que la azotaran.

-Pero era cierto lo que decía.

-No obstante, decirlo ante vos, y a propósito, después de sufrir esa caída... -declaró Ginebra.

-Ella dijo lo que Dios le había ordenado que dijera. No sé si sabéis que era una mujer santa, aunque yo mismo tampoco entendía eso por aquel tiempo...

Interrumpióse Lanzarote, y luego agregó en tono de disculpa:

-Ahora soy mucho más creyente, pero por aquel entonces casi no podía soportar esas cosas. Lo cierto es que las palabras de la mujer, aun siendo verdad, me destrozaron el corazón. En consecuencia, me alejé de Percival para proseguir solo mi camino, como un animal salvaje, lleno de dolor. Percival quiso decirme algo, pero yo le contesté con dureza y me separé de él para buscar un lugar donde pudiera estar a solas con mi congoja. Por fin encontré una capilla, precisamente cuando sentía como si de nuevo fuera a volverme loco. Yo tuve en otros tiempos una serie de

problemas en la cabeza que quedaron un poco atenuados cuando me creía un famoso caballero. Cuando esta creencia desapareció, fue para mí un duro golpe.

-Ya todo ha pasado. Aún seguís siendo el mejor caballero del mundo.

-Bien, llegado a la capilla advertí que ésta no tenía puerta. Sin embargo, no sé si a causa de mis pecados o de mi resentimiento por haber sido derrotado, no me sentí capaz de entrar. Dormí afuera, sobre mi escudo, y tuve un sueño en el que un caballero me quitaba el yelmo, la espada y el caballo. Traté de despertarme, pero no lo conseguí. Todos mis atributos de caballería me iban siendo arrebatados, pero no podía despertarme porque mi corazón estaba lleno de amargura. Una voz me dijo que ya nunca sería admirado por los demás. Yo me rebelé contra la voz, y cuando desperté mis cosas habían desaparecido.

»Arturo, si no logro que comprendáis lo que ocurrió esa noche, estoy seguro de que no entenderéis el resto. Yo había pasado toda mi adolescencia aprendiendo a ser buen caballero, cuando pude dedicarme a los juegos propios de esa edad. Luego me sentí desdichado, pero me conformaba pensando que era el mejor de todos. Seque es un sentimiento poco elevado, pero no tenía otra cosa de que enorgullecerme. En primer lugar mi poderío se había esfumado, y ahora, en la noche de que os estoy hablando, esto otro también había desaparecido. Cuando desperté y vi que se habían llevado mis armas, eché a andar lleno de angustia. Gritaba y maldecía, y me sentí a punto de perder la razón.

-Pobre Lanzarote.

-Al llegar la mañana oí el trinar de los pájaros, y eso me calmó un poco. Es gracioso que me hayan consolado unas pobres avecillas, yo que jamás tuve tiempo de prestarles atención cuando era pequeño. Vos habríais conocido qué clase de pájaros eran, Arturo, pero a mí me resultaba imposible hacerlo. Vi un pajarillo muy pequeño que retorcía su cola en el aire y me miraba atentamente. Casi era tan pequeño como la rueda de una espuela.

-Quizá fuera un reyezuelo.

-Sí, tal vez lo fuera. Mañana me enseñaréis uno, si os place. Lo que esas aves me hicieron comprender, pues la negrura de mi espíritu me impedía verlo por mí mismo, fue que si tenía que ser castigado ello se debía a mi propia manera de ser. Lo que ocurría a los pájaros iba de acuerdo con su naturaleza. En consecuencia, me hicieron darme cuenta de que el mundo era alegre y hermoso cuando uno se sentía feliz. Y que no puede recibirse a menos que uno dé. Y que hay que dar a veces sin pensar en recibir. Así, pues, acepté la derrota que me infligiera Galahad, y el robo de mi armadura. Y en un bendito momento fui a buscar un confesor con el propósito de no volver a ser perverso en lo sucesivo.

-Todos los caballeros que fueron en busca del Santo Grial dijo Arturo-, sintieron antes necesidad de comulgar.

-Antes de aquello yo había hecho confesiones incompletas. Había vivido toda mi vida en pecado mortal. Pero esta vez confesé todos mis pecados.

-¿Todos? -preguntó la reina.

-Todos. Yo tenía una grave falta sobre mi conciencia, que creía no poder revelar a nadie porque...

-No es necesario que nos lo digáis -le interrumpió la reina-, si es que os causa dolor. Al fin y al cabo, no somos vuestro confesor. Basta con que se lo hayáis dicho al sacerdote en el momento oportuno.

-No os preocupéis por ella -afirmó el rey-. De todos modos trajo al mundo un magnífico hijo, que parece haber hallado el Santo Cáliz.

El rey aludía a Elaine.

Lanzarote miró de pronto a sus dos interlocutores, lleno de aflicción, y contrajo los puños. Los tres parecieron dejar de respirar.

-Cuando me confesé -continuó al fin, con voz seca-, se me impuso una penitencia.

De nuevo hizo Lanzarote una pausa, vacilando, reconociendo a medias que el instante era trascendental. Ahora era llegado el momento en que debía hablar sinceramente con su rey y amigo. Pero Ginebra no parecía estar conforme, pues también el secreto le concernía a ella.

-La penitencia era que debía llevar encima el pelo de cierta religiosa muerta que yo conocía -prosiguió Lancelote-. No debía comer carne ni beber vino, y tenía que oír misa diariamente. Al cabo de tres días abandoné la casa del sacerdote, y regresé hasta un cruce próximo al lugar donde había perdido mis armas. El sacerdote me había dejado algunas para que me fuera arreglando. Pues bien, dormí en el cruce aquella noche y tuve otro sueño. Por la mañana el caballero que se había llevado mi armadura regresó, celebramos una justa y recuperé mi armadura. ¿No resulta extraño todo ello?

-Es de suponer que entonces os hallabais en estado de gracia, después de vuestra comunión, de modo que recuperasteis vuestro poderío.

-Eso es justamente lo que yo pensé, pero veréis lo que pasó más tarde. Me dije: «Ahora que me he quitado el pecado de encima podré volver a ser el mejor caballero del mundo, una vez más.» Me alejé muy feliz, tratando de cantar un poco, hasta que llegué a una amplia llanura sobre la que se alzaba un castillo. Habían levantado pabellones de campaña, y se estaba realizando un torneo entre quinientos caballeros, unos de blanco y otros de negro. Los caballeros blancos iban ganando, por lo que consideré que debía unirme a los negros. Me dije que ahora que había sido perdonado, sería lo más lógico tomar partido por los más débiles.

Lanzarote dejó de hablar y cerró los ojos. Poco después los abrió y siguió diciendo:

-Pero los caballeros blancos no tardaron en hacerme prisionero.

-¿De nuevo os volvieron a derrotar?

-Para mi desgracia. Pensé que era más pecador que nunca. Cuando me soltaron, me alejé lanzando maldiciones, como lo había hecho unos días antes, y al llegar la noche me tendí bajo un manzano y lloré antes de dormirme.

-Eso era una cosa fuera de lógica -dijo la reina, muy entendida en religión, como la mayoría de las mujeres-. Si acababais de confesar, habíais hecho penitencia y comulgado...

-Sólo hice penitencia por un pecado, pero olvidé el otro. Por la noche tuve un nuevo sueño. Un anciano se presentaba ante mí y me decía: «Ah,

Lanzarote, hombre de poca fe, ¿por qué has vuelto tan ligeramente a caer en el pecado mortal?» Jenny, toda mi vida he estado en pecado, en el peor de todos. Fue el orgullo lo que me hizo querer ser el mejor caballero del mundo. Por orgullo quise ponerme de parte del más débil en el torneo. Eso puede llamarse soberbia. Sólo porque había confesado acerca... acerca de una mujer, no podía yo convertirme en una persona mejor.

-Por eso resultaste derrotado.

-Justamente. A la mañana siguiente fui a otra ermita, a confesarme de nuevo. Esta vez lo hice aún mejor. Me dijeron que para ir en busca del Santo Grial no bastaba con guardar continencia y dejar de matar a la gente. También tenía que abandonar las jactancias y el vano orgullo del mundo, pues a Dios no le complacían tales defectos en quienes iniciaban la Búsqueda. Así, pues, tuve que renunciar a toda gloria terrenal. Entonces quedé absuelto realmente.

-¿Qué sucedió a continuación?

-Me dirigí a caballo hasta el mar de Mortoise, donde un caballero negro quiso enfrentarse conmigo. En la justa me derribó de mi cabalgadura.

-¡La tercera derrota! -dijo Arturo.

Ginebra exclamó asombrada:

-¡Pero si esta vez habíais sido absuelto por completo!

Lanzarote colocó una mano sobre la de ella, sonrió y repuso:

-Si un chiquillo roba algunos dulces, y sus padres le castigan, puede que lo lamente y que sea bueno más tarde. Pero eso no le autoriza a robar más dulces, ¿no es cierto? Y tampoco quiere decir que deban dárselos sus padres. Dios no estaba castigándome cuando hizo que el caballero negro me derribase. Sólo estaba reteniendo el don de la victoria que siempre tuvo el poder de otorgarme.

-Pero, pobre Lanzarote, haber entregado así vuestra gloria para no recibir nada a cambio. Cuando erais un pecador siempre obtuvisteis grandes victorias. ¿Por qué resultabais constantemente derrotado al acercaros más y más a la perfección? ¿Qué fue lo que hicisteis entonces?

-Me arrodillé junto al mar de Mortoise, donde me habían derribado del caballo, y di gracias a Dios por la aventura.

CAPITULO XXXIII

Arturo se contenía difícilmente al oír aquello, y manifestó indignado:

-Es algo lamentable, que da pena oír. ¿Por qué una persona buena y afable debe ser torturada de ese modo? Me hace sentirme avergonzado el escucharlo...

-Callad -repuso Lanzarote-. Estoy muy contento con haber renunciado al amor y la gloria. Y lo que es más, prácticamente me vi forzado a ello. Dios no se tomó tanto trabajo con Gawain o Lionel, ¿no lo creéis así?

-¡Bah! -se limitó a decir el rey Arturo. Lanzarote echóse a reír.

-Está bien -agregó luego-. Esa es una observación convincente; pero tal vez os interese conocer el final de la historia. Arturo asintió y Lanzarote continuó así:

-Dormí junto a la costa de Mortoise aquella noche, tuve otro sueño en el que se me indicaba que subiera a una embarcación. Esta se encontraba en la orilla cuando me desperté. Al subir a bordo noté un apetitoso aroma, y encontré deliciosos manjares y cuanto puede desearse. Me veía «rodeado de cuantas cosas había pensado o deseado». No puedo daros demasiados detalles sobre el barco en este momento, porque ese recuerdo va desapareciendo, ahora que estoy entre la gente. Pero aún recuerdo el olor a incienso y las ricas telas que había en el barco. También olía a brea, y el color del mar era espléndido. A veces era muy verde, como el vidrio grueso, y podía verse el fondo. Otras veces formaba como grandes terrazas que se desplazaban lentamente con las olas, y las aves marinas que volaban por encima desaparecían en ocasiones entre los desniveles.

»Cuando había tormenta, las enormes garras de las olas arañaban las islas rocosas y formaban como colmillos en los acantilados, no al romper contra ellos, sino cuando el agua descendía por los costados. Por la noche, cuando reinaba la calma, podían verse las estrellas reflejadas sobre la superficie tersa del mar. Había dos grandes astros muy juntos, olía a algas marinas y se escuchaba el rumor del viento solitario. Divisábanse islas sobre las que correteaban aves como si fueran conejos. El invierno era allí la mejor época, pues los islotes aparecían cubiertos de gansos salvajes. Largas hileras de ellos se veían graznando como sabuesos sobre la fría luz del alba.

»No podría sentirme indignado por lo que Dios me hizo al comienzo, Arturo, puesto que me dio mucho más a cambio. Yo dije entonces: «Dulce padre Jesucristo, quiero expresaros el gozo que siento, pues es algo superior a cuanto he tenido en este mundo.

»Una de las cosas extrañas de aquella embarcación era que en ella había una mujer muerta. Tenía una carta en las manos en la que se me indicaba lo que había sido de los otros. Me extrañó no sentir cierto temor ante aquella mujer muerta. Pero es que tenía un rostro tan sereno que hasta la consideraba como una compañía. Daba la impresión de que hubiera entre nosotros una especie de comunicación, en la soledad de aquel buque.

»Cuando llevaba un mes en el barco, con la dama difunta, se presentó Galahad. Me dio su bendición y me dejó que besara su espada.

Arturo se puso rojo como un pavo y preguntó:

-¿Le pedisteis vos la bendición?

-Desde luego.

-¡Increíble!

-Nos hicimos a la vela en el buque santo y navegamos juntos seis meses. Yo iba a conocer a mi hijo muy bien durante aquel tiempo, y él parecía querer cuidarse de mí. A menudo me decía palabras afectuosas. Tuvimos algunas aventuras con los animales de las islas. Vimos focas que silbaban graciosamente, y Galahad me mostró unas grullas que volaban boca arriba sobre el agua, con las sombras desplazándose debajo, en el mar. Me contó que los pescadores llaman al cormorán la Vieja Bruja Negra, y que los cuervos suelen vivir tanto como los hombres. Allá ascendían éstos, grazna que te grazna hasta casi perderse de vista, y luego bajaban como flechas, para divertirse. Un día divisamos un par de chovas. ¡Qué hermosas aves! ¡Y las focas! Se acercaban al casco de la nave y parecían hablar como personas.

»Un lunes llegamos a una costa boscosa. Por la playa llegó un caballero blanco el cual pidió a Galahad que descendiera del barco. Yo me di cuenta de que deseaba que fuera con él en busca del Santo Cáliz, y me entristeció no poder ir también. ¿Os acordáis de cuando erais pequeño y los niños formaban bandos, y a veces vos no erais elegido para ninguno de ellos? Pues bien, yo sentí algo parecido, pero mucho peor. Pedí a Galahad que rogase por mí, que pidiese a Dios que me mantuviera a su servicio. Luego nos abrazamos y nos despedimos.

-Si os hallabais en estado de Gracia -dijo Ginebra-, no comprendo por qué prescindieron de vos.

-Es difícil saberlo -repuso Lanzarote. Abrió luego las manos y las colocó sobre la mesa. Al cabo de un momento añadió:

-Quizá mis intenciones no eran buenas. Tal vez dentro de mí, inconscientemente, no había un verdadero propósito de enmienda... La reina mostróse súbitamente radiante, mientras escuchaba.

-Tonterías -susurró, queriendo decir lo contrario. Luego le oprimió la mano cálidamente, y Lanzarote la retiró de entre las suyas.

-Cuando supliqué que no se me dejara de lado, tal vez era porque...

-Me da la impresión -terció Arturo-, de que os concedían una excesiva e innecesaria indulgencia.

-Quizá. De todos modos, lo cierto es que no fui elegido -dijo Lanzarote, y permaneció sentado como si observase el mar escurrirse entre sus manos y oyera el parloteo de los pájaros bobos en los acantilados.

-La barca volvió a llevarme al mar -continuó Lanzarote-, y se alzó una gran tormenta. Pedí que a pesar de no haber sido elegido, pudiera obtener algunas noticias, al menos, del Santo Grial.

En el silencio que siguió en la estancia, cada uno de ellos se ensimismó en sus propios pensamientos.

-Tiene gracia -dijo Lanzarote- cómo la gente que no suele rezar afirma que las súplicas no son escuchadas, y sin embargo, los que rezan afirman

que sí lo son. En medio de la fuerte tormenta el barco me llevó hacia la medianoche, a la parte posterior del castillo de Carbonek. Resulta extraño pensar que era el mismo sitio adonde me había dirigido cuando comencé mi aventura.

»En cuanto el barco se acercó a tierra, me di cuenta de que iba a concedérseme parte de mi deseo. No tendría todo, claro está, pues no era un Galahad ni un Bors, pero al menos era una atención que recibía.

»Detrás del castillo reinaba una oscuridad de muerte. Me coloqué la armadura y ascendí la pendiente. A la entrada de las escaleras había dos leones que trataron de impedirme el paso. Extraje mi espada para matarlos, pero una mano invisible me golpeó en el brazo. En consecuencia me santigüé y continué mi camino. Los leones no me hicieron daño. Todas las puertas se abrieron excepto la última. Ante ella me arrodillé, y después de haber orado esa puerta también se abrió.

»Arturo, quizás esto parezca irreal, contado así, pero no sé decirlo de otro modo. El caso es que detrás de la última puerta había una capilla en la que estaban celebrando una misa.

»Ah, Jenny, tal vez pensaréis en una hermosa capilla con muchos candelabros encendidos, con flores e incensarios. Pero no se trataba de eso. Quizá no los hubiera. Era lo que trascendía de allí, el poder glorioso que se apoderaba de todos mis sentidos lo que me arrastraba al interior.

»Pero no pude entrar. Una espada hizo que me detuviera. Dentro del pequeño templo se hallaban Galahad, Bors y Percival. También había otros nueve caballeros procedentes de Francia, Dinamarca e Irlanda: Igualmente estaba allí la dama del barco. Y sobre una mesa de plata, Arturo, ¡se hallaba el Santo Grial! Pero a mí me estaba prohibido entrar, y miré anhelante desde la puerta. No sabía quién era el sacerdote que oficiaba. Bien podía ser José de Arimatea. Yo intenté entrar, a pesar de la espada, porque el cáliz que el sacerdote sostenía parecía demasiado pesado. Sólo pretendí ayudarle, Arturo, Dios es testigo de lo que digo. Pero un viento cálido como si saliera de un horno dio en mi rostro al cruzar la última puerta, y caí al suelo desvanecido.



CAPITULO XXXIV

En la penumbra de la cámara, las doncellas iban y venían sin cesar. Desde la escalera llegaba un ruido de ollas, y sartenes, y ascendía mucho vapor. Cuando las mujeres pisaban el agua que había en el suelo, producían un chasquido característico. De la estancia contigua llegaba un susurro mezclado con rumores apagados de las sedas.

La reina había subido los seis peldaños de la escalera de madera que conducían a su bañera, y ahora estaba sentada sobre la tabla interior, con la cabeza saliendo por encima, envuelto el pelo en un turbante. La bañera era semejante a un gran tonel de cerveza. Ginebra se hallaba desnuda, con excepción de un collar de perlas que llevaba al cuello. En un rincón se veía un espejo que había costado muy caro, y en otro rincón una mesilla en la que se hallaban los aceites y ungüentos. Por todo el suelo, que estaba mojado de agua había una confusión de toallas, ligas, ropa interior, cajas de joyas y otros objetos que fueron llevados allí para que la reina eligiese. Había redecillas para el pelo adornadas con perlas, y los pañuelos eran de fina seda de Oriente. Una de las doncellas se encontraba delante de la bañera de la reina, sosteniendo una túnica bordada para que ella la examinase. En la túnica aparecían las armas de su marido y de su padre: el dragón rampante de Inglaterra, y los seis encantadores leoncillos del blasón del rey Leodegrance. Este vestido llevaba un pesado cinto con borlas, semejante al cordón de un cortinaje, que se ataba junto al busto. La seda bordada era de color azul y plata.

Ginebra observaba los vestidos que le recomendaban y los aceptaba sin protestar, con aire satisfecho. Las doncellas que la asistían tenían aire de hallarse muy contentas. Durante más de un año habían servido a una reina colérica, descontentadiza, infeliz. Ahora todo le complacía, y no atormentaba a sus servidores. Éstas tenían la certeza de que Lanzarote había vuelto a ser su amante de nuevo. Pero no era así.

Ginebra echó un vistazo a los seis leoncillos que parecían avanzar sacando las garras y la roja lengua y guiñando un ojo descaradamente sobre el lomo, al tiempo que agitaban la flamígera cola. La reina asintió con gesto afable y algo soñoliento, y la doncella llevóse la prenda al vestuario, después de hacer una reverencia.

Podría uno decir que Ginebra era una especie de leona, ansiosa de hombres, o bien una mujer egoísta que quería dominar siempre a los demás. En verdad, y en un examen superficial, eso es lo que parecía ser. Era hermosa, vehemente, irritable, exigente, impulsiva... y encantadora. Tenía pues, todas las cualidades de la devoradora de hombres. Pero había que decir en su favor que no era veleidosa. En su vida sólo contaba Lanzarote y Arturo. Jamás tuvo otros hombres que no fueran ellos. E incluso a éstos no los devoraba en el verdadero sentido de la palabra. La gente que es absorbida por un ente devorador suele convertirse en una nulidad, y no vive otra vida que la del organismo que lo destruye. Pero tanto Arturo como Lanzarote, las personas a las que aparentemente había

devorado, vivían sus propias vidas plenamente, llevaban una existencia propia.

Una de las virtudes de Ginebra es que era una persona en el verdadero sentido de la palabra. No era de las que pueden ser calificadas como «leales» o «desleales», «devotas» o «celosas». Nada de eso. Unas veces era leal y otras desleal; unas veces afable y otras celosa. Se comportaba según su estado de ánimo, y algo tenía que haber en su interior, algo profundamente sincero, pues de lo contrario no habría retenido a dos personas como Arturo y Lanzarote. Sin duda sus hombres eran generosos, pero ella también se comportaba de ese modo. Siempre resulta difícil escribir acerca de una «persona» en el verdadero sentido de la palabra.

Vivía Ginebra en tiempos guerreros, cuando las vidas de los jóvenes eran tan cortas como las de los aviadores en el siglo XX. En tales épocas los moralistas veteranos se conforman con aflojar un tanto la severidad de sus doctrinas, con tal de que les acepten. Los pilotos, con su deseo de vivir y amar, y a punto de perderse en cualquier momento, emocionan a las jóvenes. La generosidad, el valor, la honradez y la facultad de mirar de frente a la muerte, eran características que podían explicar la razón de que Ginebra hubiese amado a Lanzarote al mismo tiempo que a Arturo. Era el valor, más que nada; el valor de dar y tomar de corazón, cuando aún era tiempo. Los poetas exhortan siempre a las mujeres a que tengan esta clase de valor. La reina cogió dos rosas, y lo extraordinario es que sólo recogió esas dos que mantuvo siempre con ella, y que eran las dos mejores que pudo hallar.

La tragedia principal de la reina es que no tenía hijos. Arturo tenía dos, ilegítimos, y Lanzarote tenía a Galahad. Pero Ginebra no llegó a tenerlos, quedando como una nave vacía, como una playa sin mar, y eso a pesar de que, de los tres, era ella la que más los necesitaba, la que parecía hecha para amar a su prole. Eso fue lo que la destrozó moralmente cuando llegó a una edad en que pudo verse que su mar se había secado definitivamente. Esto podría dar una explicación a su doble amor. Quizás amaba a Arturo como a un Padre y a Lanzarote como al hijo que no podía tener.

La gente acostumbraba a impresionarse fácilmente con la Tabla Redonda y sus hechos de armas. Suele leerse acerca de Lanzarote y de sus nobles hazañas, y cuando él vuelve con su amante, uno se resiente, pensando que contribuye a deslucir esa brillante ejecutoria. Pero Ginebra no podía dedicarse a la búsqueda del Santo Cáliz. No podía internarse en los bosques ingleses durante un año, con una lanza, en busca de aventuras. Ella debía permanecer en su hogar, por muy apasionada que fuera. Para Ginebra no había grandes distracciones, más que algún juego de cartas; cazar con azor o jugar a la gallina ciega con sus damas de compañía. Esas eran las diversiones de las mujeres en aquella época. Pero los grandes halcones, los sabuesos, la heráldica, los torneos, ésos eran para Lanzarote. Para ella, a no ser unos momentos de hilado o de bordado, no había más ocupación... exceptuando a Lanzarote.

En consecuencia debemos imaginar a la reina como una mujer a la que habían sustraído su atributo principal. Conforme iba acercándose a la edad más difícil, fue haciendo cosas cada vez más extrañas. Incluso llegó

a decirse que había envenenado a un caballero. La gente le tomó antipatía. Pero eso, a veces, es un cumplido. Aunque Ginebra vivió tempestuosamente y al fin murió sin reconciliarse con muchas cosas, nunca cortó sus vínculos con la religión. Siempre lo hacía todo con la debida dignidad, y ahora, en la bañera y con los leoncillos bordados delante de ella, continuaba obrando dignamente.

Cuando un hombre casi ha llegado a ver a Dios, por muy humano que ese hombre sea, no puede esperarse de él que se convierta inmediatamente en un amante. Si ese hombre era Lanzarote, que se sentía fuertemente atraído hacia lo divino, hubiera resultado cruel esperar de él que se comportase como un amante. Pero las mujeres suelen ser así de crueles. En ese sentido no admiten excusas.

Ginebra sabía que Lanzarote volvería a ella. Lo comprendió desde el primer momento. Esa sensación la hizo revivir como una flor a la que se tuviera sin regar desde hacía tiempo. La hizo dejar de lado los afeites y las sedas chillonas que suscitaron la piedad de Lanzarote a poco de llegar. Ahora sólo le restaba esperar para llevar a cabo le reunión suave y plenamente. No había prisa alguna.

Lanzarote, ignorando que volvería a traicionar a su bienamado Dios por el favor de la reina, sintióse contento con la actitud de ella. aunque no dejó de sorprenderle. Había temido una terrible escena de celos con interminables recriminaciones. Se preguntó cómo podría explicar a la torturada muchacha que se hallaba prisionera dentro de los pintados ojos de Ginebra, que no podía ir a ella, que tenía un fin más alto y dulce que cumplir, por inmenso que fuera el dolor. Temió que la reina le atacase y le llenase de reproches que serían tanto más lamentables debido a su falta de consistencia. El caballero no sabía realmente cómo iba a encararse con la reina.

Pero en lugar de todo ello, Ginebra pareció florecer al abandonar sus afeites. No le atacó, ni le hizo acusación alguna. Por el contrario, sonrió con verdadero contento. Las mujeres, se dijo Lanzarote juiciosamente, son desconcertantes. Incluso le fue posible discutir el asunto con ella, francamente, y Ginebra se mostró de acuerdo con la forma de pensar de él.

Sentada en su bañera, Ginebra tenía ahora un gesto soñoliento de secreta felicidad, mientras recordaba la conversación que había sostenido. Vio de nuevo el rostro feo, pero encantador, hablando con toda sinceridad de diversos temas. A ella le encantaban esas conversaciones, le agradaba el viejo soldado que seguía tan fielmente a Dios. Pero se daba cuenta de que aquel sentimiento no iba a durar.

Lanzarote le había dicho varias cosas al disculparse y rogarle que no se considerase ofendida. Estas eran que no podía volver a su antigua vida, después de haber visto el Santo Cáliz; que de no haber sido por su culpable amor, quizá le hubieran permitido hallarlo; que comenzar de nuevo resultaba peligroso en cualquier caso, pues la facción de Orkney empezaba a observarlos con desagrado, sobre todo Agravaine y Mordred,

y, por último, que sería una gran vergüenza para ellos y para Arturo volver a lo de antes. Lanzarote hizo hincapié en cada uno de estos puntos.

En otro momento Lanzarote trató de explicar a Ginebra, con palabras confusas, y extendiéndose mucho, lo que había significado para él el descubrimiento de Dios. Pensaba el caballero que si podía convertir a Ginebra, infundiéndole su amor por el Señor, ello significaría la solución del problema moral con que se enfrentaban.

Si los dos se acercaban juntos a Dios, ella no se sentiría abandonada por su amante, ni creería que estaba sacrificándola por su felicidad.

La reina sonrió abiertamente, en esta ocasión, mostrándose comprensiva. Estuvo de acuerdo con todo lo que él la dijo, pudiendo ser ya considerada como una conversa.

Por fin, Ginebra sacó su blanco brazo fuera de la bañera, y una de sus damas le entregó el cepillo de baño con mango de marfil.



CAPITULO XXXV

Todo fue bastante bien durante los primeros momentos de efusividad. Las reinas puede que vean más allá que las gentes sencillas, pero también existe un límite para su clarividencia. Era grato aguardar con cálido sentimiento, durante una semana o un mes, mientras Lanzarote seguía alentando su amor por la divinidad. Pero cuando los meses se transformaron en un año, las cosas cambiaron. Quizá él renunciara al fin... tal vez. Pero una mujer no podía esperar demasiado tiempo para lograr semejante victoria. Quizá fuera ya demasiado vieja para lograrla. Era absurdo seguir aguardando una alegría que se hallaba al alcance de la mano, cuando el tiempo urgía.

Poco a poco Ginebra fue volviéndose más irritable, aunque no perdiese su lozano aspecto recién logrado. Una tormenta estallaba en lo más hondo de su pecho, mientras los meses iban transcurriendo. ¿Santidad? Egoísmo, se decía a sí misma, refiriéndose a Lanzarote. Egoísmo para salvar su propia alma antes que evitar a otra persona caer en la desesperación. El relato de Bors, consintiendo que doce supuestas damas fueran arrojadas desde la torre del castillo, con tal de no cometer él un pecado mortal, hizo estremecer profundamente a Ginebra. Y ahora Lanzarote estaba haciendo lo mismo. Resultaba fácil para él, con su ideal místico y caballeresco, con todas las compensaciones que le proporcionaba su mundo masculino, hacer una renuncia de esa clase. Pero para tales renuncias se precisaban dos personas, lo mismo que para amar o para discutir. Ella no era un objeto insensible como para ser tomado o dejado a su conveniencia. No es posible tomar un alma humana como se toma una bebida. El alma del amante no es un objeto, no se halla a disposición de cualquiera, sino que existe una obligación hacia ella.

Lanzarote comprendía todo esto tan claramente como Ginebra, y conforme sus relaciones iban empeorando poco a poco, a él se le hacía más difícil mantener su serenidad. Le ocurría lo mismo que le había pasado a Bors, cuando se interpuso el inerme ermitaño. Por lo que a él concernía, tenía absoluto derecho en querer seguir siendo fiel a Dios, como Bors había apoyado a Lionel. Pero cuando Ginebra se arrojó en medio, como lo hiciera el anacoreta ante Bors, preguntóse si tenía derecho de inmolar a su antiguo amor del mismo modo que el ermitaño había sido sacrificado. Lanzarote, a semejanza de la reina, sintióse asombrado ante la solución que adoptó Bors. El corazón de ambos amantes era demasiado generoso para atenerse a un estricto dogma. La generosidad es el octavo pecado capital.

El tema salió a relucir una mañana, cuando se hallaban cantando juntos a solas en el salón. Un instrumento antiguo, parecido a una pequeña cítara, se hallaba en la mesa, entre él y ella. Ginebra había cantado una breve pieza, y Lanzarote comenzaba otra cuando la reina colocó ambas manos sobre las cuerdas, apretando con fuerza. El instrumento lanzó un desagradable acorde, y luego sus notas se extinguieron.

-¿Por qué has hecho eso?

-Es mejor que te vayas -repuso ella-. Sí, márchate. Inicia alguna aventura. ¿No comprendes que me estás haciendo sufrir?

-Sí, me doy cuenta de ello.

-Entonces más vale que te alejes. No, no quiero hacer una escena. No deseo pelear, ni que cambies de opinión, pero lo consideraría una atención por tu parte si te fueras.

-No parece sino que yo estuviera causándote un dolor intencionadamente.

-Tú no tienes la culpa en realidad, pero si te alejaras yo podría descansar. Me tranquilizaría un tiempo, al menos. No es necesario que discutamos por eso.

-Si quieres que me marche, lo haré, desde luego -contestó él.

-Sí, deseo que lo hagas.

-Quizá sea lo mejor.

-Lanza, quiero que comprendas que no trato de engañarte ni de obligarte a nada. Únicamente considero que será mejor para ambos estar separados un mes o dos. Sólo eso.

-Sé que jamás tratarías de engañarme, Jenny. La verdad es que yo también me siento desconcertado. Esperaba que tú comprendieses lo que me ha ocurrido. Pero eso sólo hubiera sido posible de haber estado tú también en la nave. Como no fue así, me siento como si estuviera sacrificándote, o sacrificándonos a los dos, incluso, por una nueva clase de amor...

Después de interrumpirse, Lanzarote añadió:

-Pero no creas que he olvidado nuestro antiguo amor.

Pasó un largo minuto de silencio, durante el cual Lanzarote miró hacia el exterior de la ventana con las manos caídas a lo largo del cuerpo, en gesto poco natural. Luego, sin volverse, manifestó:

-Si quieres, podemos comenzar de nuevo.

Cuando él se dio la vuelta. Ginebra ya no estaba allí. Después de la comida preguntó por la reina ante sus habitaciones, pero en la puerta le comunicaron de parte de ella que hiciera lo que le había pedido. Empaquetó Lanzarote sus escasas pertenencias sin comprender muy bien lo que había ocurrido, pero presintiendo que acababa de escapar al desastre por muy poco. Despidióse luego de su escudero, el cual ya era demasiado anciano para acompañarle, aunque lo hubiese deseado, y a la mañana siguiente se alejó de Camelot.



CAPITULO XXXVI

Si las damas de compañía de la reina se mostraban contentas con la supuesta renovación de las intrigas por parte de su soberana, no le ocurría lo mismo a otras personas de la corte. O, en todo caso, su alegría era cruel y expectante. El ambiente de la corte había cambiado por cuarta vez. Primero existió el sentimiento de camaradería juvenil, a cuya sombra Arturo había ideado su gran obra. Luego el de rivalidad caballeresca que fue viciándose día a día en la corte más importante de Europa, hasta que casi degeneró en una competencia fatua y vacía. Luego, el entusiasmo del cáliz quemó los malos gases del aire, convirtiéndolos en una belleza efímera. Ahora se presentaba la fase más triste o real, en la que el entusiasmo se había extinguido para siempre y sólo quedaba el famoso séptimo sentido de que se ha hablado. La Corte toda «conocía el mundo» ahora, y recogía los frutos de la civilización, el *savoir vivre,* la murmuración, las modas, la malicia, el escándalo y el criterio excesivamente amplio.

La mitad de los caballeros habían perecido, y era la mejor mitad. Lo que Arturo temiera al iniciar la búsqueda del Santo Grial, había ocurrido. Cuando se logra la perfección, se muere. A Galahad ya no le quedaba nada que pedir a Dios, más que la muerte. Los mejores caballeros habían logrado la perfección. Unos cuantos muy queridos permanecían allí aún, ciertamente: Lanzarote, Gareth, Agloval y unos pocos ancianos achacosos como sir Grummore y sir Palomides. Pero el aire se hallaba enrarecido por todas partes. Se apreciaba en los arranques de ira de sir Gawain, en las frivolidades de Mordred, en los sarcasmos de Agravaine.

Todo cambiaba. La fidelidad se convirtió en algo «original». Las ropas adoptaron formas fantásticas, y así, por ejemplo. Agravaine llevaba las largas puntas de sus pantuflas aseguradas con unas cadenas de oro a las ligas que usaba debajo de las rodillas, en tanto que Mordred sujetaba las cadenas a su cinturón. Las sobrevestes, que originalmente servían para cubrir la armadura, eran muy largas por detrás y muy cortas por delante, y daba reparo andar con ellas por temor a caerse al tropezar en las mangas. Las damas se veían obligadas a afeitarse la frente, sin mostrar cabello alguno en la parte anterior de la cabeza, si querían estar a la moda, y en cuanto a las mangas, también eran tan largas que tenían que hacerles nudos para que no arrastrasen por el suelo. Los caballeros enseñaban las piernas casi en su totalidad, y sus ropas eran bicolores. A veces una pernera era roja y la otra verde, y lo propio ocurría con las mangas. Todo era exuberante. Mordred llevaba presuntuosamente su ridículo calzado, que era como una caricatura de sí mismo. La Corte se modernizaba.

Muchos ojos se posaban ahora en Ginebra. No eran miradas de sospecha, como antes, sino frías y calculadoras, como sucede en las reuniones sociales.

Mordred y Agravaine consideraban a Arturo un hipócrita, como suelen serlo los hombres decentes, si se admite que la decencia pueda existir. En cuanto a Ginebra, la tenían por una inculta.

Decían que la Bella Isoud, al menos, había puesto los cuernos al rey Mark de un modo elegante. Lo hizo públicamente, con clase, con el mejor gusto. Todo el mundo pudo así gozar de la diversión. Isoud tenía un instinto especial para vestirse, y usaba unos graciosos sombreritos que le daban un aire de ternera juguetona. En una ocasión gastó una fortuna del dinero de su marido para servir lenguas de pavo real en una cena.

Ginebra, en cambio, vestía como una gitana, recibía a sus invitados como una posadera, y mantenía a su amante en secreto. Y por si fuera poco, resultaba ya molesta y no tenía noción de lo que era el estilo. Iba envejeciendo sin gracia, y se lamentaba y hacía escenas igual que una pescadera. Se comentó que había mandado marcharse a Lanzarote después de una tremenda discusión, durante la cual le acusó de amar a otra mujer. Se aseguraba que había gritado: «Día a día voy notando que tu amor por mí disminuye.» Mordred, con su voz melodiosa y equívoca, dijo que era capaz de comprender a una tendera verdulera, pero no a una amante verdulera. La frase fue muy divulgada.

Arturo, reservado y desdichado en la nueva atmósfera de la Corte, deambulaba por el palacio vestido sencillamente, tratando de ser cortés. La reina, más agresiva -aún la recordaba él como la muchacha audaz, de pelo oscuro y labios rojos que alzaba desafiante la cabeza-, se propuso hacer frente a la situación, y creyó lograrlo dando fiestas y mostrándose elegante. Recurrió de nuevo a los afeites y los atavíos chillones que había abandonado a la llegada de Lanzarote, y comenzó a comportarse como si estuviera un poco chiflada. Todos los reinados gloriosos tienen esas lagunas durante las cuales la Corona se desacredita.

No tardaron en surgir las complicaciones cuando Lanzarote ya se hallaba lejos. La sensación de peligro, que había gravitado en el aire desde el descubrimiento del Santo Cáliz, cristalizó de pronto durante una cena de gala que dio la reina.

Parece ser que a Gawain le gustaba mucho la fruta, sobre todo las manzanas y las peras. La pobre reina, deseando ser complaciente en su nueva modalidad de gran anfitriona, cuidó mucho de que se presentaran hermosas manzanas durante la cena que dio a veinticuatro caballeros, y a la que asistió sir Gawain. Estaba al corriente de que la facción de los Orkney y los Cornwall había sido siempre una amenaza para las esperanzas de paz, y Gawain era ahora el jefe del clan. Ginebra esperaba que la cena fuese un éxito y que contribuyera a mejorar un tanto el ambiente. Esperaba aplacar con ello las críticas de que no era tan cortés anfitriona como la Bella Isoud.

Por desgracia había otras personas que conocían la debilidad de sir Gawain por las manzanas, y el asesinato de Pelinor aún no había sido olvidado. Arturo logró que sir Agloval desistiera de su venganza, ciertamente, y la antigua pendencia parecía quedar resuelta. Mas había un caballero llamado sir Pinel, el cual era pariente lejano de los Pelinor, que consideraba que se hacía necesaria la venganza. En consecuencia, sir Pinel procedió a envenenar una manzana.

Pero el veneno es un arma peligrosa, y en este caso actuó de modo imprevisto, y un caballero irlandés llamado Patrick fue quien se comió la manzana destinada a Gawain.

Ya podéis imaginar la situación: los pálidos comensales poniéndose en pie súbitamente, las infructuosas tentativas de auxilio, las inquisitivas miradas yendo de uno a otro con avergonzada suspicacia. Todos estaban enterados de la preferencia de Gawain por las manzanas, y sabían también que los miembros de su familia nunca gozaron de las simpatías de la reina. Esta, por otra parte, era la que había dado la cena. Pinel no dio explicación alguna, y se pensó que alguien que estaba en el comedor había dado muerte a sir Patrick por error, en lugar de a sir Gawain. Hasta que el asesino fuera descubierto, todos se hallarían bajo sospecha. Sir Mador de la Porte, más receloso o malévolo que los restantes, terminó por manifestar lo que estaba en la mente de la mayoría de los presentes y acusó a la reina del crimen.

En la actualidad, cuando cierto aspecto legal se presenta difícil y discutible, cada una de las partes acude a un abogado para que las defienda. En aquellos días se contrataban campeones para que lucharan por las respectivas partes, lo que venía a ser igual. Sir Mador decidió ahorrarse el gasto que suponía contratar a un campeón y defenderse él mismo, exigiendo que la reina Ginebra eligiera otro campeón, a su vez. Arturo, cuya idea de la realeza iba más emparejada con la de la justicia que con la del poder, no creyó conveniente hacer nada por ahorrar a su esposa aquella contrariedad. Sir Mador exigía un Tribunal de Honor, debía tenerlo. Arturo, por su parte, no podía luchar en favor de su mujer, del mismo modo que a un cónyuge no se le permite testimoniar en contra del otro en nuestros días.

He aquí pues que la situación se había complicado desagradablemente. Las sospechas, los rumores y las recriminaciones habían enrarecido el ambiente mucho antes de que comenzase la justa. La disputa acerca de Pelinor, la otra más antigua de Pendragón-Cornwall, el problema de Lanzarote, y de pronto la repentina muerte de una persona que en apariencia nada tenía que ver con todo ello, contribuyó a crear un ambiente maléfico que envolvió a la reina. De haber estado allí Lanzarote, habría sido su campeón. Pero ella le había ordenado que se marchara sin saber adonde, y algunos imaginaban que él se había ido con sus padres, que vivían en Francia. Aunque tal vez, de haber estado Lanzarote en Camelot, sir Mador se hubiera guardado mucho de formular su acusación.

Parece oportuno no hablar demasiado de los días que precedieron a la justa, no describir cómo la atribulada reina se arrodilló ante sir Bors, que nunca había sentido simpatía por ella anteriormente, y que ahora, después de la hazaña del Santo Grial, quería a la reina mucho menos. Ginebra le rogó que puesto que Lanzarote no se hallaba allí, luchase por ella. Tuvo que suplicar, la pobre mujer, porque la situación en la Corte había llegado a tal extremo que seguramente nadie aceptaría servir de campeón a la reina de Inglaterra.

La noche antes de la justa fue la peor. Ni Arturo ni ella pudieron conciliar el sueño. El creía firmemente en la inocencia de su mujer, pero no podía obstaculizar la justicia. Ella, mientras insistía patéticamente en

su inocencia, se daba cuenta de que en la noche siguiente podía verse incluso condenada a morir en la hoguera. Juntos entreveían la tragedia y la humillación de la Tabla Redonda. Recordó Arturo que la gente consideraba a la reina como una destructora de buenos caballeros, y en la amarga oscuridad de la alcoba, el rey dijo a su esposa, con tono acongojado:

-¿Qué te ocurrió, para no poder conservar a sir Lanzarote a nuestro lado?

Luego, las horas pasaron hasta que llegó la mañana.



CAPITULO XXXVII



ir Bors, el misógino, había consentido de mala gana en luchar por la reina, si no había otro que lo hiciera. Explicó, no obstante, que él no era el más adecuado, puesto que también había asistido a la cena. Pero cuando Arturo se presentó y descubrió que la reina estaba arrodillada a los pies de Bors, éste avergonzado, la hizo levantarse y accedió. Luego desapareció durante un par de días, ya que la justa no se realizaría hasta pasada una quincena.

En Westminster se había preparado una pradera para la justa. Una barrera de fuertes tablones, como un corral de caballos, había sido alzada en torno a un amplio espacio cuadrado, el cual no tenía valla de separación en el centro. Para una justa ordinaria hubieran colocado esa barrera, pero en este caso la lucha sería a *outrance,* es decir, que podía terminar con espadas, a pie, por lo que no era conveniente la separación.

Alzóse un pabellón para el rey en un costado, y otro para el condestable, enfrente. Las barreras y los pabellones estaban decorados con telas multicolores. Había una puerta con cortinajes en cada extremo del vallado, como una dramática entrada por la que debieran penetrar las gentes del circo. En una esquina del cercado, Y a la vista de todos, se hallaba un gran montón de ramas con una barra de hierro clavada en medio. Aquello era lo que aguardaba a la reina, si las ordalías se volvían contra ella. Antes de que Arturo subiese al trono, aquel que acusara a la reina hubiera sido ejecutado inmediatamente pero ahora, y con su sentido de la justicia, el rey estaba dispuesto a dejar que su esposa muriese en la hoguera.

Y es que una nueva idea había comenzado a germinar en la mente del rey. Sus esfuerzos para procurar una válvula de escape a las energías sobrantes de sus caballeros habían fracasado, aun cuando los hubiera dirigido hacia el espíritu. Ahora estaba decidido a acabar con el Poder, a cortarlo de raíz.

Pensaba en la Justicia como en un ente abstracto, que no se basaba en absoluto en la fuerza. Al cabo de unos años, Arturo crearía el Derecho Civil.

El día era frío. Las telas de colores se pegaban a los maderos de las barreras y los pabellones, mientras que los estandartes ondeaban al viento. En su esquina, el verdugo se mantenía junto al brasero del que sacaría el tizón con el que debía encender la hoguera mayor. Los heraldos que estaban en el pabellón del condestable se pasaron la lengua por los labios, que la fría brisa comenzaba a resecar, antes de alzar sus trompetas para dar los toques de atención. Ginebra, sentada entre dos soldados, no lejos del condestable, tuvo que pedir un chal. Los espectadores notaron que la reina había adelgazado. El suyo era el rostro marchito de una mujer entrada en años, que aguardaba con gesto resignado entre los rollizos semblantes de los soldados.

Lanzarote fue quien la salvó. Bors se las había arreglado para encontrarle en una abadía, durante sus dos días de ausencia, y ahora

Lanzarote llegó con el tiempo justo para combatir en favor de la reina contra sir Mador. Los que le conocían no esperaban menos de él, aunque le hubiesen ordenado marcharse; pero como se creía que Lanzarote había abandonado el país, su inesperado regreso tuvo efectos realmente dramáticos.

Sir Mador entró por el acceso del sur y leyó su acusación después del toque del heraldo. Por su parte, sir Bors penetró por el acceso del norte para parlamentar con el rey y el condestable, conversación que se prolongó bastante y de la que los espectadores no pudieron enterarse a causa de la distancia y el fuerte viento reinante. La gente comenzó a impacientarse, preguntándose que podía ocurrir y por qué la justa no se desarrollaba del modo previsto.

Luego, después de hacer varios viajes desde el pabellón del rey al del condestable, y viceversa, sir Bors regresó a su puesto. Hubo una incómoda espera durante la cual un perro faldero de nariz chata se introdujo en el vallado y vagó por el campo para realizar algún menester que sólo él conocía. Uno de los reyes de armas le atrapó y le ató con una cuerda, por lo que la gente le premió con una ovación irónica. Luego siguió un silencio sólo interrumpido por los gritos de los vendedores que pregonaban sus mercancías, especialmente nueces y pan de jengibre.

Lanzarote entró por el acceso del norte, en el que pendía un escudo de Bors, y al momento todos los espectadores se dieron cuenta de que era él, aunque llegaba encubierto. El silencio fue tal que parecía como si todos hubiesen retenido el aliento simultáneamente.

No había vuelto por favorecer a la reina. La explicación de que regresaba debido a cierto sentimiento de dramática magnanimidad no parecía ser acertada. Indudablemente, se trataba de algo más complicado.

Ya desde pequeño Lanzarote había tenido la convicción -que no le había abandonado del todo siendo adulto-, de que Dios era una persona real. No se trataba de algo abstracto que le castigaba a uno si era malo o le recompensaba si era bueno, sino que era un ser real, como Ginebra o Arturo, como cualquier otro hombre. Claro está que él pensaba que Dios era mejor que Ginebra o Arturo, pero lo notable es que le tenía por una persona. Lanzarote poseía una idea precisa sobre su aspecto y sus sentimientos, y en cierto modo sentía un profundo afecto por esa Persona.

El caballero Malhecho no se halla implicado en un eterno triángulo, sino en un eterno cuadrángulo, que era tan eterno como cuadrangular. No había abandonado a su regia amante porque tuviera miedo de ser castigado por el Cielo, pero se enfrentaba con dos personas a las que amaba. Una era la reina de Inglaterra, y la otra la presencia tácita que había celebrado la misa en el castillo de Carbonek. Por desgracia, como suele ocurrir en los asuntos amorosos, los dos objetos de su afecto eran contradictorios. Era como si un hombre, al tener que elegir entre Juana y Luisa, se decidiera por Juana, no porque tuviera temor de que le castigasen al quedarse con Luisa, sino porque sentía en el fondo un profundo amor por la primera. Este era el problema, más sentimental que moral, que le había hecho salir de la abadía para asumir la defensa de Ginebra.

De todos modos habría sido injusto decir que Lanzarote regresó sin verse impulsado por cierto sentimiento de generosidad. No podía ser así, pues era un hombre magnánimo, y se daba cuenta de que si Dios le necesitaba en tiempos normales, en ese momento era evidente que Ginebra le necesitaba aún más. El caso es que Lanzarote, que luchaba entre su amor por Dios y por Ginebra, volvió a ella tan pronto como supo que estaba en grave peligro, y cuando vio su radiante rostro observándole desde su vergonzoso asiento, el corazón de Lanzarote, debajo de su cota de malla, sintióse fuertemente conmovido, bien fuera por amor o por piedad, como se prefiera.

Estremecióse sir Mador de la Porte al ver al recién llegado, pero ya era tarde para volverse atrás. Su rostro se puso escarlata dentro del yelmo, donde nadie podía verle, y sintió que el calor aumentaba en el interior del forro de paja que tapizaba su casco. Luego se dirigió hacia su esquina, volvióse y espoleó a su caballo.

Tiene algo de hermoso la forma en que una lanza rota sale despedida por el aire. El lento movimiento con que la lanza asciende, girando silenciosa y lánguidamente, contrasta con el bullicio que reina más abajo, a nivel del suelo. El largo trozo de madera parece hallarse por encima de todas las cosas terrenales, y por eso no se apresura. El movimiento rápido, que en este caso era el que realizaba sir Mador al caer desmontado hacia atrás en una pirueta no menos grácil, hizo olvidar el trozo de lanza, que fue a caer más allá sin que le prestasen la menor atención.

Sir Lanzarote desmontó para no tener la ventaja de ir a caballo. Levantóse sir Mador del suelo y lanzó algunos recios mandobles a su antagonista con la espada. Evidentemente, se hallaba sobreexcitado.

Se necesitaron dos embates para terminar con Mador. En la primera ocasión, cuando Lanzarote se aproximaba a él para aceptar su rendición, el hombre caído lanzó una traicionera estocada desde abajo al vencedor. El golpe era tanto más artero cuanto que por ser dirigido desde el suelo podía penetrar en la armadura de Lanzarote por donde ésta era más débil.

Al retroceder Lanzarote para dejar que Mador se pusiera en pie, si deseaba proseguir la lucha, se observó que la sangre le chorreaba por una pierna. Había algo terrible en la forma paciente con que se retiró, aunque le habían herido profundamente en un muslo.

Poco después el campeón de la reina volvía a derribar a sir Mador al suelo, con mayor violencia, y le quitó el yelmo.

-Me rindo -dijo el vencido-. Reconozco que estaba equivocado. Perdonadme la vida.

Lanzarote tuvo un gesto hermoso. La mayoría de los caballeros se hubieran conformado con ganar la justa en favor de la reina, y allí habría terminado todo. Pero Lanzarote tenía más sensibilidad.

-Os perdonaré la vida -dijo-, si me prometéis que no se escribirá nada que concierna a la reina en la lápida de la tumba de sir Patrick.

-Lo prometo -repuso Mador.

Luego, mientras el campeón derrotado era retirado del campo por algunos pajes, Lanzarote se dirigió al palco real. La reina había sido liberada inmediatamente y se encontraba ya junto a Arturo.

-Quitaos el yelmo, caballero desconocido -dijo Arturo.

Ginebra y Arturo sintiéronse conmovidos al ver el conocido y feo rostro del hombre que, de pie ante ellos, sangraba abundantemente.

Arturo descendió del estrado. Previamente había cogido de la mano a Ginebra y con ella bajó al campo de justas. El rey hizo una reverencia a Lanzarote, y oprimió la mano de Ginebra para que hiciera lo mismo. Esto fue realizado delante del pueblo. Luego Arturo, con voz clara y profunda, dijo:

-Señor, recibid nuestra gratitud por el gran favor que en este día nos habéis hecho a la reina y a mí.

Ginebra, a pesar de su rostro sonriente, estaba sollozando como si el corazón le fuera a estallar.



CAPITULO XXXVIII



l asunto de la muerte de Patrick quedó aclarado al día siguiente, cuando Nimue llegó con la noticia. Antes de dejar que ella le encerrase en la cueva, Merlín había puesto los Asuntos Británicos en manos de la muchacha. El mago hizo prometer a Nimue -era lo único que podía hacer-, que cuidaría del rey Arturo, ahora que ella estaba al corriente de la magia de Merlín. Luego él se dejó conducir dócilmente a su encierro, al tiempo que lanzaba una última y prolongada mirada a la muchacha. Aunque un poco atolondrada. Nimue era una buena chica, a su modo. Volvió un día después, contó lo de la manzana envenenada y luego se dedicó a sus quehaceres. Sir Pinel, por su parte, aclaró las cosas huyendo esa misma mañana y dejando una confesión escrita de su crimen. Todo el mundo admitió que había sido una suerte que sir Lanzarote hubiera estado por allí cerca.

No tuvo demasiada suerte la reina, verdaderamente. Cierto es que estaba viva y a salvo, pero ocurrió lo increíble. A pesar de las lágrimas, a pesar de los sentimientos que habían surgido de nuevo entre ellos, Lanzarote insistió en seguir siendo leal al Santo Cáliz. Allá él, se dijo la reina, que iba trastornándose cada día mas ante la atribulada contemplación de todos. Pensó que Lancelote tenía un gran sentimiento, una compensación vigorosa que reforzaba y levantaba su espíritu. Tal vez su amado Dios le proporcionaba algo que ella no era capaz de darle, se decía. Quizá él era más feliz con Dios, y dentro de poco estaría haciendo milagros a diestro y siniestro. Pero, ¿qué pensaba de ella? Lanzarote había tomado lo mejor de su vida, y ahora que estaba vieja e inservible la abandonaba. Se estaba comportando de un modo terriblemente egoísta, tomando todo lo que podía de un lado, y cuando no había dejado nada, yéndose a otro. Era un ladrón solapado. ¡Y pensar que había creído en él! Ginebra ya no le amaba, pensó, y no le dejaría que se acercase a ella aunque se lo suplicara de rodillas. A decir verdad, le había despreciado desde el momento en que comenzó la búsqueda del Santo Grial. Sí, le había desdeñado y ya entonces decidió terminar con todo. No debía pensar Lanzarote que la había abandonado: era todo lo contrario. Era ella quien le echaba de su lado, aunque no sentía más que desdén por él, a causa de su afectación, su altivez, su mezquindad y su infantilismo.

En realidad, y no tenía demasiado interés en ocultarlo, siguió pensando Ginebra, había un joven caballero en la Corte que era su amante; mejor dicho, que lo había sido desde bastante antes de la búsqueda del Cáliz. Era un joven mucho más apuesto que Lanzarote. ¿Cómo iba a querer ella un áspero pellejo cuando disponía de un sonrosado mozo capaz de arrojarse a sus pies y de venerarla, besando el suelo que pisaba? Mejor haría Lanzarote en volver junto a su Elaine, junto a la madre de su necio hijo. Quizá se sintieran mejor diciendo los dos a la vez las plegarias por las noches. Ella y él hablarían de su chiquitín, de su Galahad, que al fin encontró el bendito Grial, y hasta podían reírse de ella, de la reina; sí, reírse de ella si lo deseaban, porque no había tenido hijos.

Entonces Ginebra echóse a reír, con una parte de su ser surgiendo por la ventana de sus ojos. Al fin las lágrimas llegaron después de la risa, y lloró con todo su corazón.

Arturo decidió realizar un torneo para celebrar la absolución de la reina, pero tomó la extraña decisión de elegir como lugar para el encuentro un paraje situado cerca de Corbin. El sitio adecuado hubiera sido Winchester o Brackley, donde se hallan unos de los pocos campos de justas que han perdurado en Inglaterra. Y es que Corbin era el castillo donde Elaine pasaba solitaria sus años de madurez.

-Supongo que irás a ese torneo, ¿verdad? -dijo duramente la reina a Lanzarote-. Quiero pensar que no perderás la ocasión de acercarte a tu querida.

-¿Es que no puedes perdonarla, Jenny? -preguntó el caballero-. Seguramente ahora estará muy fea y triste. Nunca tuvo mucha suerte.

-¡El magnánimo Lanzarote!

-Si no deseas que vaya, no iré. Bien sabes que jamás he querido a nadie como a ti.

-Sí, exceptuando a Elaine, y Arturo, y a Dios. Y eso sin pensar que omita a otras personas de las que no haya oído hablar.

Lanzarote encogióse de hombros, que es una de las estupideces que pueden cometerse cuando el antagonista está con ganas de gresca.

-¿Y tú, vas a ir? -preguntó él.

-¿Ir yo? ¿Ir yo a ver cómo galanteas a esa fregona? No, claro que no pienso ir. Y te prohibo a ti que vayas.

-Está bien. Diré a Arturo que me encuentro enfermo. Puedo decir que mi herida aún no está curada. Y así diciendo se fue a buscar al rey.

Todos habían salido ya hacia el lugar del torneo, al punto que la Corte estaba casi vacía, cuando Ginebra cambió de parecer. Quizás al principio pretendió retener a Lanzarote para estar a solas con él, pero luego, al darse cuenta de que no les hacía ningún bien quedarse solos, decidió lo contrario. De todos modos, no conocemos el motivo de ese cambio.

-Es mejor que vayas -dijo ella-. Si te retengo aquí dirás que es porque estoy celosa, y me lo echarás siempre en cara. Por otra parte, puede haber un escándalo si nos quedamos solos. Además, no te quiero, no quiero verte la cara. ¡Vamos, márchate!

-No puedo ir ahora, Jenny -contestó Lanzarote, procurando ser razonable- El escándalo será mayor si aparezco allí después de haber dicho que mis heridas me impedían asistir. Pueden creer que nos hemos peleado.

-Que piensen lo que quieran. Lo único que te digo es que debes ir; de lo contrario me volveré loca.

-Jenny...

Lanzarote sintió como si el corazón se le partiera a trozos, y la locura que ella le provocase una vez fuera a presentarse de nuevo. Quizá Ginebra

se dio cuenta de ello. El caso es que abandonó sus bruscos modales y logró convencerle. Poco después le veía marchar hacia Corbin tras haberle dado un beso cariñoso.

Había dicho Lanzarote a Elaine: «Te prometo que volveré», y ahora mantenía su promesa. Pues era absurdo que fuera al torneo sin visitar a Elaine. Aunque volviera con Ginebra, Lanzarote era el depositario de los últimos mensajes del único hijo de Elaine, ahora muerto o desaparecido. El hombre más cruel del mundo no se habría negado a visitarla, llevándole tales mensajes.

Se alojaría en Corbin, hablaría a Elaine de Galahad, y luego intervendría encubiertamente en el torneo. Explicaría a Arturo que había dado la disculpa de la herida para tomar parte inesperadamente, de incógnito, que era una de las modas del momento. A ello le ayudaría el hecho de alojarse en el castillo de Corbin, en lugar de hacerlo en el lugar del torneo. Y eso evitaría que se corrieran rumores acerca de una discusión de última hora entre Lanzarote y la reina.

Lanzarote quedóse sorprendido al ver, conforme avanzaba por el camino que conducía al foso del castillo, que Elaine se hallaba aguardándole en las almenas, casi en la misma postura que la dejara veinte años atrás. Ella bajó a recibirle a la gran puerta, y dijo:

-Estaba esperándote.

Elaine, que era ahora una mujer rechoncha, algo parecida a la reina Victoria, le recibió con cariño. El le había dicho que iba a volver, y allí estaba. Elaine no esperaba menos de su señor.

Las palabras que dijo en seguida la mujer causaron un profundo dolor a Lanzarote.

-Ahora te quedarás conmigo para siempre -dijo ella. No era una pregunta. Era algo que había pensado decir desde que se separaron, mucho tiempo antes.



CAPITULO XXXIX



i el lector desea conocer la forma en que se desarrolló el torneo de Corbin, en la obra de Malory puede enterarse con todo detalle. Malory era un apasionado espectador de torneos, e informa a fondo de los que se celebraban por aquel entonces. Para nuestro propósito bastará con decir que Lanzarote consiguió una victoria tras otra -había recuperado su destreza desde que regresó de la búsqueda del Santo Grial-, y hubiera seguido siendo el vencedor indiscutible hasta el fin de sus días de no haber sido porque la herida que recibiera de sir Mador volvió a abrírsele después.

Resulta extraño que Lanzarote hubiera salido bien en esta ocasión, cuando el torneo de Corbin, ya que estaba distraído por el problema que le creaban Ginebra, Elaine y Dios, pero debe tenerse en cuenta su gran capacidad para el combate. Cuando por fin había desmontado a treinta o cuarenta caballeros sin resentirse de su herida -entre ellos se contaron Mordred y Agravaine-, tres de los combatientes se lanzaron sobre él al mismo tiempo, y la lanza de uno de ellos le traspasó la coraza. La punta de la lanza se rompió y quedó clavada en un costado de Lanzarote.

Este se retiró del campo manteniéndose a duras penas sobre su silla, y se alejó en busca de un lugar solitario. Para él la muerte era algo muy íntimo, y se dijo que si tenía que morir prefería que fuera sin mucha compañía. De todos modos le acompañó un caballero, y fue éste quien le extrajo la punta de la lanza de las costillas y el que le acomodó cuando perdió el conocimiento. También este caballero llevó a la atribulada Elaine al lado del enfermo, una vez que le hubieron colocado en un lecho.

La importancia del torneo de Corbin no reside en que fuera un hecho de armas especial, ni en la herida que recibiera Lanzarote, ya que más tarde pudo curarse de ella. Lo importante es que afectó a la vida de nuestros personajes en unas circunstancias que merecen ser relatadas. Lanzarote no había contado a Elaine la verdad, y permitió que ésta creyera que iba a quedarse con ella. Tal vez él era un hombre vacilante en muchos aspectos; débil para evitar el apoderarse de la mujer de su mejor amigo; débil para tratar de cambiar a Dios por su querida, y débil al haber dicho a Elaine que iba a regresar. Ahora, al enfrentarse con la sencilla esperanza de la pobre mujer, no se sentía con valor para destrozar su corazón diciéndole la verdad.

Uno de los inconvenientes de Elaine, a pesar de su sencillez e incluso de su ignorancia, es que era de naturaleza sensitiva, más sensible aún que Ginebra. Era lo suficientemente delicada como para no abrumarle con una acogida aparatosa, después de su larga ausencia; para no reprocharle, y sobre todo, para no aturdirle con lamentaciones. Lanzarote sabía muy bien lo que ella callaba. Indeciso y sensible, él también, había llegado a olvidar la forma en que comenzaron las relaciones entre ambos, y comenzó a culparse a sí mismo de la desgracia de Elaine.

Por lo tanto, cuando ella le hizo aquella sencilla petición, después de haberle evitado una acogida sentimental y lacrimosa, ¿qué podía hacer él,

más que callar y no quitarle esa esperanza? Pero tenía que decirle la verdad. Sentíase como un verdugo que tratara de proporcionar hoy al condenado un poco de alegría, pues sabía que mañana tendría que matarle.

-Lanza -le dijo ella antes del torneo, con voz humilde e infantil-, ahora que ya estamos juntos, ¿querrías llevar una prenda mía a la justa?

¡Ahora que ya estaban juntos! En el tono de su voz, Lanzarote había escuchado como un compendio de veinte años de soledad, comprendiendo por vez primera que durante todo ese período ella había estado siguiendo sus hazañas de caballero como un colegial sigue las peripecias de su héroe por la televisión. Quizá durante veinte años estuvo diciéndose que algún día aquel gran caballero lucharía por ella, ridícula ambición con que algunas desdichadas almas se consuelan.

-Nunca llevo prendas en los torneos -repuso Lanzarote, y decía la verdad.

Ella no se lamentó, y trató por todos los medios de ocultar su decepción.

-Pero llevaré la tuya -agregó él en seguida-. Me sentiré orgulloso de ello. Por otra parte, eso contribuirá a que mi disfraz sea más perfecto. No sabes cuánto te agradezco que se te haya ocurrido eso. Creo que hasta lucharé mejor. ¿Qué has pensado darme?

Ella le entregó una manga escarlata bordada y adornada con grandes perlas. En veinte años podía hacerse un hermoso trabajo de bordado.

Quince días después del torneo de Corbin, mientras Elaine cuidaba a su héroe haciendo que volviera a la vida, Ginebra tenía una gresca con sir Bors en la Corte. Como odiaba a las mujeres, a Bors siempre le ocurrían escenas singulares con ellas. El decía lo que pensaba, ellas le replicaban del mismo modo, y ninguna de las dos partes lograba comprenderse jamás.

-Ah, sir Bors -dijo la reina, que había mandado a buscarle con gran premura en cuanto oyó hablar de la manga escarlata, y siendo Bors uno de los parientes más próximos de Lanzarote-. ¿Os habéis enterado de la forma en que sir Lanzarote me ha traicionado?

Bors notó que la reina estaba sumamente irritada y con el rostro congestionado, y dijo con exagerada paciencia:

-Si alguien ha sido traicionado, ése fue el propio Lanzarote. Tres caballeros le atacaron a la vez, y resultó herido de gravedad.

-¡Me alegra saberlo! -exclamó la reina-. Sí, es una verdadera alegría, y me alegraré más si se muere. ¡Es un traidor, un falso caballero!

Bors encogióse de hombros y se volvió de espaldas, como para dar a entender que no quería escuchar palabras semejantes. Luego dirigióse hacia la puerta. Su gesto al dar la espalda a Ginebra parecía demostrar lo que pensaba de las mujeres. La reina corrió tras él para retenerle a la fuerza, si era necesario. No quería que Bors eludiera su ira tan fácilmente.

-¿Por qué no debo llamarle traidor? -gritó-. Sé bien que ha llevado una manga roja en el yelmo durante el torneo de Corbin.

Bors, temiendo que la mujer se abalanzase iracunda sobre él, repuso:

-Sí, es lamentable lo de la manga. Pero tal vez lo hizo para que no le reconocieran.

-Por suerte ha sufrido un rudo golpe en su orgullo. Le vencieron en lucha limpia.

-No, no fue lucha limpia. Eran tres contra uno, y a él se le abrió también su antigua herida.

-Bah, he oído decir a sir Gawain delante del rey, que resulta asombroso lo mucho que Lanzarote ama a Elaine -manifestó Ginebra.

-No puedo impedir que Gawain diga tales cosas -replicó sir Bors entre furioso, patético y triste, y a continuación se marchó dando un portazo.

En el castillo de Corbin, Elaine y Lanzarote estaban juntos, cogidos por las manos. El, sonriendo débilmente, dijo en voz baja:

-Pobre Elaine, pareces estar predestinada a estar siempre cuidándome de algo. Sólo me ves cuando estoy medio muerto.

-Pero ahora estás conmigo para siempre -repuso ella, con gesto radiante.

-Elaine -repuso Lanzarote-, tengo que hablarte...



CAPITULO XL



uando el caballero Malhecho regresó de Corbin, a Ginebra aún no se le había pasado la cólera. Por alguna razón sentíase impulsada a creer que Elaine se había convertido de nuevo en la amante de Lanzarote, posiblemente porque el pensar así parecía ser el modo más fácil para herirle a él. Ginebra aseguró que Lanzarote sólo había estado fingiendo tener sentimientos religiosos, como lo demostraba el hecho de que se hubiera marchado con Elaine en cuanto tuvo una ocasión. Eso era lo que él había tenido siempre deseos de hacer, según Ginebra. Era un impostor sin el menor carácter.

Se produjeron entre ambos algunas disputas histéricas, y ella le acusó de debilidad y de impostura, alternando con otras escenas de índole más afectuosa que debían contrarrestar necesariamente esa idea de que Ginebra se había pasado la vida enamorada de un impostor. El caso es que de nuevo comenzó ella a tener aspecto saludable, y hasta atractivo, quizá como resultado de tales grescas. Pero entre sus cejas quedaron grabados dos surcos, y a veces tenía una mirada como de espanto, que relucía igual que un diamante. Lanzarote comenzó a mostrarse más terco. Ambos iban a la deriva.

Elaine había recibido una explicación, y fue ella la que asesto ahora el único golpe serio que Ginebra recibiera en su vida. Pero lo hizo sin querer, al suicidarse.

Una lancha mortuoria descendió hasta la capital, puesto que los ríos eran las carreteras del país en aquella época, y quedó atracada junto a los muros del palacio. En ella llegaba Elaine, la rechoncha perdiz que siempre viviera desamparada. Es probable que la gente se suicide en un momento de debilidad, y no de fortaleza. Sus delicados esfuerzos para guiar la mano del destino, engañando a su señor con fútiles artimañas o con razonamientos rebuscados, no fueron suficientes para vencer las adversidades de la vida. Su hijo había desaparecido, su amante se había marchado y ahora no le quedaba nada. Ni siquiera la esperanza de un problemático regreso. En una ocasión tuvo algo por lo que vivir, era un endeble sostén, pero le bastaba para mantenerse erguida Nunca fue una persona exigente, y esa pequeña ilusión le permitió andar un largo camino. Pero ahora esa esperanza había desaparecido.

Todos acudieron a ver la embarcación. No era una etérea doncella lo que vieron, sino una mujer de edad madura cuyas manos enguantadas aferraban con fuerza un rosario. La muerte le hacía parecer más vieja, diferente. El rostro severo y gris de la dama de la lancha no era el de Elaine; ésta se había ido a otra parte, o se había esfumado.

Aunque Lanzarote hubiera sido un cínico, no habría pasado un buen momento ante aquel cuadro. Con su tendencia heredada hacia la locura, su singular rostro, la confusión de su sentir y la moral ampliamente arraigada en su espíritu, con todo ello tenía que resultarle muy difícil conservar el equilibrio ante aquellos rudos golpes que le asestaba la vida. Aún hubiera soportado más embates, de haber sido favorecido con un

corazón implacable, pero su alma era gemela de la de Elaine y ahora sentíase incapaz de soportar la carga que ella se vio coligada a rechazar. Todo lo que él pudo hacer por la pobre criatura -y que ahora era demasiado tarde para realizar-, y todas las preguntas vergonzosas acerca de la responsabilidad que le incumbía, se presentaron en su mente de improviso.

-¿Por qué no fuiste más considerado con ella? -le recriminó encima Ginebra-. ¿Por qué no le proporcionaste algo para que pudiera seguir viviendo? Bien pudiste tener alguna atención que le impidiese hacer lo que hizo.

Ginebra, que no alcanzaba a comprender que Elaine se había interpuesto ahora entre los dos más firmemente que nunca, dijo esas palabras sinceramente. Sentíase abrumada por la piedad ante la rival que descansaba en la lancha.

CAPITULO XLI

El nuevo tipo de vida continuó en Camelot, a pesar del suicidio de Elaine. Nadie podía decir que fuera una existencia feliz, pero la gente se aferra a la vida, y continúa en ella. No sólo hubo intrigas, sino una serie de episodios extraños, una cadena de imprevistos sucesos. Uno de éstos, verdaderamente ridículo, que ocurrió por esta época, vale la pena relatarlo, y no porque tuviera derivaciones o antecedentes importantes, sino porque era, en cierto sentido, el tipo de cosa que le solía ocurrir a Lanzarote. Este obró en la forma en que acostumbraba a hacerlo.

Se hallaba un día tendido boca abajo sobre la hierba, en un bosque, embebido en los tristes pensamientos que sólo él conocía, cuando se presentó una dama que estaba cazando con arco y flechas. Ocurrió que confundió el trasero de Lanzarote con un conejo. El caballero se puso en pie de un salto, con un buen palmo de la flecha clavado en las asentaderas, y exclamó airado:

-¡Dama o damisela, lo que seáis! ¡En mal momento habéis cogido un arco! ¡El diablo ha debido dirigiros la puntería!

A pesar de su herida, Lanzarote tomó parte poco después en un torneo, el cual tuvo importancia por los diversos hechos que se produjeron en él. La tensión que reinaba en la Corte, y que se hacía evidente para todo el mundo menos para Lanzarote, comenzó a evidenciarse con claridad en el torneo de Westminster. En primer lugar, Arturo comenzó a tomar una postura en el desdichado triángulo. Lo hizo el pobre hombre colocándose en el grupo contrario al de Lanzarote durante el torneo. Se enfrentó con su mejor amigo; no hizo nada incorrecto, y al fin no llegó a causar daño alguno a Lanzarote, pero el cambio de sus sentimientos quedaba patente de todos modos. Antes y después de eso siguieron siendo amigos, pero en aquel momento de ira, Arturo fue el cornudo y Lanzarote el burlador.

Tal podría ser la aparente explicación, pero detrás de ello había otro motivo. Hacía ya mucho tiempo que Arturo había dejado de ser Verruga, aquel feliz chiquillo; largo tiempo pasó desde que su reino estuvo en el ápice de su poderío. Quizás ahora se hallaba cansado de luchar, harto de la camarilla de los Orkney, de las nuevas y extrañas modas, de las dificultades de la justicia y el amor modernos. Quizá luchó contra Lanzarote en el torneo con la esperanza de resultar muerto por él. Ese hombre justo y generoso tal vez adivinó inconscientemente que la única solución para él y los que amaba era dejar de existir. Entonces Lanzarote podría casarse con Ginebra y quedar en paz con Dios, y él habría dado a su amigo la posibilidad de que le diera muerte en lucha limpia, pues se sentía acabado. Eso es lo que pudo ocurrir. Pero lo cierto es que no sucedió así. Fue sólo un arrebato, y los acontecimientos siguieron su curso.

Otra consecuencia importante del torneo fue que Lanzarote, con su ingenua necedad, se enemistó con los Orkney de una vez por todas. Desmontó a todo el clan, uno tras otro, excepto a Gareth, y a Mordred y

Agravaine los derribó de sus caballos en dos ocasiones. Gawain era lo suficientemente honrado para negarse a tomar parte en una confabulación contra la vida de Lanzarote, y Gaheris era un hombre de pocas luces. Pero desde ese día la seguridad del comandante en Jefe de Arturo quedó en manos de Mordred y Agravaine.

Un tercer factor fue el que Gareth luchase al lado de Lanzarote en Westminster. Estos hechos, el rey luchando contra su segundo, y Gareth haciéndolo contra sus propios hermanos, fueron advertidos por todos. Con tales antecedentes era evidente que la tormenta debía estallar. Pero se presentó de un modo que nadie hubiera sospechado.

En la Corte había un caballero, llamado sir Meliagrance, que nunca se sintió feliz en aquel ambiente. De haber vivido años antes, cuando a un hombre se le juzgaba como a tal hombre, quizá se hubiese desenvuelto aceptablemente, pero por desgracia pertenecía a una generación posterior, la que poseía las costumbres de Mordred, y juzgaba a las personas con nuevas ideas. Sir Meliagrance no gozaba de muchas simpatías, y por si esto fuera poco estaba -lo había estado desde que alcanzaba a recordar-, perdidamente enamorado de la reina Ginebra.

La noticia llegó cuando Arturo y Lanzarote se hallaban paseando por el parque.

-No, no, Lanza -estaba diciendo Arturo-. Nunca comprendisteis al pobre Tristán.

-Era un necio -contestó Lanzarote, obstinadamente.

Hablaban en tiempo pasado porque Tristán había sido asesinado al fin, mientras tocaba el arpa ante la Bella Isoud, por el exasperado rey Mark.

-Lo digo aunque esté muerto -agregó el caballero. Pero el rey negó con vehemencia.

-No era un necio -aseguró-. En todo caso era un bufón, un gran espíritu cómico. Siempre se veía colocado en las situaciones más singulares.

-¿Un bufón, decís?

-Y un atolondrado. Es algo que suele ir a la par. Mirad si no sus amoríos.

-Quizás os estáis refiriendo al asunto de Isoud Manosblancas, ¿no es eso?

-Creo firmemente que Tristán sufrió con las dos chicas una de sus acostumbradas confusiones. Primero se enamora locamente de la Bella Isoud, y luego la olvida por completo. Un día está en la cama con la otra Isoud, cuando de pronto se da cuenta de algo. Comprende que existen dos Isoud, en lugar de una, y se siente terriblemente inquieto. «Aquí me encuentro acostado con Isoud Manosblancas -se dice-, cuando yo estoy enamorado de la Bella Isoud.» Claro está que eso le afectó mucho. Luego estuvo a punto de morir en el baño, a manos de la reina de Irlanda. Hubo algo de alta comedia en la vida de ese joven, y debieran perdonársele sus deslices.

-Pero... -comenzó a decir Lanzarote, cuando le interrumpió la llegada de un mensajero.

Era éste un joven de corta estatura, que llegaba jadeante mientras sostenía con una mano su jubón, desgarrado debajo del sobaco derecho. El joven habló rápidamente.

Se trataba de la reina. Diremos que ésta había ido a festejar el día, pues era el Primero de Mayo. Había salido temprano, como acostumbraba a hacerlo, con la intención de regresar hacia las diez con un buen ramo de violetas, de flores de espino, velloritas y ramitas verdes que era tradicional recoger en tal fecha. En el palacio había dejado a su cuerpo de guardia, los caballeros de la reina que usaban todos el escudo de noveles como distintivo, y se llevó con ella sólo a diez caballeros ataviados con ropas cortesanas. Todos iban vestidos de color verde, para celebrar la fiesta de la primavera. Agravaine se encontraba entre ellos, y se dispuso a espiar a la reina, en tanto que Lanzarote había sido intencionadamente omitido del grupo por la soberana.

Pues bien, regresaban al palacio charlando alegremente, joviales y expansivos, cuando sir Meliagrance, que estaba emboscado, apareció súbitamente. Había decidido obrar sin más disimulos, cuando supo que los acompañantes de la reina iban sin armas, y que entre ellos no figuraba Lanzarote. Meliagrance llevaba con él un fuerte grupo de arqueros y de infantes, a fin de apoderarse de Ginebra.

Hubo una corta lucha. Los caballeros de la reina la defendieron lo mejor que pudieron con sus espadas y dagas, hasta que resultaron todos heridos, seis de ellos gravemente. Entonces Ginebra los obligó a rendirse, para salvarles la vida. Luego hizo un trato con sir Meliagrance, que no se sentía muy satisfecho con lo que estaba haciendo. Le dijo que a cambio de entregarse a él, Meliagrance debía prometerle que llevaría a los caballeros heridos a su castillo, el de Meliagrance, permitiéndoles que durmieran en la antecámara de la alcoba en que se acostara ella. El caballero, que amaba sinceramente a la reina, sabiendo lo inútil que resultaría amarla contra su voluntad, terminó por acceder. El pobre hombre no había nacido para obrar como un villano.

En medio de la confusión que suponía organizar la comitiva de heridos, que cruzados sobre sus caballos se dirigían al castillo de sir Meliagrance, la reina supo conservar la serenidad. Llamó al pajecillo, que tenía un caballo rápido y descansado, y disimuladamente le entregó un anillo con un mensaje para Lanzarote. En cuanto el mozo vio una oportunidad escapó a galope tendido, perseguido por los arqueros. Pero allí estaba ahora el anillo.

Antes de que el paje hubiera terminado de hablar, Lanzarote estaba pidiendo a voces su armadura. Poco después Arturo se encontraba arrodillado ante él, atándole las correas de las canilleras.



CAPITULO XLII



uando los arqueros de a caballo regresaron cabizbajos diciendo que no habían podido derribar al muchacho, sir Meliagrance se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Mostróse acongojado, no sólo porque comprendía que había actuado necia y malvadamente, sino por el amor que profesaba a la reina. Pero se dijo que después de haber llegado tan lejos era imposible dar marcha atrás. Lanzarote se presentaría en respuesta al mensaje, y se hacía necesario ganar tiempo. El castillo no se hallaba en condiciones de soportar un asedio, pero podía llegarse a un acuerdo con los sitiadores, teniendo en cuenta que la reina se hallaba dentro.

Había que detener a toda costa a sir Lanzarote, hasta que la fortaleza pudiera quedar acondicionada en lo más indispensable para mantener un cerco. Meliagrance supuso acertadamente que Lanzarote acudiría en ayuda de la reina en cuanto tuviera puesta la armadura. La mejor forma de detenerle era por medio de otra emboscada, en un estrecho claro del bosque por el que tendría que pasar, y desde donde los arqueros podrían matarle el caballo, si no lograban perforar su armadura. Desde las azarosas épocas pasadas, todos los caminos habían sido despejados de hierbas y malezas, a ambos lados, a la distancia de un tiro de arco; pero aquel claro, debido a las peculiaridades del terreno, fue dejado igual. Una flecha bien disparada, a corta distancia, podía traspasar la mejor armadura, se dijo Meliagrance.

Así pues, los arqueros fueron enviados apresuradamente a tender la emboscada, y se iniciaron los preparativos en el interior del castillo. Los pastores conducían sus rebaños al patio de la fortaleza, los pajes y marmitones trasladaban febrilmente grandes cubos de agua a los depósitos, pues era uno de esos absurdos castillos que siguiendo el uso irlandés, según parece, carecían de pozo. Las doncellas corrían de un sitio a otro al borde del histerismo, ya que sir Meliagrance, en el fondo un caballero, estaba decidido a recibir a su real cautiva de acuerdo con su alcurnia. Las muchachas arreglaban un tocador para ella, trasladaban los tapices de la estancia de soltero de Meliagrance a la alcoba que ocuparía Ginebra, y sacaban brillo a los candelabros de plata.

La propia Ginebra, que había sido alojada en una pequeña sala mientras preparaban sus habitaciones, contribuyó a aumentar la confusión general exigiendo vendajes y agua caliente para curar a sus caballeros. Sir Meliagrance subía y bajaba las escaleras gritando: «Sí, señora, en seguida os lo traerán», o bien, «Marian, Marian, ¿dónde demonios están esos candelabros?», o aún, «Murdoch, saca esas cabras de la alcoba inmediatamente!». No obstante aún tuvo tiempo para apoyar su frente sobre la fría piedra del marco de una ventana, a fin de serenar su estremecido corazón y maldecir su locura.

La reina fue la primera en terminar con su tarea. Sólo tenía que vendar a sus caballeros, y era evidente que sus peticiones habían sido atendidas preferentemente. Se hallaba ahora sentada con sus damas de compañía ante una de las ventanas del castillo, y parecía el ojo del

huracán en medio de la tormenta. De pronto, una de las doncellas gritó señalando algo lejano que se estaba acercando por la carretera.

-Es una carreta -dijo la reina-. Seguramente traerán provisiones para el castillo.

-En la carreta viene un caballero -manifestó la joven-. Y va vestido con armadura. Quizá le traen para ahorcarle.

En aquellos días era muy mala señal viajar en una carreta.

Poco después vieron que detrás de la carreta galopaba un caballo con las riendas caídas por el suelo. Al momento las mujeres se horrorizaron al ver que lo que arrastraba por el polvo no sólo eran las riendas del corcel, sino también sus entrañas. El animal estaba lleno de flechas, como un puercoespín, y parecía caminar por pura inercia. Era el caballo de Lanzarote, y éste se hallaba en la carreta, arreando al jamelgo con la vaina de su espada. Había caído en la emboscada, según era de esperar, y después de replicar al ataque de sus enemigos, aun estando desmontado, se dispuso a seguir el camino a pie, pese a su armadura. Meliagrance pensó en esa circunstancia, pero se dijo que era imposible que Lanzarote pudiera seguir avanzando con la armadura encima, que pesaba tanto como él mismo. Pero no había contado con la carreta que encontró Lanzarote por allí cerca.

-¿Cómo osáis decir que van a ahorcar a ese caballero? -exclamó la reina-. Sois una necia, al comparar a sir Lanzarote con un forajido.

La infortunada muchacha enrojeció profundamente y no volvió a abrir la boca. Mientras tanto, sir Lanzarote llegaba en la carreta y atravesaba el puente levadizo dando grandes voces. Sir Meliagrance no se enteró de la llegada de Lanzarote hasta que éste atravesó la gran puerta de la fortaleza. El encargado de cerrar el rastrillo trató de hacerlo cuando ya era tarde, y recibió un golpe del puño de hierro en una oreja que le envió rodando por el suelo. Lancelote se hallaba dominado por uno de sus raros arrebatos de ira, posiblemente debido al sufrimiento que habían infligido a su caballo.

Meliagrance, que vio entrar a Lanzarote tan impetuosamente, perdió el dominio de sí mismo y corrió escaleras arriba, arrodillándose ante la reina.

-Y bien, ¿qué ocurre ahora? -preguntó ésta, mirando al atemorizado hombre que suplicaba ante ella, de rodillas. En su mirada no había afecto, pero tampoco hostilidad. Al fin y al cabo, ser raptada por amor no deja de resultar un orgullo para una mujer, y más cuando todo termina felizmente.

-¡Me rindo, me rindo! -exclamó sir Meliagrance-. ¡Oh, me rindo a vos, señora! ¡Salvadme de sir Lanzarote!

Ginebra tenía ahora un aspecto de radiante hermosura. Sentíase sumamente feliz y no guardaba rencor alguno al hombre que la había raptado.

-Está bien -contestó ella, jovial aunque serenamente-; cuanto menos alboroto se provoque, mejor será para mi reputación. Trataré de calmar a sir Lanzarote.

Sir Meliagrance casi lanzó un silbido de alivio, tanta fue la fuerza de su suspiro.

-Menos mal -dijo el caballero-. ¿Querrá vuestra graciosa majestad permanecer en mi castillo esta noche, una vez que haya tranquilizado a sir Lanzarote?

-Aún no sé si lo haré -repuso Ginebra.

-Podéis marcharos por la mañana, y no se hablará más del asunto. Tal vez fuera oportuno decir que habéis venido de visita.

-Me parece bien -concluyó la reina, y se dirigió al encuentro de Lanzarote, mientras sir Meliagrance se secaba el sudor de la frente.

Lanzarote se hallaba en el patio interior, vociferando a sus enemigos. Al par que Ginebra le vio, él la divisó en seguida y el antiguo mensaje eléctrico de sus miradas se cruzó antes de que dijeran una sola palabra. Era como si Elaine y la búsqueda del Cáliz nunca hubieran existido. En realidad, Ginebra no había aceptado jamás su derrota. Lanzarote comprendió que ella estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera, siempre que volviese a ser el antiguo Lanzarote, el de antes. La reina aparecía de nuevo serena y cuerda. Los dos parecían más jóvenes, casi como cuando los ojos de ambos se atraían como imanes en la penumbra del gran salón de Camelot, hacía ya tanto tiempo. Así pues, ella había ganado la batalla sin proponérselo.

-¿Puede saberse a qué viene este escándalo? -preguntó Ginebra.

-¿Aún lo preguntas? -repuso Lanzarote irritado, y enrojeciendo un poco, agregó-: Me han herido el caballo.

-Gracias por haber venido -manifestó la reina, con voz suave, como la que Lanzarote recordaba de hacía mucho tiempo-. Gracias por llegar tan pronto y con tanta valentía. Pero Meliagrance se ha rendido y debemos perdonarle.

-Es una vergüenza que me hayan matado el caballo -insistió Lanzarote.

-Todo ha salido bien.

-De haber sabido que tú misma lo ibas a arreglar -declaró él, sin disimular sus celos-, no habría corrido el riesgo de que casi llegaran a matarme, por venir aquí.

La reina cogió la mano de Lanzarote, que se había quitado el guantelete.

-No tienes que lamentarlo, puesto que lo has hecho muy bien -dijo Ginebra.

Él no contestó.

-Te aseguro que Meliagrance no me importa en absoluto -afirmó ella, sonrojándose-. Pero pienso que será mejor evitar otro escándalo.

-Tampoco a mí me hacen gracia los escándalos.

-Puedes hacer lo que te parezca -manifestó la reina-. Lucha contra él, si quieres. Eres tú el que debe tomar una decisión.

Lanzarote miró a la reina y repuso:

-Señora, si ello os place, daré este asunto al olvido. No tendréis queja alguna de este caballero.

Cuando estaba conmovido, Lanzarote nunca perdía la ocasión de expresarse en la Lengua Alta.



CAPITULO XLIII

Los caballeros heridos fueron colocados en camillas, en la antesala. La alcoba adyacente, donde dormía Ginebra, tenía una ventana con barrotes de hierro, y no estaba protegida por vidrio alguno.

Lanzarote había visto en el jardín una escala de madera que bastaría para llegar a donde se proponía. Aunque no se habían puesto de acuerdo, la reina estaba esperando. Cuando vio el grotesco rostro de Lanzarote en la ventana, con su inquisitiva nariz recortándose contra las estrellas, Ginebra no pensó que fuera una gárgola o una aparición demoníaca, sino que, procurando serenar los latidos de su corazón, acercóse a la ventana en un silencio de complicidad.

Nadie sabe lo que se dijeron. Malory afirma que «se lamentaron la una y el otro de muy diversas cosas». Probablemente estuvieron de acuerdo en que no era posible querer a Arturo y engañarle al mismo tiempo. Quizá Lanzarote consiguió que ella comprendiese a Dios, por fin, y Ginebra, a su vez, le hizo saber lo que para ella significaba no tener hijos. Es probable que resolvieran poner término a su amor culpable. Pero en un momento determinado, Lanzarote susurró:

-Desearía estar ahí dentro.

-También yo quisiera que estuvieras aquí.

-¿Es verdad que deseas eso, de todo corazón?

-Sí, es verdad.

La última barra de hierro, al romperse, cortó la mano de Lanzarote hasta el hueso.

Más tarde los susurros se apagaron y reinó el silencio en la oscuridad de la estancia.

La reina Ginebra seguía en su alcoba a la mañana siguiente. Sir Meliagrance, impaciente porque el asunto terminase cuanto antes, deambulaba por la antecámara, deseando para sus adentros que la reina se hubiese marchado. No quería prolongar la tortura de saber que estaba bajo su techo, sin poder lograrla.

Por fin, en parte por darle a ella un poco de prisa, y también llevado por su afán de amante, entró en la alcoba para despertarla, lo que aún era posible hacer en aquellos tiempos.

-Perdonad, señora -dijo sir Meliagrance- ¿Os ocurre algo malo, para que durmáis tanto?

El caballero observó a la hermosa en su lecho, y vio entonces la sangre de Lanzarote- de un hombre herido, pensó él-, que manchaba las sábanas.

-¡Adúltera! -gritó sir Meliagrance, de pronto-. ¡Adúltera! ¡Estáis engañando al rey Arturo!

El caballero estaba fuera de sí, lleno de rabia y de celos, sintiéndose también engañado. Había creído, al fracasar en su empresa, que la reina era una mujer pura, y que él, al tratar de conseguirla, era un desalmado. Ahora se daba cuenta de que ella le había estado engañando al fingir ser una dama virtuosa, cuando se regodeaba con los caballeros heridos ante

sus propias narices. Había llegado a la conclusión de que la sangre era de uno de los barones que lucharon por ella. De otro modo, ¿por qué tanta insistencia para tenerles en la antecámara? A su cólera se unía una profunda envidia. No se dio cuenta de que las barras habían sido arrancadas, pues Lanzarote, al marchar, las colocó cuidadosamente en su sitio.

-¡Adúltera! ¡Adúltera! ¡Yo os acuso de alta traición! -seguía gritando.

Las voces de sir Meliagrance atrajeron hasta la puerta a todos los caballeros heridos, y al aumentar la conmoción se presentaron en el lugar del hecho las criadas, los pajes, los caballerizos y los lacayos.

-Alguien es el culpable -exclamó sir Meliagrance-. Uno de los heridos estuvo aquí acostado.

-Eso es una calumnia -repuso Ginebra-. Ellos mismos pueden demostrar que no es así.

-Sí, es mentira -respondieron los caballeros-. Elegid a uno de nosotros. Lucharemos contra vos.

-No, basta de monsergas. Un caballero herido estuvo durmiendo aquí con su majestad.

Y el excitado barón no dejaba de señalar las manchas de sangre, lo que sin duda constituía una buena prueba. De improviso se presentó sir Lanzarote, y ninguno de los presentes se dio cuenta de que llevaba puesto un guante.

-¿Qué ocurre aquí? -preguntó Lanzarote. Meliagrance comenzó a contárselo con grandes aspavientos. Estaba enloquecido de dolor.

-¿Puedo recordaros vuestra propia conducta para con la reina? -dijo Lanzarote, fríamente.

-No sé lo que queréis decir, ni me importa. Lo único que sé es que uno de los heridos ha estado anoche en esta habitación.

-Medid vuestras palabras.

Lanzarote miró fijamente a sir Meliagrance, tratando de advertirle tácitamente y de hacerle volver a la cordura. Era evidente que una acusación semejante sólo podía terminar en un desafío, y Lanzarote quería que el otro se diera cuenta de quién iba a ser su oponente. Por fin Meliagrance pareció comprenderlo. Miró a Lanzarote con gran dignidad y dijo:

-Vos también debéis meditar vuestras palabras. Sé que sois el mejor caballero del mundo, pero tened cuidado de no combatir por una causa injusta. Bien pudiera ser que Dios os castigara con su Justicia, sir Lanzarote.

-Eso debe quedar en las manos de Dios -repuso el aludido-. Por lo que a mí respecta, puedo asegurar que ninguno de estos caballeros heridos ha estado en la habitación de la reina. Si queréis luchar para rebatir la veracidad de esta afirmación, estoy dispuesto a combatir con vos.

Lanzarote tuvo que luchar por la reina en tres ocasiones: primero, y justamente, contra sir Mador; segundo, y tras aquel juego de palabras, con sir Meliagrance, y tercero, en una disputa en que ambas partes estaban equivocadas. Cada uno de estos combates estuvo a punto de acabar con las vidas de los contendientes que se enfrentaban.

Sir Meliagrance arrojó al suelo su guante. Estaba tan seguro de tener razón que no vacilaba en dar aquel arriesgado paso. Prefería morir antes que retractarse. Lanzarote recogió el guante. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Los demás se dispusieron a contemplar el acostumbrado proceso del desafío, con la determinación de fechas y otras formalidades. Sir Meliagrance se calmó bastante. Ahora que se veía involucrado en el engranaje del duelo, y después de reflexionar, sus pensamientos le indicaron otro curso a seguir. En realidad era un hombre voluble.

-Sir Lanzarote -dijo-; ahora que hemos concertado el duelo, ¿no haréis nada contra mí, entretanto?

-No, claro que no.

Lanzarote le contestó lleno de asombro. Era un espíritu gemelo del de Arturo. Siempre se veía en apuros porque consideraba a la gente menos malvada de lo que era en realidad.

-¿Seremos amigos hasta el momento de la justa? -preguntó.

El viejo guerrero sintió el eterno aguijón del pundonor. Iba a luchar contra ese hombre, que no hacía más que sostener una verdad.

-Sí -repuso con vehemencia-. Seremos amigos. Y Lanzarote se acercó a Meliagrance, impulsado por el remordimiento.

-Olvidémoslo todo, por ahora -dijo este último, complacido-. ¿Queréis ver mi castillo?

-Desde luego.

Meliagrance le fue enseñando toda la fortaleza, habitación por habitación, hasta que llegaron a una cámara que tenía una trampa junto a la puerta. El anfitrión accionó el aparato y Lanzarote cayó diecisiete pies más abajo, sobre el suelo cubierto de paja de una mazmorra. Luego Meliagrance mandó que escondieran uno de los caballos, y dijo a la reina que su campeón se había marchado.

La costumbre de Lanzarote de partir inopinadamente, prestaba veracidad a la noticia. A Meliagrance le pareció que ésa era la mejor forma de asegurarse de que Dios no tomaría partido por la causa injusta en aquella disputa.



CAPITULO XLIV

La segunda justa fue tan sensacional como lo había sido la de sir Mador de la Porte. Adelantemos que Lanzarote llegó a tiempo, casi en el último instante. Habían estado esperándole, y como no se presentara, convencieron a sir Lavine para que luchara en lugar del ausente. Sir Lavine se dirigía hacia su puesto, cuando Lanzarote se presentó a galope tendido sobre un caballo blanco que pertenecía a Meliagrance. Había permanecido cautivo en la mazmorra hasta esa mañana, cuando la muchacha que le llevaba la comida le puso al fin en libertad, en ausencia del amo y a cambio de un beso. Tuvo Lanzarote reparos en dar aquel beso, pero al fin se dijo que la causa bien lo merecía.

Meliagrance fue desmontado a la primera embestida, y se negó a ponerse en pie.

-Me rindo -dijo-. Estoy vencido.

-Vamos, poneos en pie. No habéis luchado, todavía.

-No voy a hacerlo.

Lanzarote le miró lleno de perplejidad. Mucho era lo que tenía contra Meliagrance, por lo de la mazmorra y otras cosas, pero se daba cuenta de que la acusación del hombre era justa, y no tenía intenciones de matarle.

-Merced -dijo sir Meliagrance.

Lanzarote dirigió sus ojos hacia el pabellón de la reina, donde ésta se sentaba junto al condestable. Nadie pudo ver la mirada inquisitiva de Lanzarote debido al gran yelmo que se había colocado.

Ginebra vio la mirada, o más bien la adivinó con el corazón. Entonces volvió la mano con el pulgar hacia abajo y la movió varias veces, procurando que no la vieran. Pensó que Meliagrance era un individuo demasiado peligroso para que siguiera con vida.

Se produjo un denso silencio en el campo, pendiente todo el mundo de los combatientes e inclinándose hacia adelante como si fueran buitres cuya presa aún no ha muerto. Todos esperaban el golpe de gracia, como ocurría en los anfiteatros romanos o sucede en las plazas de toros españolas; todos estaban seguros de que Lanzarote acabaría con su enemigo. La acusación que hiciera Meliagrance, era, a su entender, mucho más grave que la de Mador, y todos pensaron, como Ginebra, que el caballero merecía la muerte. Pues en aquellos días el amor se gobernaba por reglas diferentes a las actuales. Entonces era un asunto caballeresco, decoroso, místico, casi platónico, y no era algo que pudiese tomarse a la ligera. No comenzaba y terminaba durante un fin de semana, como suele acontecer en nuestros días.

Los espectadores vieron que Lanzarote dudaba, sobre su contendiente, y luego oyeron la voz del caballero que resonaba sordamente dentro del yelmo. Estaba haciéndole alguna proposición.

-Os voy a dar una posibilidad -dijo Lanzarote-, si os levantáis y lucháis como es debido hasta la muerte. Me quitaré el yelmo y las piezas del lado izquierdo de la armadura. Además combatiré sin escudo y con el

brazo izquierdo atado a la espalda. ¿Os parece bien? ¿Estáis dispuesto a combatir de ese modo?

Sir Meliagrance lanzó una especie de chillido histérico y comenzó a arrastrarse hacia el estrado donde se hallaba el juez de la justa, al tiempo que hacía violentos ademanes.

-¡No olvidéis lo que ha dicho! -exclamó-. Todos lo han oído. Acepto las condiciones, pero no le dejéis que se arrepienta. No debe llevar armadura en el lado izquierdo, ni yelmo, ni escudo, y luchará con el brazo izquierdo atado a la espalda. ¡Todos le han oído, todos!

El juez hizo una señal de asentimiento, y los heraldos y reyes de armas bajaron a la palestra, haciendo callar a Meliagrance. Todo el mundo sentíase avergonzado por su conducta. En el desagradable silencio que siguió, manos reacias procedieron a desarmar a sir Lanzarote y le ataron el brazo izquierdo.

Daban la impresión de que estaban contribuyendo a ajusticiar a alguien que amaban mucho, pues las concesiones eran excesivas. Luego le entregaron la espada y le dieron unas palmadas en la coraza. Empujaron a Lanzarote hacia su contendiente y volvieron la cabeza con disgusto.

En la arenosa pista viose como un relámpago. Lanzarote, mostrando su costado desguarnecido, atacó con ímpetu. Al dar el golpe oyóse un estrépito metálico. Al mandoble de Meliagrance se había anticipado el de Lanzarote.

Sir Meliagrance fue arrastrado fuera de la pista por un par de caballos. Su yelmo y su cabeza estaban divididos en dos partes.



CAPITULO XLV

Tal es, por consiguiente, la larga historia del extranjero de Benwick que conquistó el amor de la reina Ginebra, que la abandonó por su Dios, y que al fin regresó a pesar de la prohibición. Es una leyenda de amor de los viejos tiempos, cuando las gentes se amaban de corazón, y no un relato actual, en el que unos adolescentes siguen atentamente los innobles espasmos que han visto en el cine. Aquellas gentes habían bregado durante un cuarto de siglo para lograr la comprensión. Lanzarote hizo ver su Dios a Ginebra, y ella le dio la libertad a cambio.

Elaine, que nunca fuera más que una parte incidental en los sucesos, había logrado al fin la paz. En cuanto a Arturo, cuya punta del triángulo era la menos afortunada, desde cualquier punto de vista, no se sintió totalmente desgraciado. Ya Merlín sabía que no estaba destinado a alcanzar la felicidad. Arturo estaba hecho para lograr la fortuna de la nación, para las glorias reales. En la época del declive, éstas fueron restauradas por las dos sensacionales victorias de Lanzarote. La moda, y la corrupción quedaron reprimidas a través de la Tabla Redonda, y la grandiosa idea de Arturo se puso de nuevo en marcha. Estaba creando el Derecho como Poder. No tenía Arturo nada de qué culparse. Se había mantenido al margen de los amores de Ginebra y Lanzarote, procurando confiar en ellos, no por miedo ni por debilidad, sino por nobleza de alma. El poder estaba en las manos del rey. Pudo haber resuelto el problema dándole una orden al verdugo. Su mujer y su amante estaban totalmente a su merced; esa era la razón, y no, como algunos pudieran pensar, la cobardía de que hubiera decidido desentenderse del problema.

Los mejores días del otoño, el llamado veranillo de San Martín, se hallaban próximos. Los rumores se vieron silenciados, la descortesía remitió. La facción de los Orkney sólo se limitó a gruñir, con un quejido distante y casi subterráneo. En las escribanías de los castillos de los grandes señores, y en las abadías, inofensivos copistas reproducían misales y tratados de Caballería, mientras los ilustradores iluminaban las letras mayúsculas y diseñaban cuidadosamente los blasones.

Los orfebres golpeaban con sus pequeños martillos sobre láminas de metales preciosos, retorcían alambres de oro y repujaban los báculos pastorales de los obispos. Hermosas damas jugueteaban con sus petirrojos y gorriones, o ponían todo su empeño en enseñar a hablar a sus cotorras.

Amas de casa previsoras colocaban en los aparadores unos recipientes llenos de meladura, como medicina contra las miasmas del aire invernal, y guardaban emplastos para usarlos contra el reumatismo. Se preparaban para la Cuaresma haciendo acopio de dátiles, almendras, y arenques a cuatro chelines y seis peniques la caja. Los cetreros seguían atormentándose entre sí con sus aves, aunque parecían hallar un placer en ese tormento.

En las nuevas cortes de justicia los abogados se afanaban como diligentes abejas redactando escritos de proscripción, usurpación,

embargo, secuestro, soborno, manutención, reivindicación, gravamen. *Quorum bononum, Sic et non, Pro et contra, jus primae noctis,* y *Questio quid juris.* Los ladrones -y ello es cierto-, podían ser colgados por robar objetos que valieran un chelín, pues la codificación de la Justicia era aún endeble y confusa, pero esto no era tan injusto como parece, ya que por un chelín podían comprarse entonces dos gansos, o cuatro galones de vino, o cuarenta y ocho piezas de pan. Por los senderos de los campos los sencillos amantes paseaban al atardecer con los brazos rodeándose las cinturas, dando la sensación de una X mayúscula, vistos por detrás.

El reino de Gramarye se hallaba en paz, y los gozos de esta paz se extendían ante Lanzarote y Ginebra. Pero aún faltaba una pieza más en el rompecabezas.

Dios seguía presente en el espíritu de Lanzarote. El muchacho que se miraba en el morrión, mucho tiempo atrás, soñó con realizar milagros. Lanzarote lo había conseguido en cierto modo cuando rescató a Elaine de su baño hirviente. Durante un cuarto de siglo recordó acongojado la noche en que la muchacha le atrajo con engaños a su lecho. Antes de aquello se consideró un hombre en gracia de Dios, y desde entonces se tuvo por un descarriado. Ahora había llegado el momento en que tendría que enfrentarse con su sino.

Había un caballero húngaro llamado sir Urre, el cual fue herido en un torneo de su país, siete años antes de los hechos que relatamos. En dicho torneo luchó con otro caballero llamado sir Alfagus, que resultó muerto después de recibir él sus heridas, que fueron tres en la cabeza, cuatro en el cuerpo y una en la mano izquierda. La madre del fallecido Alfagus era una hechicera española, e hizo un encantamiento para dañar a sir Urre de Hungría, al cual no se le cerraron ninguna de sus heridas. En todo momento éstas continuarían sangrando, hasta que el mejor caballero del mundo le atendiese y curase con sus propias manos.

Sir Urre de Hungría fue de país en país con su estigma -quizá se tratara de cierto tipo de hemofilia-, buscando al mejor caballero para que le ayudase. Por último cruzó el canal de la Mancha y llegó a aquella lejana tierra del norte. Todos le habían dicho que su última esperanza residía en encontrar a Lanzarote, y al fin fue en su busca.

Arturo, que siempre pensaba lo mejor de todo el mundo, tuvo la seguridad de que su amigo podría conseguir la curación, mas consideró oportuno que todos los caballeros de la Tabla Redonda hicieran una tentativa. Quizás entre ellos hubiera alguno portentoso, como ya había ocurrido anteriormente.

La Corte se hallaba en Carlisle por aquella época, pues era la fiesta de Pentecostés, y se dispuso que todos se reuniesen en la pradera de la población. Sir Urre fue transportado allí en una litera y le colocaron sobre una colchoneta de tela dorada, a fin de realizar el intento de curación. Ciento diez caballeros -cuarenta estaban lejos, en alguna aventura- se colocaron en ordenadas filas, ataviados con sus mejores galas. Se habían tendido alfombras en el suelo y se alzaron estrados desde donde las damas pudieran contemplar el espectáculo. Arturo quería tanto a Lanzarote que deseaba un marco espléndido para el momento en que realizase su mayor hazaña.

Con esto va a terminar el Libro relativo a sir Lanzarote, y ahora vamos a verle por última vez en él. Lanzarote se hallaba escondido en un lugar del castillo desde donde podía observar el campo. La habitación era el cuarto de arreos y en ella había muchas sillas de montar ordenadamente colocadas, así como riendas de cuero y fustas. El caballero estaba allí oculto, rogando que cualquiera -Gareth, tal vez-, pudiera llevar a cabo el milagro cuanto antes, o que en caso contrario pasara inadvertido él, Lanzarote, y su ausencia no fuera notada.

¿Creéis acaso que es agradable ser el mejor caballero del mundo? Pensad entonces en las pruebas continuas a que debía verse sometido Lanzarote, día tras día, hasta que llegara aquel en que sería derrotado. Pensad en que ahora él tenía que presentarse ante la más numerosa y honorable concurrencia que podía darse, para hacer una demostración pública de sus dotes. Todos esperaban que tuviera éxito; pero podía fracasar. Allí podían compendiarse los temores que él había soportado durante veinticinco años, y todos se darían cuenta inmediatamente del motivo: la vergüenza que él mismo había tratado de ocultar y silenciar. Los milagros que deseaba hacer desde tanto tiempo antes sólo podían ser realizados por un corazón puro. La gente esperaba que realizase ese portento porque le creía limpio de espíritu, y ahora, con el adulterio, la traición y el delito estrujando su alma como un trapo sucio, Lanzarote tenía que salir a realizar aquella prueba de honor.

Lanzarote se irguió tan blanco como la cera, en aquel cuarto de arreos. Ginebra también estaba entre los espectadores, bien lo sabía él, y asimismo se hallaría intensamente pálida. El caballero apretó los puños, miró las fuertes riendas que tenía entre los dedos y rezó lo mejor que pudo y supo.

-¡Sir Servause le Breuse! -gritaron los heraldos, y sir Servause dio un paso al frente, un caballero más entre la lista de los competidores. El aludido era un hombre tímido, que se interesaba sólo por la Historia Natural, y que jamás había luchado contra nadie. Se acercó a Urre, que estaba lamentándose con tantos manoseos, arrodillándose a su lado e hizo lo que buenamente fue capaz de hacer.

-¡Sir Ozanna le Cure Hardy!

Así continuó una lista de ciento diez caballeros cuyos singulares nombres transcribe Malory en su debido orden, al punto que puede uno imaginar el corte de sus pesadas cotas de malla, el color de sus blasones y el alegre flamear de sus cimeras. Las emplumadas cabezas les hacían asemejarse a indios bravos. Las placas de sus zapatones chirriaban al andar, y sus espuelas tintineaban argentinamente. Se arrodillaban ante sir Urre, éste se retorcía, y no se adelantaba nada.

Lanzarote no se ahorcó con las riendas. Había roto un juramento y engañado a su amigo; había vuelto con Ginebra y dado muerte a sir Meliagrance en una lucha injusta, y ahora se disponía a recibir el merecido castigo. Así pues, avanzó entre las dos filas de caballeros que

aguardaban bajo los rayos del sol. En su intento de eludir la prueba se había dejado para sí, sin quererlo, el lugar más destacado, el último. Caminó entre los caballeros, tan feo como siempre, avergonzado, consciente de las miradas que se posaban en él. Mordred y Agravaine avanzaron también.

Cuando Lanzarote se hallaba arrodillado delante de Urre, dijo al rey Arturo:

-¿Es necesario que haga esto, cuando todo el mundo ha fracasado?

-Claro que debéis hacerlo. Os lo ordeno.

-Si me lo ordenáis, lo haré; pero lo considero presuntuoso, después que todos lo han intentado. ¿No podríais eximirme de esta obligación?

-Estáis en un error -dijo el rey-. Claro que no es presunción, si lo intentáis. Por el contrario, si vos no lo conseguís, nadie podrá lograrlo.

Sir Urre, que estaba cada vez más débil, se apoyó en un codo Y dijo:

-Por favor, he venido especialmente para que hicierais la tentativa.

Lanzarote tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Ah, sir Urre -manifestó-. Si pudiera ayudaros, de buena gana lo haría. Pero es que no comprendéis, no comprendéis...

-Os lo pido por amor de Dios.

Lanzarote miró hacia Oriente, donde creía que habitaba Dios, y dijo algo en voz baja. Era esto, aproximadamente:

-Señor, no deseo gloria; pero, por favor, ¿no quisierais salvar nuestra honestidad? Y si podéis curar a este caballero, por su propio bien, hacedlo.

Luego Lanzarote pidió a sir Urre que le enseñara las heridas de su cabeza.

Ginebra, que estaba observando desde su estrado como un halcón, vio un movimiento entre los dos hombres. Luego notó que los que les rodeaban comenzaban a murmurar, y luego a gritar. Los caballeros espectadores arrojaron sus sombreros al aire, y dieron vítores mientras se estrechaban las manos.

Arturo no cesaba de dar voces, mientras sostenía al arisco Gawain por un codo. Le gritaba al oído:

-¡Se cerró como una caja! ¡Se cerraron las heridas!

Algunos caballeros maduros bailoteaban gozosos golpeándose los escudos entre sí y dándose codazos en las costillas. Los escuderos se reían como locos y se palmeaban con fuerza las espaldas. Sir Bors besó al rey Anguish, de Irlanda, el cual se ofendió. Sir Gulalt, el alto príncipe, se cayó sentado. El generoso sir Belleus que no se hallaba resentido por haber quedado con el hígado rajado aquella lejana noche, junto al pabellón de color rojo, estaba haciendo un ruido horroroso soplando sobre una hoja alargada que sostenía de perfil entre los pulgares.

Sir Bevidere, muy arrepentido de su culpa después de haber ido a ver al Papa, emitía chasquidos golpeando unos huesos santos que había traído a casa como recuerdo de su peregrinación. En ellos estaba escrito con rizada caligrafía: «Recuerdo de Roma». Sir Bliant, acordándose de su buen Salvaje, abrazaba emocionado a sir Cástor. El afable y sensitivo

Agloval, que perdonara a Pelinor, intercambiaba fuerte golpes en los omóplatos con el apuesto Gareth. Mordred y Agravaine tenían el ceño fruncido. Sir Mador, rojo como un pavo, abrazaba a sir Pinel, el envenenador, que había regresado de incógnito. El rey Pelles prometía a todo el mundo una túnica nueva, como antaño, y el tío Dap, con el pelo totalmente blanco y tan anciano que resultaba una leyenda, intentaba dar saltitos apoyado en su bastón. Los pabellones de campaña se vinieron abajo, los estandartes ondearon alegremente. Cada vez más intensos, los vítores parecían ahora como fuertes truenos que resonaban sobre las torres de Carlisle. Todo el mundo, la gente del campo y la de los bastiones y del castillo, subían y bajaban dando saltos, como la superficie de un lago bajo la lluvia.

En medio de todo ello, olvidada de cuantos la rodeaban, la amante de Lanzarote también estaba de rodillas. Su figura solitaria e inmóvil sabía un secreto que los demás ignoraban. El milagro fue que a Lanzarote se le hubiera concedido poder para obrar el prodigio. «Y entonces -escribe Malory-, sir Lanzarote lloró como un niño al que han castigado.»